

World of Darkness - Mundo de Tinieblas:

EL DÍA DEL JUICIO

(Tríada: "La Hora del Juicio". Vol-3 "Mago")

Bruce Baugh

PRIMERA PARTE: CALCINACIÓN (*Calentar sin derretir*)

[«*Era una tierra cuya belleza podía hacerte perder la vista si la contemplabas demasiado tiempo.*»
~*El sendero frágil: testamentos de la Primera Cábala,*
«*La revelación de Akrites Salonikas, el Vidente*»]

_____ 1 _____
ROBERT

Cuando se sale del mundo material, no existen dos viajes iguales. El mundo espiritual es vasto, complejo y, sobre todo, constantemente cambiante. Hay desafíos y oportunidades cuya ocurrencia puedo prever, pero cada vez que viajo sucede algo significativo que no conozco (que no puedo conocer) de antemano. Por lo tanto, lo único que puedo hacer es prepararme lo mejor posible.

Todo comienza en mi mente. Incluso aquellos de nosotros con quienes los espíritus se sienten, por razones inexplicables, dispuestos a charlar, nos ocupamos principalmente de las cosas materiales y de las reglas que rigen la materia. De modo que el primer paso debe ser liberar mi mente de esas restricciones. Algunos lo logran naturalmente,

o al menos con facilidad. Yo desperté al mundo espiritual en un momento de caos global y, al parecer, esto me ha marcado en algunos aspectos que desearía poder superar. No puedo, sencillamente, dejarme ir; tengo que cortar con este mundo para poder marcharme, confiando en la herramienta chamánica más antigua y más potente: el dolor. Uso un par de cuchillos con hojas de hierro meteórico para cortarme las venas principales de brazos y piernas con tajos precisos. La sangre se derrama y la sensación me ayuda a desprenderme de la conciencia del mundo que me rodea.

Llega el momento en que estoy listo; cierro los ojos y doy un paso hacia una dirección indescriptible. En el límite entre ambos mundos hay una furiosa tormenta que he visto abatirse desde que comencé a hacer estos viajes. En un instante, todo lo que me rodea se colma de dolores punzantes mucho más agudos que el de los cuchillos. Dentro de mí, también... Una de las razones por las que me corto de esa manera es que los cuchillos espirituales que se forman en mi interior puedan salir sin provocar más orificios. Sin embargo, no es por el viento que cierro los ojos. Es por la luz, un caleidoscopio mucho más que irisado que envía mensajes en clave, en un idioma que ningún chamán moderno conoce. La primera vez no sabía nada de lo que estaba ocurriendo y la luz prácticamente me desolló el fondo de los ojos.

Tardaron semanas en sanar. Esta vez, la luz me golpea los párpados cerrados, pero lo único que los atraviesa son unos tenues arcos y chispazos.

En el último instante de transición, se oye un sonido tan ajeno como la luz. No tiene tono; no es... similar a nada, pero en cierta forma se puede equiparar a un acorde en el momento en que las notas individuales aún no se han unido. A menudo he deseado poder demorarme más en dicho momento para escuchar el desarrollo de ese sonido, pero si existe alguna manera de hacer una pausa en medio del cruce, nunca la he encontrado. De modo que la nota se estrella contra mí y desaparece.

Abro los ojos para ver el alma de la ciudad de Nueva York extenderse ante mí. Allá, en el mundo material, era de tarde. Aquí anochece lentamente, el cielo enrojecido por el humo que no deja de brotar por las heridas de Manhattan. Llegué a la ciudad de Nueva York por primera vez el 12 de septiembre de 2001, y lo que estaba planeado como una tranquila reunión de magos espirituales de diversas Tradiciones se convirtió en semanas de trabajo constante

para complementar los esfuerzos físicos y sociales de los rescatistas. Nunca es fácil poner a descansar a los espíritus de las víctimas de los asesinatos en serie de una ciudad (la geometría sagrada de esta obra en contra de las búsquedas personales que el reposo de la redención requiere), y para colmo tuvimos que encargarnos de los espíritus heridos y estropeados de las plantas, animales y edificios. Las chimeneas que ahora se elevan sobre las almas de los rascacielos son obra nuestra: dirigen la peor parte de los daños hacia reinos donde pueden esparcirse y ser menos perjudiciales. Una de esas chimeneas reconoce mi llegada y brama un saludo amistoso. En respuesta, le hago un gesto con los brazos y, por ahora, queda satisfecha.

En el mundo espiritual, la distancia es una cuestión de conexión y significación. Doy un paso hacia el suelo. Como la ciudad me conoce, eleva el piso con una inspiración y luego lo hace descender, de modo que ahora me encuentro rodeado por los espíritus de la calle donde hice mis meditaciones. Siento un temblor en los pies que me indica que nuevamente se están gestando problemas en los cimientos. La identidad de la ciudad se formó en los días anteriores al acero y al hormigón, y aún no hay consenso entre los espíritus ciudadanos sobre cuál es la parte más genuina de Nueva York: los rascacielos o sus predecesores. Desde el rescate de septiembre, mis camaradas y yo hemos pasado más tiempo del que me agradaría tratando de desarticular potenciales batallas y no siempre hemos tenido éxito. La gente viva, allá en el mundo material, percibe estas luchas como oleadas de pasiones desagradables y falta de confianza en los edificios. Es una razón más por la que se está marchando. Aquí, por supuesto, yo vería la propia batalla si esta estallara; una guerra entre los cimientos arrasados y los edificios posados sobre ellos es algo muy peligroso. Trato de escuchar a mi tótem mientras me interno en la ciudad, describiendo un trayecto en espiral.

En las calles de este vecindario hay enredaderas. Son nuevas, y en lo que a ellas respecta me invaden sentimientos contradictorios. Cualquier cosa recién crecida es una buena noticia después de tantos años de destrucción. Por ahora, estas plantas no le hacen daño a nadie. Sin embargo, debemos tenerlas vigiladas. Me acuclillo para hablarle al espíritu de una boca de incendios. El año pasado, el rumor de una inminente sequía despertó el pánico entre ellos y desde entonces se han vuelto reacios a compartir su agua. Comienzo por extender las manos: nada de ponerlas en cuenco, nada en ellas que

sirva como recipiente de agua. Están secas. La mirada de búho de la boca de incendios no se relaja, pero me deja menos preocupado por la posibilidad de recibir un mordisco cuando me acerque. Hablamos, no con palabras, sino formando y exhibiendo símbolos (ella deja caer gotas de agua; yo produzco corrientes de aire agitando las manos) y llegamos a un acuerdo. Yo atenderé a sus reclamaciones sobre la herrumbre y él vigilará las enredaderas.

Cuando vuelvo a erguirme, oigo un crujido en el callejón de enfrente. Reconozco esa particular combinación de sonidos. Mi tótem está llegando a este plano del alma de la ciudad. En un instante, aparece rodando y brillando bajo el sol urbano. La mayoría de los chamanes (al menos, la mayoría de los que han trabajado conmigo o con los que he tenido oportunidad de hablar en los talleres) emprenden sus búsquedas visionarias y conocen al espíritu de un animal o planta que encarna un aspecto importante de su propia alma. En cuanto a mí, acabé en un basurero de pesadilla y fui elegido por el espíritu de los descartados. Es decir, comulgo con una pila animada de basura, con todo lo que ha sido desechado pero que aún conserva algún valor oculto. Lo cual tiene algunas notorias ventajas, pero en definitiva significa que gozo de la compañía de un montón de desperdicios surtidos mucho más tiempo del que me gustaría. Huele mal.

--¡Robert! --Mi tótem forma un labio triple con platos de papel y restos de huesos de pollo--. ¡Vemos espíritus invertidos!

--Basura --respondo con una sonrisa--. Es verdad. --Por motivos que no tengo para nada claros, mi tótem nunca habla en ningún tiempo verbal que no sea el presente. No estoy seguro de cuánta conciencia del tiempo posee, aunque sé que puede distinguir entre una visita mía y otra.

Hace algunas semanas, me enteré por primera vez que los espíritus de las lámparas locales comentaban de una congénere que estaba «invertida» de alguna manera. Las anécdotas al respecto se han venido acumulando, pero ninguno de los espíritus es capaz de explicar claramente su significado. No es del todo sorprendente: el rango de experiencias de los muebles, los electrodomésticos y las instalaciones de servicios no es muy amplio, y el espíritu urbano subyacente no transmite demasiada conciencia adicional a las entidades que habitan en su interior. Mi tótem y yo hemos escogido vagar por la ciudad más o menos al azar, con la esperanza de encontrar alguno de esos espíritus «invertidos» por nuestros propios

medios. Hasta ahora no encontramos ninguno; tan solo relatos de su paso.

Hoy nos concentramos en los callejones, especialmente los que están abiertos en ambos extremos, pero que se encuentran bloqueados. La geometría sagrada de tales sitios, como una jaula pidiendo algo que encerrar, ejerce una atracción sobre algunas clases de espíritus libres. A medida que transcurre el día, hablamos con una buena variedad de espíritus, pero ninguno que presente cualidades que yo llamaría de inversión.

El crepúsculo se refleja en algunas de las torres de cristal, que son las almas de los rascacielos, antes de que, en efecto, se ponga el sol. Las torres con la mejor vista al oeste a menudo tienden a acumular luz solar para luego reflejarla, poco a poco y en el ángulo justo, en tonos de rosa y dorado. Algunas muestran crepúsculos durante horas interminables. En general, solo se aprecia la calidad de la luz, pero a veces la cascada contiene una imagen del mismísimo sol. Es lo que ocurre ahora, en nuestro catorceavo callejón: hay un sol sobre nosotros y otro detrás. Las sombras me impiden formar una idea clara de las formas y los límites de las cosas. De modo que al comienzo no caigo en la cuenta de la presencia de una figura sombría cuya perspectiva está invertida. Ni siquiera advierto que es una figura hecha y derecha, aproximándose a mí y encogiéndose a medida que avanza, hasta que invierte el curso y se agranda conforme se aleja.

La figura es vagamente humana. Desde luego, la mayoría de los espíritus de los paisajes espirituales urbanos son vagamente humanos y, por lo tanto, tal afirmación es tan útil como describir a una persona en medio de una multitud diciendo que es «la que tiene ojos». Es translúcida, visible especialmente como un oscurecimiento del aire, con un sombreado que sugiere un negativo fotográfico solarizado. Y está, por cierto, interactuando de un modo muy extraño con esta parte del mundo espiritual. Conforme se aleja de mí, se vuelve más nítida, más enfocada. Cuando se acerca, se torna más borrosa y se percibe esa especie de neblina que aparece cuando las cosas se alejan en la distancia. En lo que a mí concierne, se merece el título de invertida. Doy un paso adelante para hablarle, pero no parece capaz de oír mis palabras. Ese rostro brumoso me mira fijamente, mientras la boca articula palabras sin voz.

Mi tótem se esparce por el callejón.

–Voy por ahí –me dice– y quizás oigo más. –Le indico mi conformidad con un movimiento de cabeza.

Decido que es necesario hacer algo para romper esta barrera de incomunicación. La luz alterada dentro de la cosa me obliga a pensar que quizá pueda hacer algo en ese sentido, de modo que comienzo a coger rayos dispersos de sol. El esfuerzo me hace perder un poco de corporeidad, y mis pies se desplazan levemente al sacudirme unas ráfagas de luz. Intento primero algunos trucos simples: eclipse, luz de luna, aurora, espejos. Ninguno logra que la cosa se enfoque. Puedo ver que ahora su boca articula frases más cortas y que parece menos desesperada pero más confundida. Espero que esto se deba en algo a mis esfuerzos, aunque lo dudo.

Tras esa primera ronda, pruebo trucos más exóticos, comenzando con desplazamientos de frecuencia. Es más difícil de lo que podéis imaginaros allá afuera, en el mundo material. Los espíritus de las luces no son directamente convertibles con un simple cambio de espectro. Tengo que cambiar también sus nombres, o mejor dicho, convencerlos de que cambien sus nombres por un rato. Todo ello requiere muchas negociaciones que se desarrollan, literalmente, a la velocidad de la luz en que ellos viven. Les prometo voltaje y oportunidades de exhibición cuando esté de regreso en casa y aceptan cooperar. Desaparecen del espectro visible y penetran en la mayor porción de este, donde moran desde las microondas hasta las ondas de radio, pero nada de lo que hacen modifica la situación. Maldita sea... ahora tendré que cumplir un montón de promesas por nada. Así son las cosas a veces.

El espíritu se aleja tanto de mí como puede, internándose en el callejón, y yo logro verlo un poco mejor por primera vez. Advierto que su andar es una especie de avance hacia atrás. ¿Invertido en el tiempo? Nuevamente, atraigo hacia mí una porción de la luz que me rodea, con la esperanza de entrar yo mismo en una inversión y lograr una mejor visión de la figura, que entonces queda repentinamente enfocada dentro de ese bolsón de luz que he creado. Veo el rostro de un hombre, o de un espíritu extremadamente humano, que está aterrado. A lo largo de mi vida he visto mucha gente asustada de muerte y esta es la misma expresión. No creo que logre hablarle con la inversión adecuada sin perder la concentración necesaria para sostener la luz de esta manera, de modo que solo me resta esperar que la figura diga algo sin mucho estímulo de mi parte.

Lo hace.

–Puedes verme. ¿Y puedes oírme? Todo se está desmoronando. Cosas tremendas están por venir. Debemos huir todos. El futuro no es lugar para ti.

Las palabras me llegan en errática cascada, empañadas por mi dificultad para mantener el túnel de inversión en su lugar. Luego el espíritu cae al suelo... no, se levanta del suelo, según advierto mientras analizo las consecuencias. Estoy viendo sus acciones en el orden incorrecto. Se lo ve herido en el suelo y un momento después me doy cuenta por qué. La figura se precipita hacia el cielo y desaparece de mi vista. En algún sitio, en el futuro, comenzó a caer y de algún modo se las ingenió para regresar aquí conmigo. Pero ahora se ha marchado. Dejo que la luz retome su estado normal y pienso en lo que haré a continuación.

Mi tótem vuelve a unificarse.

--Esa cosa --dice con vacilación-- viene de... no un lugar. Es extraña al mundo.

--Sí --respondo. Sé que es inútil sugerirle a la Basura la cuestión de los diversos tiempos, pues no les encuentra el sentido a esas cosas--. De un lugar al que vamos, quizás.

La Basura se yergue formando una delgada columna, abriéndose en la parte superior.

--Él sube; nosotros subimos. --Los desperdicios pesados caen a los costados, formando doseles con trozos de plástico y esqueletos de paraguas. Muy pronto, las ráfagas la harán elevarse.

Si yo también debo ir, tendré que cambiar de forma. Cruzo los brazos sobre el pecho y me arranco la piel desde los hombros. Por debajo me brotan plumas. Dos tumbos por el callejón son suficientes para coger mis ropas y mis piernas y arrancármelas todas, para que pueda emerger mi cola recién formada. Parto hacia los cielos convertido en un desmelenado pájaro gris y blanco, con cierto parecido a una gaviota. Alguna clase de ave carroñera, sin duda, que no sé si es el reflejo de una especie verdadera (material o espiritual) o tan solo una nueva expresión de la afición que siente mi alma por la basura.

Nos elevamos, describiendo el mismo arco que dibujó el invertido, por encima de las torres de cristal de crecimiento más activo. Estas torres no siempre se corresponden de manera directa con los edificios del mundo material: siempre crece algo en el mismo sitio donde hay una construcción material, pero los espíritus de las torres utilizan a sus subordinados para pelear por el control de las chispas vitales desatadas por la construcción. Las torres más fuertes reciben sus cortes con una especie de estruendo psicopómico protector. En cualquier caso, el invertido se lanza hacia un lugar situado

directamente en el corazón de las torres de crecimiento más denso, y luego hacia el espacio que ellas ya han reclamado para sí, pero que aún no han ocupado con nada, a excepción de unas barras y mástiles espigados. Los torrentes de crepúsculo dificultan la apreciación de los detalles, pero logro ver la estela que deja el invertido, cuando la luz le da en el ángulo apropiado.

Al aproximarnos, veo más estelas. Pensar en flujos temporales alterados siempre me confunde, de modo que debo analizarlo con cuidado. Desde su punto de vista, todos esos espíritus emergieron en algún sitio, muy juntos, y más tarde se esparcieron por la ciudad, durando al menos unas semanas. Desde nuestro punto de vista, están elevándose rumbo a su punto de origen. En este momento no veo ninguna otra entidad real, pero la turbulencia presenta un giro inverso inconfundible. (Según su experiencia, debe ser alguna clase de onda de choque, como un estallido sónico o la ola que se forma en la proa de un navío que se desplaza a gran velocidad.)

Un punzante haz de luz proveniente de algún sitio más alto que lo que hay justo encima de mí interrumpe mi flujo de pensamiento. La luz es de un color rojo venenoso, más intenso que la sangre y teñido de un resplandor que no se parece a nada que exista en la naturaleza. Si no fuese por la sensación de amenaza que la rodea, podría parecer un efecto especial no muy bien logrado. Elevo la vista, sabiendo lo que veré. Colgando en el cenit hay una estrella diurna, de un rojo aún más vivido que la luz que nos empuja hacia abajo. Es Anthelios, el AntiSol, ahora desplazándose de su posición directamente enfrentada al disco solar. Llegó a los cielos del mundo de los espíritus poco después de mi primera Llamada y ha estado molestando con sus misterios desde entonces. No encaja en la cosmología de nadie y prodiga toda esa horrenda pasión sin hacer demasiado. Es decir, hasta ahora. La luz gira en espiral, como un reflector. Mi tótem y yo volamos hacia abajo para esquivarla, pero es demasiado tarde. Echo un vistazo arriba una vez más y la luz roja, desde un punto ubicado directamente sobre mi cabeza, me atraviesa como una lanza. Sin que medie ninguna advertencia, siento que mis cuchillos interiores me indican que estoy cruzando nuevamente el límite, rumbo al mundo material. Yo no elegí esto. Por cierto, lucho para resistirme, pero no sirve de nada. Lo último que veo es la Estrella Roja, ahora abrumadoramente clara dentro del haz de luz. Está abierta como un ojo y me mira fijamente. Parpadea, y ese guiño me empuja fuera del mundo espiritual.

* * *

Abro los ojos en la habitación de motel que alquilé con este propósito, rodeado por las herramientas de mi Tradición. Trato de sondear el mundo espiritual, pero no lo encuentro. Lo único que logra ver mi ojo interior es el guiño de la Estrella Roja, repitiéndose eternamente, y lo único que pueden sentir mis manos espirituales son los cuchillos de la barrera. De algún modo, la Estrella Roja ha bloqueado el camino que me lleva al hogar de mi alma.

2

WILLIAM

--¡Escuchad, imbéciles primitivos! --le grito al segundo escuadrón de técnicos. Ni siquiera se dan por aludidos.

Maldita sea, detesto tener que depender de cualquier mono que al Proyecto se le ocurra enviarme esta semana. Si vamos al caso, preferiría monos de verdad, que al menos tienen un mejor sentido de su propia ignorancia. Estos tíos piensan que saben exactamente cómo funcionan los telescopios dinámicos multiapertura y multifrecuencia. Pero no lo saben. Me encantaría arrastrarme por debajo del piso yo mismo y tender los cables como corresponde, pero mis putas piernas rechazan la cibernética que han probado conmigo y en esta silla de ruedas no puedo alcanzar muchos de los lugares que necesito alcanzar.

Sé que puede parecer curioso que un tecnólogo de vanguardia como yo se preocupe por los fenómenos análogos. Datos como la fundación del universo, la naturaleza cuántica de las fuerzas fundamentales, los bits... todas abstracciones muy prácticas. Pero la materia posee una naturaleza de onda que es tan real como la naturaleza de las partículas, y hay cosas que solo podemos estudiar cuando observamos las ondas. Tuve que revisar todos estos principios básicos una y otra vez durante la última reunión de revisión de diseños. Mierda, mi profesora de física de secundaria sabía de estas cosas. También conservaba, como mínimo, una docena de sus dientes originales, lo cual la coloca por encima de casi todos los vetustos y exhaustos eunucos del Proyecto. Probablemente, también tendría un gusto similar en cuanto a hombres, ahora que lo pienso. A veces considero la posibilidad de colocar trampas mortales en la sala

de reuniones con la esperanza de engendrar una camada de jefes de mejor calidad, pero tales animales no existen. Bah.

Vivimos en una época peligrosa. Si les permitiéramos conocer toda la historia, las masas ignorantes la llamarían la era del despertar de los monstruos. Es deprimente: el universo está lleno de resquicios que permiten que lo estúpido y lo fastidioso se hagan realidad. Se necesita gente como yo y como esos malditos monos para encontrar los orificios, ponerlos en un mapa, taparlos y dispararle a cualquier cosa que intente atravesarlos, todo para que las masas tengan, algún día, la oportunidad de comprender algún maldito indicio y crecer hasta convertirse en una especie que valga la pena respetar. Sí, en mis días libres a menudo contemplo la posibilidad de batir los brazos y salir volando hacia la luna. Luego regreso al trabajo, porque, a pesar de mis protestas, prefiero conocer cómo funcionan las cosas y hacer algo con ellas que no hacerlo. Y aquí, con el Proyecto Explosión Solar, estoy inmerso en el mejor esfuerzo que se ha hecho para comprender y manejar las cosas más interesantes (y más peligrosas). Es decir, podría estar peor.

En 1999, uno de esos resquicios despertó de la siesta que lo había mantenido ocupado durante los últimos miles de años y avanzó, desbocado, por el delta densamente poblado de la frontera entre India y Bangladesh. Era como un vampiro (está bien, como un *hematóvoro parametabólico*, para expresarlo en términos técnicos), pero mucho más poderoso. Solo duró unos días, pero ocasionó, literalmente, grandes masacres que tuvimos que salir a disimular. Lo hicimos, claro, porque de eso nos encargamos. Su destrucción requirió de las armas más pesadas de nuestro arsenal de aquel momento: misiles mejorados con tecnología derivada de teorías que no revelaremos hasta que hayan transcurrido varias décadas, si es que las revelamos alguna vez. Desde entonces, hemos reemplazado y optimizado esas armas, pero no es bueno tener que hacer cosas que exigen pasarse meses subvirtiendo a los servicios de inteligencia de treinta y tantas naciones, y a todas las corporaciones mediáticas importantes, y a muchas de las menos importantes. Es mejor localizar el problema por anticipado y resolverlo antes de que se vuelva noticia. Ahí es donde entra el Proyecto Explosión Solar. La cosa que despierta queda confinada detrás de un grupo de marcadores bien definidos en diversos espectros; los teóricos de mi unidad piensan que podemos detectarlas incluso bajo una cantidad sustancial de civilización humana y tierra inanimada. Mi trabajo consiste en llevarlo a cabo.

Cuando esta red de telescopios montados en satélites transmita en directo, podremos escanear todo el planeta cada pocos meses, o sea que no solo podremos detectar el estado del mundo en un momento preciso, sino también realizar comparaciones en el tiempo. Sospecho que, si hubiésemos sabido qué buscar, podríamos haber visto el despertar de la entidad de la India. Estuve haciendo unas pruebas de calibración y localicé algunos objetivos similares; espero que los equipos de campo salgan a examinarlos muy pronto. Hoy, suponiendo que los monos consigan hacer lo suyo, llevaré a cabo otras pruebas: tengo el visto bueno para interconectar un equipo sensorial completo y hacer girar un grupo de satélites para realizar un sondeo astronómico. Me agradaría observar el universo, pero esa no es la cuestión. La cuestión es ver si las suposiciones que (hasta ahora) hemos sostenido al observar un objetivo, cuyas propiedades generales ya conocemos bastante bien a través de una docena de kilómetros de atmósfera bastante densa, generan algún error cuando observamos desde mucho más lejos. Cuando se permite que se acumulen durante el tiempo suficiente, los errores pequeños se vuelven grandes: es por eso que las cosas se rompen con el tiempo. Puesto que nosotros preferimos no correr ese riesgo, tratamos de forzar las situaciones lo más rápido posible; en este caso, se trata de observar lo más lejos posible.

Nunca les diría esto a mis subordinados (mis superiores ya lo saben o pueden enterarse si quieren), pero vivo para estos momentos en los que puedo moverme más allá del desastre que es mi cuerpo. La misma esencia de esta organización es mente por encima de todo: por encima de la carne, de la materia misma, de la entropía, de todo. La aglomeración de prioridades e instituciones que componen Iteración X aquí se unen en una sola idea: la convicción de que nuestro pensamiento debe triunfar sobre lo que nos evitaría pensar claramente y actuar sobre la base de nuestras conclusiones. Para los que buscamos separar el pensamiento de la carne, no existe en el mundo un mejor lugar que este. Por ahora es temporal y agotador, pero está llegando el día en que será permanente y fácil, y entonces podré vivir tranquilo el resto de mi existencia.

Conseguir una pieza de equipo tan compleja como estos controles telescópicos siempre supone una demora, incluso cuando se ha planificado el tiempo necesario para cubrir retrasos aún más prolongados. Rastrear los misteriosos conflictos de hardware y software, repetir las pruebas para asegurarse de que la energía y el

flujo de datos son los que deben ser, realizar otras pruebas para cerciorarme de que podré desconectarme cuando haya terminado sin dejar una fritura de bits del lóbulo frontal en las sondas sinápticas... es tedioso. No es conceptualmente distinto a los preparativos que debió afrontar el herrero de la Edad de Hierro o de Bronce en su fragua, aunque hay muchas más cosas que salen mal. Pasa el almuerzo. Pasa la cena también. El trabajo que estoy haciendo no necesita de un cielo nocturno, pero cuando por fin estimo que las cosas presentan un estado aceptable ya es de noche.

La imagen popular del equipo cibernético de vanguardia le debe mucho a las malas películas de ciencia-ficción, y casi todo el resto a las relativamente buenas. En realidad, todas estas cosas son bastante pragmáticas. No parece muy diferente del servidor de cualquier oficina importante de negocios en red, con muchas unidades de computación conectadas por cables etiquetados. El genio de todo esto está en el software y el hardware que hemos estado poniendo en órbita durante los últimos dos años, contenido en los satélites de comunicaciones identificados públicamente. El dispositivo más peculiar es un casco metálico que parece salido de una revista de historietas. Tiene cuatro docenas de cables que se conectan a la consola de operaciones, justo por encima de las parrillas portateclados, y suficiente aislamiento en las capas exteriores como para captar, literalmente, la actividad neuroeléctrica del operador. En oposición a lo que afirma el folklore ampliamente difundido, el cerebro humano es una fuente de energía muy débil; sin el aislamiento, la señal se perdería por completo en el zumbido de fondo del ambiente.

Ubico mi silla de ruedas frente a los teclados, y los pliego para quitarlos del medio. Prefiero usar los teclados de cable montados en la silla; los conecto. Luego tomo el casco y me lo coloco en la cabeza, ajustándolo según lo indican las lucecillas y alarmas que me avisan cuando cada conductor recibe la señal con claridad. Todo esto tarda un tiempo más; por alguna razón parece que los conductores parietal y temporal no quieren cooperar. Hago una serie de ejercicios de elongación con el cuello para acomodarlo a una nueva alineación, y por fin todo está listo. Oprimo los últimos botones para conectarme al sistema...

...y me vuelvo enorme.

Mis sentidos se despliegan a lo ancho de diecinueve mil kilómetros (19.229,372, y aumentando un poco, al tiempo que los satélites de rango más amplio se desplazan hacia los puntos más altos

de sus órbitas). Advierto ligeramente el retraso provocado por la velocidad de la luz: no puedo mover todo mi «cuerpo» a la vez; para que las cosas cambien según mis órdenes, necesito darles tiempo. Y, por supuesto, no tengo un solo cuerpo, sino partes separadas de anfitriones físicos desperdigados por todo el mundo, a distancias que van desde los ochenta y uno a los 3105 kilómetros por encima de la superficie de la Tierra. Podría decirlos la desviación exacta que existe desde la altura media del nivel del mar a cada uno de ellos, pero a vosotros no os importa y mis procesadores toman en cuenta todo eso. Girar los satélites es un poco como mover los ojos y un poco como mover los dedos. Solíamos cartografiar las cosas imprimiéndoles un movimiento que se asemejaba más al de los cuerpos tradicionales, pero descubrimos que las suposiciones falsas daban origen a sus propios problemas. Es mejor tratarlas como algo desconocido, ya que lo son.

Siento que los satélites, uno por uno, van quedando completamente bajo mi control. Los más pequeños tienen menos de medio metro de ancho y pesan solo unos gramos, mientras que los más grandes son del tamaño de un automóvil y pesan toneladas. Cada uno desempeña una función en el esquema de Explosión Solar: algunos poseen mejores frecuencias, otros son mejores para condiciones atmosféricas variables, otros más adaptables para operar sin identificación en órbitas muy particulares. Digo «identificación» porque es casi imposible esconder algo que esté en órbita. Muchísimos astrónomos, aficionados y profesionales, escudriñan los cielos todas las noches buscando cualquier cosa, desde cometas a cuásares. Hay un proyecto internacional que se enfoca específicamente en la detección de basura orbital, para permitir que los operadores de satélites comerciales planifiquen mejores rutas. Ellos saben que estamos aquí, pero no saben lo que somos, al igual que no saben con seguridad de qué se tratan los cientos de satélites gubernamentales que realizan misiones encubiertas, las herramientas que han dejado atrás los astronautas, los pedazos de superficie de la luna expelidos hacia la Tierra por las lluvias de meteoros, y todo el resto. Siempre y cuando mantengamos en secreto el «qué», todo marchará bien.

Las lentes y filtros que hacen posibles nuestros rastreos se acomodan en su lugar con un clic. Al principio observo mi planeta bajo la luz visible, luego en las frecuencias que la flanquean, luego en armónicos que se extienden cada vez más lejos de lo visible, y

finalmente con los factores noéticos y polidimensionales que el mundo en general no conoce. Todo funciona. Contengo el aliento al tiempo que emito las órdenes de rotación a los satélites que me rodean para comenzar a observar el universo. Nada es comparable a esto. Veo la Tierra, luego la atmósfera, luego el viento solar, en su lucha de muchos billones de años contra los Cinturones de Van Allen, y luego la Luna. Desde mi/s ángulo/s, es imposible divisar los asentamientos que operan mis cohortes, y así debe ser. Ni los asentamientos permanentes del lado oscuro ni las operaciones de minería totalmente automatizadas de los cráteres del polo sur se pueden ver desde ningún ángulo de mi mundo natal. Si los escudos del equipo minero estuviesen debilitados podría distinguir algunas de sus emisiones, pero todos son potentes y el paisaje lunar se ve sin vida, exactamente como debe verse.

Una de las cosas que estoy haciendo es rastrear los errores producidos por el cambio de enfoque, de modo que acelero cada vez más la velocidad del zoom. Las bases de datos públicas proveen los datos que mis agregadores de entrada traducen en capas superpuestas: esto es lo que se espera. Los datos pertenecientes a las operaciones propias de Iteración X y a otras operaciones de la Unión Tecnocrática quedan superpuestos, mostrándome lo que está previsto, por más esotérico que sea. Lo que no encaja con ellos es lo que requiere mi atención. En este momento, un observador novato sucumbiría al pánico, porque hay muchas cosas que no son como deberían ser: un asteroide cuya cara opuesta al sol está anormalmente caliente, detección de cometas no registrados, fluctuaciones magnéticas que no coinciden con las observaciones terrestres, lo que se os ocurra. ¿Ya os mencioné que el universo es un follón? Si los datos se ajustan con precisión a la teoría, uno sabe que la observación está mal hecha. Marco las anomalías que no pertenecen a los patrones que estoy buscando, las envío al personal del Lado Oscuro para ulteriores análisis, y sigo rastreando.

Por ninguna razón en especial, enfoco mi mirada colectiva fuera de la eclíptica, lejos de los planetas y hacia las partes del cielo que se ubican por encima del polo norte. En principio, más de lo mismo, hasta que, muy de repente, emergen unos patrones conocidos. Hay una combinación inconfundible de firmas, que ya detecté en las secuelas del incidente de Bangladesh. Afuera, en el espacio. ¿Qué diablos está haciendo en el espacio una cosa que reacciona como un vampiro? Lo miro fijamente y con más determinación, utilizando cada vez más

sensores disponibles para el análisis, y una parte semiconsciente de mi mente envía la solicitud de asignación de recursos adicionales para ponerlos bajo mi control transitorio. En pocos minutos sonarán las alarmas en las oficinas de distribución de Explosión Solar.

Mientras tanto... bueno. El ojo humano es egoísta. Nos vemos a nosotros mismos en todo, desde las tomas eléctricas de tres patas hasta las nubes y los parachoques delanteros de los automóviles. Poned juntos un par de puntos y una línea y veremos un rostro. No soy inmune al fenómeno por el hecho de tener una relación odio/odio con la forma humana. De modo que no siento una especial sorpresa cuando veo en esta masa rojiza central algo muy similar a un ojo terrestre. Es obra de mi propia naturaleza animal. Espero.

A medida que se despliega, advierto qué es lo que estoy mirando. Desde hace varios años aparecen informes dispersos que hablan de algo que flota en los bordes de los campos perceptivos, casi siempre emergiendo de detrás de un planeta, una Nube de Oort o cualquier otra cosa sólida y fidedigna, o bien eclipsado por cualquiera de estos. La cosa no sigue un curso fiable, al menos cuando se intenta trazarlo en función del espacio-tiempo tetradimensional. Obviamente, está entrando y saliendo del continuo local. Unas anotaciones que aparecen en los extremos de mi campo visual, provenientes de los archivos de transconversión, explican que los Ingenieros del Vacío no han tenido suerte en la elaboración de un patrón general de sus movimientos, y que varias expediciones (son discretos en cuando a los detalles, pero yo también mentiría sobre mis fracasos) simplemente desaparecieron o no pudieron realizar aproximaciones cercanas. De modo que si me hubiese mantenido más al día con los informes no estaría tan sorprendido como lo estaba hace un momento.

Maldito sea si esa cosa no parece un ojo. Y luego se pone peor. Los remolinos de lo que entiendo es gas nebuloso forman unos gigantescos labios que se abren, y entre ellos se ve un coágulo de polvo que se parece demasiado a una pupila para que me sienta cómodo. Me mira...

discontinuidad

De pronto siento únicamente mi propio cuerpo. Estoy de nuevo en el laboratorio. El equipo sigue conectado, pero no puedo hacerlo funcionar. Los datos ingresan bien al interior del casco, y los teclados emiten un zumbido de señales táctiles, pero se me ha bloqueado la

conexión sensorial y el comando de los satélites. Estoy atascado en un nivel de comando que abandonamos hace un siglo y que hasta la tecnología de vanguardia mundana está dejando atrás.

Espero que lo reparemos pronto.

3

MING XIAN

El historiador Tácito dijo de la conquista romana de Britania: *"Hicieron un desierto y lo llamaron paz"*. A veces pienso que el pueblo de Uygur hizo exactamente lo contrario: hicieron la paz y nosotros la llamamos desierto. Beijing y los ministerios están muy lejos, hacia el este, y los planificadores, pienso, no tienen una verdadera idea de cómo vive la gente de aquí. Miran los datos generales, si tienen inclinaciones literarias recuerdan grandes historias y novelas sobre las montañas Tianshan y el desierto de Taklamakan, y consideran a toda la Región Autónoma de Xinjiang Uygur como un amplio desierto que debe ser transformado en algo útil empezando desde cero. Luego, los encargados de llevar a cabo la labor venimos aquí desde Beijing o Shanghai o Xian, descubrimos que se parece muy poco a lo que el entrenamiento nos ha enseñado a esperar y nos empeñamos en hacer coincidir los grandiosos planes regionales con las realidades de la vida que se vive entre los oasis y los valles ocultos.

Al comenzar mi retiro semestral, recuerdo nuevamente la brecha que existe entre los sueños de Beijing y las realidades del terreno. Detrás de mí se encuentra la capital provincial de Urumqi, un típico desastre del siglo veinte que incluye industrias en crisis, superpoblación y recursos naturales agotados. Delante de mí se yerguen las Tianshan, que se cuentan entre las montañas más escarpadas y prohibitivas del mundo. Cuando llegué aquí por primera vez, compartí la reacción de un turista norteamericano que estaba en el mismo vuelo proveniente de Beijing: «Había visto pinturas de montañas como estas, pero siempre pensé que se trataba de una convención artística». Se elevan como torres sobre el observador, casi como si estuviesen sueltas y a punto de caer en cualquier instante, pero sin llegar a caer nunca. Para el Politburó y los planificadores subordinados, este es esencialmente un territorio inútil, cuyo único interés reside en que provee de caminos, de objetos prácticos que se

utilizan para marcar las fronteras y de alguna ocasional mina lucrativa. Y, por cierto, en comparación con los esfuerzos que deben hacerse a fin de administrar todo un continente según los planes maestros, así es. Pero la experiencia de la gente que vive aquí es bastante diferente.

Los científicos con quienes trabajo me comentan que los glaciares esculpieron los valles de bordes afilados donde anidan las aldeas de Uygur. Los aldeanos dicen que las montañas se pelearon entre sí a cuchilladas y esculpieron estas heridas hasta que el Cielo las obligó a detenerse. Nunca he sido capaz de hablar con las montañas, pero en los reinos yin los fantasmas dicen que los valles son el comienzo de la muerte de las montañas, deslizándose hacia abajo en forma física hasta que finalmente atraviesen el muro entre la vida y la muerte. Quizá estén en lo cierto, de diversas maneras. Lo que ahora me interesa es que hay más senderos de los que conocen los amos de mi Partido, y que estos atraviesan empinados cañones y escabrosos pasajes, y que desembocan en pequeños pero exuberantes y fértiles campos y en bosquecillos que solo podrían divisarse desde arriba. Aquí la gente vive prácticamente como lo ha hecho desde el colapso del imperio mongol, siglos atrás, y yo guardo su secreto.

Tengo un motivo oficial para realizar este viaje. Ocasionalmente, la Oficina de Planificación Familiar realiza unas encuestas para averiguar qué están haciendo los pueblos autónomos con el conocimiento y los bienes que el pueblo Han decide facilitarles. Los funcionarios, allá en casa, cogen los datos, los comparan con pautas conflictivas y producen planes que pueden funcionar o no, pero que nosotros, los que hacemos el trabajo de campo, somos responsables de llevar a la práctica. La preocupación que los impulsa este año es, una vez más, el uso de los nombres y el idioma Han en las aldeas, ya que el Politburó prefiere que los habitantes de Uygur y de otros pueblos autónomos sean absorbidos por la masa sin pedirle permiso al gobierno para llevar a cabo la asimilación física. Para ello, haría falta una mezcla de razas y poner los puestos de trabajo, de por sí bastante limitados, a disposición de las minorías. Pero si empiezan por ponerles nombres como los nuestros a sus bebés y a hablar como nosotros, todo estará bien, según razonan las autoridades.

También hay un motivo extraoficial. Cuando tenía diecisiete años, vendí mi alma por poder, o al menos comencé el proceso de venta. Mi tía Lin me indujo a hacerlo, pero la elección, a pesar de todo, fue mía. Con las brujas Wu Keng ocurre lo siguiente: cumplen con sus promesas. Logré los diversos éxitos con los que sueña todo

adolescente y el precio fue el que quise pagar. El sistema Wu Keng comienza con la humillación: prestar servidumbre a las ancianas del arte y alienar el yo de la vida anterior. Conmigo, quizás, mi tía hizo una elección desafortunada, ya que no estaba ni remotamente cerca de sentir perturbación por tener que abandonar mi existencia masculina, a diferencia de la mayoría de mis compañeros estudiantes. En una sociedad tan completamente patriarcal como la nuestra, hay humillaciones interminables que una debe sufrir por ser mujer, pero la existencia no es en sí misma una fuente de vergüenza o humillación para mí. Esa puede ser la razón por la que, eventualmente, me convertí en una decepción tan terminal para mis mentoras. A su debido tiempo, me aparté de su orden y ellas no se lo tomaron muy bien. Su disgusto se manifestó en una sarta de maldiciones del tipo que el folklore, tan a menudo y en este caso tan justificadamente, asocia con el término «bruja». Por lo tanto, para continuar existiendo como mujer viviente debo recurrir a rituales que no puedo llevar a cabo en medio de ninguna ciudad, si quiero permanecer a salvo.

Este jeep que conduzco tiene una placa que lo identifica como propiedad del Ejército de los EE.UU. asignado a Bahrein en 1969. A veces me pregunto cómo apareció abandonado en un estacionamiento de Urumqi hace dos años, cuando estaba buscando un reemplazo para mi camión recientemente difunto. Lo habían mantenido en buen estado y yo hago lo mismo ahora, de modo que me sirve muy bien para moverme por las carreteras principales y por los senderos de cabras y ponis. Durante cuatro días me alejo cada vez más, internándome en las zonas más remotas de Tianshan, por caminos que los cartógrafos locales se cuidan de no incluir en los mapas que envían a Beijing. El aire se vuelve cada vez más frío, pero no más limpio. Aunque he dejado atrás las ciudades, los vientos aún traen polvo contaminado de las estepas y de los desiertos en putrefacción dejados por el Mar de Aral, que está en proceso de evaporación. Todas las superficies orientadas al oeste están cubiertas de una capa marrón grisácea que durará hasta las próximas lluvias.

Me detengo en varias aldeas y consulto con los alcaldes y enfermeras que conozco. La resistencia a la campaña de nombres chinos es tan intensa como esperaba. Tomo nota de todo en mi cuaderno personal y espero analizar más tarde cuál es la selección y la interpretación adecuada de estos datos. También planeo consultar con mis ancestros al respecto, ya que no tengo deseos de someter a mis anfitriones y confidentes a las purgas que estoy segura que el

gobierno querrá realizar cuando quede claro que los nativos de Uygur pretenden seguir siendo ellos mismos. Aquí, entre las cumbres y los precipicios, me siento tentada a abandonarlo todo, a marcharme y construirme otra identidad. A fin de cuentas, lo he hecho dos veces desde que dejé a las Wu Keng, de modo que no es que no sepa hacerlo. Pero... habrá tiempo para ello más adelante.

El quinto día, abandono incluso los senderos de cabras y continúo cuidadosamente a campo traviesa, a lo largo del lecho seco del río estacional, entre riscos casi verticales. Ocasionalmente, paso cerca de las ruinas de los asentamientos abandonados durante las guerras civiles, cuando tanto los Nacionalistas y los Comunistas como los oportunistas independientes masacraron aldeas enteras. Lenta, muy lentamente, la naturaleza recupera el control: la erosión y el moho reclaman su botín. Tengo que avanzar más despacio en ciertos tramos, pues debo sortear basureros y zonas en donde aún se asoman vigas y estructuras de hierro a través del polvo depositado durante décadas. En el crepúsculo del sexto día, recorro el último segmento del viaje, ahora a pie, para mantener la pureza de mi destino.

Sé que estoy bien encaminada cuando un resquicio entre las montañas me permite ver un resplandor rojo elevándose a la lejanía, sobre el desierto. En el umbral entre este mundo y las tierras espirituales se encuentra una civilización perdida, allá en la meseta. Nadie ha visto estas ciudades desde hace siglos, quizás desde hace eras planetarias. Sin embargo, cuando se dan las condiciones apropiadas, se percibe su resplandor. Su presencia en este momento significa que estoy apenas fuera de sintonía con el mundo natural detrás de mí, pero bastante fuera de sintonía con el mundo de analistas y estaciones de tren donde vivo la mayor parte del tiempo. Ahora me será más fácil cubrir el resto de la distancia que debo recorrer; la luz de las ciudades invisibles me servirá de baliza cuando sea hora de volver. En el lugar donde el cañón se tuerce hacia el norte hay un pequeño manantial (en esta época del año, es apenas algo más que un punto húmedo en el canal) y allí establezco mi campamento.

Durante el resto de la noche recorro los límites de mi espacio ritual: cinco pasos a un costado para el cuadrado interior, y unas formas más grandes y complejas a su alrededor. Hacer esto a la luz de las estrellas no es lo más fácil del mundo y hay muchas oportunidades de hacerlo mal. Todo relumbra ligeramente, a medida

que la noche avanza, reproduciendo las características esenciales de la geometría sagrada de la capital imperial. No hay puntos obvios de discordancia, así que justo antes del amanecer me acuesto en el centro de la figura para tomar un breve descanso antes de dar el próximo paso. Mi reposo es incómodo, atribulado por sueños de tormentas de fuego que se abaten sobre el paisaje que me rodea. Sé de dónde provienen estas imágenes, claro; las confrontaré a su debido tiempo. Despierto infeliz, pero no obstante preparada para continuar. Al desperezarme no escucho palabras de aliento ni de advertencia por parte de mis ancestros.

Cruzar del mundo viviente al mundo yin es bastante fácil. Todos lo hacen al menos una vez, cuando mueren. El alma abandona el cuerpo y penetra en el reino en donde predominan las tinieblas y las energías silenciosas. Las dificultades surgen únicamente para aquellos que desean regresar a la vida sin tener que reanimar un cuerpo muerto, y para aquellos que no desean alertar a las fuerzas que vigilan el umbral entre ambos mundos. Las dos cosas se aplican a mi caso. Este ritual de mezclarse con los fantasmas es importante para mí por varias razones, y dado que las filas de las Wu Keng incluyen a poderosas nigromantes debo proceder con gran sigilo. Gracias a mis viajes y a los preparativos que he hecho hasta ahora, mi cuerpo ha quedado totalmente purgado de sus asociaciones con el bullicioso mundo de la vida humana y, debido a mis meditaciones sobre el pasado y la pérdida, mi alma ya piensa, al menos un poco, como un fantasma.

Me desayuno con una mezcla de plantas venenosas y psicotrópicas, hechas pulpa y tamizadas hasta quedar convertidas en una especie de té tibio. Muy pronto me invade un entumecimiento y ya no soy directamente consciente de mi cuerpo, que se inclina contra una roca ubicada en el interior de mi templo improvisado. Mis ojos solo logran un breve atisbo del alba antes de que la vista me falle, junto con todos los demás sentidos. Por un momento estoy completamente sola en la vacuidad que, según dicen los sabios, prefigura al Olvido. Luego el mundo yin comienza a imprimirse sobre mí, comenzando por los vientos demoníacos. Cuando era aprendiz y aún estaba recibiendo instrucción acerca de mi papel de muchacha entre conspiradores, el mundo yin era un sitio mayormente en calma. A veces soplaban unos fuertes vientos surgidos de los vacíos bajo las tierras fantasmales, pero no muy a menudo. Algo cambió cuando el Emperador de Jade marchó a la guerra con sus ejércitos de fantasmas por última vez. Se desató una tormenta que sigue arreciando a día de hoy, arrasando las

tierras fantasmales como un huracán arrasaría el mundo viviente si soplara sin cesar durante años y años. Ese viento es lo primero que oigo.

Ahora mi alma se está desprendiendo de mi cuerpo, adoptando una forma más pura, sin las complicaciones de la biología. Hago una pausa, flotando en las tinieblas ventosas, y muy lejos escucho la risa familiar de una de las nigromantes que me enseñaron el arte de la asesina. No me esperan, pienso; si hubiera alguna perturbación que las distraiga... y la hay. Algo golpea contra el muro que rodea al mundo viviente, entre mi persona y los baluartes de las Wu Keng. No sé qué es y apenas me importa. Lo que importa es que todas las nigromantes se concentren en ello el tiempo suficiente para que yo logre cruzar. Lo único que ahora me conecta con mi cuerpo es el cordón de plata; en lo que concierne al mundo yin, soy otro fantasma que acaba de despertar. Me paro debajo de los mudos cielos nublados, viendo brillar sobre mi cuerpo los desvaídos ecos del sol y sintiendo cómo se abaten los vientos contra el cuerpo de energía yin casi pura que habito ahora. Unos caminos de oscura alma-metal me muestran hacia dónde debo ir para hallar mi punto de reunión.

El primer ataque del actual maelstrón fue el peor. Atravieso los restos de una de las torres de observación del Emperador. Antes de la tormenta, había soldados imperiales apostados aquí. Marchaban por los alrededores en busca de fantasmas recién llegados y los traían de regreso para su evaluación y asignación de tareas útiles, o quizás se limitaban a entregarlos en las forjas, donde los despojaban de sus identidades y los convertían en el alma-jade que es la moneda de curso y el material de construcción más común de este mundo. Ahora, torre y soldados por igual han desaparecido, dejando apenas unas cáscaras casi sin mente que se aferran a cualquier recuerdo que las conecte a la vida. Cuando ese recuerdo también se desvanezca, caerán a plomo en los infiernos que los aguardan abajo. A cierto nivel, ellos lo saben y pueden percibir el poder dentro de mí, de modo que prefieren no causarme problemas. Cuando se apartan para dejarme pasar, la torre se colma del sonido de sus correteos.

Continúo por el camino en tinieblas rumbo a la segunda torre, también en ruinas, y luego hasta la tercera, que sigue intacta, pero abandonada. Aquí conviven varios clanes de fantasmas de Uygur, defendiéndose de los espectros y depredadores del mundo yin y cumpliendo con el mismo servicio para sus descendientes vivos en la medida de sus posibilidades. Me consideran una extranjera que se ha

comportado con inusual amabilidad con sus hijas, y si bien nadie de la raza del Emperador de Jade es bienvenido aquí, al menos me tienen catalogada como algo diferente a una enemiga. Levantan las puertas de jade blanco y me permiten continuar mi camino; avanzo por una curva y desciendo una ladera que conduce a mi punto de encuentro personal. Cuando la torre se pierde de vista, comienza a caer una fuerte lluvia, la típica precipitación blanda del mundo yin, mezclada con fragmentos de hueso y de recuerdos arrancados de sitios desconocidos por la tormenta continua.

Este pequeño valle contiene una hilera de tumbas, construidas aproximadamente en la época en que los ejércitos de Alejandro el Grande estaban instalados en Bactria. Entre los hombres y mujeres que descansan aquí (en dos filas enfrentadas, a cada lado de un barranco, para preservar sus propiedades) se cuentan algunos de mis ancestros. Sus espíritus vagan por todos los confines del mundo yin y, por supuesto, muchos ya no están intactos. El tiempo se cobra su cuota de tantas maneras... Sin embargo, cuando realizo los ritos tradicionales, todos ellos logran responder a mi llamado, incluso los que ya se están precipitando hacia la disolución. Me ofrecen todos los consejos que pueden, con la esperanza de que, si escojo las opciones inteligentes, su linaje continúe. Tengo mis dudas, pero sigo creyendo que, cuando debo analizar algo lo bastante serio, me sirve de mucho venir aquí... o al menos espero que así sea.

En medio de la penumbra del crepúsculo, comienzo con los sacrificios. Uso mis propias lágrimas, extraídas una por una, para preparar una libación, y ofrezco hebras de mi cabello a los rescoldos perpetuos de la fogata que arde al final de la hilera de tumbas. Una por una, las volutas de humo se esparcen hasta describir un círculo por encima de las tumbas; se forma una bruma similar a una llovizna: primera señal del retorno de los espíritus. Sale la luna, apenas un poco menos que llena, rubicunda y enorme. He perdido la noción de lo que será el tiempo cuando vuelva a mi cuerpo mortal, pero no tiene nada que ver con todo esto, de todos modos: es una manifestación de la reunión del linaje. El tinte rojo es señal de que hay problemas en algún sitio no lejos de aquí, en términos del corazón, en el mundo yin. Podría provenir de las muertes ocurridas en algún incendio forestal (o de una fábrica), o del trabajo de un nigromante, o de algo parecido, y tendré que ser cuidadosa cuando me encamine de vuelta a casa.

Mis ancestros adoptan formas cada vez más sólidas mientras yo continúo orando. Una vez que terminan de reunirse algunos, vienen

más. La presión que ejercen los pares y el gusto por la imitación no se interrumpen con la muerte, después de todo. Pero esta vez hay algo extraño en su manifestación. En lugar de pasar por las etapas fantasmales convencionales para la formación de una apariencia de vitalidad, la bruma que determina su atención y su pasión se coagula, convirtiéndose en algo pesado y gris. Es mucho más parecido a la piedra que a cualquier cosa humana. Las estatuas de mis ancestros retumban ligeramente y observo que se agrietan, como si algo en su interior estuviese tratando de salir. Si esto se pareciera en algo a las formas de venganza que he estudiado, sospecharía que las Wu Keng son las responsables, pero no es su estilo. Si hubiesen hallado estas tumbas, habría un demonio esperándome... u otra cosa más desagradable. Esta desconocida prisión indica alguna otra influencia, completamente distinta.

Con una creciente incomodidad que, poco a poco, se va convirtiendo en un pánico rotundo, me alejo un paso de una de las estatuas y me acerco a la siguiente, tratando de arrancar la piedra con la mano para liberar a mi ancestro. No funciona. Puedo quitar las capas exteriores de roca en delgadas láminas, como si fueran de granito debilitado por la erosión, pero siempre aparece más roca debajo. Solo el influjo continuo del alma-bruma me dice que aún más abajo hay otra cosa. El suelo bajo mis pies se torna lodoso conforme camino de aquí para allá. No estoy segura, pero creo que la cuenca del valle se está cerrando un poco. Ciertamente, eso parece que hace ahora, al tiempo que sigo girando en medio de un círculo de piedras erguidas. Aquí, al nivel del piso, está oscuro como la pez, a no ser por la escasa luz de mi fogata de sacrificios, y el cielo está casi despojado de estrellas. Solo la luna, aún enrojecida, me hace compañía, lo que no me reconforta demasiado.

La luna se eleva hacia el cenit y allí hace una pausa, brillando casi verticalmente sobre mí. Sea lo que sea lo que esté a punto de suceder, la falta de movimiento de la luna significa que el ambiente ya está listo para que suceda. Detengo mis carreras de pánico, observo y escucho.

Una docena de estatuas se agrietan simultánea y precisamente de la misma manera. Trozos de roca caen de sus rostros, dejando unos prolijos canales redondos en el sitio donde deberían estar los ojos. Puedo percibir, aunque ahora no estoy tan segura, que de la nuca de cada estatua surge un haz que penetra en la lejanía, en otra capa del mundo yin o quizás en algo mucho más extraño. Una tenue

luz relumbra en cada uno, y se forman más rajaduras, permitiendo que las cabezas se bamboleen precariamente y giren para seguir mis movimientos. Considero la posibilidad de ocultarme, pero decido que esta no es la clase de mirada de la que una puede apartarse tranquilamente. Me verán, y ya que estoy en esto prefiero que sea ahora y no después.

Me aproximo a la estatua más cercana, que tiene las proporciones de mi bisabuelo, y me estiro ligeramente para espiar el interior de sus ojos huecos. Los ojos no presentan la clase de lucecitas titilantes que esperaría ver como reflejo de una fogata distante. Es más como el brillo constante de la luz reflejada en los ojos de un gato por la noche. Y luego la turbulencia escarlata, que sigue en la lejanía, cobra sentido para mí. Advierto que estoy observando las texturas del iris de un solo ojo, muy grande, bañado por esa iluminación roja. Justo cuando comienzo a retroceder, el ojo parpadea...

Y, de buenas a primeras, estoy de nuevo en mi cuerpo, bajo los cielos de Xinjiang Uygur. Estoy sentada con las piernas cruzadas, no muy lejos del jeep, cubierta por un poco de rocío nocturno.

No puedo percibir el mundo yin.

Imaginad despertar y descubrir que no sentís los brazos ni las piernas, o que no podéis oír. Cuando uno despierta a las realidades de la existencia sin la chispa vital, la siente consigo tan íntimamente como a cualquiera de los sentidos físicos. Esto no es algo que ocurra solo... alguien o algo debe provocarlo. Sé que soy víctima del ataque de una fuente que no comprendo y que me ha privado de recursos esenciales, igual que sé que mis enemigas están avanzando hacia mí una vez más. Me pongo de pie y subo al jeep, temblando muy levemente. Pronuncio unas breves oraciones, con la esperanza de que mis ancestros puedan oírme, a pesar de que yo no los oigo.

Parte de ser un buen chamán consiste en aprender los nombres, naturaleza e intereses de muchos espíritus, a fin de poder hablarles directamente y construir alianzas y asociaciones que nos permitan cubrir las necesidades de la comunidad de nuestra elección. Otra

parte consiste en averiguar quién conoce a los espíritus que nosotros no conocemos, para que, cuando surja algún problema que esté más allá de nuestra especialidad, podamos conseguir ayuda. Pasamos la mayor parte del tiempo practicando solos, pero en nuestros viajes al mundo espiritual (y en ocasiones también en el mundo material) tratamos de conocernos unos a otros y siempre nos consultamos sobre asuntos de interés mutuo. La afirmación de que los chamanes del mundo forman una Tradición mágica coherente (y nosotros lo afirmamos, y la llamamos la Tradición de los Cuentasueños, dicho sea de paso) se basa casi por entero en esos encuentros y en esa tradición de asistencia recíproca.

Si pudiese viajar al mundo espiritual como lo hago habitualmente, podría buscar cualquier cantidad de recursos por mis propios medios. Está, por ejemplo, la Ballena Encallada, una cosa medio muerta que habita junto a una fría laguna, en una montaña muy lejos del mundo material. Habla en tiempo pasado de todo lo que existe y de todo lo que se me pueda ocurrir que existirá: parece estar, de algún modo, anclada en los últimos momentos del universo. Sin duda, podría decirme algo útil... si pudiera llegar allí. Pero el punto central de toda esta explicación es que no puedo.

Por lo tanto, ahora necesito a una persona que viva de este lado de la Celosía, alguien a quien pueda hablarle por medio de los sentidos puramente materiales. Se me ocurre un nombre: Tareq Omar Belim. Debo reconocer que Tareq a veces parece forzar demasiado los límites de la «vida», pero tiene una excusa. Él y yo, por decirlo de algún modo, somos parte de la misma generación de nuevos chamanes. Despertó a su naturaleza interior la misma semana que yo. Pero para él fue mucho peor. Hasta el comienzo de esa semana era un simple sastre que vivía en la ciudad de Benapole y mantenía decentemente a su familia gracias a sus delicados trabajos de costura. Siete días después estaban todos muertos, junto con un millón de otras personas, vacíos de sangre y de espíritu a causa de un horror ancestral, y él fue testigo de todo. La conmoción sirvió para arrancarle la venda a su ojo interior y desde entonces no ha podido cerrarlo.

Entre los chamanes, Tareq es un caso especial, ya que no tiene ningún poder para viajar por el mundo espiritual ni para comandar espíritus de ningún tipo. (Puede, desde luego, intentar persuadirlos, y se ha vuelto bastante diestro en eso). Lo que hace mejor que cualquiera de los que fuimos llamados hace tan poco tiempo es *ver*. Ve los espíritus de la vida y la muerte, de la organización y la

decadencia, de la energía y del flujo y del tiempo. Ni siquiera nuestros reverenciados maestros tienen un campo de visión tan amplio; casi todos nos especializamos en un grado o en otro. Tareq lo ve todo.

Después de la muerte de su familia y su recuperación de las heridas casi fatales que sufrió en los incendios provocados por el horror, vendió sus bienes materiales y comenzó a viajar. Se ha esforzado por encontrarle el sentido a todo, por ver patrones detrás de la proliferación aparentemente aleatoria de espíritus individuales. Nos conocimos en Tokio hace un par de años y me causó una profunda impresión. Todo chamán sufre por su poder, de una u otra manera, pero sus cicatrices interiores eran tan profundas, tan rigurosas, que ante su presencia me sentí empequeñecer de una manera muy poco frecuente en mí. Y aún tengo su número telefónico.

Sé que ahora vive según el horario de Bangladesh, donde quiera que esté. Son diez horas más con respecto a Nueva York, pero como es casi medianoche decido llamarlo. Ha pasado largo tiempo desde la última vez que hice una llamada internacional, pero busco la información y la hago. Después de cuatro timbres, contesta con esa voz suya, cansada pero intensa.

–¿Diga?

–Tareq, soy Robert Blanche. Me diste este número en Tokio.

–Sí, Robert, te recuerdo. Escuchaste con respeto y hablaste con cortesía. ¿Por qué me llamas ahora?

–Tengo un problema y necesito consejo. --Hago una pausa, pero parece que está esperando que diga más. Le explico de mis encuentros y de mi actual ceguera interior. Me hace preguntas muy perspicaces y rápidamente comprende cuál es la situación.

–Mmm... --dice por fin--. Estás topándote con cosas asociadas al fin.

–Sí. Sí, eso es. El fin de los espíritus, y el Apocalipsis de la estrella roja... su cultura, informes sobre su actividad, todas esas cosas.

–Podría hablarte de Krishna y de Kali, pero ahora no puedo asegurar que te sirviera de mucho. --Tareq nunca bromea abiertamente y casi nunca sonrío, al menos según mi experiencia, pero a veces hace gala de una aguda ironía--. Creo que te será más fácil con los símbolos de tu propio pueblo. --Lo dice despreocupadamente, además; todo de una sola vez, sin ninguna puntuación en el tono--. Busca Revelación y Ragnarok.

Me las ingenio para ocultar la auténtica envergadura de mi incapacidad a mis colegas y supervisores. Incluso con esta repentina limitación cibernética, soy un hijo de puta inteligente que sabe jugar los juegos de la política oficinesca mucho mejor que la mayoría de ellos. Uno de los secretos más importantes para montar un buen engaño es saber qué porción de la verdad usar, ya que las mejores mentiras suelen ser cuestión de contextos y consecuencias falaces, más que de referencias falsas.

Por lo tanto, informo con bastante sinceridad que el nuevo equipo parece estar funcionando bien, pero que he experimentado cierta incomodidad al utilizarlo y que recomiendo que se pruebe con otros observadores. Agrego, también con sinceridad, que es aconsejable reforzar las filas de usuarios calificados lo más pronto posible, a fin de que no tengamos que depender tanto de otros grupos de vigilancia. Todo ello me hace acreedor a un breve pero significativo elogio de parte del líder de proyecto, que siempre está hablando de la importancia de la autosuficiencia de la unidad como prerrequisito para una efectiva colaboración entre unidades. Luego solicito y consigo que me transfieran a la sección de cotejo de datos, donde constantemente tienen dificultades para entresacar la clase apropiada de información útil a partir de las montañas de datos desnudos y donde quizás pueda hallar algunas respuestas para mi propio problema.

Lo primero que descubro es que si busco empleando «estrella roja» como término primario pierdo el tiempo más de lo que esperaba. Parece que la siniestra luz roja se ha visto en el cielo bastantes veces, todos los años desde el comienzo de la astronomía conocida, y a menudo en las proximidades de eventos interesantes o poco habituales. Bueno, qué novedad. Los eventos interesantes y poco habituales ocurren todo el tiempo, porque vivimos en un universo tan grande y tan colmado de eventos que incluso los improbables suelen ocurrir más veces de lo que la intuición humana podría sugerir. Nuestros cerebros están programados para filtrar las interpretaciones de la percepción y el razonamiento que tienen pocas probabilidades. Generalmente eso es bueno, pero implica que cuando surge algo que exige atención a pesar de ser poco probable, los observadores tienden

a perder los estribos. Agréguese la significación que se asocia con todo lo que es brillante y rojo contra un fondo oscuro, y se armará un follón.

En este punto, me interrumpe una crisis de verdad. El Mar de Aral es un mar muerto en lo que antes era la Unión Soviética, que ahora está, dependiendo de cómo se mire, dividido entre Kazakhsan y Uzbekistán, o Kazakhsan y Karakalpakistan o como se llame. En los años cincuenta, la política soviética de irrigación masiva comenzó a drenar el lago, que ahora presenta un diez por ciento del tamaño que tenía en 1960 y continúa reduciéndose sin pausa. La elevación resultante del nivel de salinidad mató a todos los esturiones y a todo el surtido de peces de agua salada que solían prosperar en el Aral. Las que una vez fueron exitosas aldeas pesqueras ahora son extraños pueblos fantasma, distantes decenas de millas de todo resto de agua. En el pasado, hemos tenido problemas con los vientos del desierto: arrastran la sal que queda de la evaporación, cargada de basura tóxica de todo tipo, arrojada al mar por las fábricas y las granjas amantes de los pesticidas aguas arriba, y por las pruebas de armamento e instalaciones de almacenaje soviéticas de las islas de ese mar.

Bueno, antes había islas. Ese es el problema: la evaporación ha llegado tan lejos que varias de esas islas han quedado unidas al continente, de modo que cualquiera que se atreva a recorrer unos kilómetros de desierto de sal tóxica puede echar mano de cualquier cosa que los soviéticos hayan dejado abandonada y que los kazakhsanos aún no hayan estropeado. Sabemos que ciertos coroneles emprendedores asignados al área han vendido un poco de crudo, pero el verdadero problema son los carroñeros profesionales. Llegan en camiones y grúas, y pueden desvalijar una instalación de la antigua Unión Soviética hasta dejar las paredes desnudas en un abrir y cerrar de ojos, y luego ofrecer el botín a los siempre dispuestos compradores de algún asentamiento importante de cualquiera de las ex-repúblicas soviéticas, de China occidental, Pakistán, Armenia o de una buena cantidad de otros sitios, muchos de ellos difíciles de monitorear.

La crisis se desarrolla así:

Día 1, 2230 horas

Nuestros monitores atmosféricos detectan el incremento de media docena de carcinógenos en las proximidades del Mar de Aral. Allí ya

es el día siguiente, por la mañana temprano. El sol está alto, de modo que puede haber carroñeros trabajando.

Día 1, 22:40 horas

Comenzamos a monitorizar el tráfico de señales de kazakhstanas y rusas. No parecen advertirlo. La unidad de respuesta externa empieza a debatir cuánto se les debe revelar y de qué manera.

Día 1, 22:55 horas

Nuestro rastreo de seguimiento desde un satélite maniobrable con mejores sensores identifica armas biológicas específicas y tres compuestos de los que no estamos seguros y, además, establece que las fugas provienen de la costa occidental del Mar de Aral.

Día 2, 00:20 horas

Aún no podemos hallar una buena pista que nos indique qué son los tres compuestos desconocidos, pero decidimos no esperar. Despachamos un equipo de campo propio, con el equipamiento necesario para montar tanto zonas de cuarentena como de esterilización. Ninguno de nosotros quiere hablar del tema, pero todos estamos bastante seguros de que habrá que recurrir a la esterilización. Y por mucho que yo desprecie la falibilidad humana, tener que matar cualquier número significativo de personas no es un simple fracaso: es algo jodidamente deprimente.

Día 2, 01:15 horas

El análisis interoperacional escupe la identificación de uno de los tres compuestos, y es una mierda muy desagradable. En el siglo diecinueve, en Alemania y Gran Bretaña, un puñado de oficiales militares visionarios que patrocinaban a un puñado de químicos fascinados con la muerte llevaron a cabo unos precoces experimentos con armas químicas, ocultos en galpones secundarios de ciertas fábricas, en casas de campo remotas y sitios así. Este es el resultado de uno de esos experimentos, una porquería híbrida extraída de las tinturas de anilina en cuatro etapas, que hace que los nervios se activen repetidamente sin oportunidad de reponerse, de modo que la víctima muere de espasmos y agotamiento. Nuestros registros no arrojan indicación alguna de que alguien haya seguido trabajando con esto desde 1924, y tendremos que descubrir (más tarde) cómo llegó a manos de los soviéticos. Por el momento, alertamos al equipo de campo. Los procedimientos de seguridad ya existentes bastarán para protegerlos, pero es una cosa más de la que, a partir de ahora, habrá que cuidarse al llevar a cabo incursiones en la zona abandonada.

Día 2, 01:50 horas

Primer informe de una muerte relacionada con el caso en los registros policiales kazakhstanos. No parecen estar al tanto de la fuga, pero el relato de un borracho que muere de hemorragias masivas y que presenta descamación en la piel que cubre las articulaciones es indicativo de la presencia de una de las muchas creaciones de los científicos nazis birladas por los soviéticos al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Día 2, 02:30 horas

El equipo de campo ya se encuentra en el lugar, y sí: se trata de una brecha provocada por la mano del hombre en la Instalación Contenedora Norte N°3, en lo que fuera la isla de Vozrozhdeniya. Los responsables están muertos en el lugar del hecho, lo que en cierto modo resulta satisfactorio. Parece que... El informe del equipo se interrumpe por un momento para confirmar el análisis y luego prosigue. Parece que estos malditos idiotas perdieron el control de uno de los camiones aparcados en una elevación del terreno, cerca del almacén más occidental, y el vehículo sencillamente rodó ladera abajo, alcanzando velocidad suficiente como para romper la pared e incendiarse. Si los delincuentes no hubiesen estado muertos, el equipo de campo, con todo gusto, habría violado la política de la Unión en lo referente a la tortura.

Día 2, 03:05 horas

El equipo de campo logra su primera evaluación al mismo tiempo que aparecen más informes de muertes en los registros oficiales. Unos tíos de la capital del distrito incluso se preguntan si habrá una fuga de armas tóxicas, pero por alguna razón no la relacionan con Vozrozhdeniya; están preocupados por otra cosa ubicada más al norte, que según nuestro mapa fue minuciosamente descontaminada en 1995. Bien por ellos, ya que esto implica menos probabilidades de que interfieran con nuestro trabajo.

Día 2, 03:40 horas

El equipo de campo ya ha sellado todas las fugas y coloca cargas de limpieza alrededor para eliminar las peores acumulaciones de descargas tóxicas de las cercanías. Cuando partan, detonarán unos explosivos a fin de que parezca un incendio espontáneo de la maleza y que parte del trabajo peligroso quede hecho antes de que aparezca alguien para hacerlo.

Día 2, 04:00 horas

En este punto revelamos los estímulos. En Kazakhstan son las primeras horas de la tarde y el número de víctimas asciende. Ahora es

donde yo hago lo mío. Por desgracia, debido a mi maldita ciberceguera, lo hago mucho más despacio y peor de lo que lo haría normalmente. Debería estar en ciberproyección completa, viajando por los primitivos ordenadores de la región y manipulando los datos rápidamente. En lugar de eso, estoy trabajando con herramientas puramente externas, nada más sofisticado que los teclados convencionales y mi viejo paquete macro. Con mi equipo usual podría sondear un poco el ambiente que rodea cada ordenador y hacer pirateos básicos en teletipos y esas cosas. Pero ahora no. Va a morir gente por culpa de lo que sea que me estaba mirando desde el espacio.

Día 2, 04:30 horas

El equipo de campo presenta una propuesta que es inmediatamente aprobada. Quieren prender fuego al más pequeño de los dos oleoductos que corren por debajo de la masa principal de emanaciones tóxicas. Sus apresurados cálculos sugieren que así neutralizarán una gran cantidad del material más peligroso, reemplazando una crisis bioquímica por otra crisis más convencional que puede aparecer en los medios. Estoy a favor y adoso una nota a tal efecto; luego regreso al trabajo. Para mi completa falta de sorpresa, aquí está la evidencia que relaciona a todos esos delincuentes muertos con el gobierno local: su jefe era primo del jefe de la guarnición sur de Vozrozhdeniya y pariente político de los alcaldes de tres pueblos cercanos. Más o menos lo que me esperaba, pero irritante de todos modos; envió algunos de esos datos a distintos periódicos de Ankara, Moscú y Nueva York.

Día 2, 0445 horas:

Lo echo todo a perder.

Bueno, es un poco más complicado. Me encuentro con un dispositivo de seguridad mucho más desarrollado de lo que esperaba hallar en una oficina postal de pueblo. Hurgando un poco, descubro todo un bloque de redes locales pasmosamente sofisticadas, con un estilo en extremo idiosincrásico. Lo que tenemos aquí es un talento espontáneo, uno de esos individuos que podrían desarrollarse hasta ser aptos para realizar nuestra clase de trabajo, o que podrían representar una excelente adquisición para cualquiera de nuestras dos facciones enemigas. Es más, observo que, quienquiera que sea, sus capacidades están mejorando muy rápidamente, a juzgar por las fechas de activación. Me desespero... y pierdo los papeles. Decido

utilizar algunos de mis analizadores de identidad personalizados. Ni siquiera los considero ciberware...

Y de pronto pierdo el conocimiento por un instante, la silla de ruedas se voltea y acabo tirado en el suelo. Alguien ha arrancado los implantes de los enchufes instalados en la silla, y recibo una bocanada de oxígeno puro de un respirador portátil. Miro al gerente de piso y grazno:

--Incompatibilidad en el tipo de datos. --Para mí mismo, agrego:--
Tengo que escapar de esto por un tiempo.

6

MING XIAN

La debilidad espiritual que me invade a causa de esa misteriosa fuerza tiene una consecuencia inesperada. La mayoría de la gente vive su vida sin tener conocimiento de los reinos yin y yang y sin toparse con manifestaciones directas de los mismos. Otras personas desarrollan una Consciencia completa y hablan con los espíritus y viajan por las muchas tierras que ellos habitan. En medio de ambos grupos, hay una categoría de almas desafortunadas que pueden percibir ligeramente los reinos que se encuentran más allá del Muro y que son embrujados por cosas que no son capaces de comprender y con las que no pueden hablar. Es en esta condición intermedia en la que he caído.

Allí donde hay cosas vivas, hay reflejos yin de sus vulnerabilidades y eventuales muertes. Un avezado intérprete de presagios puede percibir el futuro en ellas. Los embrujados no pueden, pero son capaces de ver el inminente fin que aguarda a todo lo viviente. Así es como veo la ancianidad de este hombre, la muerte por aplastamiento y fuego de aquel otro, la enfermedad de esos niños y/o del ganado, y así sucesivamente. También percibo que mis ancestros y quizás otros fantasmas están tratando de contactarme, pero lo único que logro recibir son susurros incomprensibles, ínfimas brisas palpitantes, un escalofrío transitorio. Me persiguen por igual en habitaciones cerradas y en la vía pública, sin hacerme (ni hacerse) ningún bien y aumentando mi desgracia a cada día que pasa.

Una semana de vivir así me ha dejado al borde del colapso. No puedo concentrarme en mi trabajo y he solicitado una baja, con la

excusa de haber estado expuesta a una de las enfermedades de la montaña. Siempre nos encontramos con esa clase de dolencias, tratables pero desagradables, que también resultan ser una excusa conveniente para cualquiera que necesite de un tiempo libre por razones que no quedaría bien mencionar en los registros oficiales. Aunque no sirven de nada a la hora de dormir, o de salir de compras, o de hacer cualquier otra cosa. Esté donde esté, también están los fantasmas. En los sitios donde el Muro es particularmente delgado, también hay manifestaciones: agua teñida de sangre, el olor a moho de las tumbas, sombras donde debería haber luz brillante. Parece que los fantasmas no me oyen, o al menos lo que digo, tanto en una conversación como en la invocación ritual, no sirve de nada. Avanzo torpemente durante el día y me sacudo y doy vueltas durante la noche.

Por capricho, o así lo parece, decido salir de viaje. Extraigo dinero de una de las pequeñas cuentas de ahorro que tengo en un banco local y compro un juego de billetes de tren. Por supuesto, habrá puestos de control e inspectores que tendré que atravesar, pero mi identificación oficial, complementada con los vales de viaje falsos de los que dispongo, serán suficientes para dejarme pasar. Me preocupo brevemente por la falsificadora, una viejecita encorvada a cuyas hija y nieta he ayudado en la oficina, pero decido que hasta que llegue el momento en que el Cielo me diga que soy libre de morir, debo vivir (para continuar sirviendo), y este parece ser el precio de seguir viva, o al menos de conservar la cordura. Más tarde, quizás, haré algunas correcciones.

Por unas pocas horas, disfruto de un verdadero y bendito alivio. El tren asciende laboriosamente por valles angostos, atraviesa escarpados pasadizos y gradualmente desciende hacia las llanuras del lado opuesto. Es tremendamente ruidoso, pero se trata (para mi alma sorda) de un ruido puramente físico. No existe nada embrujado en él. Esa noche duermo profundamente, soñando sueños complejos en los cuales ese horroroso encuentro con lo que está utilizando a mis ancestros se entreteje con parábolas y relatos históricos de demonios que corrompen a los tontos. Y cuando despierto los susurros han vuelto.

El segundo día en el tren, emprendo un ejercicio bastante desesperado. Sé cómo hacerlo, en principio, pero no es algo que alguna vez haya esperado necesitar o deseado hacer. Ahora, sin embargo... Sí, debo aislarme aún más del yin y el yang, amarrarme mas íntimamente al mundo material, al menos hasta que logre

acomodarme mejor a mi actual estado de infelicidad.

Comienza con la embriaguez. Por mucho que traten de prohibirlo las autoridades del ferrocarril, en los trenes de larga distancia siempre hay licor barato para beber: jamás he usado las máquinas expendedoras, pero algunos de mis pacientes me han descrito el procedimiento, como si nada, al discutir otras cuestiones. De modo que me aproximo con confianza y en pocos minutos, y por menos yuans de lo que esperaba, tengo algo que pretende ser vodka, en cantidad suficiente para dejarme casi inconsciente. Tomo una comida final para fortificarme y me pongo a trabajar para conseguir el estado preciso de embriaguez.

Una vez que lo logro, descubro que realizar la meditación necesaria es tan difícil como esperaba. De hecho, al principio me limito a quedarme dormida. Tardo media docena de intentos en pronunciar completa una sola palabra del mantra del alma que se mete en sí misma, y media docena de intentos en pronunciar la segunda. Vacilo durante todo el proceso, con varios comienzos en falso e interrupciones. Sin embargo, poquito a poco, siento que el embrujo retrocede. Es como si las fuentes se volvieran distantes, aunque permanezcan cerca, como si el espacio vacío que nos separa y los huesos bajo mi piel absorbiesen más visiones y sonidos no deseados. Cuando el segundo día da paso a la segunda noche y avanzamos pesadamente por la zona sur del Río Amarillo, me alejo cada vez más de mis dones.

Cuando desembarco en Chongging, una semana después, mi espíritu ya no se distingue de ninguno de los muchos otros que me rodean.

La última palabra de Tareq me recuerda algo, y me dedico a hurgar en el abultado cuaderno donde anoto los contactos y las referencias. Si, aquí está: un panfleto del concierto de un puñado de bandas de *death rock* en Michigan, que incluye un solista que se hace llamar Anders. Cada vez que cojo esa hoja, la «e» de su nombre adopta la forma de un ojo y me hace un guiño. Interpreto esto como un signo. Y esta vez, a diferencia de lo que ocurrió en mis esfuerzos

previos por contactarlo, no hay ninguna barrera espiritual defensiva que atravesar. Anders se envuelve en capas de protección y distancia, y la última vez no logré llamarlo ni escribirlo. Todos los números eran equivocados, todas las cartas se perdían o eran entregadas en direcciones erróneas. «Él habla cuando sabe que debe hablar», me había dicho la Basura.

Tiene un sitio en Internet. Es malísimo, por supuesto. O bien lo hizo él mismo, o bien alguno de sus amigos; presenta él habitual amontonamiento de texto e imágenes de formato deficiente, más una constelación de *banners*, cortesía del sórdido servidor que utiliza. En el vínculo indicado como «Contactar con Anders», no hay nada que se parezca a un número telefónico convencional, sino una serie de pictogramas que, según descubro gradualmente, indican un sitio de los reinos espirituales, un sendero de aproximación y guardianes que reconocer y sortear en el trayecto. Grandioso, si no me hubiese topado con la estrella roja. Tal como están las cosas, tendré que hacer más llamadas telefónicas.

En algún lugar de las zonas más remotas de Nebraska, hay una granja centenaria dirigida por un hombre soltero de mediana edad. Ahora se parece a los granjeros de los alrededores, pero hasta hace unos pocos años era el número dos en importancia de la editorial musical número tres de Hollywood. También posee una potente capacidad de comunicación con los espíritus; no es un chamán completo, pero sí una persona con un don que va más allá de las habilidades normales de un médium, además de ser un alquimista bastante bueno. Cuando me contó su historia quedé impresionado al enterarme de que había desarrollado todo su arte por sí mismo, siendo sus únicos guías los espíritus que acechaban bajo su cama y su armario. Finalmente, perdió el control y allí fue donde intervine yo.

Después de una fiesta de Año Nuevo del 2000 que aparentemente incluyó algo más que las habituales conversaciones filosóficas, regresó a casa y trató de conjurar a las Nueve Musas. Fue una idea extremadamente mala. Las musas que se imagina la gente cuando menciona a «las Nueve Musas» no existen; lo que existen son unos espíritus con un tremendo poder, que se deleitan inspirando actos creativos y que adoptan algo de la personalidad proyectada por quienes los han invocado. El Magnate, como a la Basura le agrada llamar a este sujeto, se las ingenió para retener el control necesario para enviar a las musas de regreso antes de que se manifestaran por completo, de modo que solo destruyeron la mitad de su casa, pero su

anhelo subconsciente de regresar a los viejos días en que era miembro de una banda atrajo enjambres de espíritus destructivos semiconscientes que convirtieron su vida en algo así como una secuencia de escenas extraídas de *Poltergeist*.

Llegué a conocerlo unas semanas después. En ese entonces acampaba en la playa, para evitar que los espíritus hicieran más daño en su casa u oficina. Su coche y la tienda estaban destruidos y sus ropas hechas jirones. Yo había ido a probar el oleaje local que, según me habían dicho, era bueno para mi nueva pasión de hacer *surf* con barrenador, y me encontré con esa lenta catástrofe, montada sobre los mundos material y espiritual. ¿Qué podía hacer, sino ofrecerle mi ayuda?

Lo interrogué de tal manera que quedó claro que yo sabía de qué me estaba hablando, y comenzamos una conversación que acabó durando semanas. Entre los dos logramos resolver el problema. Cuando terminamos, decidió que estaba listo para cambiar de ritmo, vendió su parte de la compañía y se marchó a Nebraska.

Desde entonces nos mantenemos en contacto, de modo que cuando lo llamo no lo sorprende totalmente.

–¡Bob! –exclama con sincero placer–. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Otro préstamo?

–No, pero gracias. No, necesito información sobre un contacto.

–Muy bien. ¿Sobre quién? –Lo escucho abrir el archivador de tarjetas que tiene sobre el escritorio. Su *Palm Pilot* tiene muchas más direcciones, pero siempre comienza por lo físico.

–Un músico de *death rock*, de nombre Anders.

El Magnate se pone serio.

–Ese es otro de los tuyos, ¿verdad? –Siempre piensa que soy una especie de maestro chamán, cosa que a veces me resulta embarazosa, pero esta vez dejo pasar el comentario.

–Sí, lo es.

–¿Entonces por qué no te proyectas astralmente o como sea que llames a eso que haces? La Búsqueda del Héroe, eso es.

Buena pregunta, pero creo que no quiero responderla en este momento.

–Ha surgido algo que indica que la mejor idea es contactarlo físicamente. Es una larga historia.

–Está bien. Cuéntamela alguna vez. Mientras tanto... –Revisa el archivero. Luego se oye el *bip* de la *Palm Pilot* al encenderse. *Bip, clic, clic*–. Bien, aquí está. –Me lee un número de móvil–. Y cuando todo

esto termine, ven y cuéntame la historia, ¿vale?

–Claro –respondo, y lo digo en serio.

Miro el número de Anders por un rato. No veo ninguna numerología obvia que sea de interés, ningún criptograma que se destaque. Desearía poder hablar de esto con la Basura, pero antes de conocer a mi tótem yo ya era bueno con los enigmas y tengo algo de confianza en mi capacidad de análisis. Así que finalmente hago la llamada. Es un contestador. Dejo mi nombre y el del Magnate, y digo:

–Me gustaría hablar contigo sobre el Ragnarok.

Luego aguardo.

No me llama ese día, ni el siguiente. El tercer día ingresa una llamada que mi sistema de identificación indica que se origina en Noruega. Perplejo, respondo.

–Hola, habla Robert Blanclege.

El sujeto del otro lado habla con voz brusca y ronca.

–Al habla Anders. No tendrías mi número si al menos uno de mis amigos no pensara que vale la pena hablar contigo. Así que dime, ¿para qué quieres hablar del Ragnarok?

Decido zambullirme en el tema sin más preámbulos.

–Vi la estrella roja y ha bloqueado mi capacidad de caminar con el espíritu. Un amigo mío dijo que debo pensar en el Apocalipsis.

Por un momento se queda callado y oigo las oleadas aleatorias de estática de la comunicación transatlántica.

–Creo que quizá será mejor que vengas. ¿Puedes coger un vuelo a Noruega?

–Claro, si sé dónde debo ir.

–Toma nota. –Me da una serie de domicilios e instrucciones--.

Date prisa.

Así es que, veintitrés horas más tarde, estoy conduciendo un coche por una ruta secundaria, al sur del Círculo Ártico, habiendo viajado de Nueva York a Trondheim y a Moi Rana en aviones cada vez más pequeños, y desde allí en el automóvil. Me complace descubrir que conservo algo de la habitual buena suerte de los chamanes, a pesar de la ceguera espiritual: nada de esperas, buenas combinaciones de vuelos, buen servicio. Me costó mucho dinero, pero tenía la mayoría del efectivo necesario y pagué el resto con tarjeta de crédito; tendré tiempo de organizarme antes de que llegue la factura, espero.

Después de una hora y un poco más de recorrido serpenteante, entrando y saliendo de los fiordos, llego a la última referencia que me

describió Anders. Finca Silver: ese es el lugar. Giro y me interno en una sucesión de subidas y bajadas verdaderamente escalofriantes, a la vera del agua. Hay una faja de playa que parece destinada a desaparecer, pero que aparentemente no lo ha hecho, con una cabaña muy bien construida bajo un fresno solitario y enorme.

Colgando del árbol hay un hombre desnudo, que debajo del pelo y la mugre es de piel blanca, llena de cicatrices y tatuajes. Cuando me ve aparcar, se balancea, se desata los pies y cae con elegancia sobre la grava de la playa. Me observa tranquilamente mientras me apeo y me aproximo, y deja que yo haga el primer movimiento.

–Yo... eh... soy Robert –digo por fin.

–Anders. –No me extiende la mano para que se la estreche ni nada de eso. Tampoco parece particularmente preocupado por estar desnudo y hablando con un extraño. Con bastante seguridad, yo no tendría esa clase de confianza–. Ven –agrega, señalando la cabaña con la cabeza–. Conversaba con la ardilla, pero ya estaba a punto de entrar, y además no es la clase de cosa que en este momento te serviría de algo, si lo que dices es cierto.

–¿La ardilla? –Estoy confundido–. Ah, sí... Ratatosk.

–Esa misma.

–Pensé que vivía en Yggdrasil o en otro sitio exótico por el estilo.

Anders se ríe entonces, con una carcajada muy profunda y efusiva, tremendamente adecuada para ser lanzada mientras se saquea una ciudad.

–Y así es. –Agita una mano hacia el árbol–. ¿Qué crees que es esto, en todo caso? Simbolismo, amigo. Un enorme y puto simbolismo.

–Oh, claro. Disculpa, estoy atontado por el cambio de horario.

–No hay problema. Te despertaremos o te pondremos de nuevo a dormir. Tengo algunas de las mejores cervezas que hayas probado.

–Otra pausa–. Dime que te gusta beber, por favor.

–Oh, sí.

–Muy bien, entonces. Se me ocurrió que tal vez eras uno de esos malditos chamanes *hippies* con dieta vegetariana que no fuman ni nada. Jodidos cobardes que arruinan las cosas para el resto de nosotros, haciendo que los espíritus se acostumbren a ser consentidos y respetados en lugar de obedecer mandatos. Si lo fueses, te haría esperar fuera. –Parece hablar en serio–. No quiero que ningún marica debilite la voluntad de la casa.

–Soy de la vieja escuela –le aseguro–. Cazo para matar y comer lo que consiga, conozco el poder del tabaco y la pipa, sé dónde cortar

y cuándo. --Me enrolló una manga para mostrarle las viejas cicatrices que rodean mi codo izquierdo.

--Muy bien, entonces --repite--. Cuéntame el resto de la historia. Se lo digo todo, tan cuidadosamente como puedo.

--Amigo, esto apesta.

--Sí señor, apesta --digo--. Echo de menos a mi tótem y a todo el resto.

--Ah, eso no --dice desdeñosamente--. A la mierda con eso. Lo resolverás o no. Me refiero a que cuando comencé a enterarme de estas cosas, realmente deseaba que fuese una de esas modas pasajeras. Pero siguen apareciendo con demasiada frecuencia, por todo el Árbol del Mundo. Estrellas que caen, gigantes muertos que despiertan, inundaciones e incendios... se parece mucho al Ragnarok. Y, a decir verdad, esperaba estar mejor preparado para esto.

--¿El verdadero fin del mundo? --Soy escéptico y sospecho que se nota.

--Mira, el muy cabrón tiene que terminar en algún momento, ¿verdad? Aquí estamos, atrapados en eso: ya pasó el Y2K; se acercan el 2012 y la convergencia armónica, todo el rollo. Todo el mundo está sacando la basura fuera, todo apunta a que voy a encontrarme en medio de los acontecimientos. --Dispara una exposición de profecías que casi siempre me han pasado desapercibidas.

--Oh, sí --digo cuando parece tomarse un respiro.

Y continúa la conversación toda la noche. Pasamos algún tiempo estableciendo nuestros respectivos niveles de competencia, comparando experiencias en el mundo espiritual. Descubrimos que él ha estado un par de veces con mi primer mentor, Xoca, y que se ha formado las mismas opiniones sobre él que yo. «Es un gran hombre, o lo sería si no estuviera jodidamente chiflado», como Anders lo expresa. En algún momento hablamos de escenarios de muerte: lo que deseamos, lo que esperamos, lo que tememos. Anders expone su deseo de morir en medio de una actuación musical sobresaliente que nadie haya logrado antes, y hace una lista de media docena de hits importantes de Europa y Norteamérica. Puede que no sea del todo estable, pero nunca es aburrido.

Una de las cosas que no te dicen acerca de volverse uno con el universo es que la comprensión que acompaña a todo lo que estás experimentando no llega automáticamente.

En el estado en que me encuentro ahora, sea cual sea el significado de la palabra «ahora» para alguien como yo, pasan rápidamente muchísimas de cosas que para mí solo son misterios. Aquí hay un hombre que es, al mismo tiempo, un ser humano, un hombre lobo (o algo así), un excepcional canalizador de poder y una pila de cenizas en la oscuridad. Así es toda su vida. ¿Qué significa eso? No lo sé; solo sé que despierta un odio especialmente intenso en las mentes de todos aquellos cuyas vidas se conectan a la suya a través de los canales del Destino y la Sincronía. Allá hay una mente que se abre a mí, llena de pensamientos tan complejos como lo eran los míos cuando vivía en un solo cuerpo y en un solo momento a la vez. Y ni uno solo de ellos me es comprensible: ningún lenguaje reconocible, ni palabras, ni estímulos sensoriales, nada. ¿Se trata de un loco? ¿Se trata de una mente que nunca fue humana? A menos que desatienda otros deberes, no podré encontrarle ningún sentido que pueda reconocer.

Otra cosa que no te dicen es exactamente qué porción del mundo transtemporal es simbólica. A veces siento que todo el universo ha resultado ser un teólogo o un poeta o un Hermético o algo así. La mayor parte del tiempo, ni siquiera posee contexto o símbolos adaptativos; deriva sus manifestaciones de capas de existencia más apartadas de la experiencia normal que la mía. Es bueno que siempre me hayan gustado los enigmas y acertijos, supongo, ya que paso gran parte de mis períodos de Consciencia descifrando el flujo de símbolos, habitualmente crípticos, que me rodean y atraviesan.

Me esfuerzo para hallar las palabras que expresen el modo en que cambian las cosas en los reinos fuera del tiempo. Vivo en medio de lo que algunos magos vivos llaman Correspondencia, la red de conexiones que no tiene nada que ver con la ubicación física. Antes manipulaba estos vínculos inconscientemente y luego pasé a hacerlo de forma voluntaria como (si se me permite) uno de los mejores piratas informáticos e ingenieros sociales del siglo veinte, y ahora tan íntima y directamente como alguna vez lo hice con mi propio cuerpo. Escapé de la existencia mundana para entrar en lo que podría ser el sistema operativo del universo. Hablar de pasado y de futuro realmente no le hace justicia, pero toda la mente humana está

construida para vivir en el tiempo antes que en la eternidad. Podría inventar nuevos términos, pero tendría que explicarlos de todos modos. Así que, en nombre de la simpleza, actuaré como si lo que conocéis como secuencia tuviese alguna importancia en este sitio.

La Umbra está poblándose. Cada vez hay más nuevos símbolos y redefiniciones que rodean las conexiones entre los símbolos ya existentes y sus significados y significantes. Las insinuaciones del Juicio (con J mayúscula) se multiplican. Describo un ciclo a través de los paisajes de la Umbra, buscando patrones, esperando poder descubrir qué cosa del futuro es responsable de esta actividad, antes de que ese futuro se vuelva presente. Por motivos que aún no tengo claros, el simple desplazamiento hacia el tiempo futuro es mucho más arduo de lo que solía ser: demasiada congestión, demasiada divergencia y convergencia de posibilidades, de modo que la identidad estable no dura lo suficiente como para lograr enterarse de nada útil. Por utilizar un símbolo de mi propia cosecha, si mi vida de unión con el poder de la Correspondencia (con C mayúscula) hasta ahora ha sido como escalar colinas, más adelante hay montañas y acantilados.

Aquí viene otra de esas entidades vinculadas con el futuro. Por suerte, su simbolismo es fácil de develar: estoy buscando tres mentes Despertadas individuales, dos masculinas y una femenina, que estarán conectadas pero que aún no lo saben. Uno de los hombres es cojo, el otro es lisiado y la mujer tiene un nudo de ambigüedad en su identidad. Todos han sido golpeados por algo que dejó brillantes marcas rojas en sus sistemas límbicos, distorsionando algunas de sus percepciones y gran parte de su habilidad para controlar los fenómenos parapsicológicos, lo que ellos consideran como chamanismo o sensibilidad yin o como lo llamen. Algo los ha herido a todos en el mismo lugar, y las cicatrices psíquicas están comenzando a conectarlos entre sí.

Mientras avanzan por su camino colectivo, a través de las ondas ontológicas y semióticas que nos rodean, no pueden verme. Ahora me encuentro más allá del alcance de sus conciencias, que siguen siendo víctimas de una aproximación normal a la causalidad. Tengo la oportunidad de rastrearlos atrás y adelante en el tiempo. Es un embrollo, y parte de mí se inclina a abandonarlo todo y dejarlos solos: entrometerse con el Destino es, como mínimo, algo muy delicado. Pero mi propia vida, lo sé, también está atada al Destino, y muy pronto también lo estará todo el universo, o bien quedaré excluido de las partes que no lo estén. Entonces me digo a mí mismo que esta,

quizás, podría ser una buena experiencia de aprendizaje.

Pronto descubro que puedo aproximarme a su momento compartido de crisis solo a través de un matorral de símbolos extremadamente denso. Lo que sea que hayan encontrado, se manifiesta en la memoria engrámica de sus proyecciones transtemporales como ese maldito Ojo Rojo que aparece en tantas visiones estos días. El contexto es bastante diferente para cada uno de ellos, de modo que sospecho que ese ojo ardiente es una especie de contaminación conceptual; ciertamente, hay muchas maneras en que pueden haber sido infectados por la misma imaginaria. En cualquier caso, gracias al poder amenazante del Ojo Rojo, todos han acabado manifestando el daño por medio de la lente de la ceguera. Es una elección interesante. La experiencia me dice que, si tuviera que hablarles, probablemente los hallaría inseguros del poder adquirido. Esto suele presentarse enredado con dudas de diversas clases referidas a la propia persona. Pero no es momento para eso. Una sensación de urgencia me impulsa a proceder.

Aquí, a unos pasos en el futuro, sus senderos se entrelazan más íntimamente que de costumbre. Escucho un eco (bueno, una sensación de recurrencia de ciertos patrones en la organización de sus psiquis. Mi mente prefiere representar estas cosas con imágenes sensoriales). Se relaciona con...

Sí, aquí vamos. Se relaciona, en cada uno de ellos, con ese momento formativo en el que se abrieron los circuitos neurogenéticos más altos de sus respectivos cerebros y pudieron ejercitar el potencial que normalmente se encuentra latente. La gente que considera esta habilidad como magia llama a la experiencia el Despertar. Los visionarios cristianos (o pseudo cristianos, según a quién se le pregunte) lo llaman el don del Espíritu Santo. Lo que sea. Es siempre la misma cosa. Por razones que ni para mí son claras, las heridas infligidas por lo que sea que esté enmascarado como el Ojo Rojo están bloqueando un vínculo conceptual que une ese Despertar con un punto crucial de su futuro compartido.

Por capricho, decido hablarles. No es tan fácil como podríais pensar.

Pienso brevemente en tratar de aparecerme frente a cada uno de ellos en forma separada, pero es demasiado esfuerzo. Mejor intento manifestarme al trío en conjunto, como si fuesen una sola entidad. Rememoro los rasgos que tenía en vida y extraigo reflejos del medio ambiente para verificarlos. Recuerdo que yo era, para decirlo de un

modo llano, guapísimo: adulto, pero sin llegar a la edad madura, de ojos brillantes, esbelto, bien vestido. Siempre pensé que si alguna vez hicieran una película sobre la historia de los Adeptos Virtuales, yo debería ser encarnado por Denzel Washington. Todavía soy guapo (por supuesto que todavía soy guapo, me recuerda un yo futuro. ¿Cómo podría no serlo? Lo ignoro. Un hombre necesita de sus momentos de vanidad). Mi voz les sonará extraña, pero no hay nada que pueda hacer al respecto sin prepararme mucho más de lo que estimo deseable en este momento.

Entonces doy un paso adelante y comienzo a hablar.

9

WILLIAM

Decido intentarlo otra vez con la verdad, y le digo a la gerencia que me siento agotado después de demasiado tiempo de trabajar con equipamiento aún experimental y que pienso que será mejor alejarme de los implantes por un tiempo. Tengo un sólido historial de éxitos y en parte se debe a que sé cuándo parar. Los jefes deciden concederme ese tiempo que quiero. Justamente, dicen, hay una listita de recados que les gustaría encargarme: mensajes a entregar personalmente para mayor seguridad, supervisión a realizar, informes conflictivos a catalogar en el lugar del hecho y demás. Trabajos importantes para el esfuerzo mancomunado llamado Proyecto Ragnarok, que es el grupo organizativo que está dos niveles más arriba que Explosión Solar (en otras palabras, ellos son el Departamento de Defensa y nosotros somos el Observatorio Naval). ¿Me agradecería hacer semejante viaje? Bueno, sí, claro... y casi sin darme cuenta ya he empacado y estoy en camino.

Un amigo de la universidad tenía una pegatina en el parachoques que decía: *"violación del copyright: tu mejor entretenimiento"*. Sin embargo, estaba equivocado. Como entretenimiento barato y realmente satisfactorio, muy poco se compara a una hermosa velada pagada por uno de tus enemigos. El mejor entretenimiento es el fraude crediticio.

Es una magnífica tarde en Hong Kong; el cielo está momentáneamente vacío y azul, después del paso de uno de esos repentinos chaparrones. La torre Peak, que parece un arco de entrada

a una pagoda con el mejor crecimiento hormonal de la historia, ofrece un paisaje maravilloso: toda la isla y la mayoría de Kowloon se ven con perfecta claridad. Los muy limitados realces ópticos que puedo manejar por el momento contribuyen un poco. Paso un rato rastreando chicas seleccionadas al azar, tomando notas en mi portátil sobre los lugares en donde se reúnen para poder pasear por allí más tarde, y luego entro en una modalidad de búsqueda más amplia, para detectar a colegas o enemigos con los que quizás quiera tratar. De vez en cuando, un camarero se acerca a llenar mi copa y yo le doy una generosa propina sacada del crédito del Dr. Kung.

En algún momento el Dr. Kung se dará cuenta, claro, pero eso es parte del ejercicio. Lo estoy probando. Si los inoportunos idiotas de seguridad lo advierten pronto, se lo diré. Presume de grandes cosas al hablar, pero no logró hacer nada con el problema de los hematóvoros de Hong Kong hasta que realmente atacaron su maldito laboratorio, y la mayor parte del trabajo pesado la hicieron sus asistentes. Necesito convencer a los peces gordos de Ragnarok que Kung es poco fiable, y me figuro que esta es una manera tan buena como cualquier otra de lograrlo. De modo que contraté a un delincuente local para conseguir la cartera y los papeles de Kung por medio de un simple robo callejero. Guardo los recibos de todo para apuntalar mi argumento. En cierta manera, espero que no lo advierta hasta que yo pueda disfrutar de más de una de esas magnéticas chicas que estoy viendo.

Al comienzo no noto al hombre que está parado en la ventana junto a mí y mi silla de ruedas. Norteamericano, pienso después de echarle una mirada... los descendientes africanos del Sudeste Asiático usualmente tienen la piel más oscura. Considero la posibilidad de ofrecerle un trago, pero decido que no. No es mi tipo, después de todo. Vuelvo a mi examen del paisaje.

–Sr. Sr. Alba. Sr. Castle. Alba. Sr. Albacastle –dice tranquilamente. Es uno de los sonidos más extraños que jamás he oído salir de una garganta humana aparentemente sin aditivos, y eso que he escuchado cantantes de Tuvaluan y algunos otros al límite de su potencial humano. Su voz sale como montada sobre sí misma, de un modo que excede con mucho el acto de cualquier ventrílocuo que yo conozca, y es como si le llevara un rato poner todas las sílabas en orden. Levanto la vista. No parece drogado, aunque, conociéndome como me conozco, sé que hay muchas cosas que se pueden tomar para quedar totalmente alucinado sin perder la apariencia más formal y conservadora.

–¿Disculpe? –Mantente neutral, me digo. Es de día, por ende es probable que no sea uno de nuestros objetivos, pero fácilmente podría ser alguien a su servicio, o alguna otra persona en busca de venganza. Ser policía secreto del mundo implica, definitivamente, ganarse una lista de enemigos.

–Sr. Sra. Sr. Castle. Ming. Robert. Albacastle. --Hace una pausa--. Sr. William Albacastle.

Esta vez no digo nada. No tengo la más remota idea de lo que pretende, si no es un robot haciendo correr un programa en borrador mezclado con sus propios recuerdos. Sin embargo, un sujeto norteamericano en Hong Kong que conoce mi nombre completo no es lo que considero una buena noticia.

Lo intenta de nuevo:

–Me llamo Dante. Creo que ha oído hablar de mí.

Con eso consigue mi atención. El mundo está lleno de Dantes, pero no muchos que sean negros, con acento norteamericano, que sepan los nombres de los funcionarios del Proyecto Ragnarok. Por lo que sé, solo hay uno de éstos y...

–Sí. Lo último que oí es que usted estaba muerto, hecho pedazos cuando su Web Digital se quemó, se cayó y se hundió en el pantano. Se le ve muy tangible para ser un hombre de su condición.

Sonríe.

–Tendremos esa conversación en otro momento. Lo único que necesito decirle ahora es esto: la cura para su ceguera está donde usted vio al resto del mundo por primera vez.

–¿Se ha transformado en oráculo, verdad? Imagino que se gana buen dinero. «¡Ved al Pirata Informático Muerto! ¡Conoced vuestro futuro de la boca del hombre que una vez plagió y denunció a Richard Stallman y que ahora viene a contaros todo!» –Maldita sea. No muerde el anzuelo.

–Me doy cuenta de que es un poco críptico, pero lo comprenderá una vez que piense en ello. --Hace una pautó--. Eso es todo. Todo. Piense. En eso.

Y luego, lisa y llanamente, desaparece. Aire. Ninguna Sensación súbita de vacío, de modo que no se ha teleportado, y si lo hizo, ha llenado el vacío con aire. Ha desaparecido, nada más.

Mi bebida ya no sabe tan bien.

MING XIAN

Los callejones son fríos y húmedos, pero no me importa. Es bastante fácil agregar una chaqueta o sobretodo si los necesito, y la acera mojada y los amenazantes edificios oscuros guardan ecos de sonidos que necesito oír. Si alguien me está siguiendo se rendirá, a menos que se las ingenie para moverse muy silenciosamente y, si fuera el caso, es probable que no pueda defenderme de alguien que sea capaz de hacer eso. Aprovecharé todas las oportunidades como esta cuando se me presenten.

El aire hiede más de lo habitual. Alguna convergencia particular de vientos y los efectos direccionales de la cuadrícula de calles me sumerge en una miasma visible de contaminación proveniente del río. Trato de respirar superficialmente y por la boca, no por la nariz, pero ni la disciplina respiratoria puede hacer tanto. Hay treinta millones de personas atiborradas en la zona urbana de Chongqing, que no tiene sistema central de cloacas. Sus efluvios son más de lo que puedo soportar y, bajo estas circunstancias, el hecho de no desmayarme ya constituye un pequeño triunfo.

Aún tengo los cuchillos de esos últimos asesinos en potencia, escondidos bajo dos capas de abrigo. Siento el tenue rumor de su encantamiento, disipándose con las almas de quienes los controlan. Si no fuera por este maldito aislamiento que me limita al mundo de los vivos, podría interrogar a los espíritus en retirada y quizás aprender algo de utilidad, pero tal como están las cosas solo me queda conformarme con saber que de verdad están partiendo. Una vez que encuentre un sitio para descansar, podré estudiar los documentos que tenían. Espero que haya algo útil allí, ya que esta larga búsqueda me está costando cara.

Doblo la esquina y me dirijo hacia una calle surcada por vías de ferrocarril. El río está en algún lugar a mi izquierda, y tengo un breve atisbo del «centro» de la ciudad, con su ferviente neón y sus delgadas fachadas de glamour nocturno. Nada se mueve en las cercanías... y entonces algo se mueve. Escucho unos pasos, y después veo a un hombre en la calle, más adelante. No ha tenido tiempo de emerger de ninguna de las calles o edificios laterales. O bien dispone de una velocidad acrecentada, suficiente para representar una amenaza muy seria para mí, o bien se las ha arreglado para entrar sin atravesar las distancias materiales. Ninguna de las dos perspectivas me entusiasma. Una persona sin mi Consciencia del ambiente tendería a

culpase por no haber notado antes la presencia del hombre, o supondría que habría salido de un edificio o algo por el estilo, ya que nuestras mentes se esfuerzan mucho por presentar al mundo como algo coherente y consistente. Parte de la carga del mago es aprender con cuánta frecuencia el mundo no es ni una cosa ni otra.

Las farolas de la calle demarcan su silueta, de modo que solo puedo adivinar sus proporciones generales. Cuando habla, lo hace en mandarín, gramaticalmente perfecto pero anodino, resultado de un entrenamiento enfocado en la precisión pero no en los matices.

--Sra. Sr. Ming. Alba. Robert. Xian. --Las palabras salen en cascada, como si varias voces compitieran por el control de una sola boca.

No le veo sentido a tratar de negarlo. Obviamente, no está en una expedición de pesca cualquiera; tiene el conocimiento y el poder.

--Sí.

--Sra. Xian. Blanc. Castle. Ming. Sra. Ming Xian.

--Sí --vuelvo a decir, tratando de conservar la calma. Hago toda una ceremonia del hecho de acomodar mi abrigo exterior y, de paso, extraer uno de los cuchillos de los asesinos.

--Me llamo Dante. Creo que ha oído hablar de mí. --Se detiene por un momento, y luego continúa en tono coloquial--. Tendremos esa conversación en otro momento. Lo único que necesito decirle ahora es esto: la cura para su ceguera está donde usted vio al resto del mundo por primera vez.

--¿A qué se refiere con mi ceguera? --Pero ya lo sé. De algún modo, este norteamericano (de quien no he oído hablar jamás) sabe de mi aislamiento del mundo yin. Y es obvio lo que quiere decirme al mencionar el lugar donde vi al resto del mundo por primera vez, el lugar que ha estado en mis pensamientos con tanta frecuencia últimamente.

--Me doy cuenta de que es un poco crítico --dice, con un tono obviamente risueño--, pero lo comprenderá una vez que piense en ello. Eso es todo. Todo. Piense. En eso. --Su voz se diluye en esa polifonía de antes y parece retroceder en la distancia sin caminar. Reconozco las distorsiones de perspectiva que acompañan al comando mágico del flujo del chi, pero normalmente nunca se ve una demostración tan ostentosa.

Muy bien. De vuelta al lugar donde vi al resto del mundo por primera vez.

Los Estados Unidos se me antojan conocidos y extraños a la vez, después de tanto viaje. Desde luego, ahora cualquier lugar me resulta extraño, ante la ausencia del ruido y del bullicio constantes de los espíritus que lo conforman. Logro adivinar, apenas, unos sonidos muy leves y distantes de lo que normalmente sería una desordenada y vital cacofonía de gritos. Mi tótem permanece en silencio, excepto por sus apariciones en los pliegues de mis sueños más profundos. Es como mirar al mundo a través de cristales teñidos de colores oscuros y escucharlo con tapones en los oídos, o peor. Mis sentidos están muchísimo más estropeados que mis piernas torcidas.

No obstante, incluso a un nivel puramente físico, conforme avanzo por los bordes de las explanadas de O'Hare, me invade una inconfundible sensación de regreso al hogar. La amplitud de las zancadas de la gente, el espacio adicional que se dejan mutuamente mientras esperan en fila, el volumen de su conversación, la clase de gestos que hacen con las manos... todo me demuestra que estoy entre los míos una vez más. Disfruté de muchas de las personas con las que hablé en el extranjero, como generalmente lo hago y, a pesar de lo que se dice sobre los sentimientos anti-norteamericanos, descubrí que la amplia mayoría de los escandinavos que conocí se comportaban de una manera cortés y amigable conmigo. Pero no son la gente para quien fui elegido para actuar como chamán. No son mi gente, en ese sentido profundo de historia y destino compartidos.

Me tomo un tiempo para disfrutar de los paisajes, sabiendo que mi misión puede esperar unos minutos más. Ese esqueleto de dinosaurio nunca deja de hacerme sonreír. Cuando era niño me encantaban los dinosaurios, y ahora que soy adulto aún me siguen gustando. Las almas de los verdaderos dinosaurios normalmente son una decepción, muchísimo menos interesantes que las de las vacas u ovejas comunes, inconscientes de haber vivido en medio de tantas maravillas. El espectáculo, sin embargo, sigue siendo grandioso, y una parte de mí siempre espera que el esqueleto fósil algún día cobre vida y salga a curiosear entre los tiestos con árboles. Y luego está lo que un amigo llama el «laserium», el pasaje subterráneo gloriosamente ostentoso, con luces de neón y paneles iluminados por detrás, que

flanquean las aceras móviles. Ojalá pudiera oír el parloteo del neón; siempre tiene algo interesante que decir.

En otra oportunidad, quizás. Espero.

Mientras aguardo mi maleta, tengo la peculiar sensación de que me están observando. Peculiar para las circunstancias actuales, por supuesto. En mi estado normal, me vigilan constantemente, ya que los espíritus pueden percibir a quienes tienen más probabilidades de ser receptivos a su presencia. ¿Podría tratarse del primer signo de que mi aptitud normal está regresando? Eso espero, pero lo dudo. Esta es la sensación de una sola cosa, desconocida pero específica, que me vigila, sin ninguno de los matices más amplios del mundo espiritual. Tan disimuladamente como puedo, miro alrededor buscando observadores.

En momentos como este, siento algo de simpatía por los paranoicos. El mundo, después de todo, está genuinamente cargado de significados insospechados y hay poderes invisibles observándote en todo momento. Diferenciar eso de la clase de vigilancia específica y posiblemente peligrosa de un enemigo es una labor complicada, que requiere Consciencia y prudencia simultáneamente, y si fuese tan fácil de hacer, la historia humana sería muy diferente. Me arriesgo a pensar que detectaré a la clase de observador que estoy buscando y trato de mantener bajo el nivel de ansiedad, lo bastante como para que no interfiera con mi lenguaje corporal.

Allí está. Un afroamericano alto y bien parecido. Me resulta vagamente familiar. ¿Otro mago de alguna especie? ¿Lo he conocido en persona, y si es así, ha sido en el mundo físico o en algún otro sitio? No lo recuerdo. Me ha visto mirarlo y se acerca a grandes pasos. Advierto que en ningún momento trata de aminorar el paso, pero que todos los que se le cruzan se apartan justo a tiempo. Nada llamativo, pero me está demostrando que puede afectar la distribución de los destinos del mundo de manera bastante significativa. Me aprendo esa lección de memoria. Sin decir nada, nos introducimos en un nicho donde el personal del aeropuerto almacena los carros de equipaje. Nadie nos presta atención; la gente hace esto todo el tiempo, generalmente para reducir un poco el volumen de fondo al hablar por teléfono móvil. No somos más que dos sujetos charlando. Es decir, en lo que concierne al resto de la gente.

--Sr. Sra. Sr. Robert. Ming. Lege. --Esa es la primera cadena de palabras que salen de su boca. No puedo dignificarlas con el término «oración». Es demasiado descoordinada para llamarla así. También

está... duplicada o triplicada. En mis días del hospital psiquiátrico, solía leer mucha ciencia-ficción y recuerdo los relatos de universos alternativos. ¿Está hablándole a alguien que podría estar aquí si no estuviese yo? El foco de sus ojos parece desplazarse hacia delante y atrás como si estuviese dividiendo su atención entre mi persona y otras cosas detrás de mí. Pero detrás de mí no hay nada, salvo la pared.

--Alguno de esos soy yo, sí --digo, con la máxima calma posible.

--Robert. Albacastle. Sr. Robert. Blanclege. Ming. Blanclege --dice a continuación, mientras sus voces gradualmente se van armonizando hasta formar una sola palabra a la vez. Aguardo--. Me llamo Dante --dice, con una voz que ahora está plenamente unificada--. Creo que ha oído hablar de mí.

Claro que sí. Hay tecnoespíritus de muchas clases que nos hablan a los chamanes urbanos sobre los otros humanos con los que tratan. Hay un cariz chamánico en la tecnomancia que practican los Adeptos Virtuales y los Hijos del Éter (que son Tradiciones con raíces más superficiales pero prioridades más precisas que las de los Cuentasueños); he tratado con algunos de ellos, para quienes la afiliación en este grupo es más bien una cuestión de puro gusto personal. Nos cuentan otras historias, igual que nosotros les contamos historias sobre gente y cosas que podrían interesarles. Se supone que Dante no es uno de esos casi-chamanes, pero he oído de él de todos modos. Algunos de sus admiradores dicen que tiene posibilidades de ser el próximo mago de nuestro tiempo que se fusionará directamente con el objeto de su práctica. Y eso me recuerda...

--¿No había usted muerto hace unos años?

--Tendremos esa conversación en otro momento --dice. Hace una pausa, cerrando los ojos brevemente--. Lo único que necesito decirle ahora es esto --vuelve a abrir los ojos--: la cura para su ceguera está donde usted vio al resto del mundo por primera vez.

Lo analizo.

--Tiene bastante sentido --le respondo-- y ya había pensando en hacerlo en algún momento, muy pronto. Pero, si no le molesta mi pregunta, ¿cómo es posible que un pirata informático sepa algo útil acerca de la ceguera chamánica? ¿Tiene usted un esquema de codificación para los espíritus?

--Me doy cuenta de que es un poco críptico --dice, y se ríe. Me pregunto cuál será el chiste. Luego caigo: de «codificación», a «encriptación», a «críptico»... el típico juego de palabras del *hacker*.

Gruño, y él sigue riéndose—. Pero lo comprenderá una vez que piense en ello. –Su voz se vuelve dislocada y polifónica otra vez—. Eso es todo. Todo. Piense. En eso. –Retrocede un paso y desaparece en la multitud. Literalmente, desaparece: no puedo hallarlo en ningún lado y sospecho que tampoco podría hacerlo aunque mis ojos del alma estuviesen completamente abiertos.

Tal como me ha dicho, pienso en eso y comienza a tener sentido. Como la mayor parte de los chamanes, trato con los espíritus del momento presente, aunque sé que hay manifestaciones de otros tiempos. Los maestros de los Adeptos Virtuales no tratan tanto con cosas individuales, sino con las conexiones entre ellas, y algunos de ellos, por lo que entiendo, tratan el «esto ahora» y el «esto mañana» como cosas cuya conexión se puede explorar igual que el «esto ahora» y el «aquello ahora». Puede que Dante haya visto mi propia recuperación futura o que haya encontrado las noticias necesarias, como efecto colateral de lo que sea que esté haciendo. No sería la primera vez que un practicante de un arte tropieza con algo útil y se lo entrega u obsequia a otro tan solo porque le servirá de algo.

Inspiro profundamente y saco el móvil. Tendré que cambiar de planes.

* * *

Doce horas después del encuentro en el aeropuerto, salgo de un coche alquilado, en una carretera ahora abandonada del estado de Nueva York. El cartel que cuelga de las puertas flojas que bloquean el camino reza, asilo para enfermos mentales de new cheshire, con letras que me son demasiado familiares. Aquí es donde pasé mi último año como hombre no Despertado y mis primeros días como chamán. Siento alivio al ver que continúa abandonado, a pesar del auge (a juzgar por todo lo construido a lo largo de la carretera) de población e industrias de la zona. Podría ser suerte. Podría ser también un poco de protección de mi tótem y mis guardianes; solo para acogerme a los beneficios de la gratitud, construyo un pequeño templo para ellos junto al poste central. Nunca está de más agradecer a los que nos han ayudado en el pasado y volverán a hacerlo en el futuro, incluso aunque en el presente no estén haciendo mucho por nosotros. De eso se trata el chamanismo: de reconocer nuestras deudas.

«Donde usted vio por primera vez al resto del mundo», me dijo ayer el hombre que podría ser Dante. Tardaré mucho en olvidar ese

primer momento en que el mundo se derramó sobre mí, con los espasmos mortales de un horror antiguo y su prole carente de amor. Desperté gritando al ver el rostro de pesadilla del mundo que el sol y la luna habitualmente ocultan, y me llevó días de Despertar continuo recuperar algo parecido a la cordura. Eso ocurrió aquí, hace media década. Ayer llamé a mis amigos de Chicago; les dije que tenía un trabajo en Nueva York y fui directamente a comprar un pasaje con destino al aeropuerto más cercano y a reservar un coche de alquiler. Hubo demoras, siempre hay demoras en O'Hare pues hay demasiada gente, pero al fin logré llegar.

Ahora todo es silencio y la luz de la luna brilla a través de las nubes cada vez más densas. Si tengo que quedarme mucho, supongo que me lloverá encima. Saco un paraguas del coche alquilado y avanzo a pie por el sendero de entrada, una vez que decido que el portón está demasiado trabado con óxido para poder abrirlo convenientemente. Escucho pequeños animales entre la maleza y veo huellas de viajeros y vagabundos, pero ninguna reciente. Eso encaja. La última vez que estuve aquí (¡¿hace ya cuatro años?!), las examiné el tiempo suficiente para descubrir un patrón y siento alivio al notar que, aparentemente, siguen intactas.

Como siempre, el verdadero núcleo del asilo no se ve hasta casi llegar a la puerta de entrada. El ladrón con título de barón que inicialmente vivía aquí construyó dos colinas artificiales para agrandar las ya existentes y evitar que la mansión ensombreciera el resto de la propiedad. Cuando murió y sus herederos se mudaron, donando el sitio al hospital psiquiátrico local, los directores pensaron en eliminar las colinas con una topadora antes de advertir que el equilibrado paisaje era bueno para los internos y para los pacientes. Doblo la última curva, cojeando más de lo habitual por culpa de la fatiga acumulada, y veo la oscura masa que ahora se yergue frente a mí.

¿Tendré que entrar? Puedo hacerlo si es necesario, pero desde mi Despertar he sentido un cierto miedo a la oscuridad. Siempre temo que algo mucho peor que mi primera experiencia esté esperando para saltar sobre mí. La idea de atravesar esos oscuros pasillos vacíos, de escuchar los ecos, esperando no oír nada... Comienzo a sudar. Por favor, no.

Por suerte, es no. Poco después de mi última visita, hubo un incendio aquí y el techo solo está cubierto por unas lonas. Una de ellas se ha volado, dejando entrar la luz de la luna, a través de la ventana del que fuera mi cuarto, hasta aquí donde estoy parado. A

veces el universo es muy sutil. Y a veces, como ahora, es muy, muy obvio. Me quedo quieto y aguardo que ocurra lo que sea que esté por ocurrir.

Un grito atraviesa el cielo. Suena familiar. En realidad, es obviamente el eco del chillido mortal que me despertó en 1999, en medio de aquella semana de pesadilla. Ha viajado por el aire de las alturas desde entonces, esperando el momento de descender y hacerme morir de miedo otra vez. El alarido no se detiene, perforándome hasta el tuétano una y otra vez.

El mundo comienza a girar a mi alrededor, mientras los vínculos que me unen a él son seccionados por el grito. Quedo solo en el gran eje; a la deriva, el mundo flamea hacia delante y atrás, y todas mis pertenencias salen volando, igual que todo lo demás. Uno de los árboles del jardín delantero, debilitado por la enfermedad o los insectos hace mucho tiempo, se parte por la mitad al aumentar la presión. Escucho siniestros crujidos provenientes del propio asilo. Será mejor que algo cambie pronto.

Y cambia. Aunque conozco (o al menos eso espero) lo que se avecina, igualmente me causa conmoción. Siento que mi cabeza se abre en dos. Mis ojos ya no tienen el monopolio de la visión: toda mi cabeza parece haberse convertido en un ojo gigantesco, que ve en todas direcciones al mismo tiempo. Mis inútiles estímulos auditivos quedan ahogados por la inundación de sonidos que se registran directamente en las profundidades de mi mente. Palpo todo lo que veo y oigo, y lo huelo, lo saboreo. Saboreo la luna cuando miro hacia arriba. Saboreo el polvo cuando miro hacia abajo, el polvo y el césped, y las semillas y los insectos que se arrastran por el césped en busca de semillas, y la roca debajo del polvo y luego el magma debajo de las rocas.

En éxtasis, me desplomo.

Un tiempo indeterminado más tarde, mis sentidos comienzan a volver a sus respectivos órganos y abro nuevamente los ojos. Ahí viene la Basura, saliendo del asilo. Y, mm... ahí viene otra vez. Hay dos, charlando entre ellas. No son copias: una tiende más a los desechos industriales, la otra más a la basura doméstica, y sus voces suenan diferentes. La cuestión es que la parte de mi alma que reconoce a su tótem las reconoce a ambas como mías. Algo ha salido mal, o al menos de manera muy diferente.

Orange Beach. Dios mío, no puedo creer que todavía esté en Orange Beach. Dejémoslo, no suena tan impresionante como un joven y borracho Martin Sheen.

A la mierda con todo, estoy harto de sentirme tan estúpido. Hace mucho tiempo, me acostumbré a tener una mente estructuralmente superior a la de la mayoría de las personas, a frecuentar la estructura bicameral independiente que, según Julian Jaynes, prevalecía antes del advenimiento del conocimiento moderno, pero sin sacrificar la autoconciencia moderna. Desde ese momento crucial de comprensión, he vivido con un lóbulo de conciencia separado, que actúa como fuente de retroalimentación e instigación, permitiéndome usar la capacidad de mi cerebro con mucha más eficiencia y flexibilidad que la permitida por la conciencia convencional de modalidad simple. Todo eso se fue al diablo con el accidente del telescopio, junto con mi habilidad de efectuar conexiones cibernéticas.

Es jodidamente agotador tener que meditar las cosas de forma lineal. Los planos y los volúmenes existen por un motivo, después de todo, y no son las capacidades básicas las que evitan que la humanidad busque el pensamiento multidimensional, son los accidentes evolutivos que algunos de nosotros logramos evadir. Excepto que aquí estoy, de nuevo entre los estúpidos.

Pensé en lo que me dijo Dante. Después de que se marchara, lo primero que hice fue una serie de llamadas para comprobar si alguien tenía información fidedigna sobre el estado actual de Dante. No, pero había rumores. Ahora bien: siempre existen supuestos avistamientos de gente que figura en los puestos más altos de nuestras listas negras (y de nuestras listas de «capturar e interrogar, pero no desintegrar», y de todas las demás listas). Algunos de estos avistamientos son errores genuinos y algunos se plantan deliberadamente por diversas razones. Uno de mis primeros trabajos para el Proyecto fue extender los modelos sociométricos existentes para permitir una mejor filtración de esta clase de evidencias anecdóticas, y aún recuerdo muchas de las computaciones de base. De modo que, después de mi encuentro en Hong Kong, reuní toda la información que pude sin emitir solicitudes demasiado formales y la dejé dando vueltas en el *laptop* por un tiempo. Finalmente, mis algoritmos decidieron que había una

probabilidad bastante grande de que Dante estuviese vivo y embarcado en algo extraño; los detalles de los avistamientos excedían un poco los niveles de ruido esperados.

Eso se prolongó un par de días, durante los cuales me mantuve en movimiento, mudándome de hoteles de lujo a sitios anónimos cerca de los muelles. Le di las tarjetas de crédito de Kung a los vagabundos que marchaban rumbo a Kowloon, y opté por aplicar el pirateo y la falsificación al viejo estilo para seguir adelante. Me sentía razonablemente seguro de que no me estaban vigilando. Y pensé, pensé y pensé.

Cuando se analizan los motivos de los enemigos en el contexto de nuestra clase de Guerra, es fácil entrar en uno de esos círculos viciosos sin vías de salida naturales. Los Adeptos Virtuales (Dante era o es uno de ellos y yo lo fui una vez, antes de adquirir mis sentidos) formaban parte de la Unión Tecnocrática, de modo que existe un odio fratricida especial entre ellos y los grupos que abandonaron. Sí, ese mismo odio se aplica, desde el punto de vista de los Adeptos, a aquellos que, como yo, revertimos la decisión poco inteligente de abandonar la Unión. Además, Dante siempre ha sentido un odio especial por los intolerantes, cosa que yo soy, por cierto. Por lo tanto, a primera vista, cualquier esfuerzo de su parte por hacerme un bien debe ser asumido como una trampa. A partir de allí, es cuestión de atravesar capa tras capa de posibilidades. Me saltaré el resumen y diré que después de tres días de cavilaciones decidí que tenía muy poco que perder si verificaba su pista.

De modo que fui en barco a Singapur y desde allí por aire, volviéndome un poco más anónimo. Tan anónimo como puede serlo un hombre blanco y parapléjico, en todo caso. Tardé una semana en total, pero finalmente acabé en Mobile, Alabama.

Y allí me detuve otro par de días.

Lo que quiso decirme me resultó perfectamente obvio una vez que decidí aceptar su mensaje por lo que implicaba su significado superficial, al margen de sus otros significados. «Donde vi por primera vez al resto del mundo» solo podía ser el sitio donde mi conciencia se dividió productivamente por primera vez. No en Mobile, sino en Orange Beach, Alabama, un pueblo pesquero perfectamente aburrido, digno de mención solamente porque cuando tenía doce años miré por el telescopio de un tembloroso vejete aficionado a la astronomía, vi los anillos de Saturno por primera vez y algo cambió en mi cerebro. Todo lo que he sido y lo que he hecho desde entonces surge de ese

momento de crisis. No podía imaginarme qué sentido podía tener regresar a este sitio en particular y, aunque nunca lo admitiré frente a nadie, estaba profundamente temeroso de hacerlo. Sé lo que me ocurrió la primera vez. ¿Qué podría pasar la segunda?

Finalmente, como es obvio, vine. Alquilé una furgoneta de dos años y conduje hacia el sur a media tarde, llegando a tiempo para contemplar la puesta del sol detrás del Golfo de México y de las filas de pinos retorcidos que fueron plantados, supongo que infructuosamente, para frenar el Viento. No había mucha gente en los alrededores y menos aún por ser mitad de semana y en vísperas de una fiesta importante, y no tuve inconvenientes en hallar el lugar donde papá atracó nuestro bote en aquellas significativas Vacaciones.

Y aquí estoy, sintiendo el tum-tum-tum de la silla de ruedas al pasar sobre los tablones del muelle. Pensaba que hasta podría encontrar nuevamente un telescopio para mi instrucción (o tormento, quizás) pero no he tenido tanta suerte. Solo un par de borrachos estropeados, pescando en la punta del muelle, y yo. Se vuelven para mirarme, no ven nada que les interese y giran otra vez la cabeza. Por un breve instante, me surge el deseo de que ambos caigan al agua y se ahoguen. Una vez que llego al lugar donde se encontraba el telescopio en aquellos tiempos, me dedico a dar vueltas, poniendo en línea mi equipo de vigilancia básico y buscando cualquier cosa que deba preocuparme. Nada.

En menos de lo que tardo en describirlo, mi conciencia se redivide. Siento nuevamente esa cognición distanciada del mundo. Un sentido más rico del ambiente me inunda; el análisis paralelo y la memoria superior realzan mis percepciones. Cuando toco el dispositivo multisensorial ubicado en un brazo de la silla de ruedas, siento que las conexiones sinápticas se forman con la eficiencia de siempre.

A decir verdad, las siento demasiado eficientes. El pensamiento, los sentidos, los comentarios, fluyen demasiado rápido. Mi cerebro nunca ha funcionado tan bien. Advierto que no soy solo yo y mi cognición independiente: soy yo y dos redes cognitivas separadas. ¿De dónde diablos salió la segunda? ¿Qué está ocurriendo aquí?

Tres semanas después del encuentro de Chongqing, llego al sitio del que habló el occidental, «donde vi por primera vez al resto del mundo». Han pasado veintitantos días de nervios destrozados y noches de autostop, acurrucándome en trenes de carga y, en una ocasión, robando una motocicleta para emprender un viaje relámpago de toda la noche por el Gran Canal. La zona oriental de China está en pleno dominio de mis enemigos, pero también es el lugar donde lo vi casi todo por primera vez. Sin haber encontrado otra cura para mi ceguera del alma, me he internado en el mismísimo corazón de China, con destino a Beijing, donde crecí.

El distrito de Xuanwu no ha cambiado mucho desde la última vez que lo vi. La mayoría de los musulmanes de la ciudad vive aquí y la mayoría de los chinos se gana la vida vendiéndoles cosas a los musulmanes o a los turistas que transitan por las calles comerciales. Mi padre y su familia hacían un poco de ambas cosas, ya que comerciaban con alfombras y túnicas. Fabricaban alfombras de oración, tejidas con versos seleccionados del Corán, para los musulmanes, y lujosas y gruesas alfombras con imágenes de arte chino clásico para los turistas. Lo mismo con las túnicas. Recuerdo que mis hermanos y yo a veces cometíamos la osadía de vestirnos con las túnicas para musulmanes y parodiar sus oraciones y rituales. Si nuestro padre nos atrapaba sufríamos un castigo, claro, pero en ese entonces no nos dábamos cuenta del significado de nuestros prejuicios. Yo era solo un niño travieso como tantos, o al menos un alma traviesa como tantas en el cuerpo de un niño.

Ahora bien, con la forma femenina que las Wu Keng pretendían fuese una prisión, pero que demostró ser lo que mi alma siempre había anhelado, me doy cuenta del daño que hacíamos, y doy gracias a mi padre por sus correctivos. China ya tiene suficientes hombres (y mujeres) que se crían aprendiendo nuestras viejas y nunca cuestionadas actitudes, y él tenía toda la razón al afligirse y tratar de corregirnos. Han pasado años desde la última vez que vi a mis hermanos e ignoro lo bien que aprendieron la lección, pero este hijo-hija siempre la recuerda y se alegra de hacerlo.

Nuestra vieja casa está donde siempre estuvo, pero tanto ella como los edificios que la flanquean se encuentran vacíos. Hay una gran trinchera a lo largo de ese lado de la calle. Mirando desde la distancia, parece que están colocando cañerías o cables de alguna clase. Me aproximo, sin preocuparme por rozar a cualquiera de los que vagan por la calle esta mañana, y al bajar la vista veo la parte

superior de un gran tanque de metal. Ahora comprendo. Debe de ser otro legado del Gran Salto Adelante. No pudimos alcanzar completamente el ideal del «taller de fundición en cada patio» del que se burlaban los agricultores rebeldes, pero pudimos instalar una refinería en cada distrito, o como mínimo un basurero. Cuando la Pandilla de los Cuatro buscó su justa recompensa, sus armeros subalternos destruyeron muchos registros de lo que habían construido y de dónde lo habían hecho, de modo que, aún hoy, casi medio siglo después de esa época trágica, los funcionarios continúan topándose con ruinas industriales. Deben de haber estimado que lo que está o estaba en ese tanque era muy tóxico para que fuera seguro residir en las cercanías.

Sin embargo, yo solo estoy de visita, por lo que decido correr el riesgo. Espero a que la oración del mediodía saque a los musulmanes de las calles y a que el almuerzo llame a mis congéneres no creyentes. Por unos minutos, tengo toda la calle para mí sola; silenciosamente, ingreso en el patio de nuestra casa y cierro el portón detrás de mí. Me acerco al pozo, en el centro exacto del patio, inspiro profundamente y escudriño hacia abajo.

Cuando tenía once años, miré hacia abajo justo a esta hora del día, justo en este ángulo, y vi a mi primer fantasma. Era el fantasma de una pobre anciana ahogada por asaltantes, nadie que conociera en aquel momento. Recuerdo exactamente cómo se abrieron las aguas para permitir que su pálido rostro mojado me mirara a los ojos y sus labios articularan una palabra silenciosa: «sácame». No lo hice, no en ese momento, pero un año más tarde sí saqué sus huesos, llevé su cráneo conmigo para que viese la tumba de la prisión en la que habían sido arrojados sus atacantes tras del fracaso de su último robo y puse a descansar su atribulado espíritu. Así fue como el mundo yin se abrió a mí.

Y ahora miro de nuevo.

Y las aguas se abren y emerge de ellas una forma femenina que reconozco como la perfección de los linajes de mis ancestros femeninos. Es la madre, la hermana y la hija consumada de mi línea, que encuentra una expresión característica en cada uno de nosotros. Ella penetró en mí después de que las Wu Keng usaran su magia, confirmando la realidad del cambio exterior e iluminándome sobre los misterios del lado femenino. Es ella quien me abandonó cuando el ojo horrendo me hizo un guiño. Se me acerca con una sonrisa.

Pero no viene sola. Las aguas vuelven a abrirse y aparece el

hombre sonriente que es la perfección del padre, del hermano y el hijo. ¡Debe de saber que no tiene nada que ver conmigo! ¡Yo no soy suya! Pero la mujer y él se toman de las manos y juntos penetran suavemente por mis oídos, garganta y nariz. Siento que ambas ramas de la familia se revuelven dentro de mí. La afinidad femenina con el yin restaura mi visión del mundo yin y me regocijo con el paisaje familiar. La afinidad masculina con el yang, sin embargo, se agita con igual fuerza, y me inquieta la inundación de paisajes desconocidos. Sé, por mis estudios, lo que son muchas de estas cosas, ya que la alumna atenta debe comprender tanto el yin como el yang. Es solo que hay tanta diferencia entre lo que se estudia y la experiencia... Me esfuerzo por encontrar mi propia alma en medio de todo esto.

Si el linaje de la mujer en mi interior es como el tercer ojo, entonces ahora tengo... ¿cuatro?

Desde su punto de vista, el trío experimenta la restauración de sus visiones en tiempos y lugares separados. Desde el mío, contemplando su forma combinada, ocurre todo a la vez. Este es el siguiente momento discreto en su experiencia compartida. Al contemplar lo que les espera un poco más adelante del camino, sé que debo enviarles un mensaje.

A mi alrededor, siento el zumbido de almas antiguas que se autodenominan o que se hacen llamar el Consejo Disidente. A menudo hablan críticamente y esta no es una excepción. Puedo alcanzar su significado directamente, extrayéndolo de la red de alusiones e inferencias, pero me pregunto si el trío lo comprenderá. Los avatares del Consejo me dicen que han escogido a estos tres, o permitido que estos tres se escojan a sí mismos o algo así, porque cada uno de ellos tiene la capacidad de albergar un segundo avatar en su interior. Para la mayoría de los magos, estas cosas son como experimentos de un científico loco, ya que las almas y las esencias rara vez aceptan de buen grado la manipulación. La mayoría de los esfuerzos por obligar a más de un alma a entrar en un solo cuerpo terminan con la destrucción de al menos una de esas almas. Por lo general, de todas. He visto los recipientes sin mente que quedan como resultado.

Sin embargo, el trío tiene algo que los avatares del Consejo reconocen pero no tienen ganas de explicar. Me lo describen banalmente como capacidad adicional, y luego se ponen a divagar sobre la metafísica competitiva extendida. Me dejan con la tarea de atraer al trío hacia la próxima etapa.

Entonces formulo la clase de mensaje críptico que siempre odiaba recibir cuando estaba en medio de secuencias significativas. Imagino que al trío tampoco le agradará, pero no es obligatorio que les guste. Por cierto, para cumplir con este propósito, ser impulsado por el resentimiento es una forma tan satisfactoria de avanzar como cualquier otra. Juego con sus sueños, armando un compuesto con sus re-Despertares y añadiendo la imagen de la esfinge que a los Consejeros les complace tanto. En medio de todo, hago que se formen luces movedizas dentro de los halos pulsantes que rodean las palabras "*Se necesitan dos ojos para ver por completo*".

Eso los mantendrá ocupados por un tiempo.

SEGUNDA PARTE: ***DESTILACIÓN*** ***(Extracción de elementos volátiles)***

[«Es un sendero frágil el que transitamos los Despertados [...]. Las voces de aquellos que nos precedieron pueden guiar nuestros pasos a lo largo del camino, si nos preocupamos de escucharlas. La Primera Cábala perseveró, incluso después de la muerte, y su coraje debe inspirarnos a todos.»

~El sendero frágil: Testamentos de la Primera Cábala, «Una breve introducción»]

Y aquí estoy, con dos tótems que me hablan. O quizá con dos manifestaciones de la misma entidad, pero con diferente ubicación en el tiempo tal como lo conozco, ya que cuando la Basura es solo una, tampoco existe completamente en mi flujo temporal; el mundo espiritual está lleno de criaturas que experimentan la realidad de una manera tremendamente distinta a como la experimento yo. Por ejemplo, esos espíritus invertidos en el tiempo que encontré en Nueva York, justo antes de que el enorme ojo rojo hiciera desaparecer a mi tótem durante varias semanas.

Ahora bien, cuando a un hombre lo acompañan no uno sino dos espíritus, que se manifiestan solo ante sus ojos, y que optan por adoptar la apariencia de montones de desperdicios dotados de vida, y que son idénticos entre sí pero aparentemente incapaces de percibirse mutuamente, y que insisten en ofrecer los clásicos consejos totémicos, solo hay una cosa que ese hombre puede hacer: ponerles nombres al estilo del Dr. Seuss. Eso es exactamente lo que hice, catalogando al que se ubicaba del lado oriental como Basura Uno y al otro como Basura Dos. Ninguno de ellos pareció advertirlo; no solo no podían percibirse entre sí, sino que tampoco podían ver a quien interactuaba con el otro. Hay veces en que la vida chamánica debe atravesar situaciones extrañísimas que nos dejan simplemente exhaustos.

Esto es lo que ocurre, día tras día:

–Entonces, esos espíritus de Nueva York... –digo.

Las dos Basuras responden simultáneamente, con idéntica voz:

–Huyen del aún-no.

–Son espíritus que están en Nueva York, pero no son de la ciudad.

Si tengo suerte, logro distinguir ambas oraciones, pronunciadas por la misma no-voz de sonido áspero. Si no la tengo, oigo algo como «Huyen son del espíritus aún que están en no Nueva York, pero no son de la ciudad».

Decido interrogar a uno solo de los tótems.

–No son de la ciudad. ¿Quieres decir que no son parte del presente de la ciudad, o que son de otro lugar que no es la ciudad y también de otro tiempo? –Es la clase de pregunta que siempre le

resulta difícil, porque la Basura no parece comprender qué queremos decir los humanos con «tiempo», pero con frecuencia podemos lograr, al menos, una comunicación parcial.

Mientras la Basura Dos comienza a responder, la Basura Uno reacciona con... bueno, ¿habéis visto lo que ponen en los tebeos cuando una persona no está diciendo nada, un globo de diálogo que contiene solo una elipsis? Así: «...» La Basura Uno responde con algo que no está compuesto por un sonido, sino por bloques de significado ausente que dificultan el pensar, al igual que un sonido estentóreo dificulta el escuchar. La Basura Dos dice, con el estilo expositivo más elaborado de que es capaz:

–La ciudad en este tiempo es solamente esta ciudad. La ciudad en otro tiempo no tiene el mismo yo. Pero esos espíritus vienen de más allá que esa no-misma ciudad. No de otra cara del yo, sino de otro lugar.

–¿Sabes de dónde? –le pregunto.

La Basura Uno continúa con sus no-respuestas, que provienen (creo) de su incapacidad para reconciliar mis actos, que puede ver tan claramente como cualquier tótem, con el aislamiento que sufre un tótem respecto del otro. Las no-respuestas invaden toda esta confusa situación con un silencio más aplacado, más fácil de ignorar. La Basura Dos desplaza su vocalización hacia una pila de papel de fotocopias usado y silba un poco al final de cada frase.

–De una ciudad que puede ser.

Eso no me sirve de mucho. Los chamanes y los otros que viajan fuera de los muros del mundo saben que muchísimas cosas nunca logran la existencia física, por más que existan en los infinitos reinos del pensamiento y la posibilidad. Casi siempre permanecen en sus propios lugares. Esos equivalentes de mundos están rodeados de murallas y son el hogar de los sueños, las especulaciones, los arquetipos, los tótems y de todo lo que precede a la forma y que se necesita para que la sustancia adquiera forma o significado. Y los espacios intermedios no son precisamente aptos para el bienestar de muchos viajeros, al igual que nadar en las profundidades del océano no es apto para la mayoría de las criaturas de tierra firme. Los nativos de la tierra de nadie que se extiende entre los sitios amurallados, a su vez, no prosperan mucho dentro de los muros del mundo material, si es que prosperan. En caso de sobrevivir, presentan una deprimente tendencia a volverse locos, a convertirse en los horrores que habitan en las pesadillas y el folklore.

Obviamente, los viajeros espirituales soportamos la travesía, al igual que otras entidades. Más probablemente, sin embargo, cualquier cosa que ande suelta en mi mundo y que provenga de cualquier sitio descrito con mucha sensatez como «una ciudad que puede ser» debió ser transportado hasta aquí por alguien o algo, envuelto en una burbujita de existencia estable para atravesar el caos sin peligro. Pero tratar de obtener detalles de la Basura (de cualquiera de las dos) no será fácil. ¿Cómo se logra precisar la naturaleza del cosmos original de un espíritu y de su medio de transporte a la existencia material sin poder emplear los tiempos verbales, por el amor de Dios? Necesito otra fuente de respuestas.

Naturalmente, ninguna de las entidades capaces de suministrarme esa clase de respuesta vive en las cercanías de este viejo hospital. Es hora de volver a ponerme en marcha.

Mis pensamientos continúan fluyendo a ritmo anormal. Sigo preguntándome por qué.

Primero tengo que inventar una fachada apropiada para disimular este período de incapacidad. Una de las ventajas de trabajar en organizaciones repletas de gente que obsesivamente corre riesgos que están muy por encima de los límites generalmente aceptados de la tecnología y la fisiología es que disponemos de grandes archivos de fallos físicos y psicológicos. ¿La convicción de que, para el progreso intelectual, se requiere tanto de la trepanación como de la castración? Ochenta y dos casos: el primero en 1891, cuando la Unión aún era joven, y el más reciente hace pocos meses. ¿La inhabilidad de distinguir un número par de otro? Doscientos seis casos, generalmente entre programadores militares inmediatamente después de la guerra (también encuentro interesantes disertaciones no publicadas sobre el tema). ¿La sospecha paranoide de que una o más especies de alimañas poseen una inteligencia tipo colmena? Apenas pasa un mes sin que se presente un caso de esos (es extraño notar que se han vuelto menos frecuentes desde que se inventaron las verdaderas inteligencias de colmena). Arrojo mis redes a este océano de chaladuras y extraigo una historia que me gusta y que puede formar parte de un patrón conocido.

Tengo que vendérsela a mis jefes, claro, pero ellos están desesperados por creerme. Me necesitan. Los hematóvoros están tramando algo extraño: la mayoría se está debilitando rápidamente, pero algunos están reuniendo una fuerza inusual y unas aptitudes particulares que ninguno de nosotros ha visto antes. Las similitudes entre los ardidés que exhiben ciertos individuos recientemente difuntos y revividos y algunas de las antiquísimas historias de nuestros archivos antropológicos sugieren que las viejas formas del elusivo «virus vampiro» están volviendo a emerger. Lo cual ya es problemático de por sí, no solo porque esa clase de conversión genética usualmente viene acompañada de turbios efectos colaterales, sino también porque (en lo inmediato) implica que tendremos que lidiar con una nueva ola de «vampiros» más fuertes. Aunque me agradaría mucho hacer el trabajo de campo con los grupos de aniquilamiento, sé que el hecho de ser más inteligente de lo habitual no me convierte en menos parapléjico de lo habitual. Tengo que procurarme alegrías de otras maneras.

Patrones. A eso me dedico. Trabajo para identificar patrones previamente insospechados y comprender su significado. La mayor parte del tiempo, desde luego, no son para nada significativos porque, cuando suceden suficientes cosas, algunos se amontonan en bloques que parecen llenos de significado para la mente humana, pero que en realidad son meramente aleatorios. Por supuesto, los humanos y otros seres inteligentes que tratan de esconderse de la Unión intentan que sus patrones de conducta parezcan aleatorios. Distinguir los patrones genuinos de los ilusorios es más difícil de lo que podríais pensar, ya que la mente está programada para favorecer lo secuencial, pero no es imposible; la carrera entre el que se oculta y el que busca es muy parecida a la competencia sin fin entre los que crean los códigos y los que los descifran. Arrojamós datos de millones de clases distintas en las computadoras, los analizamos de mil maneras diferentes y buscamos algo que nos sea de utilidad.

Mirad este ejemplo: durante mucho tiempo, funcionó una red de abusadores de niños, bien atrincherados y de clase alta, en el estado de Nueva York. Al igual que muchos otros aspirantes a villanos de las clases acomodadas, hacían sus pinitos con las ciencias ocultas. Cuando las personas que ocupan posiciones de influencia hacen algo así tratamos de desanimarlas, y algunos de estos sujetos tenían cargos importantes. El manejo de las reservas monetarias ya suele ser bastante deficiente cuando la gente se comporta de manera racional.

Imaginad qué ocurre cuando, entre bambalinas, se agrega una pizca de sandez vudú para reforzar la creencia popular de que la economía no puede ser racional y para elaborar planes de construcción de un mundo sensato que refuercen aún más el mismo concepto. Cuando estábamos a punto de aplicar medidas más drásticas, todos los líderes del grupo de conspiradores sufrieron muertes violentas en el lapso de pocas semanas, muertes repletas de trampas ocultas. ¿Esto debía preocuparnos? No: resultó que los asesinos habían sido sus víctimas o parientes de sus víctimas, que compartían las mismas supersticiones regionales y que habían actuado en consecuencia. Entregué el caso a un grupo dedicado al manejo de los medios, que se las ingenió para hacer quedar a los delincuentes como unos tontos que se merecían cuanto les había ocurrido.

Constantemente emergen otros patrones. ¿Cantidades inusuales de embarques perdidos en el Mediterráneo? Eso es piratería con tecnología más sofisticada que lo habitual y que posiblemente incluye algún viejo hardware militar vendido ilícitamente. Las autoridades visibles no lo entenderán así; asigno un equipo de campo para investigar.

Un marcado aumento de... Pestañeo por un momento al detectar este caso: adherentes al chamanismo aborigen americano cuyos devotos declaran estar conectados con el Espíritu de la Gran Tortuga. Eso sí es raro y, a juzgar por las evidencias de activismo pantribal del pasado, potencialmente peligroso. Usaremos al gobierno de EE.UU. para azuzarlos de un lado y probaremos neutralizarlos con interferencias culturales del otro.

En los Balcanes, violencia ritual entre tribus, que se desarrollan, casi en su totalidad, apenas cruzada la frontera de los territorios patrullados por las Naciones Unidas: merece la pena investigar. Lo último que necesitamos es otro maldito puñado de aspirantes a Drácula empeñados en construir su propio reino secreto. Y así sucesivamente.

Y transcurre un día, y otro, y otro más. Descubro tal concentración de rarezas en los Balcanes que decido investigar en persona. Es hora de reservar unos vuelos.

Despierto tras una noche de sueños atribulados, invadidos por la guerra entre el yin y el yang, escuchando que alguien merodea fuera del almacén vacío donde elegí descansar. Cuando miro el reloj, advierto que es miércoles, a la hora en que la Policía Armada del Pueblo publica la lista semanal de personas buscadas para su interrogatorio. La leeré cuando me levante.

Cuando hago trabajo de campo, acostumbro dormir con las comodidades mínimas. Pero esto es diferente. Los edificios se construyen para contener muebles, y sus estructuras y cimientos adolecen de una deliberada falta de concesión a la comodidad. Encontré unas bolsas de arpillera no demasiado repugnantes y fabriqué una almohada y una cubierta para el piso donde apoyar el resto de mi cuerpo, y hallé un nicho apartado donde acostarme. En algún momento, alrededor de medianoche, tres vagabundos locales entraron cansinamente; pasaron la noche sosteniendo una conversación prolongada y, a ratos, lacrimógena, junto a la puerta de entrada. Era una charla de borrachos, plagada de alusiones dispersas a los jefes que los habían maltratado, a las mujeres que los habían abandonado, a los amigos que ya no estaban y a las infinitas minucias de la cerveza que estaban bebiendo, cualquiera que fuese. Un piso más arriba y fuera de su vista, permanecí callada; no me molestaron, pero no descansé mucho.

El trío se marchó al amanecer. ¿A trabajar? Sinceramente, espero que no, aunque tengo la terrible sospecha de que así fue. No serían los primeros borrachos exhaustos que trabajan al servicio de alguna empresa. En el taller de mi padre había algunos, y recuerdo las palizas que los funcionarios del sindicato solían administrarles todos los sábados por la noche, cuando no querían dar parte al comité de resolución de quejas. En todo caso, por todas partes escucho al vecindario (y al resto de ciudad) que despierta a la vida matinal.

Me quedo sentada en el suelo un rato, invisible desde la calle, estudiando los techos de la manzana de enfrente y el bloque de torres de transmisión que se encuentran detrás de estos. Estoy acostumbrada a ver cosas bajo los términos del silencio, la oscuridad y la disolución. El reino yin acoge a toda sustancia cuando la forma fracasa, y la tumba de una cosa está implícita en sus primeras respiraciones y pasos. Desde mi primer Despertar a las obras de la magia, he visto la última parte del Camino de cada cosa... no sus inicios ni su desarrollo, que siguen siendo misterios para mí, sino su debilidad y fallecimiento. Ahora veo todo el resto y me resulta tremendamente confuso. El

Camino cobra sentido cuando se le entiende, pero en este caso no se me ha otorgado el conocimiento que acompaña a esta nueva visión.

Después de convertirme en muchacha, a veces he escuchado voces de los reinos yin que me susurran en los sitios adecuados: en las ramas de los árboles muertos, en corredores oscuros, justo antes de dormirme. A través de los años, me han explicado cosas. Pero nada se compara con este Despertar a los reinos yang. Oigo sonidos, a veces muy fuertes, pero no voces, narraciones ni definiciones. No estoy acostumbrada a escuchar cómo se gritan los techos cuando el sol los ilumina al amanecer, ni a la cacofonía peculiarmente musical de los motores quemando combustible fósil y escupiendo fragmentos de yang casi puro hacia el mundo. No es antinatural como puede serlo un gran pecado; es simplemente nuevo y extraño y difícil de manejar. Todavía no puedo hablar de un modo que los espíritus yang puedan comprender, pero al menos son capaces de percibir algunas de mis emociones.

En medio de todo esto, pasa la policía, clavando sus carteles. Me las ingenio para cerrar los oídos y ojos interiores a la mayor parte del torrente yang y así caminar por el mundo material sin mucha dificultad. Bajo las escaleras, me envuelvo en mi abrigo y salgo, para ver a quién busca la PAP ahora.

Me busca a mí.

Justo debajo de los nombres de dos asesinos, veo mi nombre y mi foto. Me describen como terrorista y traficante de armas controladas, asociada con los brutales extremistas independentistas de las provincias occidentales. Tienen una foto mía de una conferencia del año pasado, de pie junto a dos aspirantes a gobernantes de un supuesto estado libre de Uygur; todos sonreímos un poco. Recuerdo la ocasión, pero no al fotógrafo. ¿Cuándo se le da importancia a esas cosas?

Las Wu Keng se mueven rápidamente cuando deben hacerlo. Presumo que uno de sus espías espirituales detectó algún disturbio asociado con mi re-Despertar y logró alertar a sus contactos en la policía mientras los borrachos interferían con mi sueño. No habrá sido tan difícil: la acusación es bastante típica, los grupos separatistas violentos no escasean y el crimen que me endilgan no requiere de justificaciones ni de explicaciones extensivas. Cualquier persona común que resida en Beijing, que vea el cartel y me vea a mí, muy sensatamente informará a la policía, ya que no querrá arriesgarse a volar por los aires por culpa de alguien empeñado en hacer públicas

sus ideas acerca del destino de su tierra natal. Y las penas por colaborar con los acusados de terrorismo son tan duras que el grupo de expertos en el inframundo que a partir de ahora acepten cooperar conmigo será mucho más reducido de lo que habría sido en caso contrario.

Ya sabía que quería regresar al lugar donde suelo encontrarme con mis ancestros. Pero ahora también quiero llegar tan al oeste como pueda, lo más rápido que pueda, lejos del poder de las Wu Keng, lejos del poder del vasto gobierno y de sus planes. Puede ser difícil.

Pocas cosas son tan desagradables de manejar como la sensación general de estar en manos del destino. El milenio del calendario cristiano ya pasó hace tiempo y no escucho hablar mucho sobre un inminente Apocalipsis ni nada parecido. Pero advierto un aumento del agotamiento. Hay una agudización de las tensiones subyacentes, pero no hay blancos ni gatillos obvios.

Poco después de mi Despertar, algo forzoso, me fui de viaje a Brasil y Ecuador, obedeciendo a los mensajes que, en sueños, me enviaba un chamán de mayor edad que había sido elegido como mi mentor. A su vez, él me presentó a otros, reconociendo que su propia obsesión por luchar contra la Unión Tecnocrática en una guerra de guerrillas de un solo hombre lo había llenado de prejuicios, aunque no del todo indigno de confianza. Recuerdo a una anciana de la jungla al sur de Macondo, en Colombia. Se negaba a debatir sobre todo lo que tuviera que ver con los secretos de las mujeres, y yo tenía bastante experiencia como para no presionarla cuando se quedaba en silencio. Teníamos muchas otras cosas de qué hablar, incluido el tema de los monstruos y de los inmigrantes.

Ella quería que yo pensara en cómo me sentiría viviendo la vida que habían elegido para mí. La vida chamánica nos aísla del resto de la comunidad, aunque nuestros deberes nos aten a ella de nuevas maneras. En el ámbito individual, decía ella, yo atravesaría la misma situación que las familias y comunidades de inmigrantes cuando llegan a otro país. La mayor parte del tiempo, las autoridades locales se interesan muy poco por su bienestar, suponiendo que tales funcionarios no sean depredadores activamente malvados. Los recién

llegados deben unirse para proveerse de justicia y paz por sus propios medios. De ahí provienen las milicias, las pandillas y las maquinarias políticas. Los recién llegados crean, si pueden, una sociedad propia dentro de la sociedad en general.

Si los miembros de la comunidad tienen éxito y aciertan el camino, ellos y sus descendientes se asimilan al entorno. Los muros del gueto se debilitan gracias al flujo de ideas y de vínculos personales que entran y salen de él. Los niños aprenden a vivir a su manera y el gueto pasa, de ser una herramienta para la supervivencia, a ser un simple instrumento de orgullo cultural. Si es que puede funcionar, claro; en gran parte del mundo, algunos pueblos deben continuar viviendo en sus guetos, generación tras generación, sin esperanzas de mejorar hasta que algo cambie en la cultura dominante que se les resiste.

A los europeos y norteamericanos no nos agrada pensar que estamos sujetos a estas cosas. Somos los pueblos a los que los demás pueblos deben asimilarse, o eso nos decimos a nosotros mismos. Pero también somos segundones y víctimas, desventurados peones de lo que esa chamán colombiana llama la «sociedad nocturna», todos los monstruos y fuerzas inhumanas que hacen de nosotros su presa. Nuestra paranoia vuelta hacia dentro, nuestra reticencia a abandonar los vecindarios donde crecimos, excepto para realizar tareas muy específicas que debemos llevar a cabo en Otros sitios, nuestros problemas con las pandillas: esas son esas maneras en que convivimos con una amenaza que no conocemos adecuadamente y que ni siquiera podemos nombrar. Lo que el norte blanco es para el resto del mundo, la sociedad nocturna lo es para nosotros, y más aún, porque florece fuera del alcance de cualquier clase de escrutinio consciente y público.

Recuerdo sus comentarios en este momento porque pienso que algo está mortificando nuevamente al espíritu norteamericano. La sociedad nocturna está tramando algo que solo ella conoce y ese proceso está inquietando a sus involuntarios sujetos mortales. Mientras conduzco de Nueva York a Virginia Occidental, percibo esa inquietud no del todo humana en todas partes; las reverberaciones de esos disturbios hacen que la vida sea desagradable para las almas humanas y los espíritus que habitan junto a ellas. Huelo miedo en las casas, terror en las calles, duda en las autopistas, mucho más que nunca antes. En ningún lado es tan intenso como lo fue en Nueva York en septiembre del 2001, pero este miedo, a diferencia de aquel, es

ubicuo: todas y cada una de las ciudades y pueblos parecen tener algo propio que temer. No es igual en todos lados. Aquí son vampiros jugando sus largos juegos de política mortal. Más allá son fantasmas huyendo de un disturbio con tanta urgencia como mis espíritus temerosos del futuro huyen de los suyos. El miedo siempre cambia, pero siempre es el mismo.

Esto me hace ver mi problema inmediato bajo una luz diferente. La «ciudad que puede ser» de la que habla la Basura podría ser la misma ciudad, pero bajo un control más estricto de la sociedad nocturna. O menos estricto, supongo. Pero no da la impresión de ser una liberación en ciernes: si los espíritus fuesen finalmente libres de ser ellos mismos, sin temor a la esclavitud sobrenatural, no estarían corriendo así, a menos que todos ellos fuesen aliados colaboracionistas de la sociedad nocturna, cosa que no es cierta. Lo que viene es más terror y menos alegría.

Mientras conduzco, las Basuras se manifiestan cada pocos minutos en algún sitio cercano al camino. No creo que los demás conductores adviertan las pilas de desperdicios que alegremente nos saludan con un gesto. Eso espero, al menos. Ya tienen suficientes cosas de qué preocuparse.

Volar en aerolíneas comerciales siendo parapléjico es, en el mejor de los casos, un fastidio, y yo, por supuesto, nunca viajo en el mejor de los casos. Hay que reservar un asiento de primera clase que sea el primero de la fila, y luego, por lo general, hacer arreglos adicionales, ya que es imposible fiarse del estrecho rango de dispositivos de movilidad auxiliares que las azafatas están entrenadas para operar. Cuando me reclutaron para el Proyecto Ragnarok, una de las promesas que me hicieron fue que no tendría que soportar tal cosa, porque si tenía que ir a algún sitio al que no se pudiera ir en coche viajaría en un vuelo privado. Naturalmente, otra mentira. Los vuelos privados funcionan menos de la mitad del tiempo. Eso me pone por delante de la mayoría de mis colegas, que se consideran afortunados de conseguir un vuelo privado de cada cinco, pero sigue siendo una puta molestia en un momento y en circunstancias en que, absolutamente, no pueden tolerarse más contratiempos.

Paso dos horas y media enfriándome los talones en Atlanta, antes de decidir tomar cartas en el asunto. Después de todo, me contrataron porque soy un buen *hacker*... Veinte minutos y treinta segundos después, las últimas tres firmas de *telemarketing* que intentaron fastidiarme marcando el número de mi casa (y que fueron debidamente detectadas y mal orientadas hasta que se dieron por vencidas, gracias al sistema de contra-interrogatorio basado en ELIZA) se han vuelto seis cifras más pobres. El dinero atraviesa en cascada una cantidad de cuentas temporales, y termina, no en una de mis cuentas personales, sino en una de las tarjetas de crédito desechables que nos dan para las operaciones de campo como esta. Así puedo reservar (y lo hago) un charter de Bruselas a Tuzla, Bosnia, y contratar a un piloto, un muchacho local con quien he trabajado anteriormente. Piensa que soy traficante de drogas y yo permito que lo siga pensando, ya que un secreto cómodo y conocido es mucho mejor que otro fuera de lo común.

Doc Halloway lo advierte, o mejor dicho: uno de sus sistemas de seguridad lo advierte y le da la alerta. Mantenemos un franco intercambio de puntos de vista, que termina con mi expreso deseo de que Doc ofrende su vida a la causa de saciar los impulsos sodomitas de los pumas y los osos, mientras él, en retribución, manifiesta su deseo de que mis dedos se vuelvan tan inútiles como mis piernas. Lo más importante es que me da permiso para hacerlo. No hago ningún comentario y él tampoco. Siempre y cuando obtenga resultados, puedo salirme con la mía. Un día, supongo, caeré en desgracia y entonces todo acabará, pero todavía no. Todavía no.

Así se viaja, pienso por un momento. Sería agradable, en cierto modo, no tener que hacerlo con esta clase de fondos, pero tal es el riesgo laboral que se corre al trabajar para un grupo que oficialmente no existe. La Unión Tecnocrática ni siquiera llega a provocar el menor susto. Los muy escasos observadores perspicaces y poco afortunados que advierten nuestra presencia o la deducen analíticamente son, por naturaleza, bastante proclives a incurrir en errores de juicio orientados hacia una chaladura general, de modo que la verdad se pierde, entremezclada con sus disquisiciones sobre los Bilderbergers, lo que realmente le ocurrió a John Lennon, cuántos cuadros le faltan a la película de Zapruder y cuándo comenzó el Banco de la Commonwealth de Australia a utilizar parte del sótano como depósito de órganos. Entonces no pasa nada, aunque esta es solo una parte del problema.

En el pasado, a veces hemos operado como oficinas espurias de agencias verdaderas, públicas y privadas, pero eso no resulta bien. Cualquier agencia lo bastante grande como para escondernos es lo bastante grande para contener al menos un maldito rebelde que se resiste a los controles, que tropieza con las irregularidades y que se siente impulsado a hacer algo al respecto. Los rastros de nuestras metidas de pata pueden encontrarse en los libros de historia, si se saben leer entre líneas los relatos de los escándalos más importantes. Siempre hemos tenido que tender algunas trampas a ciertos idiotas útiles, revelándoles secretos aburridos pero aprovechables, para poder fugarnos mientras ellos acaparaban los focos de los medios (y cualquiera que piense que no había medios en 1890 o 1920, realmente no sabe mucho de nada). Incluso cuando la maniobra de distracción nos sale bien, todavía nos quedan los administrativos de arriba y también las tentaciones. Podemos distraernos de nuestra misión igual que cualquier otra persona, y cuando lo hacemos no es solo la Unión la que sufre, sino el mundo.

Estas son las ideas que cruzan velozmente los niveles superiores de mi percepción consciente mientras volamos. Me descubro detectando las debilidades de la organización (y las ventajas, donde las hay) mucho más claramente que nunca antes. No es solo una aplicación metafórica de la clase de análisis de red que hago al limpiar de errores el software distribuido, sino una identidad mucho más cercana. Siempre hablamos de la máquina que habita en el yo, la máquina del mundo y demás, pero usualmente no nos referimos a nada tan vivido e interesante como lo que entiendo ahora. Saco mi *laptop* y comienzo a bosquejar diseños basados en las estructuras de herencia de múltiples niveles que ahora comprendo, y por un breve instante pienso que en esto hay algo genuinamente revolucionario.

Ay, pero el instante se diluye en algún lugar por encima del océano Atlántico. Me canso, y los patrones de pensamiento vuelven a desorganizarse. Desde las alturas, vuelvo a descender hasta algo más ordinario. Ordinario para mi, lo admito, lo cual sigue siendo extraordinario para las masas, que nunca llegarán tan lejos sin contar con la reingeniería genética y/o con un significativo realce computacional de su neurología, pero después de haber estado donde acabo de estar el descenso me resulta muy pronunciado. Quiebro mi creciente depresión con un poco de humor autocrítico. «Puedo sentirlo, Dave. Mi mente me abandona. No hay preguntas». Mientras tanto, la misión sigue esperando.

Uno de los pasos más importantes que la Unión dio alguna vez en pos del avance de la ciencia fue en 1880, cuando un pequeño grupo de biólogos con base en París demostró que el «vampirismo» obedece los principios estándar de la epidemiología. Antes de ese momento, por cierto, mis predecesores estaban seguros de que así era, porque... bueno... estamos en un mundo científico, pero los de París no lo sabían. Los síntomas de la enfermedad son tan diversos y tan categóricamente extraños, involucrando relaciones proporcionales entre un huésped humano esencialmente muerto y un parásito animado muy poco común, que se necesitaron muchos investigadores a lo largo de muchas décadas para sencillamente establecer que existen marcadores químicos que todos los vampiros llevan en la sangre y que nadie más posee (a menos que, de algún modo, haya ingerido sangre de los infectados). Además, los vectores de transmisión son engañosos, comprendiendo lo que, en suma, es casi todo el tiempo una experiencia cercana a la muerte, pero con una modalidad secundaria que permite que el parásito interactúe más débilmente con el huésped sin que este presente todo el rango de sintonías.

El siguiente avance formal (en contraposición a la acumulación de datos específicos y descubrimientos menores, que son importantes pero no son lo mismo que el verdadero desarrollo de un paradigma) no ocurrió hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Esa fue una mala época para la Unión, para decirlo con palabras suaves. La mayoría, o una fuerte pluralidad de la mayoría de los líderes más importantes, se había comprometido con los poderes del Eje. Jodidos tontos. Los sedujo la atracción del fascismo y, muy despreocupadamente, resolvieron ignorar que ya existía todo un cuerpo de estudio teórico de gente como von Mises y Hayek, al igual que la experiencia práctica de Prusia y otras naciones, que demostraban que un control centralizado y fuerte sencillamente no funciona. Punto. El conocimiento necesario para que prospere un sistema de agentes que operan independientemente, ya sean personas, software o cualquier otra cosa, se diluye por todo el sistema; no existe un punto de vista privilegiado que permita que un agente sepa lo que están haciendo los demás.

(Bueno, hay maneras de hacerlo: que incluyen mejoras cualitativas en la percepción y funciones cognitivas de los agentes. ¿Por qué creéis que estoy tan obsesionado con realzar artificialmente a la humanidad, en todo caso? Quiero que salgamos de esta puta

competencia vital. Hasta que lo hagamos, seguiremos sujetos a los mismos problemas.)

Una vez que quedó claro que la victoria fascista no iba a ocurrir, la Unión hizo la segunda mejor cosa que podía hacer aparte de provocar una verdadera guerra civil. Los objetivos estratégicos eran, desde luego, los depósitos de información. Los registros médicos alemanes, italianos y japoneses quedaron a disposición de todos, al igual que los archivos tecnocráticos. Siempre he pensado que sería divertido, aunque agotador, armar un mapa multidimensional que mostrara el movimiento de datos selectos, físicamente y desde el punto de vista del control, año por año. Pero me estoy yendo por las ramas. Lo que ahora importa para mi misión es que en 1951 el Grupo de Trabajo de Epidemiología de Telman Cay echó mano de suficientes datos, provenientes de todos lados, para armar un mapa fiable de las subcepas del virus del vampirismo. Hasta entonces, las facciones rivales habían mantenido los datos cruciales en secreto, pero ahora, mientras se desarrollaba el espectáculo de juicios y purgas, el equipo de Telman Cay pudo dedicarse a hacer la limpieza.

Ellos mismos sufrieron la purga, claro, durante el pánico de 1963 y 1964. Hay ciertas cosas que no se pueden hacer sin cosechar enemigos. Pero antes de quedar en la calle distribuyeron copias de su trabajo. Como estrategia para evitar sus inminentes arrestos fue un fracaso, pero como estrategia de preservación de conocimientos funcionó de manera soberbia. Aquí está la información ahora, lista para que yo la use.

El resultado que arrojan los datos actuales y mi nuevo análisis es que las cosas se están poniendo raras de una manera novedosa en lo que respecta a las diversas cepas del vampirismo. Ahora bien, en un sentido (significativo), las cosas siempre son extrañas. Cualquier elemento de las historias de vampiros que las haga parecer plausibles y con fundamento es, de por sí, extraño. Pero ahora los sucesos que se desarrollan no tienen precedentes que yo pueda discernir. Muy especialmente, parece que una sola cepa, la que llamamos Europa del Este Uno, ya que es allí donde parece ser más común, ha desaparecido. No hay cuerpos, no hay nada... se esfumó. Tengo los informes del Equipo de Lucha Contra el Desarrollo Hematóvoros, con una lista de conjeturas ordenadas según su probabilidad:

Posibilidad N° 1: Las víctimas de otra cepa descubrieron una debilidad favorable en las víctimas del HHV cepa EU1 y organizaron un ataque coordinado. Los hematóvoros pasan mucho tiempo

comiéndose entre sí, pues aparentemente la sangre ya infectada les resulta particularmente deliciosa, y el virus no entorpece la inteligencia. En algunos casos, todo lo contrario, en realidad.

Posibilidad N° 2: Seres no hematóvoros descubrieron una debilidad favorable etcétera, etcétera. Encuentro, adosado al informe, un desglose detallado de probables candidatos que incluye facciones no coordinadas de la propia Unión, el resurgimiento de una Inquisición encubierta y así sucesivamente hasta finalizar con una especie alienígena que alguna vez fue denunciada erróneamente como relacionada con la transmisión del EU1. Los comentarios cubren muchísimas paginas; las dejo aparte.

Posibilidad N° 3: El HHV-EU1 mutó y barrió con sus víctimas. Poco probable, dada la necesidad de un defecto latente y de un disparador global, pero mejor que las otras alternativas.

Posibilidad N° 4: Otros motivos, con una lista de escenarios muy larga (y muy conjetural). Reconozco aquí algunos de los temas favoritos, como Dana Caruthers y su cruzada para responsabilizar a la radiación mortal de orgones por el HHV y muchas otras calamidades, y mi ocasional compañero de tragos Rob el Cenagoso y su teoría de los arquetipos jungianos y los conceptos sobre la resonancia morfogenética instantánea en tejidos transitoriamente indiferenciados. Rob puede conocer todos los buenos bares y casi todos los buenos burdeles de ocho zonas horarias, pero para estas cosas es tan gilipollas como mi primera esposa durante el divorcio. Sigo revisando, en busca de cualquier información nueva o interesante, suspiro y vuelvo a analizar los riesgos de más alta probabilidad.

Menos mal que el vuelo es largo.

Dos días al oeste de Beijing, camino por una carretera secundaria hacia Mentougou. Hay mucho tránsito, por supuesto. Ya no quedan espacios vacíos alrededor de la capital, pero hay distritos donde la gente continúa dedicándose a la agricultura y a atender a sus animales, casi siempre al margen del comercio a gran escala. Entre ellos puedo aparentar ser una simple campesina más, o quizás una mujer de la clase burocrática sentenciada a trabajos forzados por sus crímenes contra el estado que eligió permanecer en la actividad al

expirar la sentencia. Ambos son roles conocidos, cómodos, que no necesitan de mayores explicaciones y no invitan a un escrutinio que compruebe si soy una terrorista notoria.

Aquí la vegetación es opulenta, incluso a mediados del verano. Han estado irrigando estas tierras (siempre que no hubiera guerra o rebeliones en la zona) desde mucho antes *que* existiera China como tal, y el buen suelo retiene muy bien el agua. El césped a ambos lados del camino crece al menos hasta la rodilla y en algunos sitios casi hasta mis hombros, mientras los pinos plantados para romper el viento se balancean graciosamente con alguna brisa ocasional. Los granjeros pasan de largo en sus carros y camiones; advierto que, aunque los neumáticos a menudo son dispares, todos se encuentran en bastante buen estado, a diferencia de muchos de los que he visto en las rutas de Uygur. Y la gente se parece a mí: sus rasgos tienen la misma contextura y proporciones que veo en los míos. A veces es provechoso ser una en un billón.

Poco después de la puesta del sol, un camión vacío aminora para que su conductor, un anciano de aspecto jovial, pueda hablarme sin descender del vehículo. He estado observando a la gente que pasa con el poder yang de este nuevo Despertar, aprendiendo a evaluar la salud del cuerpo y del alma en función de sus fortalezas además de sus debilidades, reveladas por el yin. En este hombre... no hay nada de salud. Tiene una carga kármica, pesadas cadenas oscuras que lo atan a los reinos yin; la única chispa de vida que existe en él está en su sangre y en su aliento, y ambos pertenecen a otra persona. Es uno de los fantasmas hambrientos que se arrastran fuera del infierno y regresan al mundo para pagar las deudas que los encadenan.

Cuando habla, lo hace formalmente, en un dialecto anticuado. No me sorprende, ya que los fantasmas hambrientos pueden durar siglos, si son tan cuidadosos como este parece serlo.

--Buenas noches, señorita. --Usa el término que implica distinción individual, sin rango de nobleza--. Por más agradables que sean estos caminos, no son seguros durante la noche. Hay depredadores. --No sonrío (a juzgar por la tersura de sus mejillas, no ha sonreído ni fruncido el entrecejo por largo tiempo), pero sus modales son bastante cordiales.

Y, por supuesto, sé qué es lo que no está diciendo, y él sabe que yo lo sé.

--Buenas noches, señor --digo, dirigiéndome a él con la fórmula utilizada para indicar que es un caballero de posición social

desconocida--. Agradezco su preocupación, aunque estoy bien entrenada para cuidar de mi seguridad. --Espero que me responda, caminando en silencio un trecho.

--Por favor, señorita --dice, después de dedicarme otra mirada evaluadora--. Debemos hablar.

--¿Debemos? --respondo con una ligereza algo falsa, tardando más tiempo del que debería en entender sus emociones. Está luchando contra un apasionado conflicto interno en más de un nivel de Consciencia; mejor será que no lo provoque.

Se desvía hacia el costado de la carretera, unos pasos por delante de mí, y aparca el camión. Cuando se apea, veo que no es más alto que yo, pero que parece tener una estampa más impresionante, gracias a su postura perfectamente derecha y a ese aire general de autoridad. Su traje está prolijamente confeccionado y encajaría en cualquier reunión de funcionarios influenciados por la cultura occidental del último siglo y medio. Sus manos son tan tersas como su rostro, con las uñas cuidadosamente recortadas, excepto la del dedo índice derecho, que está sucia y descascarada. No logro imaginarme la circunstancia que pudo dejarla en ese estado. Tras permanecer inmóvil un rato, con la precisión y la regularidad que solo son posibles para quien no está distraído con el proceso de la vida, dice:

--Si, señorita, debemos.

Me detengo a cuatro pasos del parachoques trasero del camión.

--Ya veo, señor. Por favor, póngame al corriente, entonces.

Se me acerca un paso y las sombras que nos rodean se intensifican. El flujo de yang también se debilita, dejando un pequeño sector de terreno más cerca de la muerte que lo habitual.

--Señorita, dentro de usted hay algo extraño --dice, atravesando la penumbra mágica--. La parte de su alma que está más cerca del Cielo es más fuerte y más brillante de lo que debería ser. Produce ecos que oímos los que somos capaces de oír. Usted es un misterio, y los misterios deben resolverse y esclarecerse para que no amenacen la armonía de las cosas.

Tengo muchos deseos de retroceder, pero no tiene sentido hacerlo hasta que decida, lisa y llanamente, huir. La mayoría de los fantasmas hambrientos pueden alcanzar a una mujer viva. Entrelazo las manos detrás de la espalda y rastreo las fronteras de un *mándala* a través del cual escapar si necesito hacerlo. Percibirá que estoy preparando mi magia allí detrás, por supuesto, pero no podrá (espero)

advertir de qué se trata hasta un segundo antes de que yo termine.

–Señor, yo también soy del Camino. ¿Cómo podría ser otra cosa? El Cielo designa nuestras almas y sus ministros las infunden. Su queja no es contra mí, sino contra la Emperatriz Escarlata y el Dragón de Ébano.

–No use esos trucos retóricos conmigo, señorita. –Su tono sin inflexiones es lo bastante aterrador para que ahora me alegre de su ausencia de expresiones–. Esto no es cosa del Cielo y su naturaleza. Usted solía ser una persona iluminada entre muchas otras. Pero algo le ha ocurrido, no al nacer, sino hace apenas unos días. Quiero saber qué ha sido, para saber qué hacer al respecto.

Bajo mis pies, el suelo oscuro se estremece. Algo está atravesando los reinos yin, muy cerca de la piel del mundo, moviéndose tan silenciosamente que me habría pasado desapercibido si no fuese por este estado de alerta que me provoca el miedo. Está describiendo círculos a nuestro alrededor, alejándose y acercándose. Al parecer, el fantasma hambriento tenía bastante razón sobre los peligros nocturnos.

–Señor, no veo que usted posea la virtud de emitir juicios justos en esta materia. El Cielo eleva a sus agentes y los bendice con sabiduría y presencia. Usted no ha sido bendecido ni siquiera con su propio aliento, y su sangre no es suya; no veo la posibilidad de que su percepción pueda ser de fiar.

–¿No cooperará, entonces?

–No, a menos que vea algún indicio de que es eso lo que el Cielo desea de mí.

Lanzando un breve bufido, da un paso hacia mí, levantado los brazos y comenzando a cerrar los puños. Me apresuro a trabajar con el *mándala*.

Justo en ese momento, la oscuridad que él ha invocado se condensa en una segunda forma humana. Bueno, algo parecido a una forma humana: dos metros y medio de alto, y tan perfectamente negra que distingo los detalles solo en silueta; viste una clásica armadura china y sostiene una enorme espada en cada uno de sus cuatro brazos. Se yergue directamente detrás del fantasma hambriento que me enfrenta, de modo que él no puede verla. Pero, claro, sí puede ver mi expresión conmocionada y sentir un escalofrío: se vuelve rápidamente, al tiempo que la primera espada se descarga sobre él. Masculla un nombre que no comprendo y se agacha para esquivar el golpe.

Decido no detenerme a observar. Apenas el *mándala* está completo, y mientras el fantasma hambriento está ocupado con su rival, me zambullo fuera del mundo, a través de la Zona Espejo, rumbo a las profundidades de los reinos yin. Los fantasmas hambrientos pueden perseguirme hasta aquí, pero tardan un tiempo y quedan a merced de los demonios de quienes escaparon originalmente. En cuanto al otro, puede ser uno de esos demonios que ha venido por su presa, en cuyo caso (si vence) ambos se encaminarán directamente de regreso a uno de los mil infiernos. Puede ser otro fantasma hambriento, ya que tienen un lado demoníaco que a veces se manifiesta en forma de guerreros-sombra como ese; si es así, el vencedor probablemente vendrá por mí, pero la pelea puede durar un buen rato (las historias cuentan que los que no respiran pueden luchar durante días, semanas y meses sin parar).

O puede haber algo desconocido, en cuyo caso estoy exactamente en la misma situación en que me encontraba antes de que el camión se detuviera, enfrentada a un oponente insospechado. Mi alma transformada produce ecos, ha dicho el fantasma hambriento. Entonces es de esperar que se presenten más buscadores, quizás menos benevolentes que este. Necesito a mis ancestros y, para el caso, llegar a ellos puede ser igual de fácil (es decir, no más desquiciadamente difícil) viajando por el mundo de los muertos que por el de los vivos.

Llamé a Marilyn al cruzar el límite del estado; por lo tanto, cuando llego a Point Pleasant ya está lista para recibirme. Rodeando el acceso a la granja hay incienso fresco, unos carillones que tanto agradan a los espíritus locales y apagados ecos de cánticos de reposo. También ha barrido el sendero y colocado una canasta de doradas manzanas Grimes que sabe que me encantan. Es su forma de darnos la bienvenida, a mí y a mi tótem. Mis tótems. Como sea.

La Basura me trajo aquí durante mi viaje iniciático. Marilyn Gosberger fue la primera chamán que me pareció verdaderamente cuerda. Es de mediana edad, viuda, y maneja sola su granja, que contiene amplios huertos y algunos caballos de razas adecuadas para las cabalgatas turísticas. También habla con los espíritus desde que

era adolescente. Cuando le comenté por primera vez que notaba en ella una carencia de esa crispación que habitualmente se observa en los de nuestra clase, se limitó a reír y decir: «Bob, yo hice locuras. Pero fue hace mucho tiempo; cuando tú acabes de hacer locuras, te quedará toda una vida por vivir». Fue un hito importante para mi propia recuperación.

Hemos seguido en contacto desde entonces, aunque han pasado años entre una visita y otra. A veces intercambiamos llamadas telefónicas, a veces cartas, a veces sueños. No hay muchos chamanes a los que me agradaría acercarme en mis sueños, pero ella me ha demostrado una y otra vez que es inofensiva, que no fisgonea donde no hace falta... y que puede diferenciar entre necesitar, querer y sencillamente entrometerse. A veces me ayuda con un problema basándose en su experiencia con los espíritus, a diferencia de los atribulados chamanes urbanos con los que paso casi todo mi tiempo. En ocasiones, yo la ayudo a ella, especialmente cuando hay algún problema con la autopista o con los cables de electricidad o con alguna otra cosa proveniente de la ecología urbana. Ella es uno de los pocos seres de este mundo a los que considero realmente amigos.

Sale de la casa justo cuando apago el motor del coche. Sé que no le agradan los motores pequeños, ya que en sus épocas de locura tuvo malos encuentros con los espíritus de los motores y la gasolina, por lo tanto siempre aparco bien lejos de la casa. Y no me doy por enterado de su presencia hasta haber hecho tres pases alrededor del auto, plantando un sencillo hechizo de protección. (Que además resultará útil para la pérdida de aceite que tengo en el coche desde ayer. El que dijo que los chamanes somos poco materialistas no sabía de qué estaba hablando). Luego me sacudo el polvo y las especias de las manos para sellar la protección y me vuelvo para saludarla como corresponde. Tiene la cabellera, aún renegrada, peinada hacia atrás con un pequeño y apretado moño, y lleva un vestido de algodón azul y blanco; si no supiera que es así como se siente más cómoda, me daría por pensar que está haciendo una representación irónica del estereotipo de la esposa de un granjero.

–Qué gusto verte, Bob –dice, mientras me da un abrazo de oso--.
Y a ti también –agrega, saludando con la cabeza a las dos versiones de la Basura. El contenedor de desperdicios que normalmente guarda al costado de la casa ahora está en el frente (supongo que lo habrá arrastrado hasta allí con un par de caballos), proveyendo a las Basuras de una enorme pila de cosas divertidas con las que

manifestarse. Ambas le devuelven el saludo con una reverencia y acomodan las piezas para exhibir amplias sonrisas.

--Gracias --le digo--. He tenido unos días extraños...

Me interrumpe con una carcajada.

--En comparación con todos esos típicos días aburridos que pasas normalmente. Aunque te veo rodeado de más tótems de los que un hombre puede llegar a necesitar.

--Muy cierto --digo, y me explico, al tiempo que nos sentamos en las sillas del porche. Es una larga historia, pero la sigue con atención.

--¿Hablabas al revés? --dice por fin.

--Y también se movía al revés, creo. Todo el espíritu está cronológicamente invertido.

Cuando digo «cronológicamente» vuelve a resoplar. Piensa que es mala idea emplear demasiada jerga usada por las ciencias, que es precisamente de donde saqué la palabra. Antes de mi hospitalización y Despertar, era aficionado a la física y la astronomía. Ella opina que la terminología arrastra consigo presunciones acerca del funcionamiento del mundo que algún día podrían meterme en problemas. También sabe que no voy a dejar de usarla por completo, por lo tanto se limita a llamarme la atención con alguna ocasional expresión de mofa, una pequeña reprimenda maternal ante un acto más o menos equivalente a poner los codos sobre la mesa. Cuando por fin termino, toma un sorbo de limonada y piensa un rato.

--Quieres hablar con los invertidos --adivina-- y viniste a verme para que te ayude con ellos.

--Estás en lo cierto, como siempre, Marilyn.

--Te atrapé. --Se inclina hacia delante y, con los dedos, dibuja unos trazos en la condensación del costado del vaso--. No te fue tan bien la última vez, ¿verdad?

--No, como habrás notado. --A menos que cataloguemos como «bien» a los demonios desencadenados y a las cuatro semanas de disentería que sufrieron los sujetos que traté de resguardar con un hechizo de protección invertido que me salió terriblemente mal.

--Bien. --Asiente con firmeza, como para demostrarme que ese tema está cerrado--. Muy bien: si es una inversión temporal completa probablemente no es goética {*}, lo que te facilita las cosas. Lo último que necesitas ahora es lidiar con alguien que esté tratando de eliminar el nombre de Dios o de deshacer la primera frase de la creación.

--Como siempre, es raro escuchar esos términos técnicos de la magia envueltos en su suave acento, y sonrío mientras continúa--. Cuando

me lo comentaste por primera vez por teléfono, tuve la sensación de que se trataba de algo así. Es la clase de maldita tontería en la que se embarcaría un habilidoso hacedor de conjuros de Nueva York. Lo que tenemos entre manos puede ser más difícil, pero al menos no te inspirará deseos de matarlos por ser tan estúpidos.

{* (N. de T.) *Perteneciente a la magia dedicada a la invocación de demonios para que presten servicio al ser humano.*}

--¿Entonces qué piensas que tenemos entre manos?

--Creo que son espíritus que vienen del futuro, como te dijeron los tótems.

--¿Por qué?

--Lo desconozco, muchachito de ciudad. Quizás deberías hablarles y descubrirlo.

--Por eso...

--...estás aquí. Claro. Bien, hablemos sobre la inversión no-goética. Voy a suponer que prefieres no tratar de borrar a Dios ni nada parecido, ¿verdad? Por lo tanto tienes que encarar el tema a un nivel que no se vincule tan directamente con el panorama general... --a continuación, una serie de tecnicismos chamánicos. Cuando termina, sin embargo, tengo un buen panorama de la clase de persecución que debo emprender, derecho contra la Celosía entre el espíritu y la materia y lo más cerca posible del punto de llegada de los espíritus en fuga.

Cuando terminamos de agitar las manos, dibujar líneas en la tierra y cerciorarnos de que estamos hablando de lo mismo cuando nos referimos a los bordes del mundo, ya está oscureciendo. Siendo Marilyn la que es, ha preparado un poco de estofado, que ya está listo para servir. Ante mi sugerencia, lo llevamos al porche para poder vigilar a las Basuras (y no proveerles de un incentivo para que intenten entrar a la casa) y nos dedicamos a disfrutar de la noche rural, tan diferente de mi experiencia habitual. Estiro las piernas y como, inmerso en un confortable silencio.

Cuando ya es noche cerrada, comenzamos a trabajar. Marilyn tiene un grabador de cinta y me hace practicar hablando al revés. Es difícil. Como la mayoría de quienes no hablan un idioma tonal, no pienso mucho en los sonidos que produzco, evolucionando a medida que los emito. Pero una vocal alargada suena diferente cuando se la alarga a la inversa. Igual ocurre con muchas consonantes. Las transiciones y espacios entre los sonidos a menudo son extraños en sí mismos, ya que la respiración invertida no es algo que uno espere oír

en una conversación. Además, muchos de los sonidos que se pueden reconocer hablando al revés resultan ser ilusiones, trozos de palabras superpuestas que suenan como algo conocido a lo que la mente impone un significado. Cuanto más dura el discurso invertido, más aparecen los casos como estos y más trabajo cuesta oír y re-invertir el discurso real.

Llegada la medianoche, siento que estoy haciendo un anuncio sobre cintas y grabadoras duraderas. Hablar. Grabar. Rebobinar. Reproducir. Analizar. Repetir. Otra vez, y otra, y otra. Ya es bien entrada la mañana cuando logro pronunciar y comprender dos frases seguidas al revés, para satisfacción de Marilyn. Finalmente, me dice:

–Es un muy buen comienzo. Descansa un poco y seguiremos más tarde. ¿Me ayudarás a dar de comer a los animales, verdad?

No han transcurrido diez minutos de mi descenso del avión en Tuzla, cuando me encuentro con un viejo amigo. Tiene sentido.

Ahora bien, Sarajevo no es lo que se podría llamar un buen destino turístico. Todavía hay muchos destrozos, causados por varios períodos de guerra, y los bosnios están demasiado empobrecidos para solventar la reconstrucción por sí solos y demasiado jodidos por la Unión Europea (y, en menor grado, por los EE.UU.) para tener ayuda externa, salvo por la continua presencia militar necesaria para evitar que se produzcan más guerras. Estuve allí para los Juegos Olímpicos del 84, ayudando a resolver errores y problemas de vigilancia, y me pareció tan hermosa que he tratado de evitarla desde entonces. No tiene sentido estropear los recuerdos felices. De todos modos, una buena cantidad de personas atraviesa la ciudad todos los años: hay cosas que hacer en Bosnia, y también están los militares, los científicos y toda clase de gente.

Tuzla es diferente. Se encuentra al norte de Sarajevo, más cerca de la frontera con Serbia y de sitios donde todavía existen muchos conflictos activos, y en medio de una región con una economía más escrupulosamente arrasada. A través de los años, he notado que virtualmente todas las ciudades parecen hermosas cuando uno vuela sobre ellas, sin importar lo inmundas que puedan ser una vez que se pisa tierra. Volar sobre Tuzla, por otro lado, es como sobrevolar la

Luna, o quizás lo: un paisaje yermo y de colores brillantes, principalmente originados por los desechos tóxicos y las ruinas industriales. La cuestión a dilucidar aquí no es tanto «¿Adónde fue toda esa belleza que no se ve desde la acera?», sino «¿Cómo demonios se puede vivir en un lugar como este?».

Entonces aterrizamos, uno de los tres aviones privados que se encuentran en las seis pistas en este momento; la azafata me ayuda a sacar la silla de ruedas del avión y a bajar a la terminal, y yo miro alrededor cuando alguien que está cerca, detrás de mí, dice a voz en cuello:

–¡Bill, hijo de puta! ¡En este país ya no quedan ovejas dignas de acoso sexual! ¡Debes ir a Escocia, no venir a Bosnia!

Me vuelvo y veo a Terry Vineces, a quien vi por última vez la noche que hice volar mi laboratorio y abandoné para siempre a los Adeptos Virtuales. Terry fue mi punto de referencia durante esos meses de alineación progresiva, durante los que me percaté de las ventajas de adherirme a los tíos que los AV habían tratado de dejar atrás. Terry decía que iba a abrirse paso por sí solo en el mundo. Por cuestiones de honor personal (que rara vez me preocupan, pero la variedad es la sal de la vida), nunca hice un esfuerzo por averiguar qué había sido de él; siempre supuse que habría terminado muerto en algún callejón o arrojado a un conveniente río mucho tiempo atrás. La guerra de los paradigmas no es amable con los valerosos aspirantes a independientes. No esperaba encontrármelo aquí y ahora.

–¿Terry? ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

–¡Siguiéndote, claro! --Hace un gesto con la mano, indicando la sala de espera del aeropuerto: cerrada en dos lados, con media docena de mesas muy manchadas y una camarera que parece estar atravesando las primeras etapas de la fosilización--. Vamos, viejo, bebamos algo.

Pronto estamos sorbiendo algo que pretende ser vodka y que seguro es alcohol, con el agregado de algún saborizante. No estoy seguro de cuánto podría embriagarme este líquido, pero si necesitara esterilizar heridas sería exactamente lo que usaría.

–Y bien, Terry. ¿Qué has estado haciendo...?

–¿Qué he estado haciendo desde que te marchaste para ingresar en la organización donde estás tan seguro de que solo hay triunfadores? Es bastante sencillo. Anduve sin rumbo un tiempo, distanciado de todo el mundo mientras me armaba nuevas identidades. Una vez que las tuve en su sitio, monté unas evidencias

muy buenas de la muerte de mi vieja identidad, con suficientes datos de apoyo para que cualquiera que quitara la capa superior encontrara más datos erróneos. Luego anduve sin rumbo un poco más, hasta que comencé a hacer nuevos contactos aquí y allá. Siempre hay gente que deserta de la guerra, ya sabes, y de vez en cuando alguno tiene información útil. Uno de esos sujetos me dijo que estabas investigando el Ragnarok, y me imaginé que había una posibilidad bastante alta de que terminaras aquí, con todas las cosas raras que han ocurrido últimamente con los hematóvoros. Estaba en Grecia, de modo que salí de paseo hasta aquí y te esperé.

Miro fijamente a mi viejo amigo un rato.

–Terry, todo eso son mentiras. La información acerca del trabajo del Proyecto no se consigue por casualidad, y tampoco estás aquí por casualidad con la esperanza de verme. –Dejo descansar la mano izquierda en el apoyabrazos de la silla de ruedas, no demasiado lejos del botón que dispara la pistola de tres balas empotrada en la estructura–. ¿Quieres intentarlo de nuevo?

Él sigue sonriendo mientras toma un trago.

–Siempre fuiste un muchachito muy listo, Bill. ¿Qué crees que estoy tramando, entonces?

–¿Quieres que te haga una puta presentación de PowerPoint?

–No, no... resérvate los gráficos para después. Solo trata de adivinar.

–Está bien –digo–. Tendría que analizar un poco más cómo quiero priorizar las probabilidades, pero estas serían las que pondría en los primeros puestos: no abandonaste a los Adeptos, o ellos volvieron a incorporarte, y estás trabajando con un grupo de choque, solo o con compañeros que aún no he localizado. O te has adherido a una de las otras Tradiciones, y lo mismo. O has ingresado en alguna otra parte de la Unión y estás aquí para comprobar mi lealtad. O no eres realmente Terry, sino apenas un buen trabajo de cosmética o robótica u otra cosa, intentando sacarme información y con la misión de matarme. Esas son las más importantes, creo, con diferentes ramificaciones, dependiendo de si estás o no estás al tanto de la verdad.

Ahora se ríe, con ese rebuzno que me es familiar.

–No está mal, amigo, pero sigues preso de la misma vieja matriz de recompensas.

–Ay, Dios –suspiro–. ¿Vas a decirme que descubriste alguna secreta iluminación que te liberó de todo? ¿Quién es tu gurú?

Baja la bebida y, con un gesto, aleja a la camarera cuando parece que está por acercarse para volver a llenar su copa. (Un servicio sorprendentemente bueno, a decir verdad. Para ella, tener clientes deben ser una rareza).

–Nadie. Y ese es el punto.

–Te agradeceré que no salgas de cacería en mi territorio, por favor. El nihilismo es mi causa personal. Búscate otra.

–Oh, joder, Bill. Tú no eres nihilista, eres un maldito romántico desilusionado. Eres un amargado, precisamente porque insistes en esperar, o al menos en desear, que el mundo se parezca más a Nueva York en un buen día y menos a... --señala los escombros que se divisan más allá de las pistas de aterrizaje--. Siempre hablas de grandes cosas, pero tus pensamientos son muy pequeños.

Eso me molesta y comienzo a decir algo. Luego lo pienso mejor.

–Como si fuera a confiar en tu psicología cualquier día de estos... Pero continúa, dime el resto.

–Dejaste que los hippies se unieran al Jefe, pero nunca superaste tu convicción de que necesitas una autoridad a quien servir. Ahora, en lugar de gurú, la llamas cosmología, o visión global, o metodología, pero es la misma mierda de siempre. Yo hice algo mejor. Abandoné completamente el mercado de los gurús y comencé a trabajar por mi cuenta en sentido cosmológico.

Si esto resulta ser tan estúpido como pienso, voy a enojarme muchísimo con mi viejo amigo por desperdiciar tanto su mente.

–Dime que no te has metido en la magia del caos. Por favor.

–Nada tan formal. Ellos tienen sus propios problemas, de todos modos: se limitan a posponer hasta el futuro su esperanza de ser maestros cósmicos. No han superado la etapa de desear que otro les diga qué hacer, aunque sean ellos mismos pero más adelante en el tiempo. Una vieja trampa.

Me sorprende, al menos un poco.

–Muy bien, tendré que darte crédito por ese nihilismo bastante concienzudo. ¿Qué has estado haciendo, entonces, muchacho liberado?

Golpea la mesa.

–Una mesa.

–No me digas, Sherlock.

–Escuchas el golpe y piensas en los tejidos que conformaban el árbol, la composición química del barniz, la estructura atómica de todo el objeto, la acústica, todo eso. --Me observa asentir--. Nuestros viejos

amigos, los Adeptos, se inclinarían a describirla según sus teorías de las unidades de información y las matrices de relación. Otros hablarían de espíritus, o de los cuatro o cinco elementos o como se llamen. --Me mira con expresión seria por primera vez--. El error que cometéis todos vosotros es que adosáis una identidad al objeto. La mesa es lo que percibís; todo es explicación. Y yo escojo otra explicación.

Su mano reluce. La mesa también. No puedo enfocarla, como si estuviera moviéndose velozmente. Va cambiando de colores y texturas, tan rápidamente como puedo asimilarlo. Terry levanta la mano y el efecto se interrumpe.

--Aún es una mesa. Solo que dejé de ocuparme de los detalles, y puesto que ninguna otra cosa la define, salvo la percepción, y tú no sabías cómo imponerle tu percepción nuevamente, la mesa cubrió todas las posibilidades. Si estuviera solo podría haberla hecho desaparecer sin más. Incluso podría hacer lo mismo con las otras mesas que nos rodean, pero sería un poco más trabajoso.

Lo miro; después miro otra vez la mesa, y luego, de nuevo, a él.

--Terry, creo que quizás tenga que matarte.

--Podrías hacerlo, amigo. Pero tal vez quieras contenerte un poco. Después de todo, estoy aquí para hacerte una oferta.

Las tormentas aúllan con renovado vigor a través del inframundo, y finalmente renuncio a tratar de conservar mi forma corpórea. Fluyo a través de cañones y grietas como una bruma particularmente densa, solidificándome únicamente cuando necesito aferrarme a algo durante una ráfaga especialmente intensa. Es difícil estimar el paso del tiempo y pronto ceso de preocuparme demasiado por él. Si me las ingenio para mantener un rumbo más o menos hacia el oeste y avanzar de alguna manera, estaré bien.

Soy consciente de que estoy siguiendo un recorrido que nunca podría haber seguido antes. La Consciencia yang que ahora poseo ilumina las debilidades del yin como un reflector y alumbra los rincones oscuros. Me permite ver tanto las oportunidades como las amenazas que, de otro modo, me habrían pasado desapercibidas. Sin ella, me habría visto forzada a retroceder hasta el mundo material o habría sido

presa de alguna de las sombras que merodean en busca de alimento espiritual.

Ojalá supiera mucho más del motivo por el cual poseo esta nueva Consciencia. Durante algunos de mis ocasionales descansos, reflexiono sobre las historias que he oído contar a los habitantes de Uygur acerca de un extraño «ojo rojo» en el cielo nocturno, visible para quienes tienen una sensibilidad particular. La sensación de Juicio Final que decían experimentar por su causa se compara, con toda certeza, con lo que sentí cuando esa luz roja me lanzó de vuelta al mundo y bloqueó el contacto con mis ancestros. Recuperar las fuerzas de mi alma concurriendo al sitio donde fue mi Despertar tiene bastante sentido, pero albergo la incómoda sensación de haber sido elegida para un destino desconocido y por un poder desconocido, algo que se encuentra detrás y más allá de ese mago que se me apareció una vez. Y, sobre todo, me disgusta la ignorancia. Pero ahora mismo no puedo identificar ninguna ruta demasiado prometedora que me lleve a las respuestas, aparte de la que ya estoy transitando: ver si puedo consultar otra vez a mis ancestros.

Pasado un largo rato de este pasaje fantasmal, decido regresar al mundo y ver si puedo seguir avanzando por medios más mundanos. Me elevo más cerca de la piel del mundo para escuchar lo que dice la gente que está cerca de la muerte y, gradualmente, establezco que estoy en algún lugar de la provincia de Shaanxi. Xinjiang todavía está muy lejos, pero ahora Beijing quedó muy atrás y no deberían existir riesgos ni persecuciones de importancia. Y en este sitio tengo una ventaja: dos buenas amigas y excolegas trabajan aquí, una en la misma ciudad de Yanan, otra en los campos, no muy lejos. Si logro ponerme en contacto con alguna de las dos, puedo asegurarme algún transporte que sería muy difícil de relacionar conmigo. Eso creo, al menos.

El norte de Shaanxi presenta un terreno abrumadoramente escarpado. Parece, a mi modo de ver quizás muy inclinado a lo académico, un enorme conjunto de decorados y pinturas. Los barrancos casi verticales y las laderas con muchas terrazas sobre los rápidos de un río apenas domesticado han sido tema de pinturas durante casi dos mil años, y resultan muy familiares para todos los que hemos estudiado el arte chino. Y no es nada divertido caminar por ellos: cruzo y vuelvo a cruzar las fronteras entre el mundo y los reinos yin para poder avanzar desde una cumbre desolada hasta uno de los caminos que corren paralelos al río y que conducen a Yanan.

Mientras camino, pienso en lo que les diré a mis amigas y en lo que quiero pedirles que hagan por mí. «Hola, Lisung. Estoy huyendo de fantasmas hambrientos y de la policía, y me gustaría que me ayudases a escapar a otra jurisdicción». No. «Hola, Dou. Sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te escribí, pero ¿estarías dispuesta a darme un camión y no informar de su desaparición durante un par de semanas?». No. No es que automáticamente se negaran a ayudarme, pero necesitarán un motivo que se ajuste a su visión del mundo. Ellas saben que he tenido tratos con pandillas y parias, así que podría basarme en eso. «Hola, Dou, he caído en desgracia con los contrabandistas protegidos por el Coronel Tan y me han tendido una trampa con acusaciones falsas. Puedo salirme de esto si logro reunirme con el adjunto del Coronel, pero tengo que aparecerme en su puerta para que me preste atención. ¿Puedes prescindir de un camión o un automóvil por una semana?». Suena más plausible, y hasta es parcialmente cierto.

No es sorprendente que se produzcan incendios en las colinas de Shaanxi en pleno verano, de modo que no hago mucho caso del humo que veo más adelante. Los bomberos locales son muy buenos en su trabajo y mantienen las rutas despejadas, incluso mientras luchan contra las intensas llamaradas. Si el incendio está muy cerca del camino sería bueno disponer de un vehículo para seguir avanzando, pero aparte de eso tengo muy poco de qué preocuparme. (Me llevó mucho tiempo desarrollar esta actitud y Dou me ayudó. Era compañera mía en el entrenamiento de lucha contra incendios que hice en Xinjiang, e hizo mucho por demostrarme y explicarme qué es seguro y qué no cuando uno se encuentra en las cercanías de un incendio forestal moderno).

Entonces doblo la última curva antes del valle en donde se está produciendo el incendio y veo claramente lo que ocurre. Bajando la próxima ladera está el Asentamiento Revolucionario de Yangjialing. Desde aquí, Mao manejaba el Partido Comunista en los años 40, liderando la guerra antifascista que Chiang Kai-shek, cobardemente, no lideraba, y dirigiendo simultáneamente un programa masivo de reforma agraria y modernización tras las líneas del frente de batalla. Después de que el gobierno se reubicara en Beijing, los diversos edificios públicos y algunos de los espacios privados se convirtieron en un extenso museo, que aún hoy es una atracción turística muy popular. Hasta los comunistas no practicantes o dudosos como yo encontramos a menudo algo inspirador aquí, en este sitio donde un

puñado de hombres y mujeres realmente dedicados cambiaron el destino de nuestra nación, usando poco más que su propia determinación. Es, como mínimo, un recordatorio de lo que se puede lograr y, además, la colección de recuerdos trae a la mente la sociedad que ellos desplazaron, con sus mezquinas injusticias y enormes crímenes contra la dignidad humana.

Al menos eso es lo que había ladera abajo. Ahora está todo en llamas. Justo en el centro debe de haber un fuego particularmente caliente, ya que el humo y las llamas se concentran y se elevan en una columna engañosamente estrecha. Me protejo los ojos, ensancho las pupilas interiores ante el flujo de yin y distingo muchos cuerpos, junto con unas pocas almas que aún luchan por su vida, pero que obviamente ya están condenadas. El propio fuego está, según advierto muy pronto, lejos de ser puramente natural. Está surcado de venas de potente yang que alguien tuvo que haber traído al mundo a fuerza de un tedioso trabajo y, posiblemente, con hechizos de alguna especie para mantenerlo en su lugar. Es un incendio de brujo. No necesito examinar todos los cuerpos para saber que mi amiga está entre ellos, ni para sospechar que se está quemando solamente por ser mi amiga.

Avanzo con cuidado por el camino, pero no me molesto en tomar el desvío que lleva al asentamiento histórico. Ahora no hay nada allí que me interese. Debo llegar a Yanan, pienso. En el mismo instante en que esa idea cruza mi mente, doblo otra curva y puedo ver más lejos. En Yanan y sus alrededores también se eleva el humo. Esto es demasiado. Me caigo del mundo y penetro nuevamente en los reinos yin. Tendrá que ser algún otro camino el que me lleve a donde necesito ir.

Parece que hace una eternidad que estoy trabajando con Marilyn para manejar con seguridad a «mis» espíritus invertidos en el tiempo, aunque solo han pasado unos días. Ella sigue poniéndome a prueba, refinando mi comprensión del habla invertida y mi habilidad para formar frases al revés según las necesite. Los movimientos invertidos son igualmente difíciles, pues entre los espíritus existen muchos tabúes referentes a la posición y el movimiento y quiero evitar

cualquier ofensa no intencional que pueda cometer contra aquellos a quienes deseo hablar. Marilyn afirma que estoy haciéndolo «bastante bien», lo cual es un gran elogio proviniendo de ella.

Pasada una semana, me hace un examen, llamando a su tótem (un halcón muy convencional... ¡cómo la envidio!) y explicándole la situación. Aparentemente, el tótem ha oído algo acerca del extraño suceso y decide someterme a una prueba de campo. Esa noche, viene a mí en mis sueños, desplazándose hacia atrás y adelante en el tiempo a diversas velocidades, y me obliga a explicarle unos temas larga y detalladamente. El sueño termina con una escena en un aula, en la que me entrega un informe de calificaciones donde pone que mantuve una coherencia casi perfecta incluso durante los cambios de dirección. Cuando despierto, tanto él como Marilyn se declaran muy satisfechos.

Marilyn y yo sabemos que es hora de marcharme.

--Detesto irme tan pronto --digo--. Sigo con intenciones de hacerte una visita más larga, pero... --me quedo sin palabras.

--Lo sé --me dice, lanzando uno de sus divertidos resoplidos--.

Ambos tenemos nuestra pequeña tribu que atender y es un trabajo a jornada completa. Vendrás a verme, o yo iré a buscar un conjuro, cuando el deber lo requiera y el destino lo permita, igual que siempre.

--Me abraza antes de que cargue la última maleta--. Cuídate, Bob. En el mundo no hay tanta abundancia de observadores y hacedores como para darse el lujo de perder uno solo.

Y entonces me pongo nuevamente en camino, desde Mount Pleasant a Charleston, y desde allí, por aire, de regreso a Nueva York. No tiene sentido demorarse más, ahora que al menos ya estoy entrenado para lo que tengo que hacer.

Penetro en los reinos yin para descubrir que me han embrujado. El asentamiento histórico en llamas es bastante visible desde aquí, entre las sombras, donde el terrible hedor y las furiosas llamas no son contrarrestados por la brisa fresca o el aroma de lo vivo. Oigo el constante estribillo de pequeñas lágrimas en el límite que separa los mundos, a medida que van muriendo cada vez más víctimas del

incendio. Y escucho los alaridos subsiguientes: los depredadores no han tardado mucho en captar el olor y reunirse, y carezco de los medios necesarios para alejar a más de unas pocas de las bestias come-almas.

Algunos fantasmas de la periferia del incendio se las ingenian para ascender trabajosamente por los barrancos fantasmales antes de que las bestias adviertan su presencia. Los que vienen hacia mí ven la vitalidad de mi aura y se congregan instintivamente a mi alrededor. Como personas vivas en estado de shock, pero más conmocionados, carecen de la fuerza que otorga el pensamiento coherente. Solo saben que algo terrible les ha ocurrido y que deben encontrar alivio antes de hallar respuestas. Parezco menos aturdida que ellos y, por lo tanto, para sus mentes confundidas, soy la suma de la madre, la enfermera, la sacerdotisa y la jueza... La Que Sabe, en todas sus facetas.

Por suerte para ellos, es cierto que sé bastante. Llevo a tantos como puedo hasta la cumbre más cercana y los hago bajar del otro lado. Aquí, cerca de la ribera, hay pequeñas cavernas que, en el mundo vivo, quedaron inundadas cuando las represas elevaron el nivel del río, a finales de los años 40. Sin embargo, las cuevas fueron importantes lugares de refugio y reunión en las primeras décadas de la revolución y la pasión invertida en ellas todavía las protege. Las puertas, hechas con los recuerdos de los rebeldes que se ocultaban en la piedra, y la madera permiten que los nuevos fantasmas se agachen, entren y se refugien de las bestias cazadoras. Afuera se oyen rugidos; sabremos que es seguro salir cuando vuelva el silencio.

Recorro con la mirada los rostros fantasmales y casi me echo a llorar cuando veo que uno de ellos es el de mi amiga Dou. No me reconoce; tiene la mirada inexpresiva que es común en tantos muertos recientes. No puede decir nada, excepto unas pocas palabras masculladas, como «socorro», «correr» y las que me hielan la sangre: «Ojo rojo, ojo rojo». Cuando las pronuncia, señala unos ojos aún vividos en su memoria. Los demás se suman al cántico, «Ojo rojo, ojo rojo» y todos señalan a un ojo y luego a otro, los de alguien que imaginan de pie en medio de ellos. Su intensidad va y viene durante casi una hora, antes de que, gradualmente, vuelva a manifestarse en ellos el típico aturdimiento post-mortem.

Quiquiera que sea o lo que sea el ojo rojo, presumo que fue lo último que vieron en vida y el probable responsable del incendio. Un malicioso mago (hombre o mujer) sintonizado con el yang puede haber invocado al yang ardiente y luego avanzado en busca de su presa.

También pudo haber sido un depredador de los reinos yang, extraído de la Zona Espejo por ese mago y enviado a cazar entre las llamas, en donde se encontraría muy a gusto. No lo sé, y dado que pasará un tiempo hasta que estas almas recuperen la coherencia, la especulación es casi con seguridad una pérdida de tiempo.

El ruido en el exterior de la caverna parece haber cesado en gran parte, de modo que aprovecho la oportunidad para salir. Dejo a los nuevos fantasmas detrás de mí. Las bestias cazadoras han dejado profundas huellas en el sombrío lodo que rodea la cueva, pero aparentemente no han logrado detectar nuestro olor en el umbral y se han marchado. Rápidamente, trepo hasta la cumbre y veo que el incendio ya casi se ha extinguido. Ahora tiene muy poca fuerza yin: lo que queda en el mundo material deben ser, en su mayoría, ruinas en ascuas. Aquí, los escombros de los edificios y su valioso contenido yacen en pedazos y tardarán horas o días en tomar la forma de reliquias. En una semana o dos, quizás, habrá un completo monumento conmemorativo del asentamiento, listo para que los soldados del Emperador de Jade se apoderen de él en nombre de su amo.

(Es decir, si todavía existen el amo y los soldados que deben hacer el trabajo. Supongo que, tal como están las cosas, los soldados que queden deben estar acurrucados en el gran palacio, y los vientos del Maelstrón destruirán este sitio una vez más).

Todavía inquieta por el cántico de los nuevos fantasmas, elevo la vista y observo los alrededores, buscando cualquier cosa que se ajuste a la descripción «ojo rojo». No encuentro nada. Las llamas arden blancas y grises, más que rojas, y las nubes de tormenta en lo alto del firmamento presentan ocasionales destellos verdes o de un vivo amarillo, pero nada de rojo. La luna sería hueso y ceniza, si pudiera verla, y el sol estaría tan pálido como siempre, presumo. En todo caso, las nubes los ocultan a ambos. Los ojos rojos aparentemente han retrocedido por el momento, quizás buscándome en otra parte. Sin duda, sería muy útil contar con alguna defensa, y se me ocurre descender para escoger la reliquia de alguna pistola o rifle que pueda hallar entre las ruinas que ahora se enfrían, pero algo me dice que el sitio todavía no es completamente seguro.

Hacer caso de mi intuición da sus frutos mientras continúo observando. Un fantasma rezagado surge de una pila de rocas de dos pisos de alto que aún no han comenzado a recomponer su forma perdida. Viste uniforme militar, pero no tiene aires de autoridad, y tardo

solo un momento en advertir que debe ser uno de esos actores que dan grandes discursos, en el estilo levemente esterilizado de los héroes revolucionarios. A pesar de su lento comienzo, parece menos aturdido que los que están a mi cargo y avanza con determinación a través del laberinto de ruinas, hacia la ruta de Yanan. Desgraciadamente para él, al menos una de las bestias sigue allí. Ni siquiera tiene tiempo de gritar antes de que esta salga, de un salto, de su escondite detrás de un portal con forma de arco, y le abra el cuello, dejando escapar un burbujeante siseo de ectoplasma. Donde hay una, pienso, seguramente habrá más. Tendré que esperar para conseguir armamento.

--Muy bien, Terry --digo--. Tienes toda mi atención. Dime qué ocurre.

Nos hemos trasladado, de la sala de espera del aeropuerto a la habitación del hotel que reservé como base de operaciones. Esta vez, lo que tenemos para beber sí es vodka, o al menos una aproximación mucho mejor, y me siento bastante cómodo. El *jet lag* me impedirá descansar más tarde, pero me encargaré de eso cuando llegue el momento. Por ahora estoy completamente despierto, preguntándome qué diablos trama mi viejo amigo y aún sintiéndome bastante seguro de que tendré que matarlo antes de que pase mucho tiempo.

--No andabas demasiado lejos --dice, después de otro largo sorbo-- cuando mencionaste el asunto del gurú. Después de separarme de los Adeptos, pasé bastante tiempo husmeando por ahí, en busca de alguien que me contara la verdadera historia. Ya sabes cómo son las cosas en la periferia de las Tradiciones --asiento al oír eso--, así que podrás hacer una lista de los sujetos que más probablemente frecuenté en los últimos años.

--Pero ninguno de ellos pudo enseñarte ese truco de la mesa. Ni siquiera estoy seguro de comprenderlo yo mismo, suponiendo que fuera real. --Mantengo eso en mente como la explicación más probable. Casi todo lo que los crédulos consideran magia es un mero asunto de percepción. El universo es jodido y desordenado, pero menos de lo que a ellos les apetece creer. Dispongo tanto de un

escudo físico como de un entrenamiento extensivo en disciplina mental para resistir los efectos de casi todos los tipos de manipulación; también sé que ninguna defensa es perfecta (como tampoco lo es ningún ataque), y supongo que el autoescrutinio nunca, nunca viene mal.

Me sonrío y asiente.

–Te estás preguntando cómo establecer si te estoy engañando. Quizá más tarde podamos elaborar un protocolo para eso. Por ahora, deja que te cuente el resto de la historia.

–Soy todo oídos. –Siento un repentino calor recorriéndome la piel, y por un brevísimo instante soy todo oídos, una masa de oídos con forma humana. La sensación pasa antes de que pueda registrar por completo qué es lo que me ocurre. Quedo muy conmocionado.

Terry, mientras tanto, está a punto de morir de risa.

–Vamos, viejo, fue grandioso cuando Tex Avery lo hizo en ese dibujo animado y sigue siendo grandioso. ¡Tranquilo!

–Vete al carajo, Terry. El nihilismo no ha mejorado tus gustos. Sigue con la historia.

–Sí, señor –dice, con un gesto sarcástico–. Entonces, ahí estaba yo, avanzando a fuerza de una estafa mágica tras otra y desilusionándome cada vez más con toda la situación. Allí fue cuando comencé a percatarme de cómo se quebraban muchas cosas cuando estaba al borde de un trance completo o de desmayarme, ya fuera que estuviese intentando introducir algo deliberado o no.

–Ah, sí –interrumpo–. Un problema muy común en los fenómenos psíquicos semiconscientes de todas clases.

–Todavía esperas una definición, ¿verdad? –Esta vez, más que sonreír, hace una mueca de desprecio–. Esa es la diferencia crucial, en realidad. Yo vi lo que me estaba ocurriendo y me dejé llevar. Tú sigues preocupado por tratar de meterlo en un molde que te parezca conveniente. O «verdadero», o como quieras llamarlo. Al final es lo mismo. –Se inclina hacia delante con fervor–. Lo definido es una mentira.

No me impresiona. A pesar de su poder, por mucho que acabe por ser, esto es materia de filosofía universitaria, de una filosofía no muy buena, por cierto.

–Te darás cuenta de lo tautológico que es todo esto.

–Ja. Joder con tus niveles de metadiscurso. Solo te estoy hablando de lo que queda después que todos los moldes se rompen y tú te encuentras en medio de una experiencia desnuda por primera

vez. No existe nada en absoluto, salvo lo que tú haces que exista. Eso es tan válido para las palabras y los números como para los dioses y demonios. --Abre las manos y aplaude una vez--. Nada. Ni siquiera aire para desplazar. Todo eso no es más que una parte de la sabiduría convencional.

--¿Puedo al menos no creer que tú existes y comenzar otra vez desde que estaba en el aeropuerto?

--Claro. Adelante. --Hace una pausa por un momento y mira los alrededores, como esperando que yo haga algo para que eso ocurra--. ¿No? Bueno. Tú pierdes, yo gano. Muy literalmente. --Toma otro trago--. Echaba de menos el alcohol. En fin, comencé a realizar algunos experimentos controlados y descubrí que si estropeaba mis percepciones del modo adecuado el mundo comenzaba a dejarse llevar, y que seguía haciéndolo hasta que yo reparaba la avería y comenzaba a percibirlo nuevamente de manera consistente. Y descubrí que algunos otros sujetos habían estudiado lo mismo durante mucho tiempo.

--Hallaste a tu gurú en un agujero negro.

--Bastante cerca, muchachito valiente. Una noche dejé ir a toda la habitación de mi hotel. El resto de la ciudad seguía allí, empezando por el pasillo, pero estaba a kilómetros de distancia. En las cercanías solo estaba yo y nada más. Ni siquiera nebrura, ya que no había espacio para la falta de color. Era la mejor ausencia que ha existido. O no era. Como sea. Me encantó, eso era lo único que sabía. --El recuerdo parece ponerlo genuinamente feliz, además, y comienzo a preguntarme lo lejos que habrá llegado su mente--. Y entonces entró el otro sujeto, acercándose por el corredor y penetrando en la vacuidad que había fabricado mi mente. Nada muy llamativo: una especie de Humphrey Bogart un poco menos feo, pero que estaba allí cuando ninguna otra cosa estaba allí. Por eso captó mi atención.

Me había preguntado brevemente si este Terry sería un impostor, pero la referencia cinematográfica se imponía sobre otras de las posibilidades obvias. Es algo que Terry hacía solamente cuando se encontraba con gente con la que se sentía cómodo y relajado, y él ni siquiera lo advertía. Aparentemente, así era como su mente funcionaba para las descripciones.

--¿Y que quería venderte Humphrey, aparte de enciclopedias?

--Lo primero que me dijo, en realidad, fue «¿Ha considerado las ventajas de poseer una colección de enciclopedias realmente buena?». Luego me habló del resto: el poder del vacío y cómo nuestro

poder para disolver el mundo depende de comprender las ilusiones específicas que deben ser deshechas. Allí es donde entran las enciclopedias, ¿lo ves? Más datos.

–Terry, estás más loco que una cabra, y además eres peligroso.

–Muy bien, Bill. Dispárame.

–¿Eh?

–Sé que tienes una pistola empotrada en esa silla, en alguna parte. Haz lo que creas conveniente para disparar bien y márame.

–Hablas en serio. –Lo escudriño.

–Absolutamente. Si vas a seguir fastidiando con tus dobles interpretaciones, esto es una pérdida de tiempo. Necesito que me prestes más atención.

–Perfecto, entonces –digo, y preparo mi equipo de tiro. Lentes regularizadoras de luz para las gafas, con realce para luz tenue a fin de evitar el riesgo de fogonazos. Tapones auditivos para protegerme de los decibelios altos. Un cóctel de anfetaminas, más unas enzimas neurotransmisoras fabricadas a medida, para obtener energía y evitar el temblor del pulso. Finalmente, la pistola misma, asomando por una pequeña ranura del apoyabrazos. Tres rápidos disparos.

El primero le acierta, pero la bala, simplemente, desaparece. La segunda bala se dispara como siempre, pero emerge lentamente y pierde impulso a cada centímetro, cayendo inerte al suelo a treinta centímetros de Terry. La última ni siquiera se dispara: del barril de la pistola sale un líquido pegajoso de color rojo grisáceo. No se disparan más balas, por muchas veces que apriete el gatillo o manosee el mecanismo.

–Ahí tienes, ¿lo ves? Me aburrí de que me dispararan hace mucho tiempo, y me limito a no prestarle suficiente atención a las balas. Deberías alegrarte de que aún les preste atención a mis amigos. –Sigo pensando que está demente, pero tengo que aceptar que hay algo aquí que vale la pena analizar, tanto en mi mente como en el mundo—. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, el sujeto sin las enciclopedias. Sucede que hay gente a la que le agrada vivir en el vacío. Probablemente, son descendientes directos de los seres humanos originales, ya que parece que emergimos espontáneamente del vacío y creamos el resto del mundo para sustentar nuestra sensación ilusoria de cómo deberían ser las cosas. La mayoría nunca puede librarse de ello, pero algunos lo hacen y yo acababa de demostrar que era digno de la atención de estos últimos.

–Ajá. Bueno, como anécdota de iniciación no está mal.

–Aún no lo entiendes, pero está bien. Mira, estoy aquí porque pienso que tu podrías llegar a lo mismo con un poco de esfuerzo. No soy de ningún gobierno y estoy aquí para ayudarte, por así decirlo.

–Quieres iniciarme. –No es una pregunta; solo quiero cerciorarme de que lo comprendo.

Toma otro sorbo y vacía la copa.

–Así es. No ahora mismo. Es que de pronto me descubrí preguntándome en qué andaría mi viejo amigo Bill, y al minuto siguiente estaba aquí, observándote descender de ese bonito jet alquilado, así que me acerqué por detrás y ya conoces el resto. Supongo que te debo una, con todo lo que está ocurriendo.

–¿Qué está ocurriendo? Es decir, si yo dijera eso sabría a qué me refiero –le explico con algo de pedantería y ya un poco ebrio–, pero no sé a qué te refieres tú.

–Me refiero al jodido fin del mundo, amigo. *Game Over*, no más pases, no más bolas extra, a eso me refiero. Tienes un asiento en primera fila para presenciar el maldito Apocalipsis, si tienes las agallas de ocuparlo.

Llego al vecindario donde comenzó todo esto, pero a pesar de que había esperado iniciar los rituales tan pronto como entrara en mi habitación, decido no hacerlo. Hay algo erróneo en esta parte de la ciudad y quiero comprenderlo antes de proseguir.

Parte de lo erróneo son mis propios recuerdos. Sé que tenía una buena razón para buscar la ayuda de Marilyn, y tengo vívidos recuerdos de los espíritus que permanecen encerrados en su sendero invertido respecto del tiempo local. Y, sin embargo, a veces recuerdo a uno de ellos hablándome en tiempo normal, o quizá es que logro entenderlo a pesar de la inversión. Tengo fuertes sospechas de que esto es un fragmento de recuerdo futuro entrometiéndose en mi conciencia presente. Nunca he tenido esa experiencia, pero muchos chamanes sí y es un fenómeno bastante bien estudiado. Puesto que los reinos que sirven de hogar a las capas más profundas del alma se encuentran fuera del tiempo, los que habitualmente hurgamos debajo de la piel de las cosas a veces nos topamos con esos momentos que

son parte de nuestras vidas, pero que aún no han ocurrido en el reino de la experiencia mundana. Por cierto, espero que se trate de eso, ya que las alternativas (recuerdos alterados del pasado o, peor aún, un pasado verdaderamente alterado) serían muchísimo peores.

Parte del problema, no obstante, es la gente. En cualquier ciudad grande se encuentra gran cantidad de vagabundos, cuyas almas son muy débiles, y diversos espíritus de los que son presa. En cualquier lado donde haya mucha miseria, hay toda una ecología de espíritus feos, infecciosos, que drenan la salud de sus víctimas y se entrometen con su entorno para hacerles la vida más miserable. Tales son nuestros pacientes, en nuestro papel de médicos al cuidado de la salud de nuestras comunidades elegidas/asignadas. Lo que veo a mi alrededor ahora, sin embargo, es diferente de lo habitual de dos maneras.

Primero, hay muchísimos más sujetos de alma débil que lo normal. Algunos parecen ser residentes locales estropeados; otros, vagabundos forasteros. Seguramente habéis visto la clase de persona a la que me refiero y habéis advertido que a menudo hablan con alguien invisible. Cuando tienen suerte, hablan con un espíritu o con una proyección de los sueños de algún chamán; cuando no la tienen, están siendo atormentados por amarguras y otros espíritus desagradables y tratando de soportarlo lo mejor que pueden, igual que vosotros tratáis de soportar a algún pelmazo que no quiere callarse ni marcharse. (Generalmente, esos pelmazos también piensan lo mismo de uno.) De todos modos, cuando normalmente en una gran ciudad una persona de cada diez es así, y aquí la proporción es una persona de cada dos. Hay un campo tremendamente fértil para toda clase de espíritus que preferimos mantener a raya o, lisa y llanamente, lejos.

Segundo, hay gente que está mucho peor. En algunos, parece que toda el alma, todo lo que yace debajo de la memoria y el pensamiento subconsciente, ha explotado. Observarlos es como observar leprosos en estado terminal. Las cáscaras vacías que son sus almas están llenas de parásitos y monstruos de todas las formas posibles. Tengo que reforzar constantemente mis defensas: me ven observarlos, y si bajara la guardia siquiera por un instante me atacarían. Siento una profunda compasión por los privados de alma, pero son tremendamente peligrosos para sí mismos y para todos los que nos encontramos en las cercanías. Si no se los vigila, pueden abrumar a las almas normales de toda una comunidad y dejarlas espiritualmente estériles. Una vez que eso ocurre, la muerte física es

inevitable. Es la historia de cómo muere cualquier gran ciudad, y después de haber trabajado tanto para vendar las últimas heridas de Nueva York no tengo ninguna gana de llevar a cabo más ritos funerarios ni nada que se les parezca.

Paso la mitad de cada día trabajando para proteger la habitación donde realizaré los ritos de viaje. Comienzo santificando la habitación misma y construyendo mi pequeña capilla preferida, incluyendo pequeñas pilas de desperdicios en los cuales se puedan manifestar las Basuras. Desde allí, extendiendo el hechizo hasta el pasillo, hasta los elevadores, los cuartos de baño compartidos y las habitaciones adyacentes, cuando las encuentro vacías. He pasado un tiempo más que suficiente en las ruinas del Tercer Mundo para no tener problemas en convencer a las camareras de que me permitan estar allí un rato a solas. Al menos una o dos de ellas reconocen algo de lo que estoy haciendo, y una me comunica lo contenta que está de que haya un brujo trabajando. Después de un par de semanas, todo el piso de mi habitación y la mayoría de los niveles por encima y por debajo están purificados.

Es bueno que haya comenzado con las defensas. No pasa mucho tiempo antes de que las amarguras de los huéspedes me identifiquen como una amenaza y envíen grupos de reconocimiento para probar mis fuerzas. Los ligeros golpeteos en las ventanas dan paso a intentos cada vez más enérgicos, descartando finalmente toda la fachada de misterio a favor de asaltos tanto físicos como psíquicos. Por el momento, sin embargo, mi mente y cuerpo siguen siendo míos. Medito y canto, y trato de deducir cómo diablos procederé de ahora en adelante.

--Terry --digo, con un suspiro exasperado que oculta mi ansiedad--. Me encantaría oírte hablar de tus ideas sobre el fin del mundo, pero tengo trabajo que hacer. Obviamente, sabes bastante de lo que te está permitido saber sobre lo que estoy haciendo, si es que te importa, de modo que no haré un gran despliegue de misterio. ¿Quieres acompañarme mientras hago algo útil, o prefieres esperar a que regrese?

Sonríe.

–Te acompañaré. Tendremos tiempo de hablar, si vamos donde pienso que vamos. –Y luego se marcha a su habitación.

No duermo muy bien. Mis sueños y mis momentos despierto se ven perturbados por los recuerdos de lo que pensé que le vi hacer y lo que podría significar. Sigo creyendo que lo más probable es que haya logrado hipnotizarme o proyectar una serie de ilusiones bien elaboradas. Puede que haya usado alguna forma de manipulación psiónica y puede que haya sido... bueno, un equipo de nanotecnología operativa de ambiente abierto o algo así. Ninguna de esas opciones es muy tranquilizadora, especialmente por el solipsismo verdaderamente denso en el que, por lo que parece, ha estado inmerso por bastante tiempo. Presumo que la mejor jugada es simplemente dejarlo hablar hasta descubrir lo que pretende y luego ver cómo puedo manejarlo.

Por la mañana desayunamos en el hotel (limitándonos al cereal frío envasado, ya que la sanidad de este lugar no inspira ninguna confianza en la comida cocida) y logramos hallar uno de los únicos tres furgones equipados con elevador para sillas de ruedas que hay en toda la ciudad. Obviamente, Terry se divierte con toda esta situación, lo que en verdad me aporta algo de alivio. Me preocuparía más por él si su aparente poder estuviera asociado con alguna ideología grandilocuente en pleno acto de campaña. Los intereses personales son muchísimo más fáciles de manejar que la convicción de que los demás deben ser destinatarios de nuestras buenas acciones, les guste o no.

No puedo descubrir nada útil sobre la historia de este maldito furgón. Obviamente, es un vehículo de oferta proveniente de Europa Oriental, basado en un diseño norteamericano, y quizás tan viejo como yo. La conversión de accesibilidad definitivamente se hizo a finales de los setenta o comienzos de los ochenta: utiliza esa particular combinación de palancas y manivelas que fue popular entre los diseñadores norteamericanos durante cinco minutos (hasta que cayeron en la cuenta de que había cuatro maneras de simplificar todo el mecanismo) y entre los «expertos» en discapacidad durante otros cinco años o algo así. Es mejor que, digamos, hacerme salir y empujar el coche con la ayuda del motor de la silla de ruedas. Es mejor que recubrir el interior del vehículo con vidrio molido y guindilla en polvo infestada de enfermedades. Pero no es mucho mejor que eso, y mientras me acomodo y trato de arrancar el vehículo lanzo frecuentes y fuertes insultos. Para Terry, todo esto resulta tremendamente gracioso.

He programado un par de sistemas de suplantación y no tengo espejismos acerca de los límites de la personificación. La entidad que está a mi lado podría ser Terry después de haber sido sometido a una elaborada ingeniería mental, o alguien instruido para personificarlo, o alguien programado para pensar que es él... las posibilidades son infinitas. Por lo tanto, cuando comienzo a sondear sus recuerdos de las experiencias que hemos compartido, no es realmente por ninguna convicción de poder detectar una falsificación o imitación, sino por la vaga esperanza de que pronto tenga reacciones que me puedan parecer tranquilizadoras. La primera de tales oportunidades surge cuando ya estamos fuera de Tuzla, abandonando la carretera principal para ingresar en un camino secundario que nos llevará mas allá de Donja Dragunija.

Lo miro y digo, con un tono de voz afectadamente serio:

–Las ciudades lejanas con nombres raros como...

Pestaña, confundido; luego comprende.

–Como Esmegma –dice, más o menos con la misma voz.

–... Espasmódica...

–... Rana...

–... y las lejanas Islas de Langerhans –decimos al unísono.

–Amigo –agrega, pasado un momento–, hace años que ni siquiera he pensado en el Teatro Firesign; apuesto que todavía puedo recitar de memoria el resto de esa rutina. –Hace un buen intento, también, de recitar la mayoría de «*El solitario tren americano ya no quiere detenerse aquí*» sin ningún problema. Pasamos un rato intercambiando latiguillos de los números del Teatro Firesign, y algo de Monty Python, y un poco de esto y de lo otro. Sin duda, estoy compartiendo este vehículo con alguien que sabe lo que le gustaba a Terry en los buenos tiempos y que puede recitar sus diálogos favoritos con la misma gracia que él. Es una buena señal, o al menos no es mala.

Hace un par de años, uno de mis colegas regresó de una misión de reconocimiento en Herzegovina y la describió como la pesadilla de Rust Belt. Esa descripción es casi perfecta también para esta parte de Bosnia. Hay tantas cosas que están mal y que han estado mal tanto tiempo... Con su mierda totalitaria de puño cerrado, los soviéticos produjeron daños... bueno, no irreparables, pero profundos y duraderos, en el manejo científico de cualquier concepto. Ser el mejor matón del vecindario no es lo mismo que ser el planificador más informado, pero aunque nunca llegaron a ser lo segundo, lograron que

ambos roles quedaran vinculados de ahí en adelante. Luego llegó el colapso del maldito imperio, el surgimiento de los tiranos locales a quienes seguramente ya nada les importaba, después la guerra y ahora el abandono y la miseria absoluta.

Estas tierras pueden no ser las más fértiles que hayan existido, pero podrían alimentar al pueblo y proveer toda la riqueza mineral necesaria para establecer una gran base industrial, si tan solo fuesen gobernadas como corresponde. En lugar de ello, avanzamos entre los restos de fábricas bombardeadas, rodeadas por afloramientos del lecho de roca que han quedado a la vista en los sitios donde el suelo superficial ha sido completamente arrasado. Allá, campos muertos con altas montañas de automóviles y tractores arruinados, chorreando aceite y otros fluidos que garantizan que nada que uno esté dispuesto a comer podrá crecer en este suelo. Ocasionalmente, veo un grupo de rostros espiando a través de los agujeros de una pared que ha quedado más o menos intacta, y sé que del otro lado hay un pequeño sector de tierra no tan mala, que está ofreciendo algún producto que mantendrá viva a la gente que la cultiva un poco más de tiempo.

--Ojalá pudiéramos comprar este sitio --le digo a mi pasajero--. Cercarlo por un par de años, reconstruirlo desde cero, para que la gente de aquí tuviera algo por lo que realmente mereciera la pena vivir.

Sacude la cabeza con una sonrisa irónica.

--Demasiado esfuerzo. Sigues siendo el laborioso castor que salvará al mundo, ¿verdad?

--Y ahora es cuando me dices que el mundo es demasiado grande y que está demasiado condenado para ser salvado. Lo acepto.

--No me molesto en mirarlo... veo suficiente de su expresión en los espejos y estoy en un sector difícil del camino. Bueno, en parte es camino, pero en su mayoría se trata de cráteres de artillería y lo que parecen agujeros producidos por hundimientos. Recuerdo vagamente los destrozos de las guerras. Algo así, en todo caso. Reduzco la velocidad a alrededor de treinta kilómetros por hora y maniobro con mucho más cuidado del que generalmente pongo, ya que si nos salimos del camino podríamos quedar varados un buen rato.

--Nooo... --Se interrumpe por un momento, juntando fuerzas, mientras zigzagueo para esquivar una serie de profundas grietas del pavimento--. Estoy tratando de decirte que el mundo, en efecto, no es lo suficientemente real para ser salvado. Estás marchando, con el sudor de tu frente, hacia una muerte prematura por culpa de la

pesadilla de otro. Lo único que realmente existe, además de nosotros, es el vacío, y cuanto antes llegues a él mejor será para ti.

Suspiro.

--Caramba, gracias. De verdad lo aprecio. --A partir de allí, la conversación se desplaza hacia el tema de nuestros ex-compañeros de los Adeptos Virtuales (por lo que sabemos, la mayoría ya ha muerto, unos pocos han perdido la razón y un puñado sigue activo) y de algunos de nuestros diversos enemigos pasados y presentes. Una vez que nos hemos puesto al día, tras superar la peor parte de la ruta destrozada y transitando un trecho que lo único que evidencia son señales de estar totalmente abandonado desde más o menos 1994, volvemos a cambiar de tema y derivamos la conversación hacia lo que pienso que estoy haciendo aquí. Considero la posibilidad de mentirle, de negarme a contestar o bien de ocultar información, pero decido que no tiene mucho sentido. Para cuando llegamos al pequeño valle al que me dirijo, al norte de Donja Dragunija, Terry sabe más del problema de los hematóvoros que algunas de las personas con las que trabajo.

Me escucha, formulando ocasionalmente alguna pregunta de utilidad. Por fin, dice:

--Muy bien. Entonces, ¿adónde vas en este momento?

--Aquí hay un castillo. Si preguntas, los pobladores locales normalmente te dicen que se llama «Neznam». Es la palabra bosnia que significa «No lo sé», y la pronuncian de un modo que deja bien en claro que no quieren saberlo. Y tienen razón en pensar así, supongo. Por lo que sabemos, en ese castillo hay un enclave de hematóvoros desde el saqueo de Bizancio, a comienzos del siglo trece. Unos chupasangre bizantinos llegaron hasta aquí, desplazaron a algunos cabecillas locales y se nombraron señores absolutos de la región.

--Y tú quieres ver qué están tramando o, si se han marchado, tratar de deducir por qué.

--Tienes razón en una de esas dos cosas.

--Solo tengo una petición que hacerte --me dice muy serio, y esta vez sí me vuelvo para mirarlo--. Si alguien tiene que bajar al oscuro sótano sin linterna, lo harás tú. --Explota en carcajadas, y yo también; apenas puedo entender las últimas tres palabras.

--Vete al carajo, tío --le digo con una sonrisa--. Me pondré detrás de ti y te empujaré abajo. Luego podré estudiar lo que hacen las ratas mutantes mientras te devoran.

Hemos estado subiendo a los saltos por una empinada pendiente, en la ladera occidental de una cadena montañosa que corre más o

menos de norte a sur. Finalmente llegamos a la cima, y allí está Neznam, un angosto valle entre dos riscos no demasiado paralelos. La propiedad tiene poco menos de quince kilómetros de largo y no más de un kilómetro de ancho. Un castillo complejo, repetidamente ampliado y reconstruido a lo largo de los siglos, se yergue sobre una ligera elevación, justo debajo de nosotros, y hay pequeñas granjas que llenan casi todo el resto del valle. No hay signos de actividad, ni animales en los campos, ni personas trabajando, ni fogatas encendidas. El aire no huele a humo; solo se percibe el hedor de fondo que proviene del sur.

–No hay nadie en casa –comento, mientras inicio el lento descenso.

Es mitad de la tarde cuando aparco en las afueras del castillo. Prevalece una quietud generalizada. Estoy casi seguro de que todos los habitantes están muertos o se han marchado, de una forma u otra, pero me aseguro de tomarme mi tiempo y observar las evidencias. A Terry no le importa. Sale del furgón de un salto y camina por el patio, mientras yo saco la silla de ruedas y sus defensas principales. Cuando estoy listo, atravesamos juntos el portón.

La única relación de hitos históricos efectuada en esta zona asegura que las entrañas de esta fortaleza datan del siglo II d.C. y que formaban parte de la frontera romana. En aquel entonces, el valle estaba abierto en ambos extremos, de modo que tenía sentido poner algo capaz de controlar el tránsito. En el siglo XI, un cruzado gravemente herido se estableció aquí y construyó sobre los restos una especie de fuerte combinado con monasterio. Sus herederos se infectaron o fueron destruidos cuando llegaron los hematóvoros bizantinos, un par de siglos después. Aparentemente, los campesinos resultaron ser resistentes al HHV y se quedaron donde estaban. Terremotos de menor cuantía derrumbaron los extremos del valle alrededor de comienzos del siglo XV, y luego la región, básicamente, pasó a ser ignorada por las autoridades oficiales.

Los analistas del Ragnarok se enteraron por primera vez de la existencia de este sitio en 1999–2000, justo después del *big-bang* de Bangladesh. Interceptaron a unos portadores de HHV-EU1 que, esparcidos en diversos lugares, enviaban transmisiones codificadas hacia aquí a través de una serie de intermediarios y que más o menos una vez al año volvían a casa por una semana. Esto se ajustaba a uno de los patrones clásicos de expansión del virus, donde el agente de infección se considera el padre (o tal vez la madre) de una camada de

progenie... metáforas de familia que son muy comunes entre las víctimas del virus. Supongo que es más fácil pensar que uno tiene un padre malvado, que pensar que tu padre es un ser cuyo sistema inmunitario se colapsó antes que el tuyo. De todos modos, este asunto ha estado en la lista de objetivos secundarios de Ragnarok desde entonces, hasta la desaparición masiva del EU1. Opto por este enfoque porque es, relativamente, el más directo; si bien Bosnia es un follón, no es una zona de guerra activa ni una de las zonas clausuradas por seguridad, como las que encierran a algunos de los otros posibles candidatos.

Presumo que ninguno de los viejos mapas disponibles en los archivos públicos se parece mucho al actual interior del lugar. Los viejos hematóvoros suelen mostrarse muy a favor de la decoración personalizada en general y de la seguridad en particular. Esta es una de esas ocasiones en que desearía fervientemente tener piernas que funcionen, a pesar de que dispongo de sondas robóticas de reconocimiento ultralivianas que puedo enviar por delante de mí. Terry continúa divirtiéndose mientras yo adoso unas lentes de proyección sobre mis gafas normales y lanzo las sondas. Parecen algo así como alubias con hélices, volando casi silenciosamente gracias a los rotores montados a tal efecto. En pocos segundos comienzan a transmitir y entonces las envío a realizar una inspección general.

El lugar está vacío.

Bueno, vacío de cosas animadas. Hay gran cantidad de elaborados ornamentos, incluido lo que muy probablemente son tapices bizantinos originales traídos por los refugiados del siglo XIII y esculturas de aspecto griego. Hay lujosos muebles, no especialmente cómodos o acolchonados, pero hechos de maderas profusamente talladas y muy costosas y con incrustaciones de oro y plata. También se aprecian algunos toques modernos, como computadoras en armarios que se funden con las piezas más antiguas y luces empotradas en la mayoría de los corredores y estancias más grandes. Lo que no hay es gente moviéndose.

Paso una hora así, recorriendo, por medio de las sondas, desde los desvanes del altillo hasta los subsuelos, ida y vuelta, y estoy bastante seguro de que no estoy pasando nada por alto. No hay calor corporal residual. Cuando se trata de hematóvoros, eso no significa nada por sí solo, pero tampoco hay ningún otro rastro de presencias recientes: ninguna deformación superficial menor por huellas de pies, ni polvo removido, y así sucesivamente. Las sondas tienen buenos

olfateadores forenses, pero los datos no indican nada. Lo más cercano a una evidencia es media docena de marcas de quemaduras en el comedor y en el gran salón. No hay ropas ni otros artefactos a su alrededor, pero es posible que aquí se hayan quemado algunos hematóvoros.

--No hay nadie en casa, ¿eh? --pregunta Terry.

--Nadie --digo--. Veámoslo con nuestros propios ojos.

Estoy maldita, parece. ¿Es este el castigo que merezco por el desorden de mi alma? Tal vez. ¿El modo tortuoso en que el Cielo me arrebató un don demasiado generoso? Después de todo, los burócratas mortales a veces castigan a quienes han recibido demasiados favores y los sabios dicen que la jerarquía celestial refleja a la terrestre.

Los pensamientos abstractos amortiguan mi gran tristeza. Lo sé y me lo repito y, sin embargo, continúo racionalizando. Mientras regresaba a la cueva donde dejé a mis amigas y a los demás fantasmas, vi la puerta abierta. Me preocupó, incluso antes de poder determinar si la habían abierto desde el interior o si alguien la había forzado desde el exterior. Mucho antes de llegar allí, escuché los terribles sonidos del corpus fantasmal desgarrado. No había gritos, solo los ruidos que se producen al comer.

De algún modo, me obligué a finalizar el descenso, envuelta en capas entrelazadas de yang y yin que me llevaron casi de vuelta al mundo de los vivos, aunque no totalmente. Avancé como una sombra por los senderos poco frecuentados y tenuemente iluminados, hasta que estuve a una decena de metros fuera de la cueva y pude escudriñar su interior. Vi los restos de los fantasmas desparramados por todas partes, trozos de sus almas que todavía relumbraban como el mercurio y, alimentándose de ellos, grandes figuras negras que parecían salidas de la pesadilla colmada de tigres de un aterrado cavernícola. Tales seres no tienen contacto con los vivos, pero las muertes múltiples, especialmente con gran sufrimiento, a veces pueden abrirles paso y atraerlos.

No sé si sus víctimas, de una u otra forma, los dejaron pasar. No

importa en realidad. Lo que me importa es que todos esos hombres y mujeres inocentes perdieron la oportunidad de redención y maduración que puede brindar la vida después de la muerte. He sido separada de mis amigas por segunda vez y, por lo que sé, nada puede traerlas de vuelta del destino que sufrieron en la caverna. Fue con gran pesar en el corazón que le di la espalda a toda esa zona y avancé hacia el sur, sin seguir ninguno de los caminos principales de los muertos, rumbo a la antigua capital del imperio Yu Huang.

Fuera de los límites de la materia, la distancia es flexible. La significación da forma a la proximidad, al igual que toda una constelación de significados de diversas clases. En este viaje anhelo, más que nada, la oscuridad; mi visión aumentada me muestra el camino, indicándome senderos donde el terreno yin se ve interferido por infusiones de yang. Antes de mi segundo Despertar, evitaba algunos de estos sitios por ser equivalentes a las arenas movedizas y los serpentarios. Ahora puedo verlos claramente y avanzo silenciosa y tranquilamente a través de canales nunca hollados por las patrullas del Emperador. La provincia de Shaanxi está tan poblada como cualquier otra provincia de China, pero incluso aquí hay lugares donde ha muerto tan poca gente que el paisaje espiritual es casi íntegramente prístino. Las muertes de animales y plantas le han dado forma, pero su fuerza es escasa. Es una tierra virgen de muertos, y tengo tiempo para cavilar sobre todo lo que me está ocurriendo.

Si bien dependo de la solidaridad de mi yang interior, Ojalá hubiera alguna forma de deshacerme de él. Cada noche, según se mide en el mundo mortal, el viento se eleva unos minutos y arrastra las voces de los que murieron aquel día. No es un viento nativo de los reinos yin, sino la creación de quienes alguna vez fueron mis aliadas y mentoras entre las Wu Keng. El viento me apunta mí, pero como no saben exactamente dónde estoy, esparcen sus efectos por toda la zona. A diario, escucho los sollozos de otros que han muerto por mi culpa: ex-colegas, ex-alumnos de cuando dictaba clases en las escuelas de Beijing, familiares y amigos. El número de víctimas aumenta constantemente, y supongo que es solo cuestión de tiempo que algunos de los asesinados me encuentren y traten de vengarse. Debo hallar un modo de defenderme mientras continúa mi búsqueda.

No aparecen más espíritus de tiempo invertido. Francamente, hay ocasiones en que el deber chamánico se parece bastante a esperar el autobús: aparecerá en el momento justo en que uno se descuide. Desgraciadamente, hay otras cosas que también necesitan mi atención.

Hace rato que estoy acostumbrado a vivir en medio de significados disfrazados de coincidencias. Nos pasa a todos, pero la mayoría no lo advierte o hace todo lo posible para bloquear ese descubrimiento, que a veces resulta incómodo. Yo y los que somos como yo lo aceptamos de buena gana, le damos la bienvenida y buscamos los mensajes que pueda tener para nosotros o para las comunidades que atendemos. Por eso soy el primero del hotel, aunque no el único, en advertir que está sucediendo algo extraño.

Todo comienza dos días después de mi llegada, cuando suenan las alarmas de los relojes de los trabajadores diurnos. Todas y cada una de ellas suenan exactamente al mismo tiempo. Ninguno de los relojes está unos minutos atrasado o adelantado; nadie ha puesto el suyo para que suene unos minutos antes o después que el de todos los demás. Exactamente a las 6:30 AM, suenan todos y cada uno de ellos, sin diferencias causadas por fluctuaciones de la batería ni nada que se le parezca. El momento pasa mientras la gente se pone en marcha: este sujeto tarda un poco más en la ducha, aquella pareja regresa a la cama, esta mujer tiene resaca y se toma un tiempo para ingerir un remedio cultivado en casa... las fluctuaciones normales. Aun así, lo encuentro perturbador. También mis tótems, pero ninguno puede encontrar una explicación.

La mitad del trabajo chamánico tiene relación con los estados alterados de conciencia, lo que implica que si estamos rodeados de borrachos y adictos graves disponemos de un buen grupo de talentos no entrenados para verificar nuestras propias impresiones del mundo espiritual y sus actos. Esa mañana hago las rondas, pero el gentío que habitualmente se reúne en el vestíbulo y las escaleras exteriores no ha notado nada fuera de lo común. Es decir, aparte de que les parezco más agitado que lo normal. Con una clara sensación de incomodidad, salgo a cumplir con los recados del día, comprando en los mercados locales más hierbas exóticas que necesito para los hechizos de protección a gran escala y revisando todos los sitios donde los espíritus invertidos han dejado su marca. Los muros del mundo continúan inusualmente débiles, pero no hay actividad reciente; esta

es la clase de herida que se cura con el tiempo si nadie la vuelve a tocar, y todos esos sitios están lo bastante apartados como para que no haya mucho tránsito aleatorio de vagabundos con la sensibilidad espiritual suficiente para ser peligrosos.

Al día siguiente, los relojes vuelven a sincronizarse, y el efecto dura unos diez minutos largos o algo así. El sonido del agua corriendo en los inodoros avanza de norte a sur, a ritmo constante, al igual que el ruido de las puertas de los baños que se cierran detrás de los primeros usuarios del día. Todos los que me rodean apagan los relojes en sincronía, también. Luego el desorden se restablece, pero gradualmente.

Una vez es coincidencia, o un mensaje para alguien que no soy yo. Dos veces seguidas, justo cuando me estoy preparando para un trabajo de grandes proporciones, es algo que merece mi atención. Suspendo mis preparativos del día para dedicar más tiempo a estudiar a mis vecinos y hablar con algunos de ellos. Son un grupo bastante homogéneo: casi todos hombres solteros, casi todos entre los veinticinco y los cuarenta años, distribuidos bastante equilibradamente entre blancos, negros e hispánicos, unos pocos sin nada que hacer excepto trabajos que surjan en el día, o que trabajan como obreros semiespecializados en la construcción. Algunos están casados y hay algunas mujeres solteras y unas parejas gay, pero son casos aislados. Y todos se ven como lo que son: obreros cansados que carecen de cualquier esperanza de mejorar sus perspectivas y que están preocupados por no sufrir ningún accidente, enfermedad o cualquier otra desgracia que pudiera perjudicarlos.

Una buena cantidad de estos individuos tiene problemas con la bebida o las drogas, aunque por lo general no muy severos. Si las adicciones pasaran a controlar sus vidas, perderían la habilidad de conservar esta clase de trabajo y descenderían unos cuantos peldaños más en la escala social. Dentro de este grupo destacan Mike y Louie, porque están casi constantemente bajo los efectos de una u otra sustancia, con los ojos vidriosos inyectados en sangre y la voz temblorosa, distraídos. El segundo día en que se produce la siniestra sincronización, advierto que están casi completamente inmersos en ella. Se tropiezan, pero no acaban de caerse; se les cae algo y lo atajan antes de que toque el suelo; cruzan la calle a una velocidad holgazana, pero lo bastante rápida como para hacerlo a salvo.

Hoy no tienen trabajo, de modo que me ofrezco a pagarles el almuerzo en la *taquería* que está calle abajo y aceptan. Mike

posiblemente tiene un par de años más que Louie, es un par de centímetros más alto y está bien afeitado, mientras que Louie tiene una barbita de chivo bastante desaliñada. Ambos son de piel pálida y llevan camisetas con inscripciones que refieren a giras de bandas musicales de segunda categoría, media docena de años atrás.

–Me habéis visto por ahí, muchachos, lo sé –digo–. A veces escribo en los periódicos sobre las personas de mi vecindario y su opinión de las cosas, ¿sabéis? –Asienten. Los periodistas de ese tipo son fenómenos muy conocidos para quienes viven en cualquier barrio de Nueva York que se pueda considerar pintoresco–. Bueno, se supone que estoy escribiendo un artículo sobre cualquier cosa nueva que estén pensando los tíos como vosotros sobre la situación. –Hacen una pausa por un momento para asimilar mis palabras; luego vuelven a asentir–. ¿Qué tal, muchachos? ¿Podéis contarme algo nuevo del glamuroso centro de Villa Tú? –Saco una libreta de notas y un lápiz mecánico, y ellos se ríen. Están cómodos con la situación.

–Es el Nuevo Orden Mundial –dice Mike después de un momento, y verdaderamente oigo las mayúsculas. Debo tomar nota–. Siempre escuché que iban a imponer ese orden en el mundo, y ahora ya lo están haciendo.

–Parece –digo con cautela– que estás hablando de algo más que regulaciones bancarias.

–Oh, sí –asiente Mike. No vigorosamente según los estándares de la mayoría, pero quizás tanto como pueda en este instante–. Hablo de la manera en que funciona el mundo. –Ha pedido un emparedado de queso a la parrilla, y ahora le quita la tapa superior de pan y la arroja al suelo. Aterrizza con el lado untado hacia arriba. Una vez, y otra vez, y todas las veces que repite la acción–. De esto estoy hablando. Nuestros benévolos amos han empezado a joder con la gravedad y esas cosas para darnos un mundo más agradable.

Hago lo mejor que puedo para parecer escéptico y no alarmado.

–Vaya gobierno sería ese.

Louie me da una frambuesa.

–No importan los gobiernos, amigo. Se trata de personas que se creen Dios y que se entrometen con todos nosotros. Se trata de eliminar todo lo casual para cumplir con un maldito plan quinquenal.

–¿Hablas de magia?

Louie está comiendo una rosquilla.

–Hablo de magia, igual que hablaría de mi jubilación si me suicidara. Esto es la muerte de todo lo que es azaroso y

descontrolado.

Sigo anotando.

–Tenéis un lenguaje bastante elaborado para ser un par de jornaleros. ¿Qué educación habéis recibido?

Se miran. Mike responde:

–Nos conocimos en la universidad de Columbia hace unos nueve años. Nos llevamos bien y cada uno adoptó algunos de los hábitos del otro. Finalmente nos echamos a perder y nos expulsaron juntos. Seguimos juntos porque nos llevamos bien, y quizás porque algún día uno de nosotros tendrá un golpe de suerte.

–Entiendo. –Más notas en mi libreta–. Entonces, según vosotros... ¿quiénes son los jefes que están matando la magia?

–Nadie que tú conozcas --responden juntos. La simultaneidad de la respuesta los hace sonreír. Louie continúa:

»Nadie que tú conozcas. Trabajan a través de testaferros, y estos a través de otros testaferros, que son los que elaboran la política y la economía que nosotros conocemos y que es solo el barniz del telón que cubre el escenario donde se desarrolla el espectáculo con el que nos distraen, mientras la verdadera acción está ocurriendo detrás.

–Suenan deprimente --aventuro.

–Pues sí, joder --interviene Mike--. No es nada divertido. Pero creo que por ahora ya hemos hablado bastante del tema. Estás haciendo muchas preguntas, ¿no? Ven a hablarnos de nuevo cuando tengas respuestas propias. --Se levantan y salen juntos, arrastrando pequeñas bolsas de ese orden improbable.

Acomodo el envoltorio descartado del emparedado, los envases de ketchup, los desperdicios surtidos, e invoco a una pequeña manifestación de la Basura. Me mira y gimotea:

–Hacen que me duela.

–¿Que te duela? ¿Cómo?

–Demasiado cuadrado. Todo preciso. Sin sitio para caídas.

Asiento.

–Parecen estar especialmente embrujados.

–No, no --insiste la Basura diminuta--. Ellos hacen lo cuadrado.

–¿Eh? --Me atrapa con la guardia baja.

–Hablas con espíritus. Ellos hacen lo cuadrado. Es así como le hablan al mundo. Dicen «hacer todo con aristas» y todo se posiciona en su lugar porque ellos lo acomodan.

–Mmm... --No es la primera vez que trato con gente que no conoce sus propios poderes, pero no estoy seguro de tener ganas de

creer lo que dice la Basura. Es hora de investigar más por otros medios. Y entonces, si lo compruebo, deducir qué puedo hacer al respecto.

Estoy cansado. Siento que los globos oculares están a punto de desprenderse de mi cabeza. Nuestros buenos amigos de las ciencias de la vida tienen tratamientos antifatiga mejores que cualquier cosa que la gente pueda soñar, pero aún son limitados. He pasado las últimas dos semanas conduciendo por el noroeste de Bosnia y más lejos, incluidos dos cruces a Serbia, y encontrando una fortaleza de hematóvoros tras otra, todas vacías. ¿Qué diablos les ha ocurrido a los chupasangre?

A veces Terry me sigue. Advierto que permanece desagradablemente fresco y alerta, y cuando le pregunto, solo dice que ha olvidado lo que es el cansancio. Eso me asusta y el muy cabrón se da cuenta. Todavía no he decidido qué hacer al respecto.

Mientras avanzamos, charlamos de esto, lo otro y lo de más allá. Mezclado con todo lo demás, él sigue lanzando comentarios sobre este movimiento de gran negación al que se ha unido. Como científico, sé muy bien que no debo aceptar los disparates místicos por su valor nominal, pero también sé que el mundo es muchísimo más extraño de lo que le permitimos sospechar a la gente y, por lo tanto, que es bastante posible que su mentor se haya topado con algo genuino. Después de todo, la gente se las ingenió para inventar el *napalm* y la dinamita sin contar con la teoría cuántica, y el fuego y la pólvora sin disponer de una ciencia química sistematizada. El universo no detiene su funcionamiento por el solo hecho de que seamos demasiado ignorantes para darnos cuenta del peligro que implica el juego que estamos jugando.

Lo que de verdad más me intriga en este momento es la ausencia de supervivientes. Los hematóvoros no se fueron solos. También se llevaron a sus lacayos, a todos los que estaban parcialmente infectados y, por lo visto, a todos los que eran presa de los talentos psiónicos demostrados por algunos hematóvoros. Los que estaban directamente afectados por la sangre infectada han desaparecido todos. Encontramos algunos secuaces no contaminados para

interrogar, pero no tienen mucho que decir y no podemos deducir nada: la misma noche, todos ellos fueron a cumplir sus labores habituales y descubrieron que sus amos se habían marchado. Las desapariciones, aparentemente, ocurrieron al mismo tiempo, o al menos en el espacio de una ventana de oportunidad de no más de doce horas. Lo que ayuda un poco, aunque estos sujetos no sepan nada relevante.

Naturalmente, los marco para su posterior interrogatorio en manos del equipo de seguimiento. Tienen información sobre las operaciones pre-desaparición que será útil para ulteriores análisis y, considerando el caos reinante, probablemente podamos someterlos a interrogatorios bioquímicos integrales sin que nadie se preocupe por ello. Pero eso llevará su tiempo y por ahora soy el único personal que se encuentra en el lugar de los hechos. Los marcadores radiales y químicos guiarán a mis colegas más tarde.

Mientras tanto, tengo que ocuparme de Terry y su evangelio.

–Mira –le digo por sexta o sexagésima vez–, estás diciendo sandeces y lo sabes. El hecho mismo de que estés hablándome y yo entendiéndote demuestra que tengo razón. La clase de libertad absoluta de la que hablas nunca existe en realidad. El tiempo y el espacio imponen limitaciones, y todas las acciones hacen que otras acciones que una vez fueron posibles sean imposibles. Si quieres hablarme de una expansión de los límites de lo posible, entonces te escucharé. De eso se trata todo, en verdad. Pero no puedes hablarme de libertad completa y hacerme pensar que eres cualquier cosa excepto un imbécil que no se molesta en verificar si sus propias suposiciones son ciertas.

Ante esto, Terry se queda callado.

No estamos en un verdadero camino en este momento. Estoy siguiendo una serie de huellas, ascendiendo por el lecho de un arroyo bastante plano y seco en algún lugar al sudeste de Gradacac, buscando el escondite ubicado en un risco del que me habló el último racimo de lacayos justo antes de que los embistiera. Los malditos idiotas pensaron que me inspirarían una falsa sensación de confianza dándome información útil, para luego dispararme y llevar mi cuerpo como trofeo a su amo (o ama, si vamos al caso) ausente. Reconocí la estratagema unas tres frases después de iniciada la conversación. Tres toneladas de furgón contra ciento cuarenta kilos de granjeros bosnios. Sir Isaac Newton habría dicho que si lanzaba el furgón contra los granjeros ganaría yo, y con toda seguridad eso fue lo que hice.

Hay ocasiones en que resulta muy reconfortante vivir en un universo reiterativo.

Le lanzo una ojeada, hago una mueca de dolor cuando otra larga roca afilada se encarga de golpear la transmisión y continúo con mi verborragia.

–Entonces, dado que insistes en existir de manera consistente, en usar lenguaje comprensible y todo el resto, veo que no estás completamente entregado a lo que estás tratando de venderme. Eso te convierte en un hipócrita, en un estúpido o en las dos cosas. También significa que piensas que soy lo bastante imbécil para caer en tu engaño o lo bastante ambicioso para no dejarme perturbar por él, y eso me pone de mal humor. Nunca fui un retardado, y te agradecería que no empieces a tratarme como si lo fuese. Dime qué quieres realmente, o apártate de mi vida y déjame seguir con mis cosas.

Allí es cuando desaparece el universo reiterativo. Joder con mi *Hubris*, pienso momentáneamente. Comienza con el propio Terry. Su cuerpo empieza a plegarse hacia dentro y fuera de sí mismo... Al principio es algo que puedo comprender, al menos un poco. Hay un número enorme, pero finito, de formas tridimensionales que cualquier molécula orgánica compleja puede adoptar. Si os imagináis arrojando al aire un trozo de cuerda con algunos tramos rígidos y luego estudiando la forma que adopta al caer, podéis captar la idea. Reconozco unos cuantos de los bultos que aparecen y desaparecen debajo de su piel, pues he revisado muchos datos que existen en la Unión sobre armas biológicas. Hay sustancias químicas que pueden arrojar una contra otra todas las proteínas de una clase en especial para que adopten muchas formas posibles. También obstruyen los procesos metabólicos que dependen del repliegue de las proteínas, y por lo tanto matan al sujeto. No creo que Terry esté muriendo... qué lástima. Y muy pronto los cambios que exhibe sobrepasan por mucho los límites de lo que creo que permite la bioquímica.

La plaga de cambios se expande, desde su cuerpo hacia afuera, apoderándose del furgón, que está fuera de mi control. Se suceden todas las roturas posibles por fatiga del metal y luego unos golpes que suenan al mismo tiempo, y la maldita cosa se sacude y se parte en dos. El suelo en el que aterrizo, saltando de la silla de ruedas, también tiembla y cambia rápidamente de textura: lodo y tierra seca y frío helado y calor y algo extraño. Después de eso no puedo ver mucho, porque el aire no está transportando los fotones de manera fiable. Me

pregunto por qué mi propio cuerpo permanece inalterado. Sospecho que Terry tiene otra cosa reservada para mí. No puedo afirmar que estoy ansioso de que ocurra.

Oigo su voz en medio del caos sensorial. No logro ver nada, salvo los destellos aleatorios de mis nervios ópticos, que parecen los chispazos que preceden a una migraña, y no oigo nada excepto un rugido de estática. Pero su voz me llega claramente:

–Bill. Bill, Bill, Bill. ¿Quién te ha dicho que acepté todo eso permanentemente? Lo hacía solo para hablar contigo. Sin embargo, ya hemos charlado bastante.

La estática se desvanece gradualmente, pero por algún motivo el vacío no me resulta mucho mejor. Terry describió su primer encuentro con él como «negrura». Viéndolo, o mejor dicho no viéndolo, por mí mismo, me doy cuenta de que fue una descripción muy torpe. Es la ausencia de sensación, como un punto ciego que se traga todo lo demás. Retengo la conciencia de lo que hay dentro de mi piel y de nada más. Excepto cuando él me habla.

–Bueno, a la mierda contigo, Bill. ¿Por qué sigues aferrado a ti mismo de esa forma?

No hablo exactamente: cuando abro la boca tengo en ella una ausencia de sensación, y no hay nada con qué llenar mis pulmones. Me las arreglo para emitir pensamientos hacia lo que sea que me está rodeando.

–Vida sana.

–Idiota. –Para mi total falta de sorpresa, la emoción está desapareciendo de la voz de Terry. Si ha estado pasando algo de tiempo en este sitio, probablemente se encuentra mucho más al margen de las normas humanas de lo que alguna vez pude imaginar—. Tienes algo entre manos que no tenía ninguna de mis otras víctimas. No sé que es. Es como una jodida pared que rodea tu esencia. Pero está bien. Puedo mantenerte aquí hasta que eso también se agote, y luego barrerte como hice con todo el resto. Siempre salgo ganando, idiota.

Honestamente, a menos que me las ingenie para modificar los términos de nuestra interacción, tiene razón. He recibido uno de los mejores entrenamientos de disciplina psicológica que la Unión puede proveer, y parte del adiestramiento consistía en aprender qué hacer cuando ese entrenamiento no sirve de nada. Todos somos finitos. Todos nos quebramos. Dadme una razón suficiente de todo esto y enloqueceré, o rogaré que me permitan aceptar a la fuente de su

poder como mi nuevo jefe, o haré cualquier otra estupidez. Comienzo a pensar en las opciones que tengo. Intensamente.

Cuando murió Qin Shihuangdi, el primer hombre que gobernó todo lo que ahora consideramos China, pasó al más allá con algunos de los preparativos más elaborados que un gobernante ha tenido jamás. Siempre había estado obsesionado con la muerte y la inmortalidad, y si bien no logró ser inmortal entre los vivos, su alma descendió a los reinos yin con ejércitos enteros y con todo su palacio encantado. No tardó mucho tiempo en convertir toda la región de los Manantiales Amarillos, la parte del inframundo que pertenece a nuestro pueblo, en su nuevo imperio. Durante los siguientes dos mil años y algunos más, gobernó todo, hasta que la gran tormenta despedazó sus fuerzas y aisló cada sector del imperio de todos los demás.

Avanzo por el camino principal que conduce a su palacio. Aquí no hay rutas alternativas, a menos que intentes volar, y ese es un arte que nunca he dominado en ningún reino. Al sur de la moderna ciudad de Xian, las colinas se hunden hacia un valle que desciende cada vez más escarpadamente, abajo, abajo y más abajo, atravesando la piel del mundo. Incluso la pálida luz que caracteriza a los reinos yin cercanos a la existencia mortal se diluye en la oscuridad de una noche nublada y sin luna. Hay un solo sendero, apisonado y pavimentado hace mucho con piedras hechas de almas forjadas alquímicamente. Nunca he estado aquí con anterioridad, pero he visto representaciones de este sitio en pinturas y esculturas, ya que el Emperador retuvo en la muerte su pasión por el arte público que le recordaría a sus súbditos los tiempos de gloria. El propio valle se diluye en algún lugar debajo y detrás de mí, y ahora el camino desciende, atravesando la primera capa del extenso vacío que está debajo del mundo. Si me saliera del sendero, caería durante años, a menos que me atraparan las tormentas, hasta estrellarme contra el laberinto de piedra negra que es la más pura expresión del yin.

Para sorpresa y alivio míos, el viento que transporta las voces de mis seres queridos asesinados se diluye junto con el valle. Suponía

que me seguirían y que quizá se intensificarían. Las Wu Keng parecen no haber sospechado que podría venir aquí. Si soy especialmente afortunada, hasta podré arreglármelas para usar los mapas y guías que hay en el palacio, a fin de llegar a Xingjiang saltándome gran parte del espacio intermedio. Desearía encontrar el palacio abandonado por simple necesidad de recursos, ya que, aunque no hay más tributarios que provean el equivalente espiritual a las materias primas, debe de estar habitado por fuerzas con las que puedo negociar, o bien en un estado tal que me permita aprovechar lo que quede.

Doblo la siguiente curva del camino y advierto que tendré que cambiar de planes. Parece como si una bomba hubiese explotado en el castillo. Varias bombas, mejor dicho, porque todo el complejo, extendido a través de muchos kilómetros cuadrados, está en ruinas. Los techos de jade y las estancias enjovadas están abiertas, a merced de la furia salvaje del Maelstrón, y obviamente han estado así durante años. Pero la destrucción no se debe solo a la tormenta. Se han producido ataques intencionales contra la integridad de las estructuras. Los portales no solo están rotos: están partidos en dos y sus fragmentos desparramados. Las esculturas que veo desde aquí han sido deliberadamente privadas de rostro. Han agujereado los cimientos, dejando que los vientos helados del yin más profundo soplen a través de ellos sin interrupción. Alguien o algo trabajó mucho para lograr esto. Dada la cantidad de enemigos que el Emperador cosechó durante su largo gobierno, podría pasarme semanas tratando de adivinar cuál de ellos perpetró todo esto.

La fatiga se apodera de mí y sollozo con lágrimas ectoplásmicas. En alguna parte de mí a la que rara vez le he prestado atención, siempre he albergado la esperanza de que un día este palacio pudiera convertirse en la capital de un mejor Estado de los Muertos. Es la misma esperanza, en realidad, que tantos de nosotros cobijamos con respecto a la decisión del gobierno de los vivos de usar la Ciudad Prohibida: testificaría la transformación de la tiranía en justicia. Aunque la práctica diste mucho de ser perfecta, podemos dirigir la mirada al hogar físico del Estado y pensar «Algún día los gobernantes serán merecedores de los rituales y aspiraciones inalienables de este lugar». Lo mismo ocurre con las tierras de los muertos, porque los fantasmas necesitan de un gobierno justo y sabio tanto como los vivos, para poder dedicarse a sus labores individuales y cumplir con las obligaciones propias y las que se refieren a sus descendientes que aún respiran. Pero ahora todo está en ruinas. No hay nada aquí para

redimir, solo para sepultar.

Mis lágrimas no me hacen perder del todo el estado de alerta. Algo se mueve en el camino, más rápido que yo y con menos ruido. Es como una sombra negra que se desliza contra el viento. Sombra negra. Recuerdo lo que me atacó poco después de que abandoné Beijing. ¿Alguno de mis perseguidores me habrá encontrado?

Esconderme no es una opción viable. Las ruinas son muy peligrosas: cualquiera con deseos de producir tanta destrucción debe haber considerado la posibilidad de una exploración o restauración ulterior. El vacío tampoco es una opción. Solo me queda afrontar lo que se avecina. Me pongo de pie, me seco las lágrimas lo mejor que puedo y me concentro en recordar todo lo que me enseñaron las Wu Keng sobre autodefensa.

Algo pálido aletea alrededor de la sombra. Gradualmente, me percató de que es la piel de ese viejo que trató de reclamarme para sí, y cualquier incertidumbre que pueda haber albergado sobre la identidad de la sombra se evapora. Ojalá supiera más sobre lo que es, ya que la definición de «fantasma hambriento enfadado» todavía deja una gran cantidad de datos sin conocer, pero lo básico está claro. Me concentro en reunir el nuevo poder yang que albergo en mi interior, reforzando mi sentido del yo y la definición de mi forma fantasmal. En un momento, la sombra se detiene en el último rellano del camino imperial y adopta su forma completa de demonio guerrero, con las espadas preparadas.

Sintiendo que no tengo nada que perder, inicio el diálogo...

–Vete. No tienes autoridad en este lugar ni sobre mí. No eres uno de mis ancestros, ya que venero los ritos tradicionales y sé quién recibe mi recompensa. No eres un siervo de alta jerarquía del Emperador, ya que no exhibes ninguna de las marcas de jade benditas que acreditan ese servicio. Eres un oportunista y, si te queda algún retazo de virtud, debes partir lo más rápido posible. Llévate a tu repugnante trofeo y reflexiona sobre cuánto ha empeorado tu reputación a los ojos del Cielo.

La voz grave de la cosa retumba profundamente.

–El Cielo me concedió librarme del mismísimo infierno. Tú eres la que profana, con tu mera existencia. Perteneces al pueblo iluminado, con poderes que el Cielo solo tiene destinados a sus herederos ungidos. Posees ese poder por obra de la suerte o porque lo has robado, y nunca has tenido la prudencia de renunciar a él y menos la templanza de dejarlo pasar. Ahora llevas una doble porción del poder

del Cielo y estás doblemente en falta. Vengo a liberar ese poder y a terminar con tu blasfemia. –Las espadas negras lanzan chispas contra el camino de jade mientras realiza los floreos ceremoniales con intención de intimidarme. Y por cierto que estoy bastante intimidada.

Reúno mis fuerzas para una larga pelea, o al menos una larga escaramuza y posterior persecución, pero las cosas no resultan de ese modo. Adopto una postura defensiva simple, flexible. El fantasma hambriento arremete hacia delante y las espadas caen sobre mí... una, dos, tres. Siento una intensa agonía, y luego advierto que mi conciencia se retrae sobre sí misma. No veo mi cuerpo fantasmal, pero siento que se despega de mi Consciencia esencial. Desciende la cuarta espada, y siento que hasta mis pensamientos se despegan uno del otro. Ese golpe debe de haber atravesado mi mente.

Muero.

Naturalmente, no tengo manera de saber cuánto tiempo transcurre en este estado de apenas existencia. Terry deja de hablarme, y después solo hay fenómenos internos en los que sé que no debo confiar porque me encuentro en un ambiente muy manipulado. Parte de mí, en verdad, espera que todo esto no sea más que una excelente y compleja simulación impuesta por la estimulación electroquímica de utilizo habitualmente, mientras mi cuerpo está depositado en algún granero bosnio o en una instalación anti-Tecnocrática cualquiera. El resto de mí sabe que esa es una forma de escapismo, un lujo que ahora no puedo permitirme. No empiezo a entender lo que Terry está haciendo ni cómo lo está haciendo, pero lo está haciendo y tengo que manejarlo: debo encontrar un modo de hacer algo que lo coja desprevenido.

La Unión Tecnocrática heredó gran cantidad de buenas ideas de su organización predecesora, la Orden de la Razón. Una de ellas fue un grupo de conceptos refinados a partir de la noción medieval del «palacio de la memoria», un esquema mnemotécnico que asocia recuerdos con una estructura real o imaginaria. Por ejemplo, en una sala se guardan los recuerdos de comidas y, dentro de esa sala, en aquel nicho se guardan los recuerdos de cenas y en el pedestal que está a su lado los recuerdos de banquetes ceremoniales, y así

sucesivamente. Paso algún tiempo (¿cuánto tiempo? ¿quién lo sabe?) organizando todos mis recuerdos asociados con Terry, y luego más tiempo buscando cualquier información relevante. Aquí está, por fin: una conferencia ofrecida a los miembros del Ragnarok como parte de nuestra preparación para la locura del milenio, que versaba sobre viejas ideas «re-cromadas» que podían sumarse a las posibles causas de pánico por el Y2K.

La disertante era una de las mujeres más feas he que conocido, con una voz sorprendentemente sexy. Describía los cultos dedicados a las entidades con nombres como «Señores de las tinieblas exteriores», con una gran digresión acerca del daño causado por ese joven tonto de H.P. Lovecraft, que había atraído a los aspirantes a magos cósmicos y nihilistas hacia un manojito de ideas tan chaladas que de vez en cuando eran efectivas, por no mencionar los gatillos psiónicos y los efectos de resonancia psicoonóéticos. Cuando éramos Adeptos, Terry no tenía interés en las entidades del vacío final, pero la gente cambia. Las cosas que dice se acercan lo suficiente para que mis programas de evaluación de amenazas lo pongan en lo alto de la lista, o muy cerca. Decido suponer que es verdad.

Tratando de elaborar una respuesta a la amenaza sobre la base de esa suposición expresamente contingente, recuerdo que los adoradores de los dioses del vacío se imaginan a sí mismos construyendo o habitando extensos laberintos en reinos extradimensionales. Su lenguaje es chapucero, por supuesto, pero hay muchas maneras en las que pueden tener experiencias que se pueden interpretar de ese modo, sin que por eso se vuelvan más estúpidos, más de lo que deben para adorar a los dioses del vacío, comenzando con los pasajes transversales a través de dimensiones plegadas y a partir de allí volviéndose esotéricos. Por mi parte, debería ser capaz de moverme como un bloque de actividad neural, aunque esté privado de mi forma física habitual, e interactuar con cualquier barrera que pueda existir para impedir el ingreso a este antiespacio...

Lentamente, desarrollo una conciencia adecuada, abrevando en igual medida del yoga y la medicina del trauma. De pronto, todo encaja y puedo rodar y estirarme. Con más esfuerzo, puedo moverme hacia delante gracias a una serie de oscilaciones bastante complicadas. Luego se escucha un golpe seco, o su equivalente neurológico. Hay un muro. Extiendo los miembros contra este para encontrar una abertura y finalmente la encuentro. Ruedo y oscilo; encuentro otra. Lo hago de nuevo. Si Terry se acerca, advertirá inmediatamente lo que

estoy haciendo. Decido no permitirme pensar en eso por ahora.

Sin aviso, llego al final. Me doy cuenta porque recupero de golpe todos mis sentidos. Está oscuro y frío y hay olor a podredumbre, pero todo eso es mucho más placentero que no sentir nada. Mientras recupero mi yo tangible, caigo al suelo, ya que mis piernas son inútiles, pero está bien... también puedo lidiar con ellas. Veo que descanso sobre un saliente, por encima de un enorme pozo de kilómetros de ancho, hecho de una roca veteadas que es difícil de mirar: un revoltijo de rojo y negro y de lo que sospecho son matices ultravioletas en los límites de mi percepción. Levanto la vista y veo un cielo más grande que cualquier cielo posible sobre la tierra, probablemente más grande que cualquiera que exista en mi continuo normal. Se extiende muy lejos, repleto de nubes de tormenta plagadas de relámpagos y cosas difíciles de entender. ¿Océanos cabeza abajo? ¿Montañas flotantes? ¿Polvo alado? ¿Algo que destella más rápido que la luz? No lo sé.

Miro hacia abajo con la esperanza de hallar más respuestas. Lo que resulta ser poco inteligente. Allá abajo hay algo que me succiona, que extrae toda la energía almacenada en mi mente y cuerpo. Me percató del frío, de los tejidos también. Mi palacio de la memoria se derrumba, barrido por una especie de vendaval psíquico. Pedazo a pedazo, todo mi ser cae en el vacío más profundo.

Muero.

El tercer día de orden no deseado es mucho peor. Esta vez la sincronización dura horas y se necesita un esfuerzo sustancial de mi parte para evitar ser arrastrado por ella. Las Basuras no pueden manifestarse en absoluto mientras esto ocurre: es demasiado ordenado para que exista nada parecido a un tótem. Quiero salir a buscar a Mike y Louie y hacerlos tomar conciencia de su responsabilidad, pero decido esperar un poco. Afronto esta ola de sincronización acostado, literalmente: tendido en la cama hasta que la maldita cosa desaparezca.

Finalmente, en algún momento cerca del mediodía, cede lo suficiente como para que pueda moverme y sentir solo fatiga, no mareo ni desorientación, cuando trato de elegir mis propias acciones.

Mi tótem sigue desconectado de mí, y puedo ver que los únicos espíritus activos en el edificio son los que prosperan en la precisión geométrica. Es un gran día para los espíritus de los ángulos y las paredes, del voltaje regulado y el tiempo normalizado. Los demás hacemos lo que podemos. No hago ninguna pregunta a mis vecinos; me limito a escuchar sus conversaciones y está claro que ninguno de ellos se percata de otra cosa que no sea una incomodidad generalizada. Especulan sobre un tornado, cloacas desbordadas y otras explicaciones mundanas. Por el momento, los dejo hacer.

Pregunto por los magos involuntarios, pero parece que nadie los ha visto desde la mañana. Puede que hoy hayan conseguido trabajo en alguna parte. Suspiro y me encamino a efectuar un recorrido más o menos aleatorio por el vecindario, para ver si están cerca de casa. Con toda certeza, mientras voy hacia el este, advierto que el orden se restablece. Los automóviles no se saltan los semáforos y nadie cruza la calle a mitad de la manzana. No hay desperdicios en las calles. Nadie se choca con nadie. En su mayoría, las personas afectadas parecen ignorar el fenómeno, pero detecto unas cuantas miradas embrujadas que sugieren que al menos algunos son conscientes de estar actuando de maneras no elegidas sin poder evitarlo. Atravieso laboriosamente la resistencia espiritual para llegar a los hacedores del orden.

Están en una lavandería, con grandes bolsas llenas de ropa. Ellos también parecen tener miradas bastante vidriosas. Posiblemente como resultado de su propia y continua negativa a aceptar lo que sucede. Advierto que todas las máquinas del local están funcionando en perfecta sincronización, y lo mismo algunos de los clientes. Les gustaría marcharse, pero no pueden; no hasta que hayan lavado, secado y doblado prolijamente sus prendas. Una vez que terminan no pueden correr, pero sí caminar ordenadamente hacia la puerta y hacia donde sea que vayan. En cualquier momento dado, el lugar parece a punto de quedar vacío; entonces entran más clientes, muchos de ellos con un gesto de desconcierto y trayendo ropa que, en su mayoría, está «sucía» solo en el sentido de que no está absoluta y perfectamente limpia. No importa; también la lavan.

Por fin logro llegar a Mike y Louie, superando todos los impulsos de arrojar la ropa que llevo puesta en la máquina vacía más cercana. Es difícil avanzar. Ni siquiera a los espíritus de la precisión les agrada mucho esto, porque no es su precisión, sino la creación de otro. No me he sentido tan solo desde mi Despertar, aparte de esa espantosa

vez, cuando vi el ojo rojo.

--Muchachos --les digo con toda la calma de que soy capaz--, tenéis un problema.

Ellos continúan doblando ropa mientras me miran.

--Es como te dije --dice Louie con un gruñido--. Está ocurriendo cada vez más. Vayamos donde vayamos.

--Exactamente --respondo, asintiendo--. Vayáis donde vayáis Mike y tú. No es el mundo en general, amigos. Sois vosotros.

--¿Qué quieres decir? --exigen, perfectamente al unísono.

--Mirad, tenéis que saber que las camareras me llaman *el brujo*. Los tres sabemos lo que se rumorea de nosotros, y vosotros habéis estado en el edificio un buen tiempo. --Asienten, perfectamente al unísono--. Ellas me llaman así porque sé algunas cosas. Y os digo que este orden antinatural es obra vuestra.

--No puede ser --insisten, con calma, al unísono--. Nosotros somos los que luchamos contra él. Le decimos a todos cómo hacer para liberarse. Luchamos por el bien. Arrojamus las llaves inglesas y hacemos que la multitud avance. Eso es lo que odiamos.

--Sin embargo... --Pienso en cómo continuar--. Es lo que ocurre con los drogadictos, en cierto modo --trato de explicarles--. Quizá os apetece tanto la emoción de este flamante caos que provocáis un orden equivalente para derrocarlo. Quizá se trata de un básico desprecio por vosotros mismos, como si no os sintierais merecedores de disfrutar de esa libertad. No tengo por qué conocer todos los detalles ahora mismo, y menos aún cuando el punto de partida es que vosotros reconozcáis que puedo tener razón.

--Lo lamento, Robert --me dicen, perfectamente al unísono--, pero no hay manera. Y ya que insistes con esto, tenemos que deducir que eres parte del problema. No creemos que necesitemos oír más de ti. --Luego vuelven a ocuparse de la ropa lavada.

--Yo... --No llego más lejos que eso. He sentido mucho dolor en mi vida, pero este es el peor de todos. Es físico, mental y espiritual, todo al mismo tiempo. Pesos invisibles presionan mi esqueleto para que adopte exactamente la altura promedio de un hombre de mi edad, y manos invisibles me estiran la piel hasta que alcance un volumen típico para un hombre de mi edad, ya que soy algo más alto y más delgado que lo normal. No obstante, es muchísimo peor en mi alma. Los recuerdos se incendian... y el calor que siento en la parte superior de la cabeza sugiere que puede no ser metafórico. Mi Consciencia del mundo espiritual se atenúa, y se enciende y se apaga como una luz

estroboscópica. Mi pulso normalmente es rápido, ya que, como muchos chamanes, tengo más tensión en el cuerpo que la mayoría de la gente. Pero ellos lo obligan a ser tan lento como el de la mayoría. Los golpes a repetición de esos latidos excesivos me marean tanto que me gustaría dejarme caer, pero no puedo a causa de lo que mi esqueleto retorcido está tratando de hacer.

Muero.

El alma triple vuelve a aparecer frente a mí, abriéndose paso a la fuerza para ingresar en la matriz que he estado considerando. Veo al mismo tiempo que está herida de muerte, que cada una de sus facetas está muriendo de un modo desagradable. Está muriendo simultáneamente a causa de un exceso de orden, de un exceso de caos y de una desquiciada mezcla de ambos. Típico. Estos híbridos que existen como propiedades emergentes de almas individuales tienden a efectuar esa clase de afirmación irónica: «cubramos todos los flancos».

Dejo de lado mi otro trabajo para atender a esta experiencia tan particular y envuelvo al alma sangrante en mis brazos. La sondeo directa y conceptualmente, buscando signos de heridas, aplicando un improvisado tratamiento. Los ataques son muy profundos en cada una de las personas expresadas, agredidas tanto en sus identidades como también en sus formas físicas y astrales. Eso lo hace más difícil. He ayudado a otras almas atacadas, limitándome a extraer el componente espiritual de la zona de ataque y transportándolo hasta un huésped físico apartado del tiempo y el espacio. Pero tratar de extraer estas almas sería como mover a una persona con la espalda rota: empeoraría mucho la situación.

De hecho, no se me ocurre nada que realmente pueda hacer para ayudar a estas personas. Cuando me percato de ello, me encuentro rodeado por una muchedumbre de futuras versiones de mí mismo. Se sabe que solemos conferenciar de esta forma cuando lidiamos con problemas especialmente espinosos, pero esta vez no se quedan para charlar. Solo aparecen, se aseguran de que los vea, y desaparecen. Lo hacen en oleadas, apareciendo durante un lapso de unos treinta

segundos (si los contara en tiempo lineal) y tras desapareciendo durante un lapso idéntico. Después transcurre un minuto y lo hacen de nuevo. Y otra vez. Oscilo entre quedarme abrazando al alma herida en un nicho de tiempo casi vacío y estar rodeado transtemporalmente por mi propia alma, una y otra vez... y de pronto descubro lo que esto significa. Debo estar en la senda correcta, pues no se producen más oleadas de autovisitas.

Para la mayoría de nosotros, cuando nuestra alma se quiebra todo se acaba. Ya se trate de un alma humana normal, no Despertada, o de la versión Despertada con el aditamento de su sobrealma, no queda mucho de ella para poder seguir, y si uno la empuja de mala manera se rompe. Pero todos los miembros de esta tríada tienen una segunda sobrealma. Es lo que ha atraído tanta atención hostil hacia ellos. Y también lo que puede salvarlos, si logro hacer esto bien.

No tiene sentido entrar demasiado en detalles sobre la cirugía en sí misma. No hay palabras para hacerlo. Tengo que construir todo un conjunto de mapas que me muestren el flujo actual de dependencias entre las almas divididas y los cuerpos que las envuelven, y luego utilizarlos para rediseñar las conexiones mismas; más tarde, actualizar los mapas y unir todo con cemento semiótico de secado rápido. No se parece a nada que haya hecho antes, y dejaría sin aliento a la mayoría de los magos que se vanaglorian de sus poderes simbólicos. Sin duda, cuando termino me encuentro tremendamente cansado.

La clave es que funciona. He redirigido todos los destrozos infligidos al yo de cada alma hacia la nueva sobrealma que los ayude a encontrar no hace tanto tiempo. Tarea difícil para la sobrealma, pero el universo es cruel y la facilidad con que atravieso los últimos pasos me dice que estoy trabajando de acuerdo con las intenciones innatas de esas sobrealmas, aunque no me siento totalmente feliz al respecto. Cuando termino, aparto a las entidades que traen el daño, engañándolas con una versión muy llamativa de los verdaderos nombres del alma del trío. Nombres casi verdaderos, en realidad; nombres de mercadeo, quizás. Las fuerzas hostiles que rodean a cada alma se van a trabajar contra ellos, mientras yo llevo al verdadero trío a un lugar seguro donde pueden sanar. Al principio flotamos por golfos etéreos, pero luego se me ocurre cuál es el sitio adecuado para dejarlos, y allí los dejo.

Y ahora vuelvo a mi otro trabajo.

Cuando se experimenta la destrucción del alma, normalmente no se espera experimentar muchas otras cosas después. Tras de ese terrible dolor sufrido en Nueva York a manos de esos magos involuntarios, siento, por un momento eterno, que me curan y a la vez me sacan de mí mismo. Tengo visiones instantáneas de una zona de guerra europea y de una región rural de China. ¿Vidas pasadas, tal vez? ¿Recuerdos guardados en la memoria de los espíritus que he sanado a través de los años? Algo así, espero; en cualquier caso, la experiencia no dura lo suficiente como para extraer muchos detalles.

Lo siguiente que advierto claramente es que me encuentro en una franja marrón de césped muerto y casi completamente cubierto de arena. Delante de mí hay algo así como una ilusión de castillo medieval: la piedra se eleva a las alturas formando delicadas torres con techos aguzados y enormes muros que se extienden en todas direcciones hasta donde alcanza la vista. Me vuelvo y veo detrás de mí una inmensa tormenta de arena que ciertas fuerzas que aún no reconozco mantienen a raya. Arriba, el cielo es de un celeste pálido, con muy escasas y tenues nubes en lo alto.

Al ponerme de pie, me percato inmediatamente de que soy significativamente más liviano de lo que debería. Al principio, también me pregunto si seré más fuerte, después de haber pasado por esa experiencia cercanísima a la muerte, hasta que noto que el polvo que me he sacudido de los pantalones se asienta con mucha más lentitud que lo normal. Gravedad reducida, entonces; presumiblemente (ya que estoy respirando bien y no me estoy congelando ni cociendo, sino, por el contrario, disfrutando de las bendiciones de un ambiente habitable) se trata de la manifestación de uno de los otros planetas dentro de la Umbral. Arena. Polvo. Posiblemente Marte. Estos bien podrían ser los restos atrapados de la gran Capilla multi-Tradición de Doissetep, donde nadie ha podido entrar desde que la oleada de catástrofes que se produjo en la esfera de las Fuerzas la dejó aislada en 1999. Espero no quedar atrapado junto con ella.

--¿Hay alguien aquí? --exclamo--. Soy un extranjero traído a vuestra puerta por medios desconocidos. Busco ayuda e información, a cambio de cualquier servicio honorable que os pueda brindar.

El terrible dolor de la muerte en la puerta del palacio del Emperador da paso a una borrosa sensación de estar viajando bajo el cuidado de otro (y a fugaces atisbos de tierras lejanas y perturbadas), y luego a una repentina quietud. Estoy sentada en un gastado banco de piedra, en las afueras de un inmenso palacio que no reconozco, mirando una tormenta de arena congelada que se encuentra unos pasos adelante. Me levanto y me siento inesperadamente liviana. Este debe ser el reino artificial que algún mago, con fines esotéricos, ha tallado en los vastos espacios que se encuentran mas allá del mundo material, y debo tomar precauciones adicionales hasta comprender lo que ocurre.

Advierto que mi ropa está como estaba antes de mi última pelea, gastada pero limpia, y no me encuentro marcas de heridas, aparte de las cicatrices que tengo desde hace años. No he cambiado en mi edad aparente, ni en mi sexo físico. Parezco tener una anatomía humana y lo que se siente como mi propia alma, sin otro equipaje adicional. No son cosas para dar por sentadas: cualquiera con suficiente poder para transportarme, más o menos directamente, desde las profundidades del inframundo hasta lo que sea que es este sitio, muy por encima de los límites medios de la Umbra, es lo bastante poderoso para reescribir mi interior y mi exterior si se le antoja hacerlo. Aparentemente, ha optado por no hacerme nada, aparte de restaurarme a mi estado anterior.

Eso me preocupa. Es difícil encontrar gran generosidad entre los poderosos. Me preocupa que se espere de mí un acto obligatorio que retribuya el favor de haberme restaurado, ya sea por mi voluntad o contra ella. El «don» forzoso es algo que se encuentra en casi todas las culturas humanas que han existido. He estado a la defensiva desde mi Despertar, pero ahora lo estoy el doble.

El portón junto a mí parece llevar sin uso desde hace mucho tiempo, al menos a juzgar por las montañas de arena que tengo que apartar para poder abrirlo. Todos los edificios del otro lado están en un estado avanzado de descomposición, bastante parecido al del palacio del Emperador. Oigo un suave murmullo ocasional que proviene de algún sitio cercano y un grito distante que no puedo comprender del todo.

No es que sienta que mi viaje hacia el vacío más profundo se haya revertido, sino que parece que lo han anulado. Que lo han interrumpido. De repente, me siento reintegrado, en un sitio donde no he estado lo suficiente para percibir nada. Podría ser uno de esos molestos puentes de espaciotiempo, a juzgar por las fugaces impresiones que tengo de Nueva York y de una región agrícola en medio de altas montañas. Todo el daño que me han hecho queda instantáneamente deshecho, además. Luego, sin transición, por lo que puedo notar, aparezco de pie en lo que parece una versión de Marte extraída de una película clase B.

De pie. Me toma un momento caer en la cuenta. Estoy de pie, sobre dos piernas sanas. Ha sido un trabajo de reparación muy minucioso. Mascullo, con una voz que imita no muy bien a la de Peter Sellers:

–*Mein Führer*, puedo caminar, maldita sea.

La gravedad resulta agradable y mullida. El cielo tampoco está nada mal. Quien sea el responsable de este escenario, al menos está al tanto de lo que saben los científicos desde hace ya cuarenta años: que el cielo marciano no es rojo y raro. Pero esta cosa que está frente a mí... bueno, posiblemente alguien está filmando ese cuento de Ray Bradbury que trata de una versión robótica de la Casa Usher en Marte. Excepto que en este caso sería Camelot en Marte o algo así. Es jodidamente enorme, y se extiende mucho más allá que el reducido horizonte. Lástima que esté en ruinas; me gustaría al menos estudiarla un poco más.

Frente al castillo hay algo muy impresionante: una tormenta de arena en todo su esplendor, pero que se mantiene en su lugar, a una decena de pasos de las murallas exteriores de las ruinas. Se requiere mucho poder para hacer eso. Desde luego, también para mantener una atmósfera respirable en un mundo que tiene apenas un sexto de la gravedad normal. De pronto tengo una desagradable sospecha. Sé que hay una presencia de la Unión en Marte, pero no sé nada sobre ella. Siempre supuse que era otra simple base de investigación. También sé que el amado Circulo Interior de la Unión, conformado por

los más altos líderes, incluye un buen número de sujetos muy ancianos (y quizás también algunas ancianas), que han pasado décadas rodeados por subalternos deseosos de decirles que cualquier cosa que les interese es acertada y buena para el mundo. Si uno de ellos dijera «Eh, la Unión se beneficiaría en gran medida si tuviese un castillo en ruinas en Marte», ¿quién se atrevería a decirle «Disculpe, señor, pero sería una manera poco inteligente de utilizar los recursos»?

Ha pasado bastante tiempo desde que caminé por última vez, y lo hice bajo circunstancias mucho menos anómalas que las actuales. De modo que avanzo lenta y cuidadosamente, asegurándome de estar siempre cerca de algo donde apoyarme en caso de caerme. Hay una brisa que sopla a ráfagas y que produce unos sonidos demasiado parecidos a voces humanas para que me sienta cómodo. Y, en la distancia, se escucha a alguien gritando. Me debato entre acercarme o alejarme de ese grito.

Nunca antes estuve aquí (los chamanes rara vez pasamos mucho tiempo en dominios artificiales contruidos por otros magos a partir de la tela en blanco de los mundos espirituales), pero he oído historias sobre este sitio. Desperté a mi poder poco antes de que Doissetep fuese destruido, y muchos de los magos con quienes hablé en mis primeros viajes tenían anécdotas que contar, o bien había una conferencia al respecto, o bien algún mentor había aprendido algo valioso en los laboratorios ubicados en el mismísimo borde del reino donde se originan todas las fuerzas fundamentales, y así sucesivamente. Todavía no tengo muy claro qué ocurrió: aparentemente, algo provocó una oleada dentro de la... eh... fuerza de las Fuerzas, por así decirlo, que hizo erupción a través de todas sus conexiones con el mundo material. La Web Digital tecnomágica se quemó como una parrilla eléctrica sobrecargada, que es exactamente lo que era, y hubo explosiones en todos los sitios que habían sido consagrados al flujo y el control de la fuerza. Y todo lo que estaba dentro de Doissetep quedó atrapado, separado del resto del universo, mientras su reino perdía toda la vitalidad que lo sustentaba.

Lo que me obliga a preguntarme cómo llegue hasta aquí desde esa horrible muerte en Nueva York. Alguien está interviniendo en mis asuntos y eso me pone nervioso. Ojalá mi tótem estuviera aquí. No siento ninguna barrera cuando lo llamo; lo que sucede es que está muy lejos.

–¡Hola! –exclamo, sin añadir «¿Qué diablos está ocurriendo?».

Incluso en ruinas, es un palacio impresionante. Hay bibliotecas. No solo contienen colecciones de libros, ya que la magia se presenta en toda clase de formas peculiares. Veo estanterías que sostienen lustrosas piedras de río de significado geomántico, y jardines de árboles cultivados para que el viento que agita sus ramas produzca armónicos significativos, y hojas de cristal coloreado que dejan pasar un solo color y que cuelgan de las vigas del techo formando una especie de prisma invertido. Aquí hay más de lo que jamás hubiese podido adivinar; solo reconozco lo que son estas galerías por lo que me han contado. El vínculo con el reino de las Fuerzas no era una cosa tan simple de lograr en el espacio tridimensional. Aquí hay pozos, ventanas y desvanes preparados para el estudio aislado de una o varias fuerzas, y dos grandes anfiteatros que supongo eran capaces de albergar el poder combinado de las fuerzas indiferenciadas del todo, en cantidad suficiente para llevar a cabo un escrupuloso análisis.

Alrededor de los salones de estudio, veo residencias, comedores con todo lo necesario para preparar las comidas de varias docenas de magos, salas de juego y otras distracciones, y muchos sitios demasiado en ruinas o enigmáticos para que yo logre siquiera adivinar su propósito. La arena roja cubre casi todo lo que no está bien protegido de los vientos.

La verdadera cuestión es... bueno, qué tontería estoy diciendo. Hay gran cantidad de cuestiones que me importan muchísimo en este momento. Una de las más importantes es por qué estoy aquí. No me cabe ninguna duda de que alguien se está entrometiendo en mis asuntos. Ya que prefiero estar vivo que muerto, no puedo quejarme del todo, pero desconfío de cualquiera que sea capaz de actuar tan drásticamente sin explicación y que, además, esté dispuesto a hacerlo. Siento que me han tendido una trampa. Debo proceder con cautela. Casi todo puede ser una trampa.

Por otra parte, también estoy dispuesto a conservar mi personalidad habitual. Si me salvaron la vida por alguna razón, espero que haya sido por lo que soy y no solo por lo que puedan obligarme a hacer. Continúo llamando mientras camino. A veces pienso que oigo a

otros moviéndose entre las ruinas, aunque cuando me acerco nunca descubro nada, salvo el viento y unos levísimos rastros de fantasmas.

Por encima de todo, me pregunto qué es lo que estoy haciendo aquí. Debería (si es que esa palabra significa algo) haber perecido en las profundidades del inframundo, dejando que los fragmentos sin mente de mi alma enriquecieran las tormentas. Pero intervino alguien con gran poder y amplia Consciencia. Valoro el hecho de estar viva, pero la experiencia me dice que los dones de este tipo no son gratuitos y me gustaría muchísimo saber cuál es su precio.

Una parte infantil de mí misma desea creer que el Cielo y sus ministros han descendido para otorgarme sus favores especiales en este momento de necesidad. Al considerarlo, encuentro que, por decirlo de una manera elegante, es poco probable. ¿Quién entonces? Las Wu Keng no harían algo así; más bien ayudarían a mi futuro destructor. Mis ancestros no podrían, creo, rescatarme de semejante ataque, y si pudieran no me traerían aquí, sino a un sitio más parecido al hogar personal o familiar. La lista continúa y siempre descarto a los candidatos, ya sea por su falta de poder o, más frecuentemente, por su falta de motivos. Sé que en todo el mundo hay comunidades de iluminados divididas en facciones territoriales y de otro tipo, y que existen complejas luchas entre ellas, pero nunca me he molestado en enterarme de los detalles.

No sé qué es este palacio, pero está lleno de fantasmas. Algunos pueden fabricarse cuerpos bastante coherentes con el poder ambiental que ha quedado después de ocurrido lo que sea que destruyó todo. Otros deben aferrarse a las concentraciones momentáneas de poder traídas por los vientos y las reliquias que estos remueven al pasar. Otros ni siquiera pueden lograr eso, y solo puedo percibir su presencia porque producen levísimos susurros. Por lo que parece, todos son blancos, europeos o norteamericanos, y originarios del pasado reciente.

Entonces doy la vuelta a un recodo y veo frente a mí a un hombre aparentemente vivo. Es joven, al menos una década menor que yo, y exhibe la misma combinación de perfección física y profundo agotamiento que siento en mí.

–Hola –digo con mucha aprensión, en el inglés más aceptable que soy capaz de utilizar.

Emerjo de las ruinas de un pequeño edificio, quizás una especie de depósito, y veo a una mujer china de mediana edad, de pie en medio de un patio al aire libre. Irradia una peculiar combinación de fuerza y agotamiento; su aura brilla a través del insulso conjunto de blusa y pantalones de mezclilla que lleva puesto. Parece que ha estado viajando mucho y arduamente. Me pregunto qué camino la habrá traído hasta aquí, y luego se me ocurre que quizás ha sido arrastrada por alguna experiencia similar a mi misterioso viaje.

–Hola –me dice claramente, aunque con acento chino.

–Hola –le respondo–. Me llamo Robert Blanclege. Soy extranjero aquí. Vengo de Nueva York, Estados Unidos. Por lo que sé, esta es la Capilla de Doissetep, en el reino espiritual del planeta Marte.

Parece confundida por un momento; luego sonrío.

–Realmente no sospechaba eso en particular, pero sí algo igualmente extraño. Soy Ming Xiang, empleada de la Oficina de Planificación Familiar y practicante de los ritos ancestrales. Estaba en otro sitio y luego aparecí aquí, de forma bastante repentina...

–Yo también. –Pienso en hacerme el tímido, pero luego decido que no–. Señora Ming –agrego–, no tengo la menor idea de lo que está ocurriendo. Soy chamán, un Bailarín del Espíritu. Este era un lugar para Herméticos y para Artesanos de la Voluntad que practicaban las artes más organizadas. No siento que pertenezca a este sitio y no sé por qué estoy aquí ahora. Lo último que recuerdo es un terrible ataque de unos magos involuntarios que estaban auto-atormentándose y que lucharon conmigo cuando traté de hacerles ver la verdad. Pensé que me habían matado, pero de pronto aparecí aquí.

Ella lo piensa.

–Lo mismo me ocurrió a mi, señor... –Por un momento, se esfuerza por pronunciar mi nombre, pero fracasa y continúa:– Yo peleaba con un fantasma hambriento, lo que usted llamaría un vampiro, que me destruyó o estuvo a punto de hacerlo. Luego aparecí

aquí.

--¿Ha trabajado mucho con los Herméticos? --No estoy seguro de que conozca el término y pienso en cómo explicárselo.

--No --dice ella--. Los hay en China, claro, pero sus escuelas nunca se mezclan con las escuelas donde yo estudié, y desde mi... graduación... siempre he trabajado en solitario. --Vuelve a hacer una pausa--. Sin la compañía de otros magos, quiero decir.

--Disculpe si la ofendo con una pregunta de persona ignorante --le digo, con algo de turbación--, pero si usted no tiene aquí lazos personales, ¿puede que los haya tenido alguno de sus ancestros? ¿Un mentor? ¿Alguien con autoridad sobre usted, sin importar cómo defina usted la autoridad?

Niega con la cabeza.

--No. Mis maestras y yo nos separamos, y si ellas quisieran llevarme a algún sitio, me llevarían a prisión. Pocos de mis ancestros tenían talento para lo sobrenatural y esos pocos eran todos chamanes. Primos suyos del campo --agrega con una rápida sonrisa.

--Bueno, entonces... --hago un gesto--. He estado revisando los alrededores con la esperanza de encontrar algo útil. ¿Le agradecería acompañarme? Quizá juntos podamos entender más rápidamente lo que pasa.

--Gracias, sería muy agradable.

Revisamos juntos, recorriendo sectores que no hemos transitado antes.

La primera regla de la parapsicología es que es una mierda. La habilidad de esterilizar una era para librarla de todas las trazas psiónicas remanentes, de las distorsiones cuánticas neurológicamente sensibles y de todo lo demás es una de las características básicas de la buena vida, junto con la plomería empotrada y la salsa de bistec. De verdad, odio muchísimo tener que vagar entre esos desechos que los supersticiosos interpretarían como fantasmas.

Vagar en sí es bastante agradable. Podría acostumbrarme otra vez a tener piernas. Trato de no hacerlo, porque estoy seguro que quien sea responsable de esto va a aparecer en cualquier momento con la factura en la mano, y cuando yo me niegue a pagar (como por

supuesto haré) me quitará nuevamente mis bonitas piernas. Ni siquiera tengo conmigo unas prótesis, solo las abrazaderas de emergencia que me permiten avanzar unos pasos cojeando y luego arrastrarme de manera razonablemente productiva. Aprovecho al máximo la ocasión mientras dure, disfrutando de la capacidad de ponerme de puntillas, saltar y dar puntapiés.

El hombre que grita en la distancia se calla y se pone a conversar con otra persona cuya voz es tan suave que no puedo distinguir lo que dice. Maldita sea... ¡lo que podría hacer con una sola sonda de exploración! Incluso con un puñado de micrófonos direccionales y el equipo procesador más básico. Me siento indefenso sin mis herramientas y lo compenso lo mejor que puedo con lo que espero sea una postura de confianza. Solo desearía saber más de todo esto.

Doblo una esquina y casi me estrello contra un hombre que me espera. Es de Oriente Medio, a juzgar por lo oscuro de su piel y la configuración de sus rasgos. Guapo como los mil demonios, además, y con una actitud de inmensa seguridad en sí mismo, vistiendo lo que parece un anticuado conjunto esquimal u otro equipo adecuado para el Ártico. Me molesta muchísimo no haberlo escuchado siquiera.

—¿Es usted el administrador? —exijo con mis mejores modales—. Deseo poner una queja.

Sonríe, revelando unos dientes que aparentemente no han sido objeto de la dedicación de los dentistas con tanta asiduidad como les hubiera convenido. Pronuncia una sola frase que no logro comprender.

—Ignorar el inglés básico no es excusa —replico—. Quiero ver al gerente.

—William —dice, en medio de otros sonidos poco familiares. No es árabe, no lo creo; he oído hablar árabe a nuestros consultores de Arabia Saudita y El Líbano. ¿Persa, quizás? O solo una jergonza, supongo.

—Para ti, Sr. Albacastle. Debe haber alguien al cargo y evidentemente no eres tú. Apúrate, muchacho. —Eso último es una burla calculada. Parece tener al menos mi edad y ser mucho más experimentado físicamente: sus manos y pies con sandalias tienen gruesos callos y posee incontables cicatrices pequeñas, como las de alguien que regularmente debe lidiar con espinas y obstáculos similares. Pero no hay nada mejor que una mala actitud para obtener resultados y también para hacerme sentir un poco menos intimidado por toda la situación.

Por un brevísimo instante, su imagen parpadea. ¿Algún truco de

las artes marciales? ¿El sujeto será solo una manifestación ectoplásmica? No: deja huellas sólidas en el suelo y desplaza el aire cuando habla... veo los remolinos de polvo que pasan a nuestro lado. Pero ahora parece mucho más despierto y... ¿acaso la medalla que cuelga de su collar es diferente? Coño, no hice una inspección inicial lo bastante minuciosa para estar seguro.

--Hola, William --dice en fluido inglés--. Llegas temprano.

--¿Temprano para qué?

--Para la queja. Eso viene dentro de unos minutos, después de que el hechicero y la santa hayan dicho lo que van a decir.

--Pues cómo me alegra que esto te divierta, cabrón. Dime qué está ocurriendo, comenzando por explicarme por qué no me respondiste desde un principio. --Vuelvo al estilo autoritario.

--Oh, eso fue hace mucho tiempo --me dice, bastante serio--, mucho antes de que aprendiera el inglés que tú hablas ahora. Pude haberte respondido en un inglés que podría tener sentido para Chaucer, pero pensé que era más acertado continuar y acercarme más al tuyo. Tal vez desees agradecérmelo.

--La mayoría de nosotros piensa que un minuto atrás no es tanto tiempo --digo--. A menos que me estés diciendo que eres un viajero del tiempo.

Con la mano derecha, hace un gesto de serrucho.

--Podría, pero nunca lo pensé de esa forma. Es que el sendero que han diseñado para mí no avanza en su totalidad por las aburridas tierras bajas del tiempo. También camino por las tierras altas y los valles ocultos.

--Esa es la sandez más grande que he escuchado desde la última reunión departamental. Inténtalo de nuevo.

--Dime, William... --Comienzo a protestar por su trato familiar, pero me interrumpe--. Dime, William, ¿crees en la evidencia de tus sentidos?

--A veces. Cuando merece la pena y puedo confiar en que no se trata de un truco.

--Muy bien, entonces --dice tranquilamente--. La siguiente frase que me dirás será "*¿Qué demonios?*", y la siguiente será "*Aquí viene el resto del circo*".

--Lo dudo --respondo. O al menos eso es lo que quiero responder. Pero cuando comienzo a hablar, su imagen vuelve a parpadear y de pronto lo veo cubierto de nieve. Otra vez, y aparece empapado por la lluvia. Otra vez, y sostiene algo extraño en sus brazos. ¿Es un emú?--.

¿Qué demonios? --digo, sin pensar realmente en decirlo. Luego caigo en la cuenta de que me ha engañado y comienzo a decir algo al respecto, pero entonces veo a una mujer que parece una versión de Juana de Arco representada en un teatro comunitario y a un hombre que parece salido de mis viejos juegos de *Dungeons & Dragons* de la secundaria, incluyendo el báculo y la pequeña bola de cristal--. Aquí viene el resto del circo --digo en broma.

--Ahí tienes --dice el otro con gran satisfacción.

--Eso ha sido una buena coreografía --admito--, no una profecía.

Si existiera algún rastro de buen humor en sus modales, el anciano se parecería a un Santa Claus de publicidad. No lo tiene; su aspecto es el de quien carga el peso del mundo sobre sus hombros. Tampoco puedo estar tan seguro de que sea tan viejo: sé lo que el estrés causado por un exceso de responsabilidad puede hacerle a un hombre. Solo desearía que su vestimenta no diera la impresión de que acaba de salir de una feria del Renacimiento o algo así. No puedo considerar muy seriamente a un sujeto que viste una bata de baño sin estar en el baño.

Cuando habla, sin embargo, es con un tono de autoridad que realmente le envidio. Este tío podría mover montañas, creo, si realmente se le antojara.

--William, hijo de Philip, es usted un tonto. Un tonto muy afortunado y bendito, pero un tonto al fin. No insulte al Gran Maestro Salonikas con su ignorancia.

Me doy cuenta de que las bravuconadas no me llevarán a ningún lado con este sujeto, de modo que decido adoptar mi habitual pose arrogante y amargada.

--Acostumbro a insultar a cualquiera que se haga llamar Gran Maestro, y además tengo mejores cosas que hacer que quedarme aquí para ser objeto de los esfuerzos de terceros por demostrar lo inteligentes que son.

--¿Mejores cosas? --dice, algo risueño--. ¿Tales como morir en manos de un colega que vendió su alma? Supongo que podemos llevarlo de nuevo allí, si realmente lo desea...

--Eh... no. Está bien. Prestaré atención --admito--. Dígame de una vez qué está ocurriendo.

--En un momento --responde, como un profesor que habla con un alumno impaciente--. Debemos reunir a los otros.

--¿Qué otros?

--En un momento --repite, con menos paciencia.

La mujer es una belleza fabulosa, por lo que puedo advertir a través de la túnica monástica. Tiene ojos muy grandes, brillantes y oscuros, y está constantemente mirándolo todo con expresión maravillada. Generalmente no le encuentro mucha utilidad a la inocencia, en especial cuando se expresa literalmente con los ojos tan abiertos, pero en ella es atractivo. Abre la boca y... hace algo. No es hablar. Tampoco es cantar normalmente. Produce múltiples sonidos y, de algún modo, los lanza en diferentes direcciones. Si debiera cartografiarlos, se parecerían a esto:

Ven, el que habla con espíritus

Ven, la que habla con ancestros

Oye la voz del Espíritu

Oye la voz del Rey

Ven, el dos veces resguardado

Ven, la dos veces resguardada

No me atrae mucho la música clásica, pero sé lo suficiente como para reconocer su talento, al menos en parte. Sus tonos son cristalinos y extremadamente precisos, y alarga las sílabas finales durante un lapso sorprendentemente extenso. Siento un vano deseo de escucharla en un laboratorio, grabarla durante algunos meses y luego disecarla para descubrir qué es lo que hace posible ese efecto.

Tengo una respuesta para el último comentario del anciano, pero debo esperar hasta que la hermosa monja termine. Luego vuelvo a mis asuntos:

–Señor, he hecho una profesión de insultar a quienes se autodenominan Grandes Maestros o que permiten que otros los llamen así. No voy a hacer una excepción ahora. Puede que usted impresione a los incultos, pero no tengo tiempo para esto. Así que vaya al grano.

El anciano gruñe, pero el hombre más joven levanta la mano.

–Espera un momento, Porthos.

Ese sí es un nombre que conozco de mis estudios de los viejos días.

–¿Porthos Fitz-Empress?

El anciano asiente.

–Porthos Fitz-Empress, Hermes *bani* Flambeau...

Lo interrumpo.

–Sí, sí. El asunto es que usted parece tremendamente vivo para ser alguien que presuntamente se convirtió en humo junto con el resto

de este palacio. --Agito una mano, señalando los alrededores--. Si es cierto que esto es Doissetep, aunque le concederé esa presunción.

Para gran sorpresa mía, se queda pensativo durante un segundo.

--Tremendamente vivo. Sería muy agradable que estuviera usted en lo cierto. --Eso me confunde; lo miro de arriba abajo mientras continúa hablando. Parece bastante tangible: está haciendo marcas en la arena, la brisa lo rodea, todo está bien. Mientras tanto, él retoma su actitud profesional--. Sr. Albacastle, es usted un invitado, traído hasta aquí con un propósito. Está claro que no se siente inclinado a confiar en nuestra buena voluntad, y por cierto no estoy del todo seguro de que confiaría en usted si lo viese demasiado inclinado a hacerlo. Lo que me pregunto es, simplemente, qué se necesita para persuadirlo de que está equivocado con respecto a ciertos temas cosmológicos en los que disentimos.

--¿Es en serio la pregunta?

--Muy en serio --dice, y también es seria su expresión.

--No estoy seguro --digo, mientras lo pienso--, pero puedo establecer algunas condiciones limitantes.

--Hágalo, por favor.

Los tres me están escuchando con toda su atención, lo que me resulta interesante, aunque no especialmente cómodo.

--He construido una nueva visión del mundo dos veces en mi vida adulta. La primera vez pasé del materialismo colegiado al tecnomisticismo de los Adeptos Virtuales. Ese grupo me hizo caer en la trampa con la idea de que algunos aspectos de la ciencia moderna son apenas la re-representación de viejos descubrimientos mágicos, y viceversa, alimentando el concepto de que el aspecto mágico es verdadero, al menos parcialmente. Funcionó por un tiempo. Luego comencé a explorar un poco más, me encontré con las interpretaciones tecnocráticas, y volví al sitio donde había empezado, con un conjunto de datos más exhaustivos y con mejores herramientas analíticas. No me he encontrado, en los últimos... mmm... diez o quince años, con ninguna otra cosa que requiera claramente un manejo de las anomalías.

--Muy encomiable --dice Salonikas con una sonrisita irónica.

--No podría ser de otro modo --le contesto--. El asunto es que no existe ningún grupo de fenómenos que puedan obligarme a abofetearme y exclamar «¡Hostias! ¡Tengo que volver a la costumbre de agitar collares de huesos y de adorar a los pinos locales!». Lo máximo que podrían lograr sería hacerme pensar que necesito

estudiarlo todo con mucho cuidado y ver si otros que compartan mi punto de vista ya han tenido algún éxito al analizarlo.

El sujeto que se cree Porthos se pone claramente a darle vueltas al asunto.

–¿O sea que ninguna exhibición de milagros le llamaría la atención? ¿Ningún demonio invocado, ninguna transformación alquímica?

–No –digo, sacudiendo vigorosamente la cabeza–. Los sentidos se manipulan con demasiada facilidad. Soy un fabricante de trucos sensoriales profesional, al menos parte del tiempo. Todo el objetivo de la cibernética y las prótesis externas es alimentar al cerebro con datos que normalmente no incorporaría. Los trucos de magia son, posiblemente, tan viejos como las viejas rocas a las que se sube la gente para que le presten atención. Y aunque no exista una validez fundamental en la clase de burradas que su grupo pretende difundir, hay tantas complejidades de la neurología y la fisiología de la percepción para explotar que usted puede parecer tremendamente plausible, siempre y cuando no se cuente con un equipo de herramientas especializadas que al parecer no tengo en mi poder en este momento.

El sujeto se esfuerza por tener tacto. Eso me preocupa: ¿por qué demonios un tío que se cree el mayor archimago de los últimos doscientos años querría ser bueno con un empleado operativo de nivel medio que trabaja para sus peores enemigos?

–Es obvio que usted posee un agudo escepticismo.

–Para nada. –Bueno, no voy a ponerme adivinar sus motivos en este momento, así que me conviene ser directo–. No soy escéptico. Soy un agnóstico. Lo único que digo es que una parte de mi agnosticismo corresponde a la voluntad de avanzar lentamente hacia las conclusiones que forman parte de un análisis. «Estas son sandeces de apariencia impresionante» es la conclusión momentánea; «Este es el aprovechamiento subconsciente de un patrón cognitivo que podemos encontrar en las especies de primates y protoprimate evolucionados para la cacería acuática» es la conclusión que llega mucho después. No debe usted pensar que voy a estar dispuesto a creer en su historia por el solo hecho de no saber cuál es la conclusión final.

–Ya veo. –Aparentemente, así es, o al menos tiene idea del uso general de una estructura intelectual. Pero los Herméticos siempre están llenos de sandeces, aunque sean sandeces comprensibles. No

tengo ni idea de lo que está tramando Salonikas. La monja obviamente se está ofendiendo y parece a punto de darme un sermón acerca de los límites del intelecto ante los inexplicables misterios de Dios. Decido cortar por lo sano.

–Lo inexplicable siempre se puede explicar. Es cuestión de aprender cómo se hace.

Eso sí que fastidia a la monja.

–¡Tu ceguera es apabullante!

El anciano la interrumpe.

–En otro momento, Bernadette. –Ese nombre hace sonar algo en mi cerebro, pero no se conecta con nada. Debe ser un personaje de la historia de la Tradición, pero buscaré los detalles en otro momento.

El chamán me resulta extraño de muchas maneras, pero está claro que hemos estado avanzando por senderos paralelos. Caminamos y charlamos; con frecuencia, él me hace preguntas muy sensatas que me facilitan la tarea de reunir mis experiencias para formar un patrón coherente.

–¿Así que usted también vio un ojo rojo, o al menos dos ojos rojos? –me pregunta.

–Sí –repito, recordando esa terrible escena que compartí con quienes quizás no eran mis ancestros.

–¿Ha oído muchas historias sobre la Estrella Roja? Tal vez existan solo en Occidente, por lo que sé.

–Si, oí unas cuantas –digo, mientras los recuerdos desperdigados se refrescan–. Había ermitaños que decían que una nueva estrella roja estaba espiando desde los cielos, escondiéndose de casi todos los ojos terrenales, mientras preparaba un plan grandioso.

–Se parece mucho a lo que yo también oí. Había teorías sobre lo que estaba planeando y el lugar de donde provenía. Parece bastante obvio que los ojos rojos de sus ancestros y mi ojo rojo eran manifestaciones de la cosa que, cuando está en el cielo, parece una estrella. Al principio pensé que el resto de nuestro par de misterios se relacionaría con ella... pero quizás no. –Me pregunta sobre el hombre negro que se me apareció antes de mi re-Despertar. Gradualmente,

mientras logramos recordar frases específicas, descubrimos que ese hombre nos dijo a ambos precisamente las mismas cosas.

Un fugaz pensamiento me hace sonreír. El chamán me pregunta de qué se trata.

–Acabo de recordar una lección de instrucción básica que recibí en mi antigua escuela. Una de las razones por las que el emperador Kangxi rechazó una petición de 1736 para que diera el buen ejemplo a China convirtiéndose al cristianismo, fue que un monje de formaba parte del grupo de emisarios mencionó una leyenda medieval sobre la bilocación... aparecer en dos sitios al mismo tiempo. El emperador decidió que eso era contrario al Camino de los seres humanos, para quienes la vida siempre debe ser una experiencia singular, y por lo tanto rechazó sus súplicas, a pesar de encontrar muchos méritos en la doctrina. –El chamán parece algo confundido–. Ahora estoy aquí, debiéndole el alma y quizás hasta la vida a un occidental que practica la trilocación. Es una potente lección de humildad.

Él me comprende.

–Sí, por cierto. –Su sobriedad regresa tras de una efusiva carcajada–. Lo que me pregunto, sin embargo, es si Dante también nos rescató de esa segunda muerte.

–Yo... –Estoy a punto de descartar la idea, y luego lo pienso un poco más–. Supongo que es posible. Tengo muy poca noción de lo que está sucediendo y me disgusta vivir en un mundo sin reglas, o con reglas que permanecen ocultas.

Eso lo hace reír otra vez.

–Lo lamento, no pretendo burlarme de usted ni de sus preferencias –dice mientras se calma–. Es que toda mi existencia está basada en experiencias donde se aplican muy pocas reglas. Trabajo con la psicología... con el alma, si prefiere usar ese término para evitar algunas implicaciones engañosas. Hay reglas en el pensamiento, claro, pero no se parecen a lo que la mayoría de la gente considera leyes de la naturaleza. La parte del universo con la que trabajo siempre está cambiando de opinión y provocando desorden.

Pienso en varias preguntas que me agradaría hacerle al respecto, pero nos interrumpe la voz de una mujer. ¿O de varias mujeres? Su canción, de estilo occidental tradicional, se esparce por sobre las ruinas:

Ven, el que habla con espíritus

Ven, la que habla con ancestros

Oye la voz del Espíritu

Oye la voz del Rey

Ven, el dos veces resguardado

Ven, la dos veces resguardada

El chamán y yo nos miramos y asentimos. Buscaremos a las cantantes y continuaremos nuestra conversación en otro momento.

44

WILLIAM

Estoy a punto de tratar de provocar a la monja con otra cosa cuando oigo pasos en algún sitio cercano. El anciano me mira con odio y dice:

–Nuestros otros invitados están por llegar. Absténgase de decir groserías por un momento.

Vaya. Es como agitar la capa roja delante del toro. Abro la boca para decir algo sarcástico, al mismo tiempo que él hace un par de pequeños gestos con ambas manos. Cuando mi boca se abre, siento que se calienta cada vez más por dentro, alcanzando la temperatura de una llamarada. La cierro y se enfría. La abro y vuelve a calentarse. Parece que tendré que abstenerme de decir groserías. Por un momento.

Hay dos recién llegados, un norteamericano o europeo joven y una china mayor que yo. Advierto que son los que había atisbado en esos instantes de enredadas resonancias mórficas o lo que sea. Me gustaría decir algo, pero mi boca se calienta otra vez; echo un vistazo al anciano y advierto que no está de humor para volverme a la normalidad. Estoy bastante seguro de que se trata de alguna auto-hipnosis inducida, pero maldita sea si puedo encontrar un modo de sacarme de este estado. A veces todo este asunto de la naturaleza humana es una mierda.

El anciano saluda a los recién llegados con una ligera reverencia.

–En nombre del Consejo Disidente, os doy la bienvenida a Doissetep y lamento no poder atenderos con la cortesía que alguna vez recibieron nuestros invitados.

¡Jo, jo!, pienso. ¡Con cuánta frecuencia algún grupo de aspirantes a gobernantes de todos los mundos decide inquietar, organizar, desorganizar o bien manipular adecuadamente a las personas! Envían mensajes a diestra y siniestra, hasta que alguien más disciplinado y

menos alucinado se les acerca y los hace callar. El grupo más reciente de esta especie ha tenido un éxito sorprendente, enviando mensajes (al menos hasta donde sabemos) a todos los participantes de lo que las Tradiciones llaman Guerra de la Ascensión, como así también a un montón de futuros espectadores curiosos. Su mismísimo nombre, «Consejo Disidente», es algo acuñado a partir de las respuestas de los receptores; los que envían los mensajes no se ponen etiquetas y sus metodologías varían mucho. La única razón por la que nuestros analistas están seguros de que existe el grupo es el persistente énfasis en la Ascensión que contienen los mensajes, el derrumbe de las restricciones y cosas similares, y la tenaz habilidad para infiltrarse, sorteando las defensas de todo el mundo, que poseen.

Siempre es acertado demostrar un poco de cautela con estas cosas, pero sospecho que nuestros analistas no pasaron demasiado tiempo preguntándose «Oye, ¿y si los del Consejo Disidente son solo tres pelmazos de la vieja escuela que creen ser hechiceros famosos de la historia, escondidos en Marte?». Espero vivir para contarles lo que se les ha escapado de las manos.

Los recién llegados también reconocen el nombre, por lo que veo. El hombre no hace la reverencia. Bastante envarado, dice:

–Muchas gracias por la bienvenida, señor. ¿Se refiere a que vosotros sois quienes habéis esparcido tanto temor y tonterías apocalípticas entre nosotros, allá en la Tierra?

–No –El anciano puede ser asombrosamente breve cuando lo desea.

–¿Entonces no es cierto que el Consejo Disidente sea el responsable de esos mensajes estilo «ascended ahora o morid»?

–Es cierto que los enviamos nosotros: mis compañeros, yo y otros que no pueden presentarse ante vosotros por ahora.

El norteamericano parece frustrado y no lo culpo. Sigo tratando de hablar, desafiando la habilidad del anciano para mantener el efecto mientras está ocupado con otras cosas. No tengo suerte.

–¿Entonces cuál es su objeción?

–Que no son tonterías –dice el anciano, verdaderamente enfadado–. Se nos están acabando el tiempo y las oportunidades muy rápidamente, y esta es nuestra manera de tratar de ayudar a tantos como podamos antes de que sea demasiado tarde.

La china habla por primera vez desde que llegó.

–Señor, los hombres han predicho el fin del mundo desde el comienzo de la historia conocida. Algunos dicen que la primera frase

que se pronunció alguna vez fue una profecía del final. Si lo que quiere decirnos es que piensa que el fin está cerca, entonces yo quiero decirle que ha pasado usted a engrosar las filas de una multitud de personas a menudo honorables, pero siempre equivocadas.

45
MING XIAN

De pronto me irrita todo esto. ¿Hemos superado la muerte, el tormento, el renacimiento y el misterio simplemente para tener que oír hablar de estos viejos clichés? Puedo ver el tremendo poder de estos tres, y del cuarto, que parece atragantarse cada vez que trata de hablar. Pienso en el tema del poder innato y lo estudio con más detenimiento. Mi poder yang parece haberse consumido con mi segunda muerte, pero sé cómo usar la evidencia del yin, extrayendo de ella suficientes datos en bruto para poder trabajar. Caigo en la cuenta...

–Señor –pregunto–, generalmente no hago preguntas personales sobre la salud y bienestar de terceros sin consentimiento previo, pero debo saberlo. ¿Estáis tan muertos como parecéis estarlo a mis ojos interiores?

Eso sobresalta tanto a Robert, el chamán, como al incómodo extraño. El anciano dice solemnemente:

–Sí. Perecí en la destrucción de este palacio. La Hermana Bernadette murió mucho antes. El Gran Maestro Salonikas es un caso especial, pero su tumba sin lápida se encuentra en los basureros tóxicos del norte de la Tierra.

–Mmm... –comienza Robert, sin estar seguro de cómo seguir.

El anciano recita una larga lista de títulos honoríficos que tienen poco sentido para mí, dada mi ignorancia y falta de interés en el Hermetismo occidental. Sí comprendo que su nombre es Porthos y continuó a partir de allí.

–Gran Maestro Porthos... ¿es ese el título adecuado? –Asiente--. Gracias. Gran Maestro Porthos, ¿usted y sus colegas del Consejo han intervenido en la ayuda misteriosa que se nos ha concedido?

Vuelve a asentir.

–Sí, así es. –Advierto que está evitando usar mi nombre y título. Probablemente es lo bastante anciano como para sentirse incómodo

ante una mujer con poder, particularmente tratándose de una mujer con antecedentes tan enmarañados como los míos. Decido no tocar el tema y dejo que continúe--. Vosotros tres estáis entre aquellos elegidos para recibir un don poco habitual, un don que no podíamos dejar parecer sin hacer al menos el intento de colaborar --dice.

--Habla de nuestro re-Despertar, asistido por el hombre a quien Robert, según creo, se refirió como Dante.

--Dante Souvent, sí.

El hombre más joven y bronceado se une a la conversación.

--No pertenece al Consejo, estrictamente hablando, pero podemos comunicarnos con él a menudo, y él comparte nuestras preocupaciones por lo que se avecina. Cuando surgió la oportunidad de colaborar de esta manera, inmediatamente accedió a hacerlo.

--Seguro que todos nosotros se lo agradecemos --digo--, pero lo cierto es que también deseamos saber más de lo que está ocurriendo.

El Gran Maestro Porthos retrocede dos pasos y los demás lo siguen rápidamente. Un pequeño remolino de polvo remueve la arena donde ellos estaban y traza un círculo de nueve símbolos.

--¿Reconocéis esto? --nos pregunta.

Veo al hombre silenciado tomar una bocanada de aire y hablar por fin.

--Oh, sí --dice con un gruñido--. Es el maldito ciclo de las esferas que inventaron las Tradiciones como sustituto de la verdadera comprensión del auténtico funcionamiento de las cosas.

La monja, la Hermana Bernadette, parece enfadada. Cuando habla, lo hace (para mi sorpresa y placer) en forma de cántico polifónico, muy parecido al fragmento de canción que nos guió a Robert y a mí hasta aquí. Canta:

Las palabras del tonto

En la duda hay oscuridad

Solo hay una palabra

Oscurecen el saber

Preguntad hasta encontrar

Solo hay una verdad

Las palabras del sabio

La respuesta verdadera

Todo lo bueno viene de uno

Iluminan el sendero

Mejor llegar que viajar

Todo lo bueno vuelve a uno

Las tres estrofas son completamente comprensibles. Pero, por supuesto, no se trata solamente de un especial talento para el canto: es el poder de su Camino, comunicando las complejas pasiones de su alma al resto de nosotros. Los Maestros asienten, demostrando estar de acuerdo, y el Gran Maestro Porthos continúa:

–Estas son las nueve etapas que atravesamos para ir desde la realidad potencial a la realidad lograda, uniendo la forma y la sustancia en la expresión de la vida humana y luego liberándola nuevamente para la siguiente generación.

–Pensé que eran símbolos que indicaban la etapas de la magia, tal como las identificáis vosotros, los que trabajáis con el simbolismo formal –dice Robert. Comienza a enumerar algunos de los nombres más comunes de cada etapa.

No llega al final. El anciano Gran Maestro lo interrumpe.

–¿Y qué es la vida sino el poder de la magia puesto de manifiesto?

Suspiro por un momento al oírlo y advierto que también lo hacen Robert y el extraño. Este tipo de cosas, recuerdo, son en parte el motivo por el cual no pasé mucho tiempo estudiando con la Cábala de los Herméticos que encontré una vez: su dogmatismo, ese impulso monástico y misionero canalizado hacia el estudio de la magia y no de la teología, siempre minuciosamente recubierto de un *Hubris* ilimitado. Empiezan hablando de sí mismos y terminan hablando de Dios como si se tratara del mismo tema; quienes valoramos la cuota de responsabilidad que siempre debe acompañar a la autoridad, hallamos profundamente desagradables a quienes buscan trascender a través del poder. El anciano se da cuenta de nuestra actitud y no le divierte en absoluto.

–Muy bien, entonces. Ya que entendéis todo esto tan bien, traedme de vuelta la vida como yo hice con vosotros.

–Tengo que admitir que hay cierta energía en el argumento.

Los hombres están mucho más confundidos que yo en este tramo de nuestra experiencia. Robert decide aventurarse.

–Eh... Gran Maestro, si estáis tan muertos, ¿qué estáis haciendo aquí?

–Os lo explicaré apenas demostréis alguna inclinación por quedaros callados el tiempo suficiente para poder daros una respuesta significativa –replica Porthos. Robert se calla. Porthos aguarda un poco más—. Gracias. Ahora bien. Estas son las nueve etapas que

atravesamos para ir de la realidad potencial a la lograda. Pero no es el conjunto completo. En todos los niveles del cosmos, se necesita algo más. En la magia, debemos aplicar la voluntad entrenada e iluminada para enviar poder hacia el objetivo deseado por medio del ciclo. En la civilización humana, debemos hacer que la dirección de la organización reúna arquetipos de personalidad que formen una sociedad funcional. El mismo principio se aplica a la organización de la materia, la vitalidad, el Cielo, los ángeles y los demonios. Siempre hay algo más. ¿Nunca os pareció curioso eso?

El extraño, aparentemente envalentonado, vuelve a resoplar:

–Lo único que siempre me pareció es que era una maldita razón más para afirmar que el modelo es una mierda –dice en tono coloquial–. Nueve es una cifra demasiado conveniente para la numerología y otras patrañas supersticiosas. Estoy muy impresionado de escuchar a una persona tan empapada en el tema como usted admitiendo una debilidad, antes que tratando de acomodar todo a la fuerza para que recupere una apariencia de prolijidad.

–Hay momentos –dice Porthos con una calma glacial– en que pienso que merece la pena destruir algunas almas especialmente indignas y apostar al surgimiento de mejores candidatos para la misión del fin del tiempo. –No mira directamente al extraño. Pero eso no tiene importancia: veo que el hombre se estremece de dolor y confusión sensorial, al tiempo que el archimago estira y comprime la armonía de las fuerzas requeridas para mantenerlo vivo. No es como la tortura... lo sé porque fui torturada poco antes de huir de mis viejas maestras. Es más como una experiencia de duda trasladada a lo físico, una desconfianza de la carne. Sospecho que el extraño se abstendrá de hablar, al menos por un rato.

Después de esa exhibición de autoridad algo mezquina, Porthos retoma su discurso.

–La experiencia humana nos provee con la clave de lo que falta. El punto culminante de la voluntad Despertada es la buena calidad de sus juicios. Nuestra capacidad de evaluar y juzgar posibilita que sopesemos el éxito y el fracaso mientras avanzamos hacia nuestros objetivos elegidos, así como que evaluemos los objetivos mismos. Pero en el ciclo de las esferas no hay sitio para el juicio. No existe la teleología, ni el arte de las causas finales. –Extiende las manos para volver a invocar al remolino de polvo–. O al menos no existían. Ahora sí.

El viento destapa una brillante piedra roja, quizás un ópalo. Tiene

un brillo funesto, en medio de los demás símbolos bosquejados en la arena.

–Esto es el juicio. –No tardamos mucho en establecer la relación, y él hace una larga pausa que en cierta forma me resulta insultante, para permitirnos digerirlo–. Telos, el Juicio, es el último acto de creación en un universo a punto de terminar. Cada uno de vosotros está aquí porque habéis sido marcados por alguna faceta de la décima esfera e incorporados a su interfaz con el resto de la existencia.

46

ROBERT

Siento mucha compasión por el extraño y sus repetidos reclamos de que todo es una patraña. No es así como yo enfoco al mundo, pues sería una flagrante injusticia para las complejidades del mundo espiritual. La expresión está bien como abreviatura, cuando tratamos de comparar los detalles de prácticas muy específicas ante personas entrenadas en enfoques muy diferentes, pero nunca puede ser más que eso, por lo que puedo afirmar. Excepto para los verdaderos creyentes, claro. Voy a enfadarme mucho si resulta que estos, a fin de cuentas, poseen el conocimiento de más verdades fundamentales de lo que siempre pensé.

Cuando Porthos dijo que todos ellos estaban muertos de un modo o de otro, comencé a dedicar la mitad de mi atención a examinar los límites de sus almas más de cerca. Sí, las señas particulares de la muerte están ahí, una vez que aprendo a buscarlas. Pero estos tres están casi sobrecargados de infusiones de poder post-mortem provenientes de una fuente que no reconozco. Aquí hay algo más, y siento que no puedo darme el lujo de catalogarlos como unos simples excéntricos especialmente afortunados.

–Gran Maestro, ¿entonces identificáis a la Estrella Roja con esa décima esfera?

–Exacto. Ese fulgor vivido y malsano es un símbolo del miedo que provoca el Juicio en los corazones de todos lo que aún no se sienten preparados para afrontarlo.

Me arriesgo a preguntar:

–¿Y qué significa su desmedido poder destructivo? ¿Cuál es la faceta del Juicio que mejor se refleja en las muertes de tres magos seleccionados sin ninguna razón aparente?

Interviene Salonikas, mientras Porthos arruga el entrecejo.

–Esa pregunta contiene demasiadas presunciones acerca del tiempo –me dice–. Estáis marcados porque estaréis marcados, moriréis y regresaréis, porque vuestras labores futuras así lo requieren. El futuro llega hasta el pasado para escoger a quienes debe poseer por el bien de la propia historia.

–Parece muy conveniente –objeto–. ¿Lo que deba ser, será? Ese es el credo de la tiranía, la clase de cosa que diría vuestro amigo, el tecnócrata –señalo al extraño– aquí presente. No encaja bien con quien profesa la creencia en las alternativas.

–Escúchame, cerebro de mosquito... –comienza el extraño, pero Salonikas no lo deja seguir.

–¿No estabas pensando hace un momento en la importante función que tiene la responsabilidad en la templanza del poder? –me pregunta Salonikas con bastante intención–. Si crees que los individuos pueden tener responsabilidades, ¿por qué el Cielo no puede tenerlas también?

–Eh... sí. Aunque no me había dado cuenta de que usted sabe leer la mente.

–No sé hacerlo. Tú acabas de confirmármelo, y el conocimiento de esa confirmación me llega justo a tiempo para poder usarlo productivamente. –Sonríe como si todo eso tuviera un perfecto sentido. Me duele el corazón.

–Muy bien –logro decir–, digamos que tenéis toda la razón en esto. ¿Qué implica para nosotros? ¿Qué pensáis que deberíamos hacer?

–La pregunta definitiva –dice Porthos, retomando el control de su pequeño seminario (me estoy comportando con más cinismo de lo que es habitual en mí. ¿La actitud del tecnócrata me estará contaminando?)–. Pero no vale la pena contestarla todavía.

–Por favor, respetable Gran Maestro –dice Xian con tanto sarcasmo como yo (si el tecnócrata es infeccioso, ambos somos susceptibles)–, ¿qué debemos saber primero?

La expresión de Porthos indica que le agradecería matarnos a todos, posiblemente arrojándonos a esa tormenta de arena contenida que rodea las ruinas.

–Primero debéis saber lo primero, porque lo último es su complemento lógico. –Oh no, pienso, por favor, que no nos dé una clase de lógica hermética. Por suerte, no lo hace–. El cosmos comenzó con la unidad, con todos los elementos que ahora

identificamos con las esferas en perfecta armonía e identidad, y una Única Alma animando todo. Por razones que no necesitamos mencionar ahora, ese Uno se dividió y volvió a dividirse, y se separó para formar el cosmos bastante desordenado que vemos a nuestro alrededor. El advenimiento del Juicio significa que puede producirse la reunificación y que cada cosa puede ser evaluada y restaurada a su contexto apropiado, ya sea el original u otro contexto basado en la disposición de las cosas tal como están ahora.

Todos lo pensamos unos minutos.

–No esperaba ser heraldo del Apocalipsis –digo, quebrando el silencio.

La Hermana Bernadette hace su primera contribución a la lección:

En uno, Perfección

Todo en potencial

En dos, Armonía

Se logra el fundamento

En tres, Generación

Muros y puertas, definición y bienvenida

En muchos, Oposición

Los Cielos y la tierra

En todos, Desorden y Muerte

Anuncian un mensaje perdido

Por un rato, tendremos que pensar también en eso.

Si pensara que tiene algún sentido, acabaría con esto ahora mismo. Estoy muy seguro de no querer formar parte de lo que sea que estos hechiceros están urdiendo. Pero estoy en su terreno. Escucharlos puede hacerme daño, pero espero poder evitarlo al menos en su mayor parte.

También veo que estoy logrando algo con el lenguaje corporal que estoy utilizando para manipular las percepciones de los otros dos, los que aparentemente se llaman Robert y Xian. Los hechiceros forman parte de otra cultura y no tienen mucha conexión con las matrices culturales del nuevo milenio. Los otros dos extranjeros sí, y son susceptibles a la intromisión encubierta. Pienso que sería más

seguro expandir un poco más la carga de escepticismo hostil, para que la disciplina correctiva no recaiga únicamente sobre mí.

Tratando de ser novedoso, decido mostrarme un poco más razonable.

–Muy bien –digo–. En principio, puedo aceptar la noción de causalidad transtemporal. La Unión ha tenido muy poco éxito en ese tema, pero parece ser una cuestión de ingeniería. De modo que los estados futuros dan forma a sus propios prerequisites. Bien. Pero ¿qué tiene que ver eso con toda esta preocupación por el Juicio para los que no creemos que la moralidad sea una propiedad del universo?

Salonikas saca una moneda de la chaqueta y la arroja hacia arriba, una y otra vez.

–¿Crees que al planeta le importa si la moneda cree o no cree que la gravedad es una propiedad del universo?

–No, pero ese es un sofisma de la peor clase. Afirmas que la moralidad se compara con la gravedad y no lo demuestras con hechos.

–¿Te sentirías mejor con una demostración práctica? –Ahora parece muy solícito.

–No particularmente, a la luz de mis comentarios anteriores acerca de la poca fiabilidad de la percepción. Quise decir «demostrar» en un sentido retórico, como estoy bastante seguro de que sabes.

Su acento se vuelve más marcado, mientras busca la terminología técnica.

–Has cometido un error en tus presunciones –dice, en un estilo declarativo de salón de conferencias– y en tu eterealización de la moralidad. El objetivo de mi ejercicio con la moneda era ofrecerte una inferencia alternativa: que la moralidad no está más separada de la esencia física que la gravedad. No puedes escoger ser moral, como no puedes escoger tener masa. Solo puedes escoger la forma de expresar esa cualidad innata.

Pienso que esa mujer, Xian, está completamente perdida; Robert parece bastante confundido también. Al carajo con ellos.

–Esto es...

Salonikas me interrumpe.

–Porthos, Bernadette, no tenemos tiempo para esto. Se los mostraré. –Los otros hechiceros responden con un simple «Sí», y entonces Salonikas parece volverse borroso, como si fuese una película de imágenes superpuestas. En efecto, se está acercando simultáneamente a Robert, a Xian y a mí. Es una impresionante

proeza de conectividad transtemporal, mucho más impresionante por basarse ampliamente en el revoltijo de verdades azarosas proclamadas por su dogma y demás disparates.

Lo que sigue es un truco, me digo. Una ilusión. Pero es tan poderosamente real... Es una experiencia de calidad diferente, un plegarse en el tiempo y el espacio. Advierto, infelizmente conmocionado, que el oleaje de aire que me recorre la piel y los patrones de estrellas retorcidas que giran rápidamente alrededor de nosotros definen algunas de las superficies de catástrofe básicas, los modelos matemáticos de los sistemas que subyacen en los cambios repentinos y discontinuos. ¿Algún griego o persa aficionado a las profecías los habrá aprendido? Los Herméticos pueden haberlo hecho, pero no pongo la mano en el fuego. La verdad es que esta experiencia, aunque me resulta totalmente extraña, inspira una poderosa sensación de estar ocurriendo realmente, de estar anclada en los ritmos corporales y en las transacciones mentales igual que cualquier otra. Descubrir cuál es el truco, si es que lo hay (¡y cómo odio tener que agregar esa frase calificativa!), me llevará mucho tiempo.

–Esto es lo que pasará si no hacéis nada –dice la voz desencarnada de Salonikas.

Mi punto de vista remolinea por el espacio (a través de esos peculiares reinos extradimensionales), va de Marte a la Tierra y desciende en espiral hasta el laboratorio donde estaba trabajando cuando accidentalmente vi la estrella roja. Veo a mis colegas chapuceando con los equipos, tratando de compensar mi ausencia (con éxito limitado). A medida que transcurren los días, la situación va empeorando. Es como si la entropía se les hubiese puesto en contra: las cosas fallan más pronto de lo que deberían, las reparaciones tardan más y todo es muy agotador. Un día hay una tremenda explosión y todo el laboratorio se incendia, matando a todos y dejando solo residuos tóxicos. Un destino similar sufren todos los grupos de personas y lugares que son importantes para mí. El último explota en medio de una bola de fuego nuclear y tengo la vaga sensación de que el incidente es malinterpretado como un ataque deliberado.

Los demás, aparentemente, están teniendo las mismas visiones, aunque no detecto muchos de los detalles. La desaparición de Xian provoca una investigación militar, ordenada por un comandante provincial que quiere aparecer en los periódicos, que a su vez produce una escalada (junto con otras tensiones) que termina en algo cercano

a una guerra civil, y entonces se despiertan e intervienen unos seres que mi mente desea interpretar como demonios o dragones Despertados. La visión de Robert es sobre la ciudad de Nueva York y su gente deprimida y emocionalmente estéril, mientras la ciudad se desmorona a su alrededor, hasta que se produce una falla catastrófica y los gases tóxicos provocan la muerte prematura de los que quedan vivos.

Sin transición, estamos de nuevo en las ruinas de Doissetep.

--¿Lo veis? --reclama Salonikas--. Sin vosotros, no hay futuro que valga la pena para las comunidades con las que cada uno de vosotros os habéis comprometido con vuestras decisiones acumuladas. Debéis... --hace una pausa--. ¿Qué es eso?

Todos levantamos la vista. Allí está la estrella roja; parece que está descendiendo directamente hacia nosotros. Esa vivida luz roja, que es terriblemente tentador calificar como maligna, relumbra ferozmente; en las duras sombras que proyecta, las ruinas aceleran su descomposición. La estrella no está precisamente encima de nosotros, por lo que veo: describe una órbita alrededor del cénit en sentido contrario a las agujas del reloj, de modo que cada parte de este lugar queda un rato inmerso en esas sombras que lo consumen.

Las sombras también están consumiendo a nuestros anfitriones.

--Todavía queda mucho por decir --jadea Salonikas, mientras sus pies se pudren, convirtiéndose en algo que se parece bastante a la arena mojada--. El nacimiento del Avatar, la convergencia del Avatar, vuestra protección, debéis saberlo... --Abruptamente deja de hablar, porque una sombra ha caído sobre el lado izquierdo de su cuello y rostro y todo se ha derrumbado, convertido en hueso envuelto en polvo.

Salonikas brinca por todas partes, en un frenesí de imágenes borrosas, esquivando las sombras, posiblemente extrayendo energías de esa Consciencia transtemporal. El método surte efecto por un rato, hasta que las sombras, de pronto, comienzan a moverse en el sentido contrario y él queda deshecho en pedazos. Una torre de dos pisos se derrumba sobre él, con los muros intactos al comenzar la caída, pero reduciéndose también a polvo oscuro cuando se estrella contra lo que queda de su cadáver.

La Hermana Bernadette grita un acorde sin palabras, hasta que las sombras la acallan.

Robert, Xian y yo tratamos de correr, pero es difícil. Las sombras no nos lastiman, lo cual es algo que hay que agradecer. Mascullo algo

entre dientes y ambos responden inmediatamente.

--¿Qué?

Un poco de experimentación revela que podemos oírnos cuando susurramos, por muy lejos que estemos uno del otro. Tratamos de usar eso como una ventaja más para encontrar una ruta que nos saque de las ruinas, pero no sirve de nada. En cuestión de minutos, todo el sitio queda convertido en una sola duna de arena de color rojo brillante, con ondas dibujadas por el viento. La arena se estrella contra nuestras rodillas, nuestras caderas, cuellos, cabezas. De pronto, tengo una peculiar sensación de estar cayendo, cayendo.

Cuando quedo quieto, abro los ojos. Estoy echado sobre pasto seco, en la gravedad de la Tierra. Mis piernas vuelven a ser inútiles; llegar desde aquí a cualquier lado puede resultar un ejercicio interesante. Giro la cabeza, veo el laboratorio a unos cientos de metros. Vuelvo a girar y allí arriba está la estrella roja, brillando con tanta intensidad que puedo distinguirla a pesar de la luz de la tarde.

Esa tremenda caída me saca de las ruinas de la gran Capilla y me aleja del trío que, a pesar de sus características molestas, parecía tener todas las respuestas que nos hubiesen venido tan bien.

Descanso, acostada sobre un conocido suelo pedregoso, sin querer abrir los ojos todavía.

--¿Robert? ¿William? --susurro.

--Xian. Sí.

Están los dos aquí, al alcance de mis murmullos.

--¿Dónde estamos?

--En el exterior de mi laboratorio, en Raleigh. En la azotea del piso que estaba alquilando en Nueva York. ¿Y tú? ¿Dónde estás tú?

Sus respuestas se superponen.

Abro los ojos. Tal como lo pensaba, estoy al lado del jeep que conducía cuando iba camino a la reunión con mis ancestros, de vuelta en el sitio donde comenzó todo esto. Todo se ve igual que entonces. Excepto, claro, por la terrible estrella roja que está en lo alto.

Aquí estamos, en casa, sea cual sea el significado de esa palabra para cada uno de nosotros. ¿Pero ahora qué? Salonikas dijo que nos mostraría lo que sucedería sin nosotros. ¿Hemos regresado? ¿Podemos regresar, con esta marca del Juicio sobre nosotros? Supongo que tendremos que descubrirlo tratando de retomar el curso de nuestras vidas. Si había tanta verdad en todo lo que nos dijeron los Grandes Maestros, el tiempo se está acabando.

TERCERA PARTE:
FUSIÓN
(Transformación en líquido)

[«Lloro, pero en mis ojos ya no hay lágrimas. Mi rosa está muerta,
y yo demasiado entumecida para sentir las espinas.»
~El sendero frágil: testamentos de la Primera Cábala, «Recuerdos
de Eloine»]

Lo que viene a continuación, por supuesto, es el informe de actividades. Los operativos Tecnocráticos no podemos desaparecer

del área asignada y reaparecer alegremente en nuestra base de origen sin dejar registro del traslado y sin tener que soportar un interrogatorio. Y «soportar un interrogatorio» significa bastante en este contexto.

Mientras me esfuerzo por encaramarme a la silla de ruedas, siento que el contacto psiónico con Robert y Xian desaparece casi simultáneamente. No me sorprende: todas las instalaciones de Ragnarok cuentan con escudos psiónicos extremadamente fuertes, que las protegen tanto de los fenómenos naturales como de supuestos observadores psíquicos. (No debe sorprenderos. Existen las inundaciones, los huracanes, los terremotos y las erupciones solares. ¿Por qué iba a ser diferente el medio noético?). Lo que sucede a continuación tampoco es una sorpresa: aparece todo un escuadrón de Hombres de Blanco. En las operaciones que la Unión lleva a cabo en la dura y fría realidad, los Hombres de Blanco cumplen la misma función que, según el folklore popular, realizan los proverbiales Hombres de Negro en relación con los extranjeros en problemas. Dan más miedo que el diablo, para ser honesto.

Sin contar con los aditamentos incluidos en mi silla de ruedas, que han vuelto a encenderse, no tendría tiempo de verlos. Se mueven rápido, más rápido de lo que el tejido nervioso humano permite, ya que han reemplazado el mecanismo que regula los iones de sodio/potasio con cableado de carbono que va por dentro de los nervios principales. Se mueven, además, con mucha precisión, efectuando análisis de amenazas a medida que avanzan. Para cuando este escuadrón de cinco me tiene rodeado, ya saben quién soy y conocen mis movimientos recientes y toda la información relevante de mi legajo. Se detienen en seco, perfectamente al unísono; las gafas de espejo de cada uno refleja los trajes blancos, perfectamente planchados, de los demás. Uno extrae de la chaqueta un ordenador de bolsillo y teclea.

–Sr. Albacastle, este no es un sistema de llegada aprobado. Lo llevaremos a detención analítica.

Bueno, esa frase sí que me hiela los huesos. Significa algo muy similar a lo que parece: ser llevado en custodia y permanecer aislado tanto tiempo y tan completamente como los investigadores estimen necesario. Por lo general, lo que queda cuando todo termina sale en pequeños contenedores para ser utilizado en el transplante de órganos o bien como desecho tóxico de descarte. No es un destino que me entusiasme demasiado.

–Deseo informar sobre un encuentro de Categoría IV; ante la

ausencia de manifestaciones directas de hostilidad o subversión, el código de operaciones 750.5 asigna a tales informes una inmediata prioridad. Por favor, escaneadme y permitidme seguir adelante.

Eso detiene al líder de los matones. Lo piensa por un momento, recuerda que tengo razón e inclina ligeramente la cabeza. Los demás extraen todos sus ordenadores de bolsillo y disparan instrumentos con la intención de examinarme para descubrir signos de manipulación por medios cibernéticos, por alteraciones bioquímicas y por una lista bastante extensa de otros medios. Puede que tarden un tiempo excesivo, y así lo hacen, pero el código de operaciones es muy claro. Cuando digo que he tenido un encuentro de Categoría IV, tal información tiene prioridad sobre casi cualquier cosa que no sea una reiteración del incidente de Bangladesh de 1999.

Y sí, por supuesto que redactamos esa disposición deliberadamente. No es nuestra culpa si el Comité Inter-Convención para la Revisión de la Estandarización de Procedimientos de Seguridad la dejó pasar, ¿no?

Diez minutos después (tras entrar por la puerta lateral, subir por el ascensor, cruzar un puente con doble puerta, subir por otro elevador y entrar en la sala más grande del penúltimo piso), estoy sentado frente a un impresionante panel de cámaras y monitores, de cara al Director de Seguridad de la instalación, al jefe de los Hombres de Blanco y a una miscelánea de lameculos. El Director es de la vieja escuela. A veces pienso que el sujeto desearía estar de nuevo en los días de la fundación de la Unión, para poder usar pañuelos de cuello y sombreros de seda sin atraer la atención de los escépticos. Sinceramente, no creo que desee arrojarme a los lobos. Lo he comprobado por sus comentarios sobre mis informes de aptitud. Pero también sé que su sentido de lo correcto lo obliga a proceder según el reglamento de manera pura y precisa. Ese es mi resquicio: dada una situación que no puedo explicar coherentemente, puedo poner en marcha las investigaciones y sustentarlas el tiempo suficiente como para encontrar una solución adecuada.

--Analista de Primera Albacastle --comienza el Director--, usted afirma haber tenido un encuentro de Categoría IV. Por favor, resume las circunstancias y detalles de tal encuentro.

Describo a Terry Vineces presentándose ante mí y nuestro viaje subsiguiente. A esta altura, se produce una interrupción por parte de uno de los lameculos. ¿Estaba yo al tanto de los protocolos vigentes para los presuntos desertores y demás personas hostiles

relacionadas?

–Claro que sí --digo, y recito rápidamente los tramos más relevantes, hasta que queda claro que nadie puede cuestionar plausiblemente mi dominio del código. Agrego:

»Dado que había una primera información que recopilar y luego un comportamiento anómalo que estudiar, juzgué que el relevamiento in situ era de suma importancia. Sí, aposté a que podría regresar con los datos o bien que lograría transmitirlos en cantidad suficiente por medio de los procedimientos estandarizados de transferencia, y me pareció que merecía la pena correr el riesgo.

A partir de allí, nos enredamos en una esgrima verbal acerca de los detalles.

Mi primera emoción permanente, al regresar a esta pequeña habitación, resulta ser una absoluta indignación. Las cosas se terminan, sí, pero los espíritus sobreviven; ese es uno de los principios más básicos de la práctica chamánica. Las consecuencias y las conexiones se extienden mucho más allá del fin del cuerpo mortal, ya se trate de una lombriz, un árbol, una persona o una entidad mayor, como un continente, una cultura o una nube. Además, gran parte del trabajo diario del chamán consiste en aprender los nombres y la naturaleza de espíritus individuales. Hay categorías que, en cierto modo, son análogas a la noción biológica de las especies, pero que no logran explicar a los seres que se originan en circunstancias únicas y que pueden disponer de una capacidad casi ilimitada de rediseñarse a sí mismos a través del tiempo. De modo que este inminente Apocalipsis no es solo una ofensa contra el orden de la vida espiritual; es el Apocalipsis de otra persona, maldita sea. Y yo estoy obligado a lidiar con él.

Mientras analizo el disgusto que me provoca, siento que el vínculo telepático con Xian y el extraño, William, se desvanece rápidamente. Para cuando estoy de pie, vestido, arreglado y listo para salir al corredor, ya no hay nadie en mi cabeza excepto yo. ¡Pero no estoy solo en mi viaje espiritual! Siento unos tenues movimientos en el contenedor de basura que está abajo y sé que, aunque se demore un

rato, la Basura está regresando a mí, haciendo que todo esto me resulte más tolerable. A pesar de todo lo que maldigo a mi tótem algunas veces (al igual que muchos otros chamanes), me pertenece y yo le pertenezco por buenas razones, y cuando él me acompaña actúo con más sabiduría.

Mientras tanto, sin embargo, debo inspeccionar a mi tribu diurna. No percibo ese orden antinatural del que eran responsables Mike y Louie. Que sencillamente se hayan detenido o que hayan Despertado completamente a su poder, comenzando a usarlo con responsabilidad, es pedir demasiado. Más posiblemente: a) se han marchado, o b) han muerto o han sido acallados, y les debo a mis vecinos descubrir qué fue.

La primera persona que encuentro en el pasillo es una de las camareras. Estela, recuerdo después de pensarlo un momento. Está en el grupo de las de más edad, y fue una de las primeras en identificarme como *el brujo* y en bendecir su entorno con una potente energía benéfica, gracias a su apacible fe y su determinación. Sonríe cuando me ve y, con su típica cortesía, me pregunta:

–¿Ha descansado bien, Sr. Robert?

Sacudo la cabeza, mientras le respondo con la misma cortesía:

–Lamento decirlo, pero no, señora. Me llamaron inesperadamente para atender a unos parientes enfermos y cuando terminaron conmigo me enviaron de regreso sin miramientos. ¿Cómo han estado las cosas durante mi ausencia? –Advierto que en realidad no sé qué día es; siendo el viaje espiritual algo tan caprichoso, puede que haya estado ausente mucho más (o menos) tiempo del que yo experimenté.

La mujer levanta la mano y cuenta con dos dedos.

–Hace dos días, se marchó usted y todos enfermaron mucho. Una terrible sensación de opresión desciende sobre todos nosotros, una prisión llena de altibajos. –Asiento al oírla; es una descripción del fenómeno tan buena como la que podría haber hecho yo—. Hace un día, la prisión desapareció y volvimos a la normalidad. –Sonríe—. Y hoy... ¿quién sabe? Puede pasar cualquier cosa.

La liberación de ese tremendo confinamiento es buena noticia, al menos.

–¿Vio usted a Louie o a Mike? –Parece confundida, de modo que describo su apariencia.

Gradualmente, se da cuenta de quién estoy hablando y se pone muy seria.

–Si, los vi y fue terrible.

–¿Sí? ¿Qué ocurrió?

–Los quemaron –dice--, por la noche, hace dos días. En medio de la calle. Pasó un coche, alguien les gritó, explotaron en llamas. El hombre del coche debe de haberles arrojado gasolina o algo peor. Murieron rápidamente, pero no lo suficiente. Los alaridos se oyeron durante largo rato.

Hago una mueca. No me sorprende: cuando me fui, estaban canalizando una tremenda cantidad de poder en bruto, y si uno no sabe lo que está haciendo con un poder así, puede volverse contra uno mismo. Sin embargo, me habría gustado tener la oportunidad de forjar un mejor desenlace, especialmente porque ahora tendré que salir a cazar a los espíritus errantes que han quedado desequilibrados por culpa de todo esto.

–Lo siento mucho, señora; debe de haber sido terrible. Rezaré por usted.

Con eso me gano su aprobación y asiente levemente.

–Está bien. Y yo rezaré por sus almas. Algo debe andar muy mal para que la muerte le llegue a uno de esa manera, ¿verdad?

–Muy mal, por cierto. Ojalá ninguno de nosotros tenga que pasar por algo así.

Se persigna.

–Que esté bien, Sr. Robert. El Cielo lo necesita. En la Tierra siempre hay demasiadas personas que vigilar.

No sé nada sobre lo que el Cielo pueda querer de mí, pero tiene razón con respecto a la Tierra.

–Gracias, señora. Lo haré lo mejor que pueda.

Bajo y salgo por el vestíbulo, sintiendo las corrientes removidas por los espíritus confinados que ahora se han liberado, pero aún incómodo. Me sirvo café de la jarra que a veces el gerente deja a mano, me siento en una silla y lo bebo suavemente mientras hago pequeñas ofrendas. Una gota de café caliente aquí, una pizca de azúcar allá, una hebra de cabello recién arrancado para hacer de puente, y muy pronto los espíritus del vestíbulo al menos me están prestando atención, aunque no estén completamente felices de hacerlo.

–Llegó el consuelo –les digo, hablando a los pequeños remolinos de los rincones oscuros y a los que se enredan entre mis pies. Un solo parpadeo proveniente del techo me indica que al menos algunas de las lamparillas también me están escuchando—. Quienes os atormentaban se han ido y me encargaré de que todos os alimentéis

como corresponde.

Desde debajo de la silla, algo me responde con un siseo:

–Nuevos atormentadores.

Oh, demonios.

–¿Nuevos?

–Fuera –dice la cosa invisible.

–Entonces iré a ver –le respondo, y bebo casi todo lo que queda del café, dejando un residuo para los espíritus. Les gusta beberlo.

Efectúo el descenso de regreso a Urumqi sin ninguna sensación particular de prisa. Tendré que rendir cuentas de mi ausencia de los últimos días, pero no es terriblemente difícil: si es necesario, puedo culpar a los bandidos que se han apoderado de la tradición de los gánsteres occidentales: secuestrar y pedir rescate. Conozco bien la carretera y, mientras conduzco, tengo mucho tiempo para pensar.

Mi corazón anhela creer que se trató de un truco o que todo fue irrelevante, que al mundo le quedan muchas eras por venir, dinastías por surgir y caer, giros sobre el eje celestial, rotaciones del sol alrededor de la galaxia, todos los grandes ciclos de los que hablan la ciencia y la tradición. ¿Dónde hay sitio para que el final sea ahora, según las enseñanzas que se me han impartido?

Pero mi cabeza sabe que negar lo que los sentidos interiores y exteriores confirman es el comienzo de la locura. Lo que tenemos es el mundo puesto de manifiesto ante nosotros de acuerdo con nuestros diversos Caminos. Si no aceptamos al mundo, no tenemos nada más. Sola, experimenté una terrible mutilación, gracias a la fuerza roja que el mago muerto identificó como el Juicio. Luego experimenté un renacimiento muy peculiar, y una segunda muerte y transfiguración, todo para llegar al lugar donde él y sus camaradas pudieran hablarme. Pienso que sería una mala guardiana de mi Camino si no le concediera al menos algo de crédito a lo que nos dijeron. Cuando el Cielo pavimenta el camino real que conduce a la sabiduría con tanto dramatismo, sus servidores debemos prestar atención.

Por lo tanto, entonces, nos ha llegado la Hora del juicio. (Mis pensamientos llegan a este punto mientras desciendo de las montañas y llego a las carreteras de las tierras bajas. Hay una hilera de

camiones cisterna, que avanzan lentamente por razones que desconozco, lo que me da más tiempo para pensar.) Mis antiguas amas, las Wu Keng, nunca conseguirán ocupar el trono de China, o al menos no tanto como para que tenga importancia. Tampoco sus viejos rivales, los hombres archichauvinistas Wu Lung. Ni ningún otro. El actual primer ministro es lo más cercano a un emperador de Todas las Cosas Bajo el Cielo de lo que jamás podrá lograrse. Por usar una expresión moderada, es una idea deprimente. Mis ancestros, como muchos otros, siempre esperaron el advenimiento de una era con más justicia que ahora nunca llegará.

¿Qué puede esperarse para mí en el tiempo que nos queda? Pobres del Gran Maestro Porthos, la Hermana Bernadette, el Gran Maestro Salonikas, todos muertos. La Estrella Roja los buscó, como hizo con nosotros tres, los vivos. Sabía del inusual poder que se avecina. Ese pensamiento me aterra. Si el Juicio les llega primero a los más poderosos, los débiles deberán enfrentar la disolución solos. ¿Cómo podrán sus almas prepararse para tal cosa? Incluso en épocas normales, necesitan maestros y guías que los ayuden a superar las pequeñas crisis, que les muestren el Camino para resolver las dificultades. Pronto, quizás, tendrán que hacer el pasaje más peligroso en soledad. Me parece una jugada cruel por parte del cosmos.

Mientras conduzco por los desiertos industriales, finalmente dejando atrás los camiones cisterna y alternando entre la carretera principal y los caminos que de esta se bifurcan, me enojo ante la tragedia. Esta tierra que me rodea podría volver a florecer, si se le conceden muchos años de amorosos cultivos, rituales de oración y bendiciones que acompañen su cuidado. El Cielo ha elegido no permitirlo. No puedo evitar considerarlo una mancha en lo que debería ser la perfección. Todo esto es tan repentino, tan apresurado... Nunca me pondré en contra de la voluntad del Cielo, no tengo deseos de convertirme en uno de esos fantasmas hambrientos o en algo peor, pero también elijo no conformarme con la victoria de la corrupción y el desperdicio mientras sea capaz de pelear. Los grandes maestros del Camino enseñan que lo pequeño se refleja en lo grande y viceversa. Nuestros jardines hablan de bosques y junglas, las luces de nuestros corredores y automóviles hablan de los ríos de estrellas.

Determino que si no tengo tiempo de redimir lo grande, puedo, sin embargo, lograr redimir lo pequeño. Si China no puede llegar al Cielo con un emperador virtuoso en el trono, aún queda la opción de obtener justicia y virtud para Xinjiang, Uygur o Urumqi, o para el séptimo

distrito, o la calle en que vivo. El apuro del Cielo no puede impedirme ejercer mi ministerio como es debido.

Para la medianoche del segundo día de interrogatorio, pienso que tengo una idea bastante completa de lo que planean. Mi viejo amigo Terry, aparentemente, es parte de una tendencia compuesta por ex-desviados de la realidad al estilo de los magos, que ahora están virando hacia filosofías psicóticas y desarrollando buenas aptitudes, previamente insospechadas, para realizar escurridizas manipulaciones psiónicas del mundo a niveles estructurales muy bajos. Lo que los Hombres de Blanco y sus operadores de apoyo realmente quieren saber es si existe un vínculo casual (y, si es así, en qué dirección se mueve: de la psicosis al poder o viceversa), o bien si el poder proviene de algo que no está relacionado con ellos. También esperan que yo comience a sacar conclusiones propias y, por añadidura a su interés científico, los que han sido objeto de mis hostilidades desean un poco de buen entretenimiento de película de terror pasada de moda.

No les doy el gusto, claro. No tengo la clase de poder que ellos creen que tengo y, aunque puedan desaprobarme, el hecho es que estoy muy lejos de los límites que la Unión consideraría aceptables. Lo que más se acerca a algo que les permitiría aprobar las acciones en mi contra es la furia que exhibo porque me han quitado mi silla de ruedas habitual. Admito que tiene sentido, ya que no quieren que me convierta en MacGyver en un momento tan inoportuno, pero de todos modos este cachivache de veinte años de antigüedad que me han dado para el interrogatorio es una mierda. Les hago saber cuánto desapruébo esta silla y les recuerdo ciertos códigos de la Unión que se refieren al juzgamiento inútil de casos basados en pautas falsas. Esta última parte probablemente sería más convincente si no tuvieran buenas evidencias de mis correrías de aquí para allá en medio del misterio de los hematóvoros y de mi asociación con un chalado de la peor clase, pero tengo que apoyarme en cualquier argumento que encuentre.

La gran fuga comienza apenas pasada la medianoche. Un guardia joven, que recuerdo porque se encargaba de la seguridad del

transporte del telescopio, me hace compañía. Bueno, está bien: me vigila y tiene órdenes de dispararme si trato de violar las restricciones. Si es tan bueno como lo era antes, yo no tendría muchas oportunidades de sobrevivir en caso de intentar algo así. Cuando se corta la energía eléctrica, estamos a siete pisos por debajo del nivel de interrogación, a tres más del nivel de detención.

Ahora bien, tenéis que comprender el contexto. La Unión adora hacernos jugarretas para comprobar nuestra lealtad. Hay una buena posibilidad de que estén vigilando el elevador de seis maneras diferentes, con sensores UV e IR, desde el domingo y que ahora estén esperando que yo trate de escapar para tener una excusa para matarme. No es un motivo tan bueno como la resistencia al arresto, pero los intentos de fuga están al tope de la lista de causas de muerte de los operativos de la Unión en problemas. Decido quedarme donde estoy y esperar a que vuelva la energía.

El guardia tiene otras ideas.

Unos tres o cuatro minutos después del corte de energía, se inclina hacia mí y susurra:

–No se preocupe, Sr. Albacastle, lo sacaremos de aquí sano y salvo.

–Claro que sí --digo, mientras me pregunto para qué habla en susurros--. Apenas regrese la electricidad...

–No, señor, no es eso --interrumpe el guardia, aún susurrando--. Hablo de sacarlo de las instalaciones y llevarlo al Camino de la Libertad.

Esto tiene que ser una trampa que me han tendido. El Camino de la Libertad es uno de los grupos disidentes de la Unión más nauseabundos que conozco, legendario por la superioridad moral colectiva que se arrogan y por su tendencia a los delirios religiosos. Naturalmente, da la casualidad que el guardia que me han asignado ahora es un simpatizante de ese grupo. Por supuesto. Ajá. Tirad del otro cordel... este hace sonar la alarma.

–Gracias, pero la cuestión es que soy completamente leal a la Unión. Tengo intenciones de ser muy claro. Huir como un fugitivo de una manera tan obvia no quedaría bien en mi expediente.

–Señor, esto no es cosa de risa --insiste--. Tiene que salir de aquí antes de que lo destruyan todo.

–¿Destruyan?

–Sí, señor. Ya están procesando los documentos que ordenan una esterilización general, a causa de una extensa contaminación en

los niveles meméticos y bacteriológicos. Dicen que alguien violó los protocolos de contención de especímenes hematóvoros y, además, que tenemos demasiados revoltosos aquí.

–¿De veras?

Ignora la ironía de mi voz.

–Sí, señor. Pero no necesita convertirse en humo usted también; es por eso que ahora tengo que hacer esto. –De pronto está apretando más fuertemente las correas que me atan y abriendo a la fuerza las puertas del elevador, iluminando el espacio con una linterna de bolsillo sujeta entre mis esposas. Oh, coño... súbitamente caigo en la cuenta: el muy cabrón habla en serio.

–Dígame, Agente –le digo con la mayor cautela de que soy capaz–. ¿Por qué yo?

–Ha estado usted tan cerca de la verdad –continúa con ese tono sincero profundamente irritante– que el Camino necesita de su ayuda para prepararse.

–¿Entonces van a liberar a otros prisioneros? –Eso sería pasmosamente prosaico para ese grupo, y algo en lo que yo podría apoyarlos, al menos en algunos casos.

–No, eso no –Se impacienta–. Quiero decir que usted ha tenido encuentros personales con el verdadero origen del pecado del mundo y necesitamos su experiencia. –Mi esperanza se desvanece rápidamente: no puedo apoyarlos en esto de ningún modo que se me ocurra.

–Es una terminología bastante poco común –logro decir por fin–. ¿Me he perdido alguna actualización de las políticas sobre los debates de consecuencias éticas?

–No se trata de la Unión –responde–; ellos son parte del problema. El verdadero problema es que el Señor del Pecado está reuniendo a los que cargan con su maldición y no puede ser bueno lo que está tramando. –En este momento ya tiene abiertas las puertas y me está empujando por el corredor, iluminado solamente por el generador secundario. Que no da para encender todas las luces. ¿Podríamos estar bajo el ataque de alguien capaz de restringir la energía fotovoltaica? Eso sí que no sería bueno.

Decido ser honesto.

–No creo en el Señor del Pecado ni en nada parecido y ciertamente no he visto nada que sugiera que me he encontrado con él. O sea... ¿de qué diablos me está hablando?

Se detiene por un momento y dice, sorprendido.

–¡Del Señor del Pecado, claro! ¡El primer asesino! ¡Caín! ¿Acaso vosotros, los muchachos de Ragnarok Operaciones Estratégicas, no pasáis algo de tiempo estudiando esas cosas, aunque no creáis en ellas?

La verdad es que pasamos mucho tiempo estudiando un montón de mierda, y tengo ordenadores que mantienen los archivos constantemente indexados, precisamente para no tener que recordarlas yo mismo. Ningún cerebro humano alcanza a contener todas las maneras en que la gente trata de explicar las cosas extrañas y misteriosas que le hacen la vida imposible.

–Por el momento, suponga que no lo he hecho y póngame al tanto –intento. Miro a mi alrededor, notando que cada vez son más las luces que parpadean. Se me hace difícil deducir exactamente dónde estamos. Más allá de una vaga noción de que nos encontramos en los pasajes de servicio de la planta baja o en los que están inmediatamente debajo, francamente no tengo ni idea. Si algo le ocurriera al Guardián de los Pecados aquí presente, me vería en problemas.

–Resulta que hay más verdad en algunas de las primeras historias bíblicas de lo que podría usted imaginar –explica–. En efecto, hay un individuo llamado Caín que, si hurgamos en los registros, comprobamos que ha existido en todas las épocas. Y que tiene un poder que no encaja en absoluto con los modelos de la Unión... lo cual es justamente el motivo por el que ahora me adhiero al Camino. Yo era integrante de un equipo de campo dedicado a rastrear y desacreditar algunas de esas historias en los territorios ex-soviéticos, y descubrimos que no podíamos hacerlo.

–Ajá –digo, sin comprometerme. ¿Ex-soviéticos? Más posiblemente, una fuga de residuos tóxicos o algo parecido le ha trastornado el cerebro a este muchacho.

–Aún no me cree, pero no importa. –Me sorprende, ya que, por lo general, no espero hallar ese nivel de conciencia en los fanáticos cripto-religiosos–. Creo que lo descubrirá muy pronto. –Se asoma por una esquina–. Maldición. –Hago avanzar la silla de ruedas y concuerdo con él: media docena de escalones que ascienden hasta una salida de emergencia. También advierto que las luces del fondo se apagan por completo–. Espere. No es la primera vez que hago esto –dice y, casi antes de que yo pueda reaccionar, se las ingenia para inclinarme hacia atrás y alzarme para subir los seis escalones. Su respiración apenas se agita–. Ordenanza de hospital –comenta a

modo de explicación.

Luego nos dirigimos al exterior del edificio principal por una pasarela techada, pasando junto a unos garajes para camiones actualmente vacíos. De pronto, el techo se acaba, lo que me permite ver directamente el cielo nocturno. Hay luna casi nueva. Sacudo la cabeza al pensarlo. La memoria me dice que en la primera noche en Bosnia había luna llena. Desde luego, en momentos que guardan un fuerte significado emocional, la memoria inserta la luna llena con frecuencia. He visto los estudios. Odio confirmar una generalización de la fragilidad humana como esta. Un veloz movimiento atrapa mi atención; me vuelvo y veo oscuras figuras más o menos humanas que corren por el césped, sustancialmente más rápido de lo que pueden hacerlo casi todos los humanos genuinos, y que saltan hacia arriba todo un piso y aún más para encaramarse a los edificios del complejo.

–Vampiros –dice el guardia, al mismo tiempo que yo digo «Hematóvoros». A efectos prácticos, es lo mismo. El guardia se aferra de las manillas de la silla de ruedas y comienza a empujarme, corriendo casi a toda velocidad. En el perímetro interior, se detiene de golpe junto a uno de los furgones de seguridad, abre la portezuela lateral y se las ingenia para alzarme y ponerme en su interior sin mucho esfuerzo. Una vez que el motor está en marcha, digo:

–Me gustaría observar un minuto. Realmente, nunca los he visto en acción, salvo en cautiverio.

El guardia me echa un vistazo antes de volver a examinar todo el complejo.

–¿No cree que también vienen a buscarlo a usted?

–No vendrán tan rápido como para que usted no tenga tiempo de reaccionar. –Me percato de que queda complacido con el comentario. Es bueno tener algo de qué complacerse, porque estos hijos de puta están destruyendo todo el lugar. Son asombrosamente fuertes, para empezar: capaces de romper de un puñetazo las puertas y ventanas reforzadas y de arrancar los restos destrozados. Son rápidos, y mantienen ese ritmo mucho más tiempo del que yo esperarí, sabiendo que se sustentan con reservas finitas de sangre y sustancias químicas derivadas. Por ende, son unos chupasangre muy eficientes.

Todos los guardias del interior y las torretas automáticas del exterior están disparando, pero parece que no sirve de mucho. Cuando la silueta de una hematóvora se dibuja en el techo, veo un chorro de sangre que le sale de la nuca (a causa de una bala muy bien puesta por un francotirador), que luego se curva en el aire y vuelve a

entrar por el mismo lugar. Antes de que la criatura salga de mi campo visual, la herida ya parece haber sanado. Nunca he visto un informe que hable de nada parecido.

Tampoco mi salvador, aparentemente. Pero la diferencia es que él cree tener la respuesta.

--Esto es exactamente lo que iba a decirle a continuación --susurra, mientras tres vampiros se turnan para sacar a tres técnicos de uno de los laboratorios del segundo piso, destriparlos y beberse el rocío arterial.

--¿Qué tiene que ver con esto ese Caín suyo? --Por cierto, siento más curiosidad que enfado.

--Ya se lo dije --me responde con un toque de petulancia--. Caín fue... es... el primer vampiro. Sin importar lo que el folklore interprete como la marca de Dios que hay en él, le ocurrió algo que lo volvió inmortal, pero dependiente de la sangre. Y puede pasarle el poder o la maldición a otros.

--¿De modo que nuestros amigos están siendo destripados por los herederos de un antiguo clan semita? --A veces la frivolidad es lo único que nos mantiene enteros. Veo cómo atraviesan las descargas de municiones cada vez más abundantes a los hematóvoros con precisión mortal y observo que a ellos les importa un bledo. Si estuviese entre mis colegas, ya estaría muerto o agonizando.

--Los últimos herederos, sí.

--¿Eh? --La situación ha tomado un giro inesperado.

--Ese es el resto de la historia --me dice, mientras hace retroceder el furgón lentamente hacia un portón que parece intacto y alejado del área de interés de los hematóvoros--. Caín está exigiendo que le devuelvan su don. Usted lo vio en Bosnia.

--¿Uno de los hematóvoros esta matando a los demás?

--Decir tal cosa es casi tan útil como decir que el carruaje del sol está pasando por debajo de nosotros, rumbo a los portales de oriente. Que usted describa un fenómeno en términos simplistas no significa que su verdad sea simplista.

Prefiero no concederle ningún mérito a ese reclamo, aunque yo mismo he usado ese argumento en otros contextos.

--Me apegó a mis observaciones y a las evidencias hasta que aparezca algo mejor. Pero supongamos que usted tiene razón. Es cierto que hubo algo que acabó con las víctimas del EU1. ¿Qué tiene que ver con esto?

--A estos que están aquí se les ha permitido sobrevivir. Tienen

una fuerza desproporcionada porque el poder que Caín aún no ha podido quitarles ahora está distribuido entre menos huéspedes.

—¿Es eso?

—Es eso. —Está concentrado en girar el vehículo para atravesar el portón y no tiene tiempo de advertir que le arrebató la pistola ni de reaccionar. Le disparo una sola vez en la cabeza y dos veces en el pecho, empujo el cuerpo fuera para que los hematóvoros se encarguen de él si les place. Luego me pongo al volante, despliego las barras que uso para accionar los pedales cuando debo manejar un vehículo que no está adaptado para la conducción sin piernas y me marcho. Detrás de mí, años de trabajo y doscientos hombres y mujeres dedicados perecen.

Como la mayoría de los chamanes, habitualmente opero solo, pero eso no significa que carezca de contactos. Mientras merodeo por las aceras, esperando toparme con algún residuo de la muerte de Mike o Louie que pueda ayudarme a comprender más, pienso en la gente a la que podría llamar.

Cuanto más lo pienso, más recuerdo una canción de Bruce Cockburn, «*Si esta fuera la última noche del mundo / ¿qué haría yo de diferente?*». Miro hacia arriba, a los rascacielos cercanos, varios de ellos rodeados de andamios y grúas, y pienso que nunca llegarán a terminarse. En la calle siguiente, hay dos mujeres embarazadas sentadas en un pórtico. ¿Llegarán a nacer sus hijos? En el árbol que me provee un retazo de sombra, un joven petirrojo canta su canción de apareamiento. ¿Acaso importa? Siento una gran tentación de esconderme en un agujero y esperar allí a que transcurra el tiempo que falte.

Sonrío brevemente ante la idea de ese Artesano del Espacio, Anders. La noticia le alegraría el día. ¿No decía que quería ofrecer su concierto final en algún sitio prominente, como el Arco de Triunfo? Quizá tenga suficiente tiempo para organizar el evento, adivinando el momento exacto para llevarlo a cabo. Luego está quien alguna vez fuera mi mentor, el movimiento guerrillero anti-Tecnocracia de un solo hombre más trastornado que existe: Xoca. Si se lo cuento, encontrará

la manera de culpar a la Tecocracia y tratará de descubrir cómo provocar la mayor apoteosis de gloria que pueda lograr en el tiempo que quede.

Hay un murmullo en la alcantarilla, a pesar de la ausencia de brisa, y localizo a la Basura que se arrastra entre envoltorios y periódicos viejos. Sus modales también me hacen sonreír.

--Hola --la saludo. Los peatones me verán hablando con la alcantarilla, pero mientras no los moleste a ellos, lo tomarán con calma y me olvidarán como a tantos otros veteranos de las guerras de la droga con el cerebro estropeado. Los habitantes de Nueva York se destacan en esas cosas.

La Basura me saluda agitando una sección de avisos clasificados.

--¡Hola, Robert! Es un día feliz porque estoy contigo y soy yo.

--¿Qué sentías al estar duplicada? --No espero una buena respuesta de una criatura que realmente no puede hablar en ningún tiempo verbal que no sea el presente, pero la vida está llena de sorpresas. Al menos por un instante más.

Unos pedazos de la Basura flamean de modo descoordinado.

--Yo soy solo yo. No es cómodo ser yo y otro también. Me gusta ser yo, no quiero ser parte de todo. No quiero el juicio.

--¿Ya sabes lo de Telos y todo lo demás?

--Lo sé porque tú lo sabes, Robert. Entre nosotros circula la sabiduría necesaria. Entiendo lo que tu alma necesita que entienda. Por eso entiendo que es hora de juzgar.

Me agacho para acercarme, ignorando los ocasionales vistazos despectivos que me lanzan unos jóvenes que se han reunido en la licorería a esperar la inminente fiesta nocturna.

--¿Y qué significa eso para ti?

La Basura fabrica una pequeña mano para señalar el resto de su ser.

--Yo soy todas estas cosas. Alguien las mira y dice esto es bueno, esto es malo, y me da una recompensa por lo bueno. --Su voz se vuelve algo plañidera--. Las recompensas son bonitas, ¿sí?

Me río al oírla y reúno varias colillas de cigarrillo, formando una pirámide. La Basura, agradecida, chupa las porciones de tabaco que quedan intactas.

--Son bonitas --digo--. Pero háblame del juicio.

--Me juzgan y descanso. Todos los espíritus descansan.

--¿Para siempre? --pero no tengo esperanzas con esa pregunta; el concepto va más allá de lo que comprende la Basura. Dejamos el

tema de lado y charlamos sobre las perturbaciones del vecindario. La Basura todavía percibe los ecos de la prisión de Mike y Louie y parece tener una sensación general de aflicción acerca de todo eso.

En medio de nuestra conversación, alguien me toca el hombro y dice:

–Eh, discúlpeme... –Me vuelvo para ver... sinceramente, no sirvo para adivinar la edad de los sujetos como este. Puede tener entre quince y treinta años, con su estilo de *skater* levemente pasado de moda y su barba de chivo. Físicamente está intacto, pero su aura es una de las más perturbadoras que he visto. El tope de su corona áurica ha desaparecido por completo y por la parte superior despide volutas de esencia. Y dado que ahora se está produciendo un chubasco de lluvia espiritual, el equivalente espiritual de un fango negro está cayendo adentro. Parece alerta, o al menos no tiene una mirada más vidriosa que la mayoría de los *skaters*, pero temo que se desplome a causa del trauma en cualquier momento.

Mira directamente a la Basura y saluda con la mano:

–Eh, hola basurita. –La Basura parece tan sorprendida como yo, pero le devuelve el saludo.

–Mmm... –comienzo, con mi actitud más enérgica y confiada--.
Eh... mmm... ¿Qué puedo hacer por ti?

–No estoy seguro, pero... se trata de esto. Estaba sentado allí, en la parada del ómnibus, y pensando en la última vez que vi «2001» completa y drogado. Vi el ojo rojo de HAL casi como si estuviera flotando frente a mi, y luego lancé ese gran *¡ay!*, porque sentí como si me hubiesen pegado un golpe en la nuca, pero no con un martillo. Ya sabes.

–Claro que sé. Eso creo. –Si la Estrella Roja se habitúa a manifestarse en los símbolos de la cultura pop, esta situación podría tornarse tremendamente desastrosa, por cierto.

–Entonces, estaba allí sentado, con un dolor de cabeza de mil demonios, y miré a mi alrededor. Parecía que casi todos estaban quemándose como en una película barata, despidiendo columnitas de humo. Excepto tú. Bueno, tú y el tío de basura que está ahí. No estáis humeando, se os ve nítidos. Por eso supuse que vosotros podríais saber lo que debo hacer. –Se aprieta la cabeza y de inmediato pienso que lo que le duele es la lluvia de espíritus.

–A ver, dame tu gorro un segundo. –Me entrega el gorro de los *Yankees* sin decir palabra. Introduzco la mano, enrolló un poco la entretela y levanto pequeños fragmentos polvorientos de la Basura

para espolvorear sobre la costura. Eso lo protegerá un poco por el momento... el tiempo suficiente para conseguir más información, quizá. Parece que este muchacho acaba de experimentar un Despertar chamánico espontáneo, y obviamente me gustaría saber más al respecto—. Muy bien, ahí tienes. --Le devuelvo el gorro y señalo la entrada de mi hotel—. Salgamos de la calle. Allí dentro pensarás mejor.

--Bueno, es razonable --dice. Observo que el gorro, por cierto, hace rebotar un poco la lluvia espiritual, pero cuando el muchacho gira la cabeza para mirar a un par de hermosas mujeres que pasan por la acera de enfrente, veo que le brota fango negro de los oídos. Los no Despertados no lo ven, pero perciben que algo anda mal y se apartan más de lo normal para dejarnos pasar. No creo que el *skater* lo haya notado, preocupado como está.

Una vez que nos sentamos, me presento y le explico que sí, que soy una especie de consejero ambulante para gente con problemas de este tipo. Trato de dejar de lado la imaginería chamánica, ya que a menudo confunde o irrita a quienes ya están distraídos por los acontecimientos extraños. Dice que se llama Lenny, un buen nombre tradicional de Brooklyn, y que hasta ahora nunca le ha ocurrido nada como esto, excepto, ya sabes, con la droga de buena calidad. No sería el primer chamán latente cuyo talento está siempre oculto, para surgir a la superficie únicamente durante los estados alterados.

Conforme hablamos, Lenny parece empeorar. ¿Cuánta lluvia espiritual habrá penetrado en él? Plácidamente, comienza a desvariar:

--Todo está vivo, Bob. Todo se arrastra a mi alrededor y todo me habla y no puedo soportarlo. --El empleado del mostrador me dedica una mirada peliaguda. Me encojo de hombros, pero sé que necesito sacar a Lenny de aquí. Y, honestamente, me habría gustado hacerlo, si no fuera porque interviene el destino... o tal vez el Juicio. Lenny se mira las manos y ve los espíritus individuales que normalmente funden sus identidades para fabricar el alma humana. Se están separando. Rápidamente. Reúno los componentes más importantes, pero están calientes, como si los hubieran sumergido en ácido. El muchacho tiene tiempo de lanzar un alarido agudo y muy fuerte antes de que su alma explote, convirtiéndose en una bruma oscura; luego, su cuerpo se derrumba ante la falta de algo que lo anime.

Maldita sea. Ha sido el peor fracaso de todos los que he tenido en mucho tiempo. Levanto la vista y observo que el empleado del mostrador está marcando el 911 en el antiguo teléfono modelo

Princesa que tanto le agrada, y decido que es hora de marcharme.

55
MING XIAN

Aquí, en mi vecindario de Urumqi, la vida continúa de manera relativamente normal. Afuera, creo, el tiempo está enloqueciendo un poco. Ciertamente, parece que las cosas se mueven cada vez más rápido.

Debo dar la espalda a esa situación para hacer todo el bien que pueda. Después de todo, hay obreros y proletarios de Uygur que necesitan tanto asesoramiento sobre planificación familiar como siempre. Hablo con las preocupadas esposas jóvenes acerca del estado de salud que deben tener para parir a sus hijos sin correr riesgos, mientras pienso que sus hijos no nacerán. Hablo con los ansiosos jóvenes maquinistas y camioneros sobre cómo pueden protegerse durante las horas de trabajo para que su esperma no se cargue de sustancias tóxicas y les muestro los elementos de seguridad disponibles, mientras pienso que tal vez los genes no tengan demasiada importancia en el fin del mundo. Hablo con adolescentes enamorados, preocupados por que un embarazo no deseado arruine sus perspectivas futuras y no dejo entrever que pienso que sus años en la universidad son tan imaginarios como el reino de Préster John y los dominios del Emperador Amarillo. Si tengo razón, descubrirán todo eso muy pronto.

Es tan difícil. Solo quiero sentarme a llorar o marcharme a una hermosa montaña y purificarme. Pero esto es lo que conlleva el deseo de justicia para Todas las Cosas Bajo el Cielo. Siempre supe que el emperador, como ministro entre el Cielo y la Tierra, descansaría muy poco, pero la realidad de esa afirmación nunca me había parecido tan tremendamente vivida como ahora. Todas las mañanas me levanto con más achaques y dolores, y todas las noches me acuesto sola en mi minúscula habitación y me pregunto si volveré a ver salir el sol, o si la Estrella Roja al menos brillará sobre mí como brilló sobre esos pobres magos fantasmales. Ojalá un hombre me abrazara por las noches, pero temo que esa sería una distracción de mis obligaciones: por encima de todo, no puedo darme el lujo de ocuparme de mí misma.

¿Acaso hay algo que marque la más leve diferencia? Lo discuto

conmigo misma día tras día, mientras continúo con mi rutina de aconsejar, escuchar y recetar. Cuando me siento propensa a la duda, recuerdo que Confucio y Mencio admitían que cuando la gente está famélica no puede pensar en sus obligaciones. Hasta ahora, conforme libero a estas personas del miedo a la tentación y al fracaso, los ayudo a que la opción de vivir virtuosamente les sea mucho más fácil. Solo espero que sea suficiente... aunque a veces sé, fuera de toda sombra de duda, que no lo es.

La primera vez que lo confirmo, es un día con un comienzo bastante similar al de cualquier otro. Pero poco después de abrir mi oficina, entra un soldado. Un soldado étnicamente chino, un Han como yo, con los rasgos redondeados de los nacidos en alguna de las provincias del sur. Está muy lejos de casa. Al principio estoy tensa, suponiendo que su misión, oficial o extraoficial, es llevar a cabo una venganza contra mí, pero resulta que no es nada de eso. No registro sus palabras de modo detallado: las palabras se están volviendo cada vez menos importantes para mí, conforme me sumerjo en las esencias de las almas que me rodean y confío en que el Camino les transmita mis intenciones.

Lo que siento es su apasionado deseo de proteger la tierra. Me habla de la parábola de la Montaña del Toro, de Mencio: la hermosa montaña que representa los sentimientos más elevados, dejados al descubierto y afeados. El hombre era policía militar en uno de los valles inundados por la represa de Three Gorges y está viajando en busca de oportunidades para expiar el pecado de haber colaborado con ese acto de maldad. No entiendo por completo qué tareas oficiales tiene asignadas para esta misión, pero ¿acaso importa? Explorador, mensajero, inspector, investigador de asuntos internos... hay muchas máscaras que el hombre virtuoso puede utilizar cuando viaja en estas circunstancias.

Se agita cada vez más mientras habla. Él no se da cuenta, pero yo sé que su ojo interior se está abriendo y que, debido a su pasión, se siente atraído primero por lo que está mal y es malvado. Por lo tanto, ve todas las complejidades de las viviendas deliberadamente inadecuadas, la falta de monitoreo de los niveles de polución, los esquemas para el asentamiento de industrias que no tienen relación con las habilidades e inclinaciones del pueblo, y todo eso le hace daño. Trato de intervenir con un tratamiento, pero no quiere aceptarlo hasta que pueda determinar claramente mi propia pureza. Cuanto más agudo es su tono de voz, más rápido late su anhelante corazón, hasta

que al fin es demasiado para él. Se desploma. Y, con los ojos de la Consciencia yin, veo su alma. No se eleva al Cielo para encontrarse con los ministros. Se hunde en los Mil Infiernos.

¿Qué pecado lo ha arrastrado hacia abajo? No puedo saberlo. Pero observo que, en este horrible momento final, el fuego más sagrado de la virtud no alcanza para salvar a un hombre como él. Y si para él no existe la redención, apenas puede existir para el resto de nosotros.

Me tomo el día libre. Sé que abandonar mis tareas, aunque sea para superar un período de luto como este, es en sí un acto vil que puede manchar un poquito más mi propia alma de manera decisiva. No obstante, también soy débil y hoy estoy muy agotada para continuar. Lloraré y quizá por la mañana encontraré algún motivo para continuar.

Y esa es solo la primera vez. Después viene la segunda, la tercera y la cuarta... soy un tallo de caña muy pequeñita en el poderoso río que es el Camino. ¿Cuánto tiempo podré soportarlo?

Tal vez no me corresponda ver el Día del Juicio con mis propios ojos. Temo que esta afirmación sea muy tajante, pero es lo único que se me ocurre por ahora. Si me involucro demasiado con estos recuerdos, temo que mi pobre alma gastada se rompa de una vez y para siempre. Debo hacer como los cronistas de la antigüedad, como Sima Qian, que eligió aceptar el dolor y la humillación de la castración con tal de terminar su grandioso relato. Me despego de toda emoción lo suficiente para finalizar mi labor y me prometo volver a sentir cuando haya terminado.

Otro día, otra zona de matanzas: ese parece ser el patrón de mi vida actualmente. Recuerdo una imagen en particular de *La máquina del tiempo*, de H.G. Wells, que ninguna versión fílmica logró plasmar como yo me la había imaginado. Mientras el viajero del tiempo se dirige al pasado o al futuro cada vez a mayor velocidad, el sol se desplaza cada vez más rápido, hasta que esencialmente se convierte en una cinta de luz continua, que se mueve de norte a sur, con la oscilación axial de las estaciones, en respuesta a los ciclos más largos de reorientación polar. Por supuesto, no soy un viajero del tiempo y el

tiempo mismo no está, en realidad, moviéndose más rápido (no puede hacerlo, dentro de un esquema inercial dado), pero se siente mucho más agotador.

El día después de mi fuga del colapso de Ragnarok, me dediqué a conseguir mejor transporte. El primer paso es el dinero, razón por la cual todo agente de campo siempre tiene algo ahorrado con destino al soborno. Tras un par de transacciones con un cajero automático y una tarjeta hecha a medida, tengo todo el dinero que necesito para introducirme en unas cuentas immaculadas (birladas a compañías de crédito que me contrataron para algún trabajo años atrás; los programas de infiltración pueden llegar a permanecer en su lugar un tiempo sorprendentemente largo). Con esa suma, adquiero un furgón accesible y decorado a mi gusto, en una agencia que me lo entregará en el motel, suponiendo que aún esté vivo cuando lleguen. Una vez solucionado este tema, gestiono la compra de otra silla de ruedas y algo de armamento personal, a través de canales encubiertos que he ido afianzando a lo largo de los años.

En realidad, suena más impresionante de lo que es. El hecho es que la mayoría de la gente venderá sus cosas si el precio es bueno y si uno les demuestra ser básicamente fiable. Ahora mismo, estoy comprándole principalmente a gente que he ayudado a lo largo de los años: un tío cuya empresa de transporte marítimo estaba siendo diezmada por hematóvoros; otro cuyo hermano se lió con la nigromancia y creó una auténtica tormenta de fenómenos poltergeist antes de que yo lo rescatara; aquella otra que había sido atrapada en una operación sorpresa del FBI contra los especialistas en pornografía y que estaría pudriéndose en la cárcel si no fuese porque la ayudé a falsificar su documento de identidad y a mudarse a otro sitio (a cambio de la info que yo necesitaba para hacer retroceder a los agentes del FBI involucrados, pero esa es otra historia). Es como cualquier otro intercambio de favores personales, solo que más combustible. Los monitoreos gubernamentales de los canales de comunicación están tremendamente sobrevalorados. Una simple combinación de código personal y esquemas de encriptación de una década de antigüedad alcanzan para concretar esas llamadas.

Para los palurdos pueblerinos que manejan este hotel de Ningún Lugar en Deep South, soy solo un lisiado de aspecto malhumorado que deja propinas prodigiosamente altas y que no es marica, aunque tampoco está interesado en las putas. Por mí, está bien. Oh, además saben que aprecio una buena parrillada y que estoy dispuesto a llevar

mis propinas a cualquiera de los buenos lugares para comer que existan en el siguiente ensanchamiento de la carretera con patéticas pretensiones de ser un pueblo. Si me quedo más de un par de días, probablemente les compraré algo de droga, con el único fin de consolidar mi imagen.

Habiendo hecho todo esto, tengo tiempo de sentarme y pensar. Tomo notas en papel y en mi PDA, desarrollo diagramas de causalidad, considero las superficies de catástrofe que vale la pena aplicar a la situación. Es difícil lograr mucho más que lo obvio: «En este momento estoy bien jodido». Pero ya lo sabía de antemano. Lo que necesito ahora es tener una noción de qué hacer a continuación.

Algunos de los sujetos a quienes quise comprarles mercadería no estaban para nada dispuestos a vendérmela, y uno de ellos dejó deslizar que se debía a que no se comprometía con emprendimientos condenados al fracaso. El rumor del colapso de Ragnarok se está esparciendo, aparentemente. Hago correr algunas transmisiones de noticias sueltas que circulan en los márgenes de los sistemas de distribución de la Unión y descubro que mi instalación no fue la única que quedó destruida anoche. Al parecer, enjambres de hematóvoros atacaron *la mayor parte* de las instalaciones. Y luego muchos de ellos murieron antes de que acabara la noche, con la sangre, casi literalmente, hirviendo en sus venas. Maldita sea, es difícil no comenzar a dar crédito a todas esas idioteces sobre Caín, y me tomo un descanso para acostarme y practicar un poco de autohipnosis que me ayude a mantener la perspectiva adecuada. Por cierto, es necesario no caer en la histeria religiosa en este momento.

Por ahora, no puedo armar un mapa completo del desastre. Probablemente alcance con decir que es una pérdida casi completa. Sospecho que los Hombres de Blanco estarán muy interesados en hablar con los sobrevivientes. O sea, debo mantener el perfil bajo y seguir alejado de los pozos de agua donde habitualmente abreva la Unión. Puf.

Aparte de eso, está la cuestión de qué demonios me ocurrió a partir de mi llegada a Bosnia. Me rehúso absolutamente a creer en la verdad literal de todas esas sandeces. Pero, ¿cómo diablos puedo descubrir dónde acabó la experiencia y comenzó la manipulación? Si pudiera obtener la atención de alguna buena unidad analítica de cruzamiento de datos, apuesto a que podría descubrirlo pronto, pero no tengo ese naipe en el mazo. Le doy vueltas y vueltas al asunto y termino sin ninguna conclusión firme. Infiero que tendré que improvisar

sobre la marcha, permaneciendo abierto a todas las posibilidades y tratando de no formarme ninguna opinión definitiva en el ínterin. (Es decir, opiniones que no sean que todo fue una sandez, lo cual, por ahora, merece la pena seguir sosteniendo con convicción).

En cierta manera, sería más fácil si manifestara síntomas de enfermedades mentales estándar. (No me habléis de «locura». Hay disfunciones orgánicas y conductas desviadas, nada más). Pero no. Puedo hacerme un autoexamen intensivo para establecer que mi neurología y al menos parte de mi neuroquímica están en buenas condiciones, pero lo demás no se parece en nada a la sintomatología típica. Soy víctima de una manipulación consciente, no de procesos que están funcionando mal en el nivel médico de la existencia. Siento una repentina compasión por algunos de los pobres bastardos que, a lo largo de los años, ayudé a encarrilar porque se los consideraba poco fiables, después de haber mantenido encuentros poco aconsejables con algunos desviados de la realidad. Bueno... yo, por cierto, soy poco fiable; si fuera mi jefe, me despediría. Pero como ahora estoy solo, tengo que seguir adelante. Maldita sea.

Pienso en contactar con alguien del grupo Camino de la Libertad, o de cualquiera de los demás grupos disidentes semi-organizados sobre los que tengo pistas. Decido lo contrario, por varias razones. Primero, si yo sé que existen, hay al menos una posibilidad segura de que los agentes de seguridad interna también lo sepan, y no quiero terminar hablando con un policía encubierto o con un narco, ya sea que trabaje para la Unión o para las autoridades civiles. Segundo, casi todos los grupos disidentes están peor que yo. Camino de la Libertad siempre ha tenido propensión a la manía religiosa y al parecer se está volcando a eso de nuevo. Después están los maniáticos de los orgones, los que abogan por cualquier cosa que esté de moda este año en el campo de la física del éter anti-einsteiniana y los que consideran a los electrodomésticos como carcinógenos innatos... por no mencionar al puñado que cree que la monarquía absoluta se puede establecer objetivamente como la mejor opción, dados ciertos factores genéticos muy enigmáticos. No, gracias. En lugar de todo eso, me dedico a rastrear a mis camaradas de Ragnarok. Aun con los peores inadaptados de allí me irá mucho mejor que con todos los demás payasos.

Y así es como paso la siguiente noche, reflexionando en lo que puedo y debo hacer. A veces pienso que debí haber aceptado a la puta que me ofreció ese pueblerino, después de todo.

Durante una insoportable semana, más o menos, me pregunto si estos Despertares mortales están ocurriendo debido a mí, debido al poder indisciplinado que arrastré conmigo desde Doissetep o como se llame. Tardo todo ese tiempo hasta que logro establecer que ocurren incidentes similares también en sitios a donde no voy ni iré. En la segunda semana, la prensa no especializada recoge la noticia de estos sucesos, describiéndolos como una ola de psicosis misteriosas que afectan a la gente de inteligencia promedio y por encima del promedio, y de introspección promedio y por encima del promedio. Poco después surgen los rumores sobre armas químicas. No me gusta el pánico que genera eso, pero cuanto más se alejan los rumores de la verdad, mayor margen de seguridad me proveen.

A fines de la segunda semana, finalmente llamo... bueno, no a un amigo, pero al menos a un colega informado, para hablar de este asunto. George Brown es un curandero de la tribu iroquesa que trabaja para la Agencia de Inteligencia de Defensa como una especie de analista especializado. Nos conocimos apenas comenzado el milenio, cuando yo estaba haciendo una excursión en canoa con unos amigos. Su tótem-cuervo ofendió a la Basura y nos pusimos a charlar después de separarlos durante el equivalente espiritual a una pelea de gatos. De vez en cuando, le paso información y él ocasionalmente me envía algo. Me acuerdo de él después de unos días de vagar sin rumbo y organizamos un encuentro en Columbus. Hace calor, el aire está pegajoso y desearía que nos reuniéramos en otro sitio, pero ahora esta parte del mundo está relativamente en calma. Me detengo en un local de rosquillas y lo espero.

Algunas personas nacen para ser soldados, pienso. George mide unos dos metros, con rasgos angulosos y músculos yo solo puedo tener en sueños. Es preciso en sus movimientos y habla con suavidad, como toda la gente que sabe que nunca le hará falta gritar. De eso se trata la verdadera autoridad, me dijo George en nuestra primera reunión, y estuve de acuerdo entonces y también ahora. Ahora lleva puestos unos pantalones marrones de tela rústica y una camiseta con cuello polo, pero honestamente solo hay que mirarlo para saber que es un soldado. No sonrío cuando toma asiento.

–Pude encontrar algunos motivos plausibles para este viaje, pero no me hace feliz haber venido. Las cosas se están poniendo raras, Robert.

–¿De veras? –Me interrumpo–. No te estás refiriendo solamente al tema por el cual te llamé, ¿no es así?

Sacude la cabeza. Cuando llega a la posición extrema de cada giro, una hebra suelta de cabello traza espirales en el aire. Reconozco un hechizo de protección, poco intenso pero poderoso.

–No, no hablo solamente de eso –confirma–. Hay caos en gran cantidad de frentes. Alguien está eliminando las instalaciones Tecnocráticas genuinas y presuntas a velocidad alarmante. No es que me importe su destrucción, pero no quiero que haya pánico en la Unión. Quienquiera que sea, también está eliminando instalaciones que no tenemos motivos para sospechar que están vinculadas con la Unión, lo que implica, sobre todo, una reevaluación. Pero eso no es todo. –Recita una horrenda letanía de lo que ambos reconocemos como claras señales de que el mundo espiritual está desmadrándose. Incluye tanto tragedias personales privadas como exhibiciones muy públicas, las cuales serán muy difíciles de manejar, según concordamos.

Algunos de los mayores cambios afectarán indirectamente al mundo. Los espíritus que habitan, absorben y definen las almas de los diversos planetas están siendo aniquilados en batallas que apenas puedo comprender. A medida que mueran, el significado de los planetas cambiará. La astrología popular es casi por completo un manojo de supersticiones, pero contiene algunas verdades subyacentes. Saturno encarna la sabiduría, el tiempo y la edad, por ejemplo. Ahora esas asociaciones ya no serán fiables. La gente se comportará de modo diferente sin saber por qué.

Los senderos que unen los puntos de estabilidad entre el mundo material y el reino de las almas planetarias también se están desmoronando, algunos a causa de los ataques y otros, aparentemente, por simple desgaste. Eso ya se está manifestando como una sensación general de aislamiento y alienación. La gente siente que los lugares lejanos se están volviendo más extraños, menos relevantes, más aterradores y dignos de evitar. George especula que la comunicación física también se tornará menos fiable, ya que la simple materia no puede hacer mucho sin un espíritu que la sostenga, y su razonamiento me parece muy lógico.

La Estrella Roja ahora brilla abiertamente, al menos en algunas

partes del mundo. (¿Por qué no en todas? ¿Algunas zonas están especialmente benditas o protegidas, o sencillamente se las reserva para ulteriores abusos? Necesito un astrónomo espiritualmente Consciente para ir descartando ideas, pero nunca han sido demasiado abundantes). No siempre está asociada con el Juicio Final, pero sí con frecuencia. Algunas de esas manifestaciones del Juicio también son interesantes: en el mundo hay, o había, cosas sueltas que solo se sostenían sobre la base de maldiciones antiguas, como los vampiros y los fantasmas errantes. Estas cosas aparentemente han desaparecido, o al menos son menos comunes. Si fuera monoteísta, diría que Dios finalmente se ha aburrido del mundo. Como están las cosas (y aquí George presta atención a mi análisis), esta profundísima fusión de fuerzas espirituales está destruyendo los nichos de poder aislado de los que dependían dichas maldiciones.

Hasta ahora, no hay muchas manifestaciones de la unión que supuestamente nos espera al final de los tiempos. En la medida en que alguna vez creí semejante cosa, siempre supuse que sería una construcción basada en elementos ya existentes. En lugar de ello, se parece más a una ruptura, con los fragmentos atomizados de las almas despedazadas chorreando hacia las lagunas del ser.

--Esto apesta --comenta George. Estoy de acuerdo.

Resulta que él no sabe mucho de lo que originalmente comenzó a preocuparme: la ola de Despertares que salen mal. Toma notas mientras le describo la media docena de casos con los que me he enfrentado hasta ahora y luego utiliza una página separada para los incidentes que me han contado, pero que no he atestiguado personalmente. Luego me mira fijo y dice:

--Tienes una teoría sobre la causa subyacente. Háblame de ella.

--Sí, pero ¿cómo lo supiste?

--Intuición y bastante experiencia en lectura de lenguaje corporal. Cuéntame.

Así lo hago, comenzando con la primera aparición de la Estrella Roja y terminando con mi decisión de ponerme en contacto con él.

--El fin del mundo --dice inexpresivamente.

--Como yo lo entiendo --añado.

Sonríe brevemente.

--El abuelo se disgustará tanto...

--¿Eh?

Se le borra la sonrisa, mientras me cuenta una simpática historia.

--De toda la gente que conozco, mi abuelo es el que más se queja

de las quejas de otras personas. Tiene un sermón muy largo que habla de cómo todas las generaciones dicen que para ellos todo es peor que para las anteriores, cosa que nunca es cierta. Esta vez estará equivocado... --La frase queda en suspenso--. ¿Cuándo?

--No lo sé.

Retazos de conversaciones de otras personas atraviesan nuestro mutuo silencio: «... debería haber una ley contra...»; «... y entonces me dice que no le gusta el deporte...»; «... son esos malditos hippies, y no me digas que no puede ser, quién puede confiar en el calendario hoy en día...»

Eso último capta la atención de George.

--Hasta los legos se están dando cuenta.

--Ajá. Creí que era solo yo el que tenía problemas con las percepciones alteradas.

--En absoluto --interrumpe, al tiempo que hago una pausa para considerar cómo rastrear más contactos--. Los días y las noches siguen durando lo mismo que siempre, pero todos los marcadores de significado están alterados. El sentido subjetivo de la experiencia está disminuido para que el tiempo parezca fluir más rápido. Como si las estructuras interiores del calendario se estuviesen derritiendo y desgastando. Si desaparecen, nos quedaremos con un calendario vacío de significados y eso me preocupa mucho. ¿Has visto alguna vez un lugar sin nombre?

Me estremezco al recordarlo. Sí, una vez, poco después de mi Despertar, Xoca me llevó a las profundidades de las montañas de América Latina, para ver un pueblo que él conocía. Los líderes del pueblo habían tratado de protegerse para siempre, eliminando sus nombres del mundo, y terminaron hundiendo al pueblo en el abismo. Fue mucho peor que mirar el punto ciego, porque en el punto ciego no hay nada que se arrastre o llore. La idea de todo un mundo así es bastante poco tranquilizadora.

--¿Qué piensas que podemos hacer al respecto? --Esto es lo mejor de George. Si alguien puede sugerir un curso de acción práctico, es él.

--No lo sé. Tendré que reunir más datos y reinterpretar todo el asunto. --Se levanta con un sencillo y fluido movimiento, casi como plegándose--. Sigamos en contacto.

Y luego se marcha, de vuelta al coche que es la primera etapa de su viaje de vuelta.

Al final, todo este elaborado equipamiento no me sirve de mucho.

Hay todo un género de chistes que relatan encuentros con Elvis, Pie Grande y personajes similares en algún camino vecinal de Tennessee o cualquier otro sitio. Yo mismo he contado unos cuantos y he disfrutado de las canciones que relatan con música algunos de los más entretenidos. Desgraciadamente, cuando me ocurre de verdad no es tan entretenido. No es que realmente me haya encontrado con Elvis ni con Pie Grande, pero...

Muy bien, lo contaré desde el principio. La mercadería que compré tarda una semana en llegar, y para entonces ya es evidente que algo anda muy mal en el mundo. Me recuerda a algunos de los cuentos de Michael Moorcock: en los años 70, la entropía, aparentemente, se está acabando por ninguna razón en especial. Puede que ahora estemos unas décadas más adelante, pero es algo parecido, si es que no se trata de una completa alucinación. Vaya, ojalá lo fuera... pero si lo es, entonces *todo* es una alucinación, y no estoy preparado para actuar como si pensara que soy un cerebro en un frasco guardado en algún universo insospechado. Mejor es aceptar que este universo se está volviendo extraño y tratar de manejarlo.

Excepto, claro, que no hay nada que se pueda hacer para manejarlo. Por los informes de la Tecnoocracia, me entero que los hematóvoros parecen haberse aniquilado mutuamente. Está bien. Pero ahora hay unas entidades híbridas extrañas, que se consideran hombres-lobo, peleando sus propias guerras. Y... ¿zombis? Por Cristo H (H de haploide), si el mundo va a volverse loco, ¿no podría por favor hacerlo con un mínimo de jodido buen gusto? Pero tendría que haber esperado que fuese así de estúpido y cursi. Algo que hay en el mundo tuvo que convertir a la humanidad en el desastre que es, después de todo. Lo único que siempre quise fue superar eso y ahora este condenado espectáculo está colapsando para enfurecerme. Me suicidaría, si no fuese una simple capitulación. No cedí ante los matones del patio de la escuela y tampoco voy a ceder ante las fluctuaciones cuánticas a escala galáctica.

Muchos de mis ex-colegas no son tan afortunados ni decididos, por desgracia. Al parecer, hay una plaga de psicosis rondando sobre todo lo demás, y sigo encontrando registros de agentes y operativos

de alto nivel que de pronto deciden que «ellos» tenían razón... sin importar el significado que se le asigne a la palabra «ellos». Podrían ser los Francmasones, la Inquisición, el legado pagano o cosas aún más estúpidas. En cualquier caso, los hace inútiles para mis fines. Y con tantos que se han volcado hacia ese lado, o que han muerto en accidentes, o que sencillamente han desaparecido, las cadenas de comando se desbaratan a diestro y siniestro. En un lapso de un par de semanas, la Unión queda bastante desunida.

Cuando estaba con los imbéciles... perdón, con el Consejo de las Nueve Tradiciones, solíamos decir que las cosas serían mucho mejores si se pudiera eliminar a la malvada Tecocracia. Que gran bote de mierda resultó ser todo eso. A medida que la Unión se desmorona, todo lo que nuestras («nuestras», de la Tecocracia) fuerzas trataron de mantener bajo control se libera. Por un tiempo, permanezco solo, ya que hay muchos compañeros de la Unión cuya idea de una reacción adecuada a la crisis es eliminar a todos los traidores, reales y presuntos. Eso comienza a cambiar una mañana temprano, mientras me dirijo a algún sitio al oeste de Albuquerque, mirando de vez en cuando, por el espejo retrovisor, a un sedan gris que estoy casi seguro que contiene a un Hombre de Blanco y a un par de sus lamebotas. También tiene lugar un creciente número de inestabilidades momentáneas que debo observar, y sería fascinante estudiar la ruptura de las constantes que dominan los niveles fundamentales de la existencia si pudiera hacerlo sin que me disparen. El amanecer llegará en unos minutos, justo frente a mí, y tengo mis gafas oscuras listas para colocármelas en cuanto las necesite. Bastante repentinamente, algo pequeño pasa volando sobre las colinas que se encuentran al sur, moviéndose a una velocidad que parece realmente imposible, si es que desde mi perspectiva puedo hacer una evaluación correcta. Naturalmente, supongo que no debe ser así.

Pero resulta que mi conclusión inicial es acertada. Es un avión privado, un Cessna o algo así, con dos propulsores, volando casi a la velocidad del sonido. Mientras se acerca por encima de esas colinas, roza brevemente el borde inferior de unas nubes en formación y veo el arco de choque cuando pasa. No hay manera de que esos propulsores lo hagan volar tan rápido. Tiene otro motor escondido, o se trata, supongo, de algo más exótico.

Ahora veo que detrás del avión vienen dos aviones más pequeños, demasiado pequeños para contener un piloto humano.

Pueden ser unidades cyborg, o bien a control remoto, controladas por un operador que aún no he visto. Son levemente más rápidos que el primer avión y van disparando conforme se acercan. Le aciertan, pero hasta ahora sin señales externas de haberle producido daños importantes. Sin embargo, esta no es una situación de la que el piloto de ese avión pueda salir triunfante. Él, ella o eso (se me ocurre que ese avión también puede estar operado a control remoto) está manejando la situación pasmosamente bien, aprovechando las presiones particulares que operan justo por debajo de la velocidad del sonido. El avión debe estar sacudiéndose y traqueteando de maneras muy dolorosas, pero sus movimientos generales siguen siendo fluidos y constantes. El arco de choque se desvanece, mientras el avión desciende nuevamente por debajo de las nubes, pero ahora tengo el placer de poder analizarlo bien y estimar su velocidad por mis propios medios.

Decido que esto merece una buena observación y aparco al costado de la carretera. El sedan que me está siguiendo se detiene unos cientos de metros más atrás. Sus ocupantes se quedan dentro, pero veo el destello familiar de la luz reflejada en unos binoculares. Ojalá tuviera un equipo completo de agente de campo, aunque este simple monóculo de alta definición es un poquito mejor que no tener nada. A través de la lente, veo la sombría figura de un piloto en la cabina del avión. Todavía no puedo distinguir si es un ser humano vivo, un muñeco inflable u otra cosa, pero al menos ocupa espacio y parece estar moviendo los brazos frente a los controles del avión. Por un momento, pierdo la imagen de la aeronave, cuando esta desciende casi en picado, su techo blanco fundiéndose con la luz matinal, y luego vuelvo a encontrarla a unas decenas de metros por encima del desierto. Los aviones-robots lo siguen, describiendo apretadas espirales.

En la siguiente ronda de disparos, los robots aciertan toda una descarga. Ahora el avión está definitivamente humeando. El piloto lo lleva más cerca del suelo y comienza a girar gradualmente para alinearse con la carretera... caigo en la cuenta de que está tratando de aterrizar sobre esta. El Hombre de Blanco y sus lamebotas también lo advierten, y todos ellos, salvo el conductor, salen del automóvil. Gafas oscuras cubren sus ojos, mientras sus trajes claros reflejan un matiz rosado cuando la luz directa del alba nos ilumina a todos. Unos halos muy peculiares rodean al sol, como si la luz estuviera filtrada por partículas o cristales ubicados en la alta atmósfera o más lejos. Dada

la situación, bien puede ser posible. El avión destella en tonos irisados a lo largo de sus superficies superiores, mientras sigue descendiendo en picado.

El aterrizaje de un avión es uno de esos momentos absolutamente únicos. Está en el aire, luego no está más. Admito que puede rebotar una o dos veces, pero eso se debe a la oscilación. En circunstancias tan desordenadas como estas, hay una claridad de definición en ese vuelo que encuentro muy atrayente. La peculiar iluminación desaparece cuando el sol se eleva más alto, de modo que el avión recupera su tono blanco mientras se ladea sobre el polvoriento asfalto negro. Conforme el tren de aterrizaje desciende hacia el suelo, se producen remolinos de polvo y arena. Rebote, rebote, deslizamiento, y el avión rueda suavemente hacia el oeste, delante de nosotros. Salgo del coche y saco la silla portátil que estoy usando. El Hombre de Blanco y sus muchachos se quedan donde están.

Por un momento me he olvidado de los robots. El piloto del avión, no. Se apea de un salto, del lado del pasajero, no del piloto, mucho antes de que el avión se detenga totalmente, con un arrastre final de las ruedas que lo hace derrapar fuera de la carretera casi en ángulo recto. Los robots lanzan más ataques hacia el avión y lo que sea que estén disparando tiene bastante efecto. Quizá proyectiles de uranio vacíos, o algo por el estilo. El motor comienza a humear mucho y los fluidos a salir por media docena de mangueras perforadas. Tengo serias dudas de que ese avión pueda volver a despegar. Una vez que se han encargado de él, los robots giran para disparar contra el piloto.

Y el piloto me llama por mi nombre.

—¡Bill! ¡Soy Nicolas Rudenault!

¡Que me entierren en mierda! ¿Qué demonios está haciendo aquí mi viejo amigo Nick, el Cyborg, a unos cuantos miles de kilómetros de distancia de sus viejos territorios de Luxemburgo? Pero esa voz y ese andar, que alterna brincos con trancos de corredor de larga distancia, son una combinación inconfundible. Suponiendo que Nicolas siga siendo mi amigo, y no tengo razones para sospechar lo contrario por el momento, saco mi arma y le disparo al robot más cercano. Todavía no me tiene catalogado como blanco, de modo que es fácil acertarle cuatro balas en la carrocería y los rotores mientras Nicolas tropieza y zigzaguea para apartarse de la línea de fuego del otro robot.

Mis actos provocan un clásico conflicto de evaluación en el robot que queda. Sus armas nos apuntan alternativamente a Nicolas y a mí.

Esto es algo básico en toda programación de combate en tiempo real y comúnmente no sería un problema. Cualquier niño que juegue por Internet y sepa manejar lenguajes en tiempo real puede solucionar este tipo de cosas, o sea que los grupos de desarrollo de unidades remotas de la Unión pueden hacerlo mucho mejor. Sospecho que el caos físico que he estado notando está interfiriendo con los circuitos básicos. Sea cual sea la causa, Nicolas y yo podemos aprovechar bastante bien el efecto con un simple armónico 3:2 en nuestras relaciones de fuego. Muy pronto, el robot pasa a la historia. El avión se detiene en seco, aún humeando, y Nicolas corre hacia mí.

Ahora entra en acción el escuadrón de torpes. Si esto fuese una película, las balas rebotarían en el pavimento a mi alrededor, mientras yo ruedo por el piso hasta refugiarme en un lugar seguro. En la práctica, estos tíos tienen bastante puntería y las balas pasan zumbando a mi lado, casi rozándome, y no por debajo. En tres saltos, Nicolas pasa junto a mí y sigue de largo. Al menos dos balas le aciertan en la espalda, con el inconfundible *ting* del plomo al chocar contra un plástico resistente al impacto. Aterriza sobre sus pies, disparando, y los imbéciles retroceden, refugiándose tras las puertas del coche. No les sirve de mucho. Nicolas puede llevar armas de calibre mucho más grueso que ellos, y sabe disparar más rápido de lo que ellos disparan, y en general se mueve más velozmente que ellos. Cuando salta por encima de la puerta del conductor y aterriza sobre el pecho del Hombre de Blanco, ya no quedan oponentes vivos. Todos cayeron en el tiroteo inicial; el resto fue solo para asegurarse.

Hace una pausa para recuperar el aliento, recostándose sobre el capó del sedan. Esos esfuerzos le cuestan caro, a pesar de sus mejoras metabólicas. Me reviso y examino la silla para verificar si hemos sufrido daños graves; luego me acerco.

–Gracias, Nicolas. ¿Qué te trajo a Nuevo México?

Como si no supiera que no debo preguntarle una cosa así. Me dedica una amplia sonrisa.

–Me trajo ese avión que esta allí, claro. –Una sonrisa de Nicolas es algo impresionante, porque su piel termina más o menos donde un hombre común tendría el borde del pelo. A partir de allí y hacia atrás, su cráneo ha sido reemplazado por capas de plástico y circuitos. Podría cubrirse con un sombrero, pero ahora no lleva ninguno. Los músculos que se encuentran debajo de las zonas orgánicas que aún le quedan están adosados a los reemplazos sintéticos, y se ve perfectamente cómo se mueven con las expresiones exageradas de

cualquier clase. Si hubiese sangre, parecería una criatura salida de una película de terror; me provoca una fascinación muy especial--. Antes de este, me trajo otro avión más grande.

--Qué avispado eres --le respondo, con una sonrisa más discreta. Le encantan los coloquialismos norteamericanos, por razones que me resultan enigmáticas.

--¿Y a ti que te trajo? --Había olvidado su predilección por devolver la misma pregunta al interrogador. Su respuesta me lo recuerda.

--Ese furgón --digo-- y antes otros automóviles. Pero, a diferencia de ti, te daré la respuesta completa. --Se inclina hacia delante, con el rostro colmado de obvia curiosidad. Señalo al Hombre de Blanco--. Decidieron que yo era un riesgo para la seguridad y luego tuve el auténtico descaro de sobrevivir a la destrucción de una instalación, y desde entonces he estado en su lista de objetivos. Supongo, por tu persecución, que debes haber pasado por algo similar.

--Oh, sí. También tuve la mala fortuna de ser el único sobreviviente de un ataque terrorista a nuestra plataforma de análisis marino del Mar del Norte y las fuerzas de seguridad decidieron que, por ende, debía de estar implicado. Al principio escapé a ciegas, pero luego decidí que si iba a perecer, bien podía satisfacer mi curiosidad durante la huida.

--¿Y eso te trajo a Nuevo México? --Estoy perplejo.

--Ah, sí. --Claramente, está esperando que se lo pregunte bien.

--Está bien, Nicolas. Dime. ¿Qué asunto en particular te trajo a Nuevo México?

--¡Roswell! --Otra sonrisa enorme que le estira la cara.

Hago una mueca de disgusto.

--¿Buscas a esos jodidos hombrecitos grises?

--No, no. Nada de eso. He visto suficientes archivos de extraterrestres genuinos para saber que eso no es más que enajenación popular y superstición de masas. Solo quiero saber realmente qué hay allí, detrás de las defensas de la Unión que tú y yo sabemos que existen.

--Mmm... --digo, contando el tiempo mientras lo pienso--. Bah... ¿qué diablos? En Los Angeles no me espera nada verdaderamente interesante. Sube. --Cinco minutos después, nos dirigimos de vuelta hacia el este.

Paso el siguiente período andando sin rumbo, en trance. Solo guardo el más leve de los recuerdos: la Basura guiándome, encargándose de que coma y duerma cuando debo hacerlo y protegiéndome para que no haga cosas tales como caminar por el medio de la carretera. No estoy seguro de cuánto dura el trance; sin embargo, tengo la impresión de que al menos parte de mis vagabundeos tiene lugar en el mundo espiritual, donde el tiempo es más negociable aunque el universo esté a punto de terminar.

Cuando regreso, me encuentro pensando en «mí mismo» y en muchas implicaciones e inferencias relacionadas con eso. Hay una significación en nuestras experiencias con los magos y la Estrella Roja que dudo se les ocurra a mis camaradas. El tecnócrata es esclavo de su punto de vista del mundo; si piensa en la multiplicidad del alma, será solo en el contexto de la neuropatología, de las redes o algo parecido. Es probable que considere los símbolos numéricos como reflejos de simples defectos de la percepción humana o como manifestaciones de la estructura física que no tiene una conexión coherente con la conciencia humana. Pero el universo no está trastornado ni muerto, por mucho que él lo crea. La mujer china podría captar algo de esa significación mucho más rápido, pero probablemente la incorporaría a su propia matriz cultural y está claro que lo que nos está ocurriendo se encuentra mucho más allá de los límites de cualquier cultura.

Para establecer la identidad de algo, hace falta conocer dos elementos: esto y lo que no es esto. Lo otro. Para salir de un punto muerto y sugerir posibilidades de crecimiento, se necesitan tres. Existe lo que Hegel postuló como la tesis, la antítesis y la síntesis, pero no es el único ejemplo. Existe la formulación cristiana del Padre eterno, el Hijo eterno y el Espíritu Santo que procede eternamente de ambos, y existen, por cierto, uniones espirituales que funcionan de esa manera. Existe la trinidad de los poderes fundamentales: creación, estabilidad y destrucción o caos. Tres es el número mínimo necesario para que haya un sistema.

Entonces, ¿qué sistema forman esos tres magos?, me pregunto, mientras paseo por una desconocida carretera estatal que por lo general tiene rumbo norte. Lanzo algunas preguntas al reino etéreo, donde las respuestas adoptan formas tangibles. No puedo viajar bien

por allí, pero puedo interrogar a los espíritus del murciélago y el mosquito para que lo investiguen en mi nombre, ofreciendo sangre a los mosquitos e insectos capturados (que no incluyen a los mosquitos) a los murciélagos. Sé vagamente que Porthos es importante en la historia de la Orden de Hermes, pero los otros dos me eran desconocidos.

¿Y qué pasa conmigo y los otros dos magos vivos, entonces? No soy un niño y Ming no es una anciana, pero creo que William es mayor que yo, y Ming mayor que él. ¿Un adulto joven, un adulto, y una adulta más cercana a la vejez, quizás? Por más que trabaje con una declarada (y real) independencia, a cierto nivel formo parte de las Nueve Tradiciones. William es miembro de la Unión Tecnocrática. ¿Ming representa a las familias de magos independientes? Estamos peligrosamente cerca de constituir un microcosmos representativo de todos los que trabajan con la voluntad Despertada en los tiempos modernos...

Me pregunto si habrá otros tríos como el nuestro. Podríamos, al fin y al cabo, ser los sujetos de un experimento cósmico: tomar a tres personas, mezclarlas y ver qué ocurre, comparar los resultados de un tratamiento similar en otro grupo de tres. Sin embargo, no sé como podría encontrar a tales tríos y, si alguien está haciendo esa clase de experimentos, presumo que mi deber es ser yo mismo lo más completamente posible.

Hay disturbios constantes en los campos, a ambos lados del camino: animales y cosas que no son tan estrictamente materiales. Se percibe como un debilitamiento de la Celosía. Espíritus diminutos que la empujan en toda su extensión, montados sobre animales pequeños. Ocasionalmente, espíritus más grandes que pasan en ráfagas, aleteando como insectos que tratan de salir de una casa veraniega por la noche y que consiguen hacerlo, o bien se quedan dormidos esperando que las circunstancias sean más favorables. Es extraño tener esta compañía, pero su vitalidad renueva mi sentido de compromiso con la vida, después de ese segundo encuentro con la Estrella Roja y esas horrendas ruinas. Es muy difícil pensar que todo esto desaparecerá muy pronto, pero al menos logro disfrutarlo antes de que ocurra. El desfile de espíritus le otorga a todo un brillo adicional, como los arco iris en medio de las tormentas de verano. Es una buena sensación.

A veces oigo automóviles a la distancia, pero ninguno se me acerca durante varias horas. Todos doblan por caminos laterales,

avanzan por alguna carretera paralela en el horizonte o algo semejante. Les deseo lo mejor a esos conductores y espero que tengan la oportunidad de lograr algo significativo en el tiempo que les queda de vida.

60
MING XIAN

Hago el viaje final al lugar donde se reunían mis ancestros. Es una semana tranquila, en la que mis asistentes y unos pocos voluntarios pueden hacerse cargo del trabajo y el mundo natural está funcionando con relativa naturalidad. A mitad de la semana, cuando todos los presagios indican que continuará la calma, empaco mi equipo y conduzco nuevamente hacia las montañas.

La semana pasada hubo tormentas que vinieron del desierto, con irritantes nubes del polvo asfixiante arrastrado desde los lagos y ríos agonizantes del lejano oeste. Pero un día de fuertes lluvias asienta la mayor parte y, conforme avanzo, los restos contaminados solo me distraen a ratos. Sí advierto que la región ha ido quedando silenciosamente despoblada. Es una vacuidad prolija, porque los nativos de Uygur se enorgullecen de sus herramientas hasta extremos alarmantes, algo que no me llamaría la atención si no estuviera familiarizada con el área. Pero veo campos y huertos que están desatendidos desde hace demasiado tiempo, y tierra destinada a pastizales de primera calidad con el césped crecido hasta la altura de la rodilla o más. No hay máquinas ni animales que lo corten. Algunas de esas personas han ido a apiñarse a las ciudades como Urumqi. Otras, creo, están desperdigadas en los campos o dirigiéndose al este, esperando encontrar un santuario entre otras gentes y poblaciones más importantes. Cuando paso cerca de algún granjero o ganadero, me preocupo por saludarlo, haciéndole saber que existe al menos una persona que ve y aprecia su trabajo.

A causa de dos deslizamientos, han caído unas enormes rocas en el camino que se mete entre las montañas. Por suerte para mí, recordé escoger uno de los camiones con tracción en las cuatro ruedas que tengo disponibles en Urumqi; avanzo cuidadosamente por encima de los escombros. Veo que, más adelante, la ruta está completamente despejada, excepto por las huellas de animales. Conforme el mundo se acerca a su fin, los humanos, al parecer,

sentimos el impulso de estar más juntos.

Por fin alcanzo el claro donde habitualmente comienzo el viaje ritual. El muro entre la carne y el yin es tan delgado en este sitio que llamo a mis ancestros desde aquí, encendiendo un incienso para cada nombre que pronuncio. En pocos minutos, el viento helado me trae las respuestas. Algunos de mis ancestros, al menos, vienen a mí.

--¿Novedades? --les pregunto, tras de completar las formalidades iniciales. Sin embargo, sus respuestas no me llegan en palabras, sino como una inundación de imágenes estáticas y sonidos complejos. En las profundidades de los reinos yin, se agitan cosas terribles que se aferran lo mejor que pueden al mundo material. Pero el muro del mundo es también peligroso: a veces parpadea y desaparece momentáneamente, y unos pocos de mis ancestros han sido barridos y aprisionados en formas mortales que no pueden controlar. Mis otros ancestros no saben si, después de experimentarlo, siguen siendo conscientes de sí mismos o no, pero la exclusión, por cierto, les resulta a la vez peligrosa e incómoda.

--¿No tenéis palabras para mí? --Otra inundación de imágenes. Existe una lengua ancestral que usan los fantasmas, pero les resulta problemático hablarla. Realmente no puedo comprender las razones que me dan, ya que es difícil comunicar algo lógico sin emplear palabras. Retienen los significados dentro de sus mentes individuales, pero las corrientes de yin ya no parecen suficientes para comunicar las especificaciones que desean transmitir, como una escultura de hielo que se derrite bajo el sol estival.

--¿Cuál es mi deber para con vosotros ahora? --Al menos eso es lo que intento preguntar, pero cuando llego a la palabra «mi», mis ancestros me rodean nuevamente con significados propios. La imaginación es peculiar, colmada de árboles con muchas ramas y tornados que se elevan. Gradualmente, caigo en la cuenta de lo que quieren decirme. Los pocos que somos capaces de comunicarnos claramente con nuestros ancestros somos los preferidos de sus afectos; siempre ha sido así. Generalmente, aman, o como mínimo cuidan, a todos sus descendientes vivos, pero los que podemos situarnos dentro y del otro lado del muro del mundo les importamos más. Ahora eso está cambiando. Todos sus descendientes les parecen una sola masa borrosa instalada en sus pensamientos: los médiums y los que son sordos a los espíritus, los vivos y los muertos, los chinos y los que han nacido de casamientos mixtos. Veo imágenes de primos distantes que nunca hubiera sospechado tener, muchos de

ellos ni siquiera de apariencia china ni conscientes de su herencia china. La propia noción de «familia», en todas sus acepciones, se funde en una conciencia de la humanidad como un todo. Es una visión poderosa a su manera, una perspectiva muy parecida a la que deben haber tenido los emperadores de la antigüedad cuando contemplaron a Todas las Cosas Bajo el Cielo desplegándose ante su trono. Pero ahora todo esto es de poca utilidad para mí.

—¿Por qué...? —Ni siquiera logro formular claramente la siguiente pregunta en mi propia mente, antes de quedar envuelta en un nuevo torrente de pensamientos de mis ancestros. Esta vez no son solamente sus pensamientos, según advierto. Es su esencia. Están dispersándose a mi alrededor; la fuerza yin que los ha conservado unidos, alimentándose del mundo y sus procesos mentales, se está dispersando para volver al Camino primigenio donde se originó toda Consciencia. Por un momento, pienso que están completando el proceso de la muerte que quedó suspendido cuando surgieron como fantasmas, pero esto carece de... las emociones, la sensación de muerte. No es tanto que estén dejando de ser algo, sino que están dejando de diferenciarse. En un momento vuelvo a quedar sola en el claro. Tomaré un descanso antes de volver a casa.

El anuario incorporado en la cadera de Nicolas dice que Roswell tiene una población de cuarenta y cinco mil personas. Obviamente, ahora es mucho menor. Especulando o, mejor dicho, haciendo una evaluación necesariamente apresurada de la situación sobre la base de la información disponible, estamos de acuerdo en que al menos la mitad de los edificios se encuentran vacíos. Cuando pasamos por Albuquerque, nos pareció obvio que la capacidad de la ciudad estaba sobrepasada. Convenimos en que la población mundial probablemente se esté reuniendo en las principales ciudades del globo, con la intención de defenderse mutuamente o sencillamente de estar acompañados.

Nicolas me pregunta qué estuve haciendo desde que hablamos por última vez, en la conferencia de planificación de redes hace seis años. Se lo digo, poniendo especial énfasis en las últimas dos semanas. Reflexiona al respecto, me pregunta algunos detalles y

luego se pone a divagar.

–Es tan condenadamente típico del mundo, en realidad.

–¿Eh? ¿Qué puede haber de típico en el fin del mundo?

–Las ambiciones frustradas, claro. –Hace un gesto, señalándose los tobillos y pies cibernéticos. Son maravillas del diseño, inmensamente funcionales y también intensamente bellos, con curvas que recuerdan al *art decó*–. Estos iban a ser prototipos para la siguiente generación de prótesis de miembros inferiores multifunción disimulables. La última generación será... iba a ser lanzada al mercado el año próximo, posibilitando la completa corrección de muchas clases de lesiones en las piernas. Y lo mismo ocurre con cada pieza de este equipo y con toda una parva de otras cosas que tuve que dejar atrás.

Para mi gran sorpresa e intensa alarma, golpea el salpicadero con ambos puños. Incluso sin emplear ningún dispositivo de realce significativo, posee la fuerza para arrancar de un puñetazo trozos de plástico del tamaño de un dedo, y está peligrosamente a punto de accionar el mecanismo del *airbag*.

–¡Me cago en todo! –grita, ya sin su habitual tono de risueño cinismo–. ¿Por qué ahora? –Lentamente, se va calmando o por lo menos se controla un poco mejor–. Todas las generaciones de humanidad que nos precedieron pudieron vivir sus vidas y morir, y abrigar cualquier vieja noción de lo que traería el futuro. ¿Por qué a nosotros nos está vedado?

Sacudo la cabeza.

–Ojalá lo supiera. Ni siquiera tiene sentido. Está muy bien que alguien como Moorcock escriba sobre el agotamiento de la entropía, o que Ballard insista con sus diversos fragmentos, pero no puedo deducir nada científico de todo esto. Si me sintiera obligado a pensar que existe alguien capaz de poner al universo patas arriba, una especie de Dios, me preguntaría si fue inducido deliberadamente.

Nicolas escupe por la ventana.

–Sí. Muy pocas cosas son tan efectivas para inspirar pavor como la sensación de que el universo ha enloquecido tanto como nuestros jefes.

Roswell es un pueblo del suroeste bastante típico. No está realmente en un desierto, pero la tierra de aquí es seca y necesita mucha irrigación. Hay una estación de tren rodeada de depósitos y silos para productos agrícolas, de las minas locales y demás. Y también hay comercios que se encargan del negocio del turismo, con más representaciones típicas de alienígenas de las que el cerebro

humano puede asimilar con propiedad. No parece haber muchos turistas cuando llegamos, pero hay algunos. No todos sienten ese pavor generalizado, parece, y no todos los que lo sienten optan por prestar atención a la advertencia que conlleva. En definitiva, distamos mucho de ser los únicos forasteros del pueblo.

Tenemos nuestro propio objetivo. A veinticinco kilómetros de Roswell propiamente dicho, hay un grupo de edificios que simula ser un centro de investigación agrícola. (Al encargado de la planificación, aparentemente, le gustaba mucho el libro *The Andromeda Strain* de Michael Crichton, que usaba la misma clase de excusa. Vivir en el *fandom* de otra persona a veces es un poco molesto). De hecho, es uno de los secretos más oscuros y profundos de la Unión, hogar de algo igualmente misterioso. Nicolas y yo sabemos que hay razas extraterrestres, algunas con civilizaciones avanzadas; no es un asunto que la Unión esté preparada para comunicarle al público, pero cuando alguien debe lidiar con amenazas exóticas (como yo) o con la aplicación comercial de la tecnología exótica (como Nicolas) se entera de estas cosas. Por lo tanto: ¿qué puede haber aquí que la Unión no desea que nosotros sepamos, a pesar de que sabemos que los alienígenas existen?

Mientras nos acercamos, Nicolas especula.

–En Ginebra conocía una señora que está segura de que se trata de una máquina del tiempo –me dice–. Según ella, el pasado está cambiando constantemente, pero nosotros no nos damos cuenta. En algún momento, los viajeros del tiempo liquidarán a toda la resistencia y viviremos en una eternidad perfectamente gloriosa. –Lo piensa por un momento–. Quizá lo echaron a perder de alguna forma.

–Eso es... mmm. Iba a decir que era ridículo, pero toda esta situación es ridícula.

–Lo es –coincide–, pero no por eso, creo. A veces pienso que cualquier cosa que esté sucediendo, en realidad no es muy importante ni pasmosa, pero que alguien del Círculo Interior piensa que sí lo es... ¿y quién va a contradecirlo?

Me hace reír.

–Es tan estúpido que puede ser cierto.

Salimos de la carretera principal e ingresamos en un camino lateral bien mantenido, que recorre más o menos ocho kilómetros hasta llegar a la Base Roswell, como la denominan la mayoría de los memos de las convenciones. Desgraciadamente, cuando llegamos a la cima de la última colina antes de llegar a la base, vemos que no

podremos obtener demasiadas respuestas de utilidad. La han arrasado con una explosión. Es como si algo hubiese explotado justo encima de la base, o ese pie gigante que se ve en los títulos del comienzo de los episodios de Monty Python la hubiese aplastado. No queda nada de más de un piso de altura, y de esos restos tampoco queda mucho. No vemos cuerpos, al menos desde esta distancia, pero indudablemente no se aprecia ningún signo de actividad humana.

–¿Quieres echar un vistazo de cerca? –pregunto. No estoy seguro de querer hacerlo yo, y espero a medias que me responda que no.

–Si he llegado hasta aquí –dice inmediatamente– necesito recorrer los últimos metros. –Entonces descendemos y aparcamos en medio de un estacionamiento que no contiene ningún otro automóvil. De cerca, veo pequeñas pilas de piezas y fluidos chorreados que bien pueden estar indicando los sitios donde estaban los coches cuando ocurrió lo que haya ocurrido. El estacionamiento en sí parece en buen estado, sin grietas, por lo que no me preocupa demasiado la posibilidad de caernos en un pozo o algo similar.

Mientras desciendo, se me ocurre que en verdad estoy más harto que los mil demonios de andar entre ruinas. Las ruinas de mi lugar de trabajo en Ragnarok, aquellas ruinas de Marte y ahora esto. Es agotador y deprimente. También me vendría de maravilla soportar menos silencios inoportunos, sitios donde debería haber voces pero no las hay. Hago lo que puedo para llenar el silencio con una constante corriente de comentarios y especulaciones, y Nicolas hace lo mismo, pero somos solo dos hombres en un lugar que ha sido hecho para cientos.

–Se me ocurre que al menos podrían haber dejado una nota --añado en algún momento.

Poco después, se oye un sonido, aunque no proviene del interior de la base. Un vehículo se acerca por el mismo camino que tomamos nosotros. Nicolas y yo no podemos hacer nada con el furgón, pero podemos ocultarnos y esperar a ver qué sucede, cosa que hacemos.

Mientras me acerco al hospital mental donde comenzó mi servicio, el aire parece espesarse con una especie de bruma. Tardo un rato

darme cuenta de que no es la atmósfera, sino algo más alejado, que remolinea dentro de la propia Celosía. No es algo que habitualmente visualizo como una masa de estas características. Son almas no nacidas buscando la reencarnación.

La mayor parte de las almas que aún no han nacido tienen muy escasa definición. Traen consigo el legado de sus padres y de todos sus ancestros, tanto de su misma especie como de todas sus predecesoras, pero aún no han tenido tiempo de desarrollar una personalidad propia. En esta etapa, ni siquiera las reencarnadas son excesivamente complejas; los rasgos que pasan de una vida a la siguiente son mucho más simples que la acumulación de detalles que se produce en el lapso de una sola existencia. Muy ocasionalmente, se encuentra alguna más desarrollada: el alma de un mago especialmente poderoso o de alguien bendito por la inusual protección de ciertos ritos realizados en el momento de su muerte o poco antes.

Esta muchedumbre, sin embargo, incluye muchas de esas almas más desarrolladas. Parecen... me interrumpo.

Claro que no es asunto de «parecer», es asunto de «ser». Todas ellas son almas del mundo (bueno, de este rincón del mundo) que son capaces de renacer y esperan la última oportunidad de encarnarse antes de que todo termine. No he visto muchos bebés últimamente, pero la competencia debe ser feroz y desagradable. No me sorprendería mucho enterarme que las leyendas sobre robos de bebés están ganando popularidad. Las almas desesperadas, y en muchos casos carentes de todo lo que uno llamaría profundidad moral, pueden intentar todo tipo de artimañas para obtener los cuerpos que desean.

La carretera se desvía, virando del norte hacia el este, rodeando alguna propiedad que los constructores del camino no pudieron apropiarse. Apenas doblo una curva, veo a una mujer parada justo sobre la línea amarilla. Es más o menos de mi edad, creo; está más bronceada que yo y tiene una cabellera marrón desgreñada y un buen equipo de excursionista. Está exhausta, parece, tambaleando y al borde del colapso; aprieto un poco el paso para alcanzarla antes de que llegue a caer.

—¡Disculpa! —le grito conforme me acerco—. No deseo entrometerme, pero parece que necesitas ayuda.

Ella no logra decir más que «Yo...». Luego vacila y comienza a encorvarse hacia delante, y tengo que correr para evitar que se golpee la cabeza contra el pavimento. Acunándola entre mis brazos, hago que

se siente en la carretera, esperando que ningún automóvil decida venir hacia nosotros en este momento. Es delgada, pero no está famélica ni nada parecido. Está en buen estado físico y es de buena contextura. La Basura susurra al costado del camino, con un ojo puesto en las amenazas tanto materiales como espirituales. La niebla de almas que buscan cuerpos no está demasiado cerca. Aparentemente, ni la mujer ni yo somos buenos candidatos para la provisión de cuerpos sin alma para el uso de terceros.

Unos minutos después, recupera laboriosamente la conciencia.

--¿Me... he caído? --Gira la cabeza para mirarme y veo que sus ojos son de un azul brillante, opacados por la intensa fatiga que los hace parecer de un tono más aguado, casi gris. No encaja mucho con mi concepto de belleza, pero tiene una expresión honesta que, a su modo, la hace atractiva. No creo que vaya a mentirme acerca de lo que está haciendo aquí y decido ser honesto yo también.

--Sí, así es. Estaba caminando por aquí cuando comenzaste a desmayarte. Fue hace unos cinco minutos. No estabas completamente inconsciente, pero no reaccionabas al mundo exterior --Sonríe--. Me llamo Robert. Robert Blanche. Voy al norte, a visitar a unos viejos amigos.

--María --dice ella un instante después--. El resto no importa.

--Veo el miedo que se eleva por encima de su cabeza, como el aire sobre el pavimento caliente. También veo, en su interior, una tenue luz que puede ser el comienzo de un Despertar y decido que merece la pena hacer el esfuerzo de asegurarme que no termine como el hombre cuya cabeza se llenaba de fango negro o como alguna de las otras tragedias que he visto últimamente.

Le estrecho la mano y esa absurda formalidad le ilumina el rostro con una breve sonrisa.

--Encantado de conocerte. ¿Te diriges a algún lugar en especial?

--Una fracción de segundo después me maldigo por haberle hecho esa pregunta, ya que ella rompe a llorar--. Discúlpame --agrego apresuradamente--. Por favor, no pienses que tienes que responderme. En todo caso, podemos esperar aquí un rato.

--No, está bien --dice--. Bueno, no, no está bien, pero que hable o no hable de eso no marcará ninguna diferencia. --Tiene un ligero acento latinoamericano. Me siento bastante a gusto especulando que su familia emigró a los EE.UU. cuando ella era niña y que aún tiene, o tuvo hasta hace poco, parientes que nunca han llegado a dominar el inglés--. Había un solo lugar al que quería ir, pero ahora ya no está.

--¿Quieres contármelo? Soy muy bueno escuchando a la gente.
--Cambio levemente de posición--. Pero primero, ¿qué te parece si salimos de la carretera?

--¿Eh? ¡Ah! Sí, sí. --Hace un buen esfuerzo por ponerse de pie y trato de que no se note que debo ayudarla para que lo logre. Mientras camina, veo que cojea ligeramente. Y que chorrea sangre de la parte superior de su bota izquierda. Voy a tener que ocuparme de eso. Logramos avanzar aproximadamente una docena de pasos y luego nos sentamos a descansar más cómodamente sobre un césped cortado hace pocos días.

Mientras recupera el aliento, le señalo la bota ensangrentada.

--Me encargaré de eso, si quieres.

Ella mira hacia abajo.

--Si puedes... sí, por favor.

Delicadamente, le estiro la pierna en forma horizontal, poniendo una de mis camisas de repuesto enrollada debajo de su rodilla para que se apoye. Entonces puedo revisar mejor la bota. Resulta que hay... ¿qué demonios? Hay un clavo de plata, o algo muy parecido, enterrado en la suela del talón. Me asombra que pueda caminar.

--¿Cómo pudiste llegar hasta aquí con esto clavado?

--Tenía que hacerlo. --Una respuesta muy simple.

--No me refiero al motivo --digo--, sino a la factibilidad física. Esto debe dolerte como el infierno y puedes soportarlo si tienes que hacerlo. Pero debe estar lastimando terriblemente tus músculos y ligamentos. No sé cómo eres capaz de caminar sobre esto.

--No es lo que crees --dice ella.

--¿Cómo?

--Echa un vistazo. --Acepto la invitación y lo hago. Desato la bota con todo el cuidado posible. Lleva unos buenos calcetines gruesos de caminar, y también saco el calcetín. Ahora la cabeza y medio centímetro más del clavo han quedado expuestos y puedo examinarlos. Ella tiene razón. No es lo que creo. No es un clavo, tal como puedo apreciar. La parte larga es fina como un alambre, mientras que la cabeza no es la de un clavo, es la punta rota de algo más grande, que ha quedado achatada principalmente porque ella lo ha pisado una y otra vez.

--¿Te das cuenta? --dice ella.

--Sí, María, pero no lo entiendo. ¿Qué es esto?

--Formaba parte de algo parecido a un abanico. Tenía estas piezas de plata y una tela de seda o algo parecido que se extendía

entre esas piezas. No era muy lógico que sirviera de arma, pero la bestia que lo tenía lo lanzaba y lo dejaba todo cortado en rodajas.

Quiero presionarla para que me dé más información, pero estoy seguro de que sería una mala idea.

–Ya veo. ¿Piensas que es seguro que lo extraiga?

Se encoge de hombros.

–Ni idea. Inténtalo, por favor.

Lo hago, lavándome las manos en un charco de agua estancada y rezando para no hacerle mucho daño. Al principio parece que el objeto no se mueve; luego se desliza y sale suavemente. Ella se inclina hacia delante para apretarse la herida con otra camisa vieja. Son unos quince centímetros de alambre de plata ensangrentado, zumbando con notable energía. Lo toco... y entonces me doy cuenta de lo que ha ocurrido, al tiempo que ella se esfuerza por explicarme un poco más.

–Era de mañana –me cuenta–. Estábamos preparándonos para hacer un picnic en familia, allí. –Señala un lugar hacia el este. No necesito conocer los detalles–. El cielo se puso de un helado color plateado y esas cosas aparecieron de la nada. Eran... eran...

–Hombres-lobo –sugiero.

Ahora sale un poco más del estado de shock y me dedica una mirada perpleja.

–Sí, pero... ¿cómo es posible?

–Te lo diré después –prometo–. Ahora cuéntame el resto. Que la historia salga de ti como salió el clavo, para poder cerrar esa herida de inmediato.

Advierto que ella ya no confía tanto en mí, pero continúa.

–Esos... hombres-lobo. Uno de ellos tenía esa cosa parecida a un abanico. Se abalanzaron sobre nosotros, no sé por qué. Los vi matar a toda mi familia en un santiamén. También me habrían matado. Yo me incliné hacia atrás y resbalé, y entonces esa cosa se me clavó en el pie y no en el pecho. Sentí que la aguja se rompía cuando me deslizaba por la cuneta. Me dejaron tranquila un rato, mientras arrojaban los cuerpos por todas partes. Después desaparecieron y el cielo volvió a la normalidad y no sé por qué.

Para la gente moderna, es una lección difícil de aprender. Además de los espíritus puramente desencarnados con los que trabajo (yo y la mayoría de los chamanes), hay criaturas híbridas, parte animal, parte humano, parte espíritu, que pueden moverse a través de los reinos más o menos a su antojo. Son los seres más peligrosos, diferentes y malvados que existen, depredadores que

acechan en los márgenes de la sociedad y la conciencia humana.
¿Alguno de los parientes de María los habrá ofendido? ¿Tal vez el lugar donde iban a hacer el picnic era un terreno sagrado para ellos? Los hombres-lobo tienen sistemas de tabúes inmensamente complicados y podría llevarme bastante tiempo descubrir algo útil, aunque tuviera aquí a uno de ellos y estuviese dispuesto a hablar.

–María, escúchame. –No me entrometo demasiado con su dolor, pero le alcanzo uno de mis pañuelos para que se enjague las lágrimas–. Te has topado con uno de los aspectos secretos del mundo, y es terrible, pero tu vida puede continuar.

–Es... –Los sollozos la recorren en brascas oleadas–. Ellos...

–Si –coincido–. Es como una pesadilla suelta a la luz del día.
¿Profesas alguna fe, algún credo?

La pregunta la desorienta.

–¿Qué? No... supongo. Mis padres son... eran... –No puede terminar la idea y no la presiono más.

–Si se hubieran tomado la molestia de hablar contigo, los hombres-lobo te habrían dicho que son guardianes que defienden la tierra de sus enemigos, y te habrían contado una historia sobre los pecados de tu familia. Pero solo tendrían razón en función de tus propios tabúes. Lo primero que tienes que saber es que esto no es un juicio contra ti, porque hayas hecho algo que un humano sabio o bueno consideraría un acto de maldad. –El comentario es algo arriesgado, lo admito, pero su alma parece bastante limpia como para correr el riesgo–. Esto ha sido una tragedia, una tragedia tremenda, y no está relacionada contigo como persona, como sí lo estaría un accidente de tránsito.

–¿Pero cómo pueden existir esas cosas? –Una pregunta bastante sensata–. ¿Qué mierda de mundo es este?

Pienso en cómo proseguir.

–Un mundo extraño y enfermo –le digo–. Tan extraño como para incluir hombres-lobo y tan enfermo como para ser incapaz de evitar que asesinen inocentes. Y repleto de muchas otras tristezas y misterios, junto con todo lo que tú ya conoces.

–¿Qué puedo hacer al respecto?

–Fíjate que bastante –Vuelvo a sonreír–. Hay espíritus dispuestos a servir y maneras de usar su poder para tu provecho y no para que hagan de ti su presa.

Frunce el entrecejo.

–Me suena a palabrería chamánica.

–Estás parcialmente en lo cierto.

–¿Eh?

–Es chamanismo. Pero no es palabrería. –Hora de correr otro riesgo. Aparto la mirada para ver dónde está mi tótem–. Basura, déjate ver.

–Mmm... ya he visto basura –objeta María.

–Sí, pero en este caso Basura es un nombre, no una descripción. Mira hacia allá –señalo. La Basura adquiere la forma de una figura humana acostada en el suelo, con un poco más de detalle en el rostro. El rostro sonríe.

Maldición, he ido muy lejos. María lanza un chillido y cae hacia atrás.

–No, no, no –repite, mientras sacude vigorosamente la cabeza. Cojo su mano.

–Sí, María. Sí. Dentro de ti tienes la capacidad de convertirte en un arma viviente contra los que atacan a gente como tus parientes. Se necesita tiempo y práctica, pero si estás dispuesta a venir conmigo puedo enseñarte mientras viajamos.

Ella mira hacia el este durante largo rato, al tiempo que los espíritus se arremolinan a nuestro alrededor.

–Está bien. No creo ni una palabra de todo esto, pero son tiempos extraños, ¿verdad? –Asiento, pero no hablo; no quiero interrumpir sus pensamientos en este instante–. Puedo escucharte, por cierto, y no tengo ningún otro sitio adonde ir.

–Dejaremos que descanses un poco más y luego nos pondremos en marcha –digo–. Pero primero te vendaré el pie un poco mejor.

El coche que oímos llega a la cima de la última colina y resulta ser una visión en absoluto tranquilizadora, porque nadie lo está conduciendo. Es un jeep con sistema de navegación automática y carrocería resistente al clima, acondicionado para una IA limitada que está amarrada al asiento del conductor. A veces usamos esas cosas cuando se necesitan guardias y escasea la mano de obra humana. Tal como están las cosas, es buena señal saber que alguien debió ponerlo en marcha, pero sería agradable que ahora hubiese un conductor en su interior.

No exhibe evidencias de poseer ningún armamento. El bulto de aspecto algo alarmante que ocupa el asiento del pasajero es un equipo sensor. Yo mismo he instalado unidades de este tipo y Nicolas ha diseñado otras para los ambientes exóticos que su grupo estudia. Estudiaba. Maldición, cuando me acostumbro a la realidad de las pérdidas que estamos sufriendo, aparece algo que me las recuerda. Como sea, sabemos lo que ocurre. El aparato esta revisándonos, para detectar nuestra identificación como miembros de la Unión, y realizando la evaluación biométrica básica, para ver si somos los mismos que nuestra identificación describe. Lo somos, de modo que apenas termina el examen, el jeep aparca junto a nosotros, con el motor aún en marcha.

El sintetizador de voz de a bordo es el básico, según nuestros estándares; es decir, tiene dinámica e inflexión completa pero suena como una persona con gripe. Años adelantado comparado con cualquier cosa que exista fuera de la Unión, por supuesto, pero años atrasado para nosotros. Su presencia en este vehículo es una señal más de que todo este armatoste se ha montado de forma improvisada.

–Agentes, no estáis autorizados para operar en esta zona, pero la cadena de mando para revisión de violaciones está inactiva. Por favor, explicad la naturaleza de vuestra misión.

Comienzo a decir algo, pero Nicolas es mucho más rápido para estas cosas.

–Llegamos aquí a causa de la inactividad de nuestras cadenas de comando. Presumimos, por lo visto equivocadamente, que las instalaciones de más alta prioridad como esta escaparían de los triviales problemas que afligen a las demás unidades. ¿Hay alguien aquí con volición independiente a quien podamos informar?

Programamos las unidades como esta con un retraso ligeramente más largo que el que requiere el ser humano promedio para responder a una pregunta inesperada, por motivos psicológicos. La computación real ocurre mucho más rápido de lo que un humano puede procesarla, por supuesto. Pero descubrimos que cuando las IA responden demasiado rápido, los humanos que tienen que trabajar con ellas se sienten sistemáticamente intimidados. Hacerlas más lentas permite que los usuarios se sientan en igualdad de condiciones o ligeramente superiores a la IA, tanto en lo referente a la autoridad para actuar como a cualquier asunto que se discuta. A pesar de saber todo eso, conmigo la treta funciona tan bien como con cualquiera. Gano un poco de confianza solo porque la IA espera una evidente fracción de

segundo antes de decir:

–No, no quedan seres humanos en esta instalación.

Nicolas continúa con su mejor voz de mando:

–Infórmanos.

La IA hace otra sumisa pausa antes de mostrarnos un holograma de la instalación y su entorno. Obviamente, incorpora detalles almacenados con imágenes extraídas de observaciones en tiempo real del pasado reciente... ayer, creo, a juzgar por las nubes. Recuerdo esos truenos amenazadores que se interrumpieron antes de que cayera la lluvia. Hombres y mujeres dedicados a sus quehaceres en los diversos edificios. Una imagen superpuesta muestra el consumo de energía.

–Para acceso completo, verificar el estado de Ragnarok.

Muevo una mano para que Nicolas se calle, pronuncio un par de contraseñas y frases codificadas. La IA pregunta:

–¿Por qué el otro visitante no se identifica?

Por suerte, tenemos protocolos para eso.

–Mi colega está bajo autorización transitoria, almacenada únicamente en los archivos de ciertas instalaciones específicas. Estoy utilizando mis prioridades de mando para cubrirlo. Revisa el Anexo del Protocolo de Autorización Transitoria.

La IA hace exactamente eso.

–Verificado. El Edificio B, marcado aquí en rojo, estaba dedicado a la investigación de la manipulación de fuerzas fundamentales. Su personal obtuvo óptimos resultados en la generación y enfoque de ondas gravitatorias, basándose parcialmente en los dispositivos capturados durante las exploraciones lunares de 1984 y 1986. Por favor, indicadme ahora si necesitáis más aclaraciones. --Hace una pausa. Nos quedamos callados. Ninguno de los dos desea analizar la infinita red de referencias cruzadas posibles--. Procedo. La lámina de onda gravitatoria estaba programada para reemplazar una variedad de sistemas antigraavitatorios a pequeña escala desarrolladas independientemente, dependiendo del resultado de un ensayo a gran escala cuyo inicio estaba programado para ayer.

La imagen parpadea brevemente y el temporizador indica que estamos viendo datos de ayer, reproducidos al cuádruple de la velocidad real.

–Algo salió mal. --La mayoría de las IA tienen una capacidad retórica limitada, y estoy seguro de que esta tiene intención de informar de una manera directa. Sin embargo, indudablemente rebosa

sarcasmo. El diagrama de energía muestra una cascada de repentinas subidas de tensión, originadas en lo profundo del edificio y no provenientes de afuera. Supongo, sin decirlo por el momento, que se debieron a esas porciones de caos mecánico-cuántico que he observado tanto últimamente. Por desgracia, la reacción de la red es derivar más energía a los generadores de onda gravitatoria y menos energía al regulador y los mecanismos de enfoque. Por lo tanto... – Allí --dice la IA mientras añade más imágenes superpuestas-- podéis ver el surgimiento de múltiples capas de gravedad polarizada, operando más o menos en paralelo. --Claro que lo vemos: es como ver explotar un emparedado del tamaño de un edificio. Los estratos se vuelven alternadamente demasiado pesados o demasiado livianos; los livianos explotan hacia los lados, mientras que los pesados se derrumban como si de pronto estuvieran en Júpiter--. Nótese los problemas particulares que este ambiente provoca en la materia orgánica. --La IA agranda la imagen del sector de la puerta de entrada--. Las proteínas principales de los sujetos se separan y se disuelven rápidamente en componentes inorgánicos. --Esa es una forma de decirlo, sí. El proceso es incómodamente similar a lo que vi en Marte.

--Gracias --señala Nicolas, al tiempo que caminamos alrededor del holograma, estudiando las repeticiones con diversas combinaciones de imágenes superpuestas que se quitan y se añaden.

--No hay de qué --replica la IA--. Me alegro de que haya agentes humanos para observar la fase dos.

¿De qué diablos habla?

--Por favor, explica la fase dos --le ordeno, con la mayor calma posible.

--Uno de los objetivos de este experimento era medir los efectos de esta clase de manipulación de la gravedad en la fisiología humana. Dicho objetivo se ha vuelto inalcanzable debido a la destrucción de las instalaciones. Por lo tanto, las IA que nos dirigen ahora han dispuesto un nuevo sitio de prueba y están en proceso de reubicar el equipo necesario.

--¿Qué nuevo sitio de prueba han dispuesto?

--Roswell, distrito central. --La IA no puede sonar agitada ni parecer que se está relamiendo de gusto, claro. Debo ser yo, proyectando.

--Y deseas que nosotros observemos el experimento desde una distancia segura --La frase de Nicolas no es una pregunta.

--Exacto --admite la IA--. Preparamos una breve lista de tales

ubicaciones, con la esperanza de que aparecieran observadores calificados antes de efectuar el primer disparo.

Me encargo de las respuestas.

–¿Qué medidas habéis tomado para asegurar que no se repetirá el problema de la subida de tensión de la fase uno?

La IA me da una respuesta extremadamente larga, que en definitiva se reduce a una frase que se parece mucho a decir: «Tenemos mucha esperanza y nuestros corazones son puros, de modo que no puede haber problemas».

Nicolas y yo ni siquiera nos molestamos en mirarnos.

–Como agente operativo de alto rango de la Unión Tecnocrática y por la autoridad especial que me confiere el Proyecto Ragnarok --le digo--, ordeno la inmediata interrupción de los preparativos para la fase dos y su suspensión por tiempo indefinido, hasta que se realice una evaluación por parte de un comité de examinadores competentes, constituido bajo los Protocolos de Validación Externa. Confirma y transmite. --Añado el trío de códigos que se requiere para fundamentar todo eso.

–Negativo --dice la IA, y ahora la demora en responder, pensada para infundir confianza social, ha desaparecido--. Usted carece de autoridad para ordenar tal acción y no puedo obtener una confirmación secundaria de su rango. Será tratado como un operativo no fiable. Si intenta interferir con la fase dos será reprimido con toda la fuerza que las unidades afectadas estimen necesario. Eso es todo. --Entonces el jeep da media vuelta y se aleja.

Ahora Nicolas y yo nos miramos fijamente, y luego a las ruinas y a la nube de polvo que deja el jeep tras de sí, y de nuevo el uno al otro.

–Creo que debemos hacer algo al respecto --digo, y él asiente.

–Puedo correr a campo traviesa --señala Nicolas--. Recibo una señal emitida por esa unidad y puedo escanearla mientras avanzo. Tú prepara el furgón para recibir mis transmisiones. Identifiquemos a esas cosas y veamos cómo podemos detenerlas. --Apenas me ve asentir, pega un salto y sale corriendo a lo que deben ser, al menos, unos cuarenta kilómetros por hora, brincando sobre los obstáculos con sorprendente y flexible facilidad. Los segmentos plateados de sus pies brillan bajo el sol del desierto, recordándome de qué se trata todo esto. El mundo merece la oportunidad de ser tan hermosamente glorioso, aunque para ello se requiera del enorme esfuerzo de un lisiado tan feo como yo.

Cuanto más desordenado se torna el universo, más me esfuerzo por mantener mi propia coherencia local. La mismísima fuerza con la que me fundí cuando dejé mi cuerpo y entré en el reino que está más allá del tiempo está cambiando de manera imprevisible. Se siente menos ella misma y más un componente integral de otra cosa, de modo que cualquier esfuerzo por nutrirme específicamente del poder de la conexión transnormal y la causalidad o identidad no locales se enreda con todo lo demás: el alma, la materia, la esencia de la magia en bruto y todo el resto. Soy repetidamente expulsado de esa precaria unión y devuelto a un solo yo, durante segundos e incluso minutos cada vez.

En esos momentos de transición, en el instante exacto en que entro o salgo de la unión con el poder al cual servía, soy agudamente consciente de la presencia de diversas figuras que he encontrado a lo largo mi «vida» aquí, donde habitan los símbolos. Varias veces (¡y qué extraño es que «varias veces» vuelva a ser una descripción completamente significativa!), tengo visiones de la tríada que encontré antes de enterarme del inminente Juicio. Recuerdo que obtuvieron avatares adicionales y que gastaron esos avatares para retener la vida, y me pregunto qué más tendrá reservado el destino para ellos. Están otra vez separados físicamente, pero siento que aún tienen un futuro juntos.

Las estaciones ya no son fiables, pero parece ser a comienzos del otoño cuando, en el transcurso de cuatro días, se queman todas las fábricas alejadas de los centros urbanos. Alguien o algo provocó los incendios, pero los investigadores locales no tienen pistas. Los rumores culpan a las armas orbitales, a incendiarios inhumanos que tramaban apoderarse del mundo y exterminar a la humanidad, a la CIA y a otros objetos de la obsesión fetichista. Un día después del inicio del último incendio, un súbito torrente de calor y lluvia maloliente los

extingue. Un día después, las criaturas de sombras comienzan a rapiñar al pueblo bajo mi cuidado.

Son, a juzgar por los relatos de los sobrevivientes de mi clínica, muy parecidos al fantasma hambriento que me acechaba en el inframundo. Por cierto, primero pienso que es ese mismo fantasma. Puede ser, pero no es solo él. Hay al menos tres bestias sombrías, y posiblemente dos o tres veces más. No hablan y demuestran poseer muy poco sentido de la estrategia. Son atraídas hacia los seres vivientes, a quienes atrapan y succionan hasta dejar secos. Una vez que se han alimentado, se vuelven torpes y se retiran a un rincón oscuro, y esa es la única razón por la que quedan algunos sobrevivientes en las cercanías de sus ataques.

El segundo día del reinado de terror de esas criaturas, decido que debo hacer algo al respecto. Si bien mis ancestros ya no pueden responder a mis oraciones e invocaciones, hay ritos de protección que dependen de los elementos, y aunque el mundo se esté tornando cada vez más desordenado, aún no lo está tanto. Después de una tarde de meditación, logro recubrirme con el vigor del fuego, la pureza del metal, la sabiduría del agua, la firmeza de la tierra y la resistencia de la madera. Nada de eso es visible, por supuesto, para decepción del joven médico residente que me ayuda a efectuar los ritos y que quería verme convertida en una especie de efecto especial cinematográfico, creo. Carece de la capacidad necesaria para ver los cambios de mi aura.

Decido comenzar mi búsqueda en una hilera de depósitos abandonados que corre paralela a las vías de ferrocarril más antiguas del distrito. Todavía no se han producido ataques en esa zona, pero parece un área bastante lógica para ese tipo de cosas. Camino lentamente y dando tumbos, para que cualquiera que pueda estar por aquí tenga tiempo de oírme y olfatearme mientras me muevo entre las sombras. El fuego de mi alma ilumina el significado interior de las paredes de los depósitos, permitiéndome escoger el trayecto sin perder la oscuridad física.

El crepúsculo da paso al anochecer; algo se revuelve en algún sitio delante de mí. Me quedo quieta. Ya es hora de que vengan a buscarme, cosa que, por cierto, hacen. Las criaturas parecen sombras condensadas y comprendo por qué mis pobres pacientes les tenían tanto miedo. A pesar de toda mi experiencia con seres de las tinieblas y la oscuridad, me intimidan. Son depredadores del reino yin que no tienen el menor derecho a entrometerse con el mundo vivo, una clara

indicación de lo mal mantenidas que se encuentran las definiciones del mundo ahora que se acerca el fin. «Venid a mí, entonces», les digo. Hay seis, flotando en círculos y uno a través del otro, diseminándose gradualmente para rodearme por todos los flancos.

No soy una guerrera. Pero uno de los secretos del poder es que no hay por qué pelear bajo las condiciones o con los medios que prefiera el enemigo. Ciertamente, el arte de la guerra implica, en gran medida, modificar los términos del conflicto para nuestra conveniencia. Por lo tanto, con mis fortificadas afinidades elementales, extraigo fuego de las líneas eléctricas, agua de los regadores de incendio de los almacenes subterráneos en desuso, madera de la maleza que crece en las grietas del suelo donde me apoyo. El depósito en sí ofrece metal y tierra bien fuertes, creo, de modo que no necesito molestarme en reforzar esos elementos. Las criaturas sombrías de pronto se percatan de un poder cegador, ardiente, apabullante, que los rodea como un remolino. No emiten sonidos físicos, pero en el reino de los espíritus sus chillidos son tan fuertes que casi me dejan sorda.

Remuevo el aire con las manos, guiando el poder que he liberado. Lo más importante es el círculo interior que me protege. Las criaturas sombrías arremeten contra mí, pero no logran más que arañarme, y pronto ni siquiera pueden acercarse lo suficiente para hacer tal cosa, hasta que se juntan para unificar sus fuerzas. Más atrás está el peligro que aún no han comprendido del todo: un círculo exterior que se contrae, manteniéndolos en su lugar mientras succiona su energía. No piensan en él porque sus mentes simples ahora se concentran en atacarme a mí. Se funden en tres criaturas, luego en dos, luego en una, y entonces consiguen asestar algunos golpes que atraviesan mis defensas. Mi brazo derecho se adormece a la altura del hombro y siento que me chorrea sangre dentro de la manga, por debajo del codo. Un fuerte golpe, como un martillazo, me acierta en la nuca y casi me deja sin sentido. La criatura unificada continúa el ataque con un torrente de pinchazos como de cuchillo, algunos de los cuales pasan peligrosamente cerca de mi espina dorsal antes de que logre despabilarme y levantar nuevamente mis defensas.

Por un tiempo, nos empujamos mutuamente por toda la pista de duelo que hemos escogido. Cuánto tiempo transcurre, no lo sé; ni siquiera estoy segura de que esa pregunta signifique demasiado en las actuales circunstancias. La bestia combinada me inflige severas heridas dos veces más. Una vez, casi logro despedazarla cuando una correcta yuxtaposición de cables y plomería me permite reforzar el

torrente elemental. Aparte de eso, cada uno de nosotros gana un poco, pierde un poco, y así sucesivamente. No obstante, la criatura sigue sin percatarse de la amenaza de mi círculo exterior de energía.

Al fin estoy lista. Describo un giro con las manos, en dirección opuesta a como las he estado moviendo desde que comenzó la batalla. Mi círculo interior se dispara hacia afuera, empujando a la criatura unificada hacia atrás, atrás, atrás, contra el círculo exterior. En mi alma, el grito de dolor se oye muchísimo más que los anteriores, y sé que posiblemente me desmaye en pocos segundos. La criatura se subdivide para poder volar con más facilidad, pero los poderes elementales se funden con las entidades individuales hasta volver a juntarlas en una sola apenas logran separarse. Finalmente, la cosa tiene una sola opción, que es la que elige. Se repliega del mundo vivo y regresa al reino yin. Antes de marcharse, se las ingenia para formar una sola palabra con la brisa pasajera:

–Venganza...

Entonces me desplomo y no me recupero hasta una hora después, en la clínica.

Hablamos y caminamos. A cada día que pasa, María parece pertenecer más al mundo espiritual y yo se lo explico mientras avanzamos. Sigue siendo esencialmente escéptica (desgraciadamente, mezcla los monoteísmos de su cultura con la mala interpretación de algunos de mis argumentos), pero tiene una refrescante apertura mental para aceptar las evidencias. Eso es más difícil de encontrar de lo que parece y hago especial énfasis en hacérselo notar.

No demuestra afinidad con ninguna clase de tótem. Durante tres noches seguidas, nos embarcamos en una búsqueda sencilla de un espíritu que pueda actuar como su tótem, pero no ocurre nada. Bueno, no es completamente cierto. No hallamos ningún tótem para ella, pero sí encontramos un mundo espiritual en creciente desorden. La fragmentación de las cosas continúa, pero ahora descubro que se compensa, no tanto con la persistencia de las identidades existentes, sino con fusiones e híbridos. Hay muchos espíritus que parecen

creaciones del folklore y la mitología: las patas delanteras de uno, la cabeza de aquel, el rabo del otro. El idioma unificado de los espíritus también se está fragmentando, al tiempo que nuevos dialectos aparecen y desaparecen como relámpagos en medio de esta tormenta cósmica; sin poder contar con eso, mis rituales de instrucción y vínculo resultan menos fiables. María no sabe de todo esto, pero percibe mi progresiva inquietud y tomamos la decisión casi mutua de abandonar la idea de la búsqueda visionaria para ella, al menos por ahora.

También reunimos acólitos. Es algo que me asombra. Nunca me consideré un maestro especialmente bueno y, por cierto, sigo pensando lo mismo. Pero comienzan a aparecer adolescentes y jóvenes de ambos sexos (los mayores tienen unos años menos que yo), todos muy conmocionados por las cosas que vieron cuando estaban solos. Oyen nuestra conversación y comienzan a seguirnos, sin hablar pero escuchando con mucha atención. La mayoría carece de identificación; basándome en unas cuantas carteras y documentos de identidad que logro examinar, descubro que aproximadamente la mitad de los que se nos acercan son lugareños, la otra mitad son forasteros como yo, y el resto está viajando a pie a través de los campos. La Basura trata de ayudarme, diciéndome:

–Están congelados por debajo de la piel. Se descongelan cuando tú dices cosas cálidas.

Para ser honesto, en realidad no deseo tener responsabilidades. Deseo tener mi propia alma en orden y enfrentar mi fin con toda la elegancia que pueda, lo más tarde posible que pueda mientras el universo esté vivo. Si el tiempo no estuviera acabándose, estaría estudiando métodos de reencarnación y supervivencia del alma. Sin esperanzas de hacer ese trabajo, rezo y medito mucho, a menudo retrotrayéndome a las clases de catequesis de mi niñez, como también a mi entrenamiento con Xoca y los demás. Me molesta la presencia de María y mucho más la de esos jóvenes silenciosos y desventurados. Pero no me corresponde apartarlos de mi lado. Todo lo que me ha ocurrido desde que mi alma superior Despertó por primera vez me ha traído hasta aquí: soy el sanador de sus heridas, su protector en medio del páramo espiritual, el que interpreta el destino y fortalece el alma para responder a lo que este depare. Abandonar a mis compañeros de viaje sería como abandonarme a mí mismo, y eso es precisamente lo que estoy intentando no hacer.

Para colmo, percibo que se avecina un ataque. Ahora todo se agita, formando muchas sombras, como María y al menos algunos de

los demás lo saben bien, y por lo general seguimos adelante y dejamos que todo lo que se agita quede donde está. Pero hay algo que nos está siguiendo, deslizándose en los lugares oscuros noche tras noche, vigilando y estudiándonos. Me gustaría convencerme de que está aquí por María o los otros, pero no puedo permitirme el lujo de engañarme. Me está acechando a mí, por motivos que ni siquiera soy capaz de imaginar.

Mis propios sueños no son nada digno de desatacar; es decir, están plagados de pequeños presagios, ecos de mis vidas pasadas y demás, pero no más de lo que siempre fue habitual en mí. La Basura, por otro lado, está soñando sueños que sacuden todo su ser. Mientras duerme, adopta nuevas formas, a veces convirtiéndose en líquidos o vapores que fluyen por cámaras hechas con otras partes de su ser o con desechos del entorno inmediato. Al despertar no recuerda nada, o al menos no puede describir nada que me sea útil, de modo que tengo que observar e interpretar por mi cuenta. María también observa, pero no tiene experiencia evaluando sueños, a no ser basándose en los cánones de la psicoterapia, y es evidente que no tiene mucho sentido tratar a una pila de basura animada según los parámetros de la Europa del siglo XIX o de los EE.UU. del siglo XX.

A medida que nos acercamos al hospital, detecto cada vez más intrusiones del mundo espiritual en el paisaje físico. En particular, veo signos del paisaje que visité con Xoca cuando hice mi propia búsqueda visionaria del tótem. Me preocupa, porque era un sitio peligroso: un basurero infinito, donde caían refrigeradores del cielo y el sol chorreaba sangre mientras describía su ciclo en días que duraban pocos minutos cada uno. Recuerdo vívidamente a Xoca mirando el paisaje, después de haberme explicado que la búsqueda visionaria conducía a lugares que revelaban verdades importantes acerca del buscador, y diciéndome: «Tú cabeza es un follón, ¿no?».

Lo era. En ciertas maneras aún lo es, pero mucho menos. El trabajo de curación que la comunidad hizo surgir en mí me llevó a establecer a una relación más sana con el mundo que contiene a esa comunidad. No quiero perder eso ahora y, con toda sinceridad, no quiero poner en peligro a la gente que estoy tratando de cuidar.

Algunos espíritus locales se acuerdan de mí y me llaman para saludarme. Hablamos tranquilamente y hago lo que puedo para confortarlos. Son más conscientes del inminente final de lo que parecen serlo las cosas materiales y tienen menos oportunidades de caer en el autoengaño y la negación. Muchos de ellos solo quieren

contarme sus historias, buscando un patrón, y quizás también un significado, en el fluir de las experiencias que han tenido hasta ahora, y yo los escucho hasta donde siento que puedo. Le enseño a escuchar a María, y nos pasamos varias tardes sentados uno frente al otro, en medio de un círculo de espíritus que se turnan para contar sus historias y que, al terminar, se alejan para que otros tomen su lugar. Mis mudos seguidores no pueden ver a los espíritus directamente y, en todo caso, carecen del entrenamiento necesario para establecer una interacción provechosa, de modo que se turnan para recorrer el perímetro, manteniendo activos los hechizos de defensa. En cierto momento, algo grande y feo, quizás el espíritu de uno de los primeros dinosaurios, atraviesa corriendo el mundo espiritual y se estrella contra las defensas; en otra oportunidad, cae del cielo algo retorcido y chamuscado. Puede ser un trozo de puente lunar roto o algo así; en cualquier circunstancia, no es un signo auspicioso.

Una noche antes de llegar al hospital psiquiátrico, somos rodeados por un enjambre de fantasmas. Conozco a algunos: son mis ex-compañeros internados, los que murieron en el hospital a lo largo de las décadas. Les presento a María a tantos como puedo y se regodean con la intensidad de sus emociones conflictivas. La entusiasta curiosidad de mi amiga, su magullado escepticismo y su creciente miedo proporcionan sustento a los fantasmas, que después de todo dependen de la renovación de sus propias pasiones para poder sobrevivir aquí. Unos pocos sufren una metamorfosis que nunca antes he visto, fusionándose con alguno de los futuros avatares reencarnados. ¿Fantasmas Despertados? No es posible tal cosa. Antes del comienzo del Apocalipsis, habría pensado que no podía ocurrir algo así y me habría embarcado en una larga explicación del por qué. Aparentemente, ahora esas reglas ya no se aplican y, por lo tanto, algunos avatares buscadores felizmente nos dejan solos para continuar sus viajes de ascensión personal por las rutas de los muertos. Como dice el Principio de la Discordia: «Así, por cierto, ocurren muchas cosas».

Quando era niño, de verdad me encantaban las películas de espías y de acción de todo tipo y, al crecer, nunca perdí el gusto por

ellas. Para mí, uno de los grandes placeres de trabajar en la Unión era que, aunque no pudiera hacer físicamente las cosas más absurdas en persona, podía acercarme a los chicos y chicas que las hacían y colaborar con ellos para crear un mundo donde las piruetas heroicas fuesen algo tan común como los antibióticos efectivos y las pinturas antiadherentes.

Y aquí estoy, un parapléjico de cuarenta y pico, asomado por la ventanilla de un furgón que avanza velozmente a casi ciento cincuenta kilómetros por hora, atrapando trozos de inteligencia artificial desobediente lanzados por mi compañero cyborg. Qué vida, ¿eh?

Nicolas alcanzó el jeep conducido por la IA después de unos treinta minutos de persecución, y yo los alcancé a ambos unos minutos después. Me preocupaba que el jeep decidiera internarse en el campo, donde no tendría manera de alcanzarlo. Pero recordé que cuando uno de esos vehículos centinela llegaba a una velocidad relativamente alta, sus evaluadores de amenaza optaban por permitir que dejara la carretera solo si se presentaban peligros muy extremos en ella. Mi furgón y yo no éramos un peligro extremo. Mientras lo siguiera lo más rápido posible y Nicolas hiciese lo mismo, todo iría bien.

Una vez que llegué al lugar, Nicolas comenzó a tirar de las correas de sujeción y de los instrumentos. Podría haber saltado sobre el jeep y comenzado a trabajar de inmediato, pero entonces la IA habría electrificado todo el chasis, cosa nada agradable para un cyborg. Por lo tanto, antes de hacer cualquier otra cosa era necesario suprimir totalmente, o en su mayor parte, la habilidad de la IA para percibir el mundo exterior. Tal fue el motivo de la cacería a alta velocidad. No estoy seguro de que necesitemos o queramos las piezas para utilizarlas después, pero ¿para qué arriesgarse? Las atrapo con una mano y arrojé los frutos de nuestra labor sobre el asiento del pasajero.

Mientras esto ocurre, también estoy jugueteando con el rastreador multiespectro que armé de camino aquí, utilizando varios sistemas GPS y otros chismes. Apenas establezco las frecuencias que está utilizando el jeep, puedo buscar la actividad relacionada. Resulta que hay seis fuentes de tráfico encriptado fijas y dos en movimiento en las mismas frecuencias, que envuelven hermosamente el centro de Roswell. Si sucede algo parecido a lo que ocurrió en la base de investigación, morirá al menos la mitad de la población que quede en la ciudad. Y, por supuesto, las cosas siempre pueden empeorar: un

agujero negro, digamos, moviéndose desde aquí hasta el centro de la Tierra (o viceversa, en realidad). No sería muy divertido quedar atrapado allí, de modo que continúo intentando ser el mejor segundón de película de acción que puedo.

Ya estamos traspasando los límites de la ciudad de Roswell cuando Nicolas logra soltar completamente la unidad IA. Me mira y me hace gestos de que empuje. Sí, veo el problema. Le hago otro gesto y me preparo para la maniobra necesaria.

¿Cómo lo logramos, en todo caso? No soy lo que llamaríais una buena persona. Pienso que tengo un concepto noble de la humanidad en general, pero al mismo tiempo no albergo más que un profundo desprecio por casi todos los individuos que conforman esa generalidad. Abusar de la confianza de otros me parece una nimiedad y me cuesta mucho respetar a los demás, si es que los respeto. No les debo nada a esos cabrones del pueblo... aunque, bueno, sí, les debo algo. No puedo explicarlo. ¿Será otra vez esa empatía largamente dormida, largamente suprimida? Me daría muchísima rabia descubrir que estoy haciendo todo esto solamente a causa de una neurosis de guerra neurolingüística, por así decirlo, resultado de demasiada telepatía carente del control adecuado. Pero la sensación sigue allí y sigue exigiéndome que actúe.

Maniobro y enfilo directamente contra el jeep.

El impacto es terrible. El jeep se lleva la peor parte, vuelca y se sale de la carretera para caer en un barranco rocoso y estrecho que presumiblemente sirve para contener las inundaciones de la estación húmeda. Cuando golpea el fondo, explota... probablemente a causa de las baterías y los equipos asociados con la IA y no del propio jeep, ya que usualmente es mucho más difícil hacer explotar un vehículo de lo que se pensaría viendo la TV. Apenas tengo tiempo de ver que se apagan las señales de comunicación entre las unidades de Roswell y saber que la ciudad se ha salvado, antes de caer en el barranco yo también.

Un humo negro se eleva desde el lugar del accidente: una masa de color negro sólido, completamente no reflectante y con forma burdamente humana. El furgón atraviesa esa oscuridad dando tumbos y se estrella contra el suelo, cerca del jeep, con un tremendo temblor; los cristales se rompen y el vehículo rebota, pero no explota. Tengo algo clavado en mi pierna inútil y me duele respirar. También tengo varios dientes rotos.

La oscuridad humanoide entra flotando por conductos de

ventilación y se solidifica, tomando la forma de una persona que se ubica en el retorcido asiento del pasajero sin pedir permiso.

--¡Vete! --le grito, ignorando el agudo dolor de lo que debe ser una costilla rota.

Produce un peculiar sonido de tos.

--Vengo por ti, Ming Xian.

--¡Oh, vete al carajo! --le grito--. ¡Yo no soy ella! ¡Ella es una maldita alucinación que tuve en Marte! ¡Eres el horror cósmico más patético que he conocido!

--Tienes el alma de ella --dice la extraña voz--. Tienes el alma de ella y por lo tanto eres ella.

--¡No soy ella, pedazo de mierda! Soy yo, no existen las almas y tú eres un aborto de la naturaleza ocupando un lugar que podría estar usando yo! ¡Así que vete al carajo!

--Te ha llegado el día del Juicio, Ming Xian. No sobrevivirás para ver el fin de todas las cosas y no hay lugar para ti en la Ascensión.

Localizo una cámara fotográfica entre los desperdicios de la parte de atrás del furgón y la cojo. Descargo una docena de *flashes* en rápida sucesión, esperando que la luz lo obligue a hacer algo más que solo dar un respingo y chillar. Desgraciadamente, eso es lo único que hace... ¿y quién necesita escuchar chillar a una sombra más de una vez? Pero se queda aquí dentro, a pesar de que su capa exterior está hirviendo. Finalmente, le surge una nueva voz:

--Eso duele. No debes hacerlo de nuevo.

--Haré lo que me dé la puta gana. Ahora vete. Vete a asustar a los de Marte o busca la Tumba del Conspirador Desconocido, me importa un bledo. Este furgón es mío. No soy tu objetivo y no eres tú el que paga la gasolina, así que lárgate. --Oigo a Nicolas llamándome desde arriba, pero obviamente está decidido a esperar antes de tratar de ayudarme. No puedo culparlo: yo haría lo mismo. ¿Ya os he dicho que no soy una buena persona?

La sombra se retuerce un rato y luego se marcha. Esa es la parte buena. La parte mala es que cada porción individual de sombra que hay en el furgón se va con ella, incluidas las sombras que proyectan los objetos sólidos. El furgón y yo somos destrozados por una versión estúpidamente arcana de esa explosión que creí haber evitado. Por cosas del destino, mi cabeza sale disparada casi directamente hacia arriba y vuela en libertad. Veo el brillo de la estrella polar alejándose. Y volviéndose más rojo. Y expandiéndose. Lo último que veo es la Estrella Roja tragándose a la estrella polar para mirarme por última

vez. Maldita sea hasta la última partícula subatómica y célula de Planck de este inmundo universo de mierda. Odio morirme mirando a esa estúpida metáfora a la que se le ha concedido una existencia melodramática.

En realidad, tiene sentido.

El primer refrigerador cae del cielo ahora, mientras entramos en los terrenos del hospital. Supongo que no me sorprende mucho. Lo que sea que nos ha estado siguiendo desde las sombras esta volviéndose más audaz, en parte por el debilitamiento de la diferenciación entre espíritu y cuerpo con que debemos lidiar. Los enjambres de avatares buscadores de cuerpos no son visibles para los mudos jóvenes a mi cargo, pero puedo afirmar que todos mis pseudoacólitos saben que algo los está embrujando. Lanzan preocupadas miradas a todos lados y demasiados de ellos se dedican a beber y a drogarse usando sustancias arrebatadas de los comercios abandonados a lo largo del camino; honestamente, no puedo culparlos por hacerlo. Debe ser enloquecedor sentir que algo quiere reemplazar tu alma con la suya. Hasta el más firme materialista, el que nunca creyó que sus pensamientos fuesen algo más que un proceso químico, es capaz de reconocer a semejante intruso cuando se acerca. Todo esto provoca, en suma, una gran inquietud; mi propia incomodidad actúa como un faro por mérito propio. Y ahora, invadiendo súbitamente el mundo material, aparece un grupo de espíritus mal resueltos que han optado por ser un refrigerador. Aterrizan en el techo del garaje del hospital, oscila y cae al sendero de acceso. No logro ver qué alimentos se derraman, pero hay algo. Presumo que cuando nos acerquemos sentiremos el hedor.

--María --digo en voz baja--, creo que no nos queda mucho tiempo. Estas son cosas que yo atraigo. Me parece que aún subyace algún orden y tengo esperanzas de que si yo muero mejorará la situación. Pero tú tendrás que quedarte al cargo.

--¿Los refrigeradores que caen tienen algo que ver contigo? --Se ríe--. Puede ser lo más egoísta que has dicho... --Advierte que no estoy bromeando--. Está bien. ¿Esperas que algo te aplaste?

--No lo creo --digo, mientras señalo los arbustos donde noté por última vez la presencia del perseguidor de las sombras--. Que me devore, más probablemente. Si algo viene a buscarme, retrocede un poco, para que no crea que tú y yo estamos demasiado vinculados, ¿está bien?

Asiente.

--Esto es muy desagradable.

--Así es, por cierto --coincido--. Esta no es la vida que había elegido para ti y para los otros. Espero que puedas hacerlos hablar... creo que les haría bien compartir sus experiencias. Pero todos necesitaréis mucho coraje y dignidad, y ojalá pudiera hacer algo para facilitaros las cosas. --Oigo un susurro y la obligo a retroceder--. Demasiado pronto. Lo lamento.

De entre los arbustos, se lanza una cosa hecha de oscuridad pura, extraordinaria. He visto la noche sin estrellas. He estado con los ojos vendados en una cueva. Esto es más negro, una maldición de la que hasta la luz escapa. Sus contornos son vagamente humanos, con miembros enormes de los que brotan apéndices que no puedo percibir claramente. La silueta es confusa y cambia constantemente, y tratar de estimar su velocidad y tamaño es una tarea imposible. Estará aquí cuando esté aquí.

Habla con una voz formada por vientos canalizados, profunda y algo ronca.

--He venido por ti, Ming Xian.

¿Qué *demonios*? Me lleva un momento recordar que Ming era la mujer china que conocí en Doissetep, el miembro de mayor edad de nuestro pequeño grupo. No he pensado mucho en ella últimamente, a pesar de ser consciente de que nuestro vínculo continúa existiendo en estado latente y que podría activarse de nuevo. Honestamente, no esperaba que tuviera importancia. En cuanto se me ocurre esa idea, distingo las muy tenues trazas plateadas del vínculo astral y veo que el merodeador de las sombras no las percibe. Esa criatura no es algo originado por nuestra conexión, y al menos por eso me siento agradecido. Me gustaría saber qué diablos es, por supuesto.

El otro día le expliqué a María que el lenguaje de las presunciones religiosas y culturales preponderantes a menudo servían a los propósitos más esotéricos de los chamanes. Ahora podré darle una clase práctica de ese principio.

--¡Márchate! ¡Transgredes el orden del mundo y en estas horas próximas al Juicio debes arrepentirte de tus pecados! --Aprendí todo

ese falso exorcismo católico hace años y me sigue dando resultados. Debe ser una combinación de tono y ecos de los verdaderos rituales. La cosa vacila y retrocede...

Y entonces se escucha el sonido más estruendoso que jamás he oído. No tiene punto de comparación con nada. Pensad en todas las paredes que habéis visto en la vida derrumbándose al mismo tiempo. Es algo así, solo que más fuerte. No hay daños físicos. Lo que ha caído es el muro que separa el mundo material de los reinos espirituales. Lo primero en pasar al otro lado es la Basura. Forma una pila en la espalda, ahora encorvada, de la criatura de sombra y luego se incendia con una única llama de color dorado puro. En segundos, la sombra queda convertida en polvo seco... no ha podido resistir una fuerza mágica similar al *napalm* o a una explosión de combustible, y la Basura se preocupó por dar forma a todas sus partes más útiles con mucho cuidado.

Cuando la criatura de sombra desaparece, miro a la Basura, que está muy quemada. Me acerco y la abrazo.

--Gracias --digo.

Advierto que la Basura está herida de muerte. Esta disolviéndose en el aire, elemento por elemento. Pero sonrío y río.

--¡La carne es divertida! ¡Me gusta caminar de aquí para allá igual que tú, ser carne igual que tú! Además, ahora no hay más ahora.

--Con eso desaparece, e igualmente todo lo demás. Espero que a María y los otros les quede un poco más de existencia material por delante, que este sea el fin para mí, pero todavía no para todo el mundo que estoy dejando atrás.

Ahora no hay más ahora.

Es un buen resumen. Había; no hay. Solo perdura el Juicio, tal vez.

Hay éxitos en las tragedias. No soy testigo de la ascensión de ningún alma al seno del Emperador Celestial, pero sí veo algunas almas libres que se reúnen en sus propios palacios de la memoria y en otros sitios de los reinos donde los espíritus esperan el Juicio Final. Además, aquí en la Tierra, el distrito noroeste de Urumqi comienza a

prosperar y florecer, para sorpresa de casi todos.

Mis compatriotas chinos tienden a estereotipar a los nativos de Uygur, diciendo que son muy buenos militares y a la vez muy haraganes e indolentes. Eso no es cierto. Lo único que siempre han necesitado es orientación, y yo puedo dársela, recordándoles sus propias tradiciones acerca del hermoso orden y exhortándolos a comprender que el actual buen vivir bendice a todos los que colaboran para hacer posible el bienestar del grupo, y hablándoles de la autosuficiencia como paso clave hacia la independencia. Puede que se pregunten por qué, aparentemente, predico en contra de mis propios intereses como funcionaria del gobierno chino, pero me prestan atención.

Y, con toda seguridad, la prédica rinde sus frutos.

El seco viento del otoño llega inusualmente pronto este año. Creo que las estaciones se apresuran a expresarse, esperando al menos pasar una última vez sobre el mundo y sus maravillas. Todos los años, esos vientos traen sequías y el riesgo de incendios, tanto en la ciudad como en los campos, debido a la irrigación insuficiente y a la ausencia de rompevientos efectivos. Este año, los jardines de nuestro distrito están preparados para ellos. Dos herreros idearon un ingenioso plan que convierte a media docena de pinos transplantados en algo cercano a un molino natural, removiendo y refrescando la brisa y haciendo que el calor irradie hacia fuera. Las calles están limpias, por lo que hay poca basura que desparramar. Las cisternas están recién limpias y pintadas y todos saben que tenemos suficiente reserva de agua en su debido lugar. Prosperamos.

Surgen imitadores en todas partes, en la ciudad y en los campos circundantes, y con gusto los aconsejo a todos lo mejor que puedo. Me gano la reputación de ser la Mujer China Que Tiene Las Respuestas, algo que no siempre complace a mis compañeros Han. Algunos dicen que me he vuelto una nativa, o simplemente loca. Pero la calidad del trabajo de mi distrito es una poderosa refutación: una persona de voluntad débil, perezosa, no podría lograr todo esto. Los resultados casi siempre hablan por sí mismos y esta no es una excepción.

Rara vez hablo con mis vecinos y compañeros de trabajo sobre la creciente locura que se desarrolla más allá. Es difícil encontrarles sentido a las historias, para ser honesta. ¿Zombis? ¿Un demonio que se proclama rey del mundo? ¿Campos de hongos hambrientos de sangre humana? No se llega a nada con eso. Me obligo a recordar que cada cosa extraña que surge es otra señal del agotamiento del

mundo, cada vez más acelerado.

Cuando la luna comienza a completar un ciclo entero por día, hasta los granjeros más incultos lo advierten, pero también toman nota de mi respuesta: Todas las Cosas Bajo el Cielo están en cada uno de los que viven bajo el Cielo. Es bueno que recemos por los demás en sus momentos de tribulación, pero nuestra responsabilidad esta aquí. Incluso en tu propio campo, que también está lleno de maravillas y terrores. Por supuesto, no es fácil para ninguno de nosotros ignorar tales cosas. Tenemos amigos y parientes allá lejos, y esa curiosidad de mayor o menor intensidad que es una de las cualidades que definen a la humanidad. Anhelamos poder ayudar, y por eso pongo énfasis en transmitirles el mensaje de que su decisión de quedarse aquí y trabajar *está* contribuyendo, de manera muy directa, al fortalecimiento de la lealtad al Camino en toda su virtud. Nuestro trabajo aquí está directamente emparentado con sus contrapartes de otros sitios.

El buen trabajo solo llega hasta ahí, claro. Parece que el fin del mundo está organizado de tal manera que promueve la meditación, ya que nuestras herramientas y la coherencia del mundo se pierden mucho antes de que cese nuestra existencia. Primero se rompen las máquinas complejas, disolviéndose en una niebla generalizada que se hace cada día más espesa. El suelo mismo se vuelve blando y algunos de nosotros se pierden hundiéndose en él. Al mismo tiempo, las cosas comienzan a fundirse. Primero lo observo en una camada de gatitos que gustaban de merodear en nuestros jardines, cazando alimañas. En efecto, los veo disolverse en la niebla y emerger como un solo gatito. Luego, lo veo ocurrir con una hilera de caballos de tiro. En otra oportunidad, paso todo el día tratando a unas aterradas prostitutas que encontraron a todos sus clientes fundidos en un solo hombre.

Cuando despierto y descubro que mis pies se han fundido, decido que ha llegado la hora de emular al sabio taoísta que navegó sobre su propia espalda por los mares y ríos interiores, admirando los Cielos desde abajo. Sin un solo sonido, el techo de mi casita se disuelve y me permite hacer exactamente eso: el paisaje se está volviendo cada vez más sensible a mis deseos. A la distancia, oigo campanadas. Antes de que la disolución también se apodere de mí, mi último pensamiento es que, a pesar de tener tanto en contra, logré construir una pequeña zona de virtud con todo éxito. Que el Cielo se complazca con mi ofrenda.

Este es el fin.

CUARTA PARTE:
PROYECCIÓN
(Transmutación de metales básicos en oro)

[«Soy todas estas cosas... y no soy ninguna. Todo sendero se colma de traición y de blasfemia. Dios me envió una señal en los fragmentos de luz. Mi objetivo es solitario... al igual que mi camino. Debo hacer de muchas voces... Una.»
~El sendero frágil: testamentos de la Primera Cábala, «La canción de Bernadette»]

_____ **70** _____
WILLIAM

Todo científico e ingeniero conoce ese momento de epifanía en que los múltiples procesos subconscientes del pensamiento se reúnen para cristalizar un único descubrimiento, que tiene el efecto de hacerlos pensar: «Estaba muy equivocado y he aquí el camino correcto para salir del problema». Para mí, la muerte demuestra ser uno de esos momentos.

En primer lugar, es un poco sorprendente que la muerte sea capaz de demostrar algo. Mi materialismo ateo nunca ha sido tan completo como para negar la posibilidad de alguna supervivencia de la conciencia después de la muerte física, pero he lidiado con suficientes manifestaciones psiónicas para saber que hay una gran diferencia entre las funciones semiautónomas del medio noético y cualquier cosa

que se parezca a una verdadera personalidad. Si uno se golpea la cara contra la pared con la fuerza suficiente, dejará una marca que las generaciones futuras podrán ver, pero no será lo mismo que estar presente para saludarlas. Esto, sin embargo, sin importar qué es lo que estoy experimentando, es precisamente como estar ahí en persona.

Al menos no hay un largo túnel oscuro que me conduzca a mis felices parientes y a una luz blanca. Eso ya sería demasiado. Por el contrario, mi punto de vista permanece exactamente donde estuvo siempre, en mi cabeza. No tengo ninguna sensación física aparte de la vista, o si las tengo no me doy cuenta. Mi punto de vista está quieto, mirando la Estrella Roja. Durante los primeros segundos también logro ver partes de cuerpo y de coche volando hacia todos lados, legado de ese accidente automovilístico terminal, y luego sobreviene la calma. Unos minutos después, Nicolas aparece ante mí, mirándome, y... ¡maldición, qué momento más inoportuno para el sentimentalismo! ¡Me cierra los ojos! Ahora no veo nada, salvo la oscuridad detrás de mis párpados.

Tengo tiempo para pensar en mi último encuentro. La criatura se dirigía a mí como Ming Xian, que era, creo, la mujer china que conocí en Marte (siempre suponiendo que la experiencia haya ocurrido realmente, pero en fin...). Muy bien, puedo inferir con seguridad que estaba rastreando algún residuo al que ambos estuvimos expuestos en Marte; me sorprendería muy poco enterarme de que también haya buscado al otro tío (¿se llamaba Robert?). Y en cuanto a lo que era... podría estar aquí un buen rato, enumerando categorías de entidades conocidas a las que podría pertenecer, suponiendo que se trate de algo que la Unión haya catalogado y estudiado adecuadamente. Los que trabajamos en primera línea del frente sabemos exactamente qué dudosa puede llegar a ser una hipótesis semejante.

Mientras tanto, sigo teniendo este problema de la ininterrumpida conciencia de mí mismo. Lo que vi antes de que Nicolas me cerrara los ojos no sugería la clase de opresión temporal que Ambrose Bierce, hace mucho, popularizó en «Un incidente en el puente de Owl Creek». No es mi cerebro construyendo una historia final para contarse a sí mismo en los últimos segundos de conciencia. Son minutos y horas de pensamiento que se desarrollan en un cerebro que ha sido cercenado del torso. Es sobrecogedor, o lo sería si fuese capaz de tener emociones. Gradualmente, caigo en la cuenta de que realmente existo, a pesar de la pérdida de conexión con mi sistema endocrino y

con el resto de mi cuerpo. Sinceramente espero que esto comience a cobrar sentido muy pronto y, en el ínterin, junto fuerzas para soportar una desagradable conmoción cosmológica.

Cuando era niño, me encantaban los libros del Dr. Seuss. Uno de ellos contenía un cuento sobre unas criaturas para quienes «aquí es demasiado cerca y allá es demasiado lejos» y que, por lo tanto, pasaban todo su tiempo desplazándose velozmente de aquí para allá. La vida del chamán se parece mucho a eso: estamos demasiado cerca del mundo espiritual para sentirnos cómodos aquí, pero somos parte del mundo material de una manera tan cabal que sencillamente no podemos conformarnos estando allá. Es lo mismo con nuestras vidas dentro de los límites del mundo: siempre impulsados a buscar una comunidad y siempre ahuyentados de la misma por las experiencias extraordinarias que se nos conceden (y se nos obliga a tener). A medida que mi cuerpo se desmorona, tengo la sensación... no de regresar a mi hogar, porque no he perdido un hogar en ese sentido, sino de avanzar hacia mi hogar.

Tal como lo espero, mi alma se desplaza hacia el mundo espiritual una última vez. La Celosía que una vez separaba la materia del espíritu ahora no existe, o como mínimo ha quedado hecha trizas, y veo las cosas de manera diferente. Por lo que sé, ningún chamán ha visto jamás la «tormenta de avatares» como otra cosa que un vasto campo de cuchillos afilados, o dientes, o cristales rotos o algún otro símbolo de cosas cortantes. Ahora veo un mar de rostros dentro de ella... hombres y mujeres de todas las edades y razas, sumidos en una tristeza tremenda y desesperada, tal como la he visto solo en aquellos a punto de morir por un motivo que creen innecesario y evitable. Relumbran en mi ojo interior con un poder antiguo. En el mundo material, puedo verlos solamente como una niebla siniestra o unos rostros apenas atisbados. Ahora... la amenaza que representan para los vivos no se ve disminuida. En todo caso, la veo más claramente, al igual que veo las voluntades que están detrás. Pero también veo su sufrimiento y su conocimiento del inminente final. Los compadezco, incluso aunque me rehúse a justificar lo que están haciendo.

A medida que voy dejando atrás la materia, las señales del fin aparecen por todas partes. En la Tierra, la Estrella Roja es una luz brillante pero discreta. Aquí, su fulgor es penetrante. Y a mi alrededor se producen nuevos movimientos en todos lados, como si los semejantes tuviesen apuro por reunirse. Muy pronto los espíritus de los zorros, por ejemplo, serán parte de un solo espíritu Zorro, y presumo que este, a su vez, se fundirá con los otros tótems en la esencia del Animal, y así sucesivamente a lo largo de toda la gran cadena de los seres vivos. Es fascinante verlo, aunque algo desconcertante. Por cierto, es fácil comprender por qué el mundo físico está perdiendo coherencia: las cosas se están desprendiendo del alma, tal como solía decirme Xoca.

(¿Xoca seguirá vivo? ¿Estará esperando que me funda con él y los demás, para convertirnos en una especie de tótem Chamán?)

Hay buenas razones para que los chamanes no seamos muy explícitos cuando hablamos de lo que ocurre con la mayoría de las personas al morir. Ninguna es muy reconfortante. O bien el alma renace rápidamente, transfiriendo su esencia al tiempo que pierde su última personalidad, o bien termina atascada en alguna parte: si está dentro o muy cerca de la Celosía, se convierte en fantasma; si está muy lejos de ella, se vuelve uno más dentro de los infinitos grupos de espíritus errantes. Los rituales funerarios de la mayoría de las culturas son algo así como una anestesia, tanto para los vivos como para los difuntos, que los calma lo suficiente (o que canaliza el dolor hacia salidas lo bastante aceptables) para pasar a la siguiente etapa sin demasiadas quejas. Ahora mismo, sin embargo, me parece que las dos rutas habituales están bastante estropeadas... oigo un creciente clamor de almas que buscan... bueno, cualquier cosa donde anclarse, y me preocupa lo que eso puede implicar.

¿Cuánto va a extenderse este período final? Esa es una de las muchísimas preguntas que no logré hacer en Doissetep. Me pregunto como podré averiguarlo ahora.

Fue arrogante la aseveración de los últimos emperadores Ming y Qing de que no podía haber nada que valiera la pena conocer mas allá

de las fronteras de China, porque el mundo estaba completo desde su nacimiento y cualquier cambio, necesariamente, implicaría una pérdida. Puesto que China era el corazón de las cosas, allí se había perdido menos que en cualquier otro sitio y, por lo tanto, era sencillamente impensable que algo que pudiera ser deseable se encontrara únicamente en sitios lejanos. En mi caso, tal vez he vivido demasiado cerca del error contrario: sentir que cualquier cosa de valor debía estar perdida, oculta, separada y lejos. He pasado gran parte de mi vida buscando esas verdades sepultadas, y he cavado a través de innumerable cantidades de escoria y desperdicios y también de duras vetas ricas en culturas que merecerían regresar al mundo. Ahora emergo en este nuevo reino y me posee la repentina sensación de que no hay secretos.

El trono del emperador estaba en el extremo norte de la sala del trono, mirando al sur, porque al norte se orienta el Cielo y al sur se orienta la Tierra. Desde ese punto aventajado, el más cercano al Cielo para los mortales, el emperador veía todo el mundo. No era una simple superstición: cuando los ritos se hacían de la manera apropiada, era cierto que el emperador podía ver mucho. Pienso en eso ahora, al tiempo que mi alma se libera del caos en que se convirtió mi cuerpo, porque advierto que hay una corriente de aire que sopla hacia el norte. Debajo de mí, se extiende el mundo, redondo solo en términos geográficos. Su significado se despliega ante mí sin tapujos, con sus densos signos y afanosos movimientos a la espera de que yo los comprenda.

Poco después de dar forma a ese pensamiento, sin embargo, me obligo a recordar que el peligro no termina con la muerte. Mientras mi espíritu se eleva, también lo hace un trío de formas oscuras. No son como el fantasma hambriento que me persiguió tanto tiempo, sino que parecen las sombras de grandes aves depredadoras lanzadas por cazadores invisibles hacia las arremolinadas nubes de yang que bordean los cielos. A la distancia, describen círculos sin propósito alguno y luego se lanzan hacia mí, acercándose cada vez más rápido. En este sitio mi espíritu está desnudo... en efecto, no tengo ni armadura ni armas... y debo pensar más rápido de lo que vuelan los cazadores.

Y, de la nada, surgiendo de mi propia contemplación, se me ocurre la idea que necesito. Miro al mundo que gira debajo y a la estrella polar que está arriba (ahora casi eclipsada por la Estrella Roja, pero aún logrando brillar pálidamente), trazando la brújula que

necesito para orientarme. Luego aparto la mirada de la estrella polar, dirigiéndola al sur. Aquí, desplazarse hacia el sur también implica desplazarse simbólicamente de una posición de prominencia a otra de subordinación, asumiendo una actitud más genérica. Para los cazadores es más difícil encontrarme aquí: desde su óptica, me encojo y desaparezco, fundiéndome con el remolino que me rodea. Se zambullen en diagonal a través de la bruma, pero ninguno logra acercarse a mí. (Me arrepiento del daño que eso está causando a las fuerzas entre las que me oculto. Debo encontrar una manera de retribuírselo cuando termine este episodio). Con chillidos de frustración, los depredadores dan media vuelta y vuelven a orbitar la zona de la que emergí, quizás esperando que me arriesgue a regresar.

Pero resulta ser que mi retirada tiene su propia lógica. Una vez comenzada mi caída, ya no puedo detenerla. La luz se desvanece conforme me contraigo.

Mientras estudio los movimientos que me rodean, cae la noche. Floto detrás de la Tierra, viendo desaparecer al sol, que proyecta complejas coronas en su momento final... y me pregunto, al menos un poco, si estos serán de verdad sus momentos finales, si alguna vez volveré a verlo asomar. Mientras la noche se hace más profunda, el cielo negro se agita... ese inmenso cuerpo que llena el universo, dentro del cual todas las estrellas y luces menores encuentran su lugar. Las almas humanas titilan como cirios en el planeta debajo de mí, y es un panorama tan hermoso como siempre lo fue. Desde aquí, la agitación del final que se avecina es difícil de ver. Distingo el vértigo del caos y la transformación solo cuando me enfoco en algún punto en particular.

Continúo preguntándome a qué se referían esos viejos magos muertos cuando hablaban del Juicio, y busco pistas en lo que ahora está ocurriendo en todo el universo. Naturalmente, el mago Hermético (Porthos, ¿verdad?) pensaría en términos de simbolismo, como el Tarot. Esas cosas me resultan molestas porque son innecesariamente limitadas, pero las comprendo y no me siento fundamentalmente

amenazado por ellas. En la medida en que exista un verdadero espíritu en ellas, tengo margen para hablarles y trabajar.

Ahora bien, la Corista es otra cuestión. Los de su clase piensan en función de las sentencias absolutas, pasando del terreno de la existencia de Dios (o como ellos quieran definirlo) a cada cosa individual. Cuando Dios ha hablado no hay espacio para la discusión y su entrenamiento los prepara para obedecer a Dios y dar órdenes a todo lo demás. Temo que la posibilidad de esa clase de absolutismo contamine la obra que ahora se despliega, porque un juicio, por encima de todo, debe comenzar por la comprensión. A veces, los Coristas saben escuchar muy bien, pero muy a menudo lo hacen solamente si piensan que el que habla está transmitiendo la palabra de Dios. Están demasiado preparados para esto, en realidad... demasiado ansiosos por privar al mundo de las cosas individuales y fundirse con su imagen del todo.

¿Y el Extático? Podría ser cualquier cosa. A menudo he pensado que el Culto al Éxtasis no es tanto una tradición o un cuerpo cultural, sino más bien un puñado de magos a los que les agrada andar juntos. Y tengo aún menos idea de lo que podría significar la consumación para alguien cuya experiencia del mundo es tan completamente diferente a la mía. En todo caso, mis recientes encuentros con los espíritus invertidos me inspiran aún menos confianza de lograr entender a alguien que se pasa la vida viajando en el tiempo, como lo hacen los maestros Extáticos.

¿Y yo? ¿Qué pienso del juicio, con o sin J mayúscula?. A medida que la noche se espesa (es decir, literalmente: aquí, a la sombra de la Tierra, el poder de las tinieblas se vuelve tangible), me percató de que, honestamente, no estoy muy seguro. A pequeña escala, siempre he pensado en el Juicio, creo, como la fuerza acumulada de las consecuencias morales puestas de manifiesto en las vidas de los individuos y las comunidades. No pienso en él como un final, sino como parte del ciclo de la vida, tan constantemente presente como la respiración y los sueños. La idea de esa misma fuerza actuando en todas las cosas al mismo tiempo me asusta, por encima de todo, y también me confunde. El Juicio, según mi experiencia, forma parte de la preparación para la próxima generación. Pero si no hay una próxima generación, ¿qué puede significar?

Al comienzo no caigo en la cuenta de lo espesa que se está tornando la oscuridad, mientras continúo con mi introspección.

Mientras floto en este aislamiento terminal, trato de encontrarle sentido a todo esto. Rechazo categóricamente las implicaciones de las teorías de esos desquiciados manipuladores de la realidad que se creen magos y, sin embargo, es obvio que mi visión del mundo adolecía de errores más graves de lo que alguna vez sospeché. Recuerdo los debates de los años ochenta y noventa sobre la viabilidad de la consciencia como función de onda estacionaria en el «espacio vacío» (es decir, en el espacio lleno de energía y/o información, no de materia). Mi equipo de trabajo se oponía al concepto, por considerar que, o bien era algo imposible de hallar en la naturaleza, o bien que no merecía la pena buscar, dadas las limitaciones tecnológicas y presupuestarias predominantes. La hipótesis más simple de la que ahora dispongo es que estábamos equivocados y que la conmoción de mi muerte física en circunstancias tan peculiares dio origen a esta consciencia post-mortem.

Me pregunto: si me está ocurriendo a mí (y si no es lo que deduje, será otra cosa), ¿también está ocurriendo con otros? La Unión solía desacreditar las «investigaciones» de los crédulos buscadores de verdades psíquicas, en parte porque los supuestos mensajes de los muertos resultaban patéticamente vacíos. Ahora bien, poseo una voluntad fuerte y estoy entrenado en una amplia variedad de técnicas de enfoque mental, por lo que puedo afirmar que si esto se extiende indefinidamente, me quebraré. Cuando llegue ese momento, las únicas preguntas serán cuándo y en qué circunstancias. Una persona que no contara con la ventaja de mi herencia y mi entrenamiento se quebraría más rápido, y podría, relativamente, tender a quebrarse de un modo estereotipado y terminar hablando como un, digamos... un fantasma balbuceante.

Hay otra posibilidad, y en estas circunstancias sería un tonto en ignorarla. La tecnología para imponer datos sensoriales arbitrarios en un sujeto no me resulta nueva: yo mismo la he usado contra mis enemigos de la Unión y ayudé a refinarla. Todo esto podría ser el resultado del esfuerzo de alguien por convencerme de que estoy muerto o en medio de una crisis psicológica. Debo mantenerme en guardia para detectar cualquier signo que me indique la existencia de

un plan subyacente a esta aparente experiencia.

De pronto advierto que algo se acerca. Hay... bueno, no un sonido que pueda oír. Es como sentir la onda de presión de algo que se mueve velozmente a través de la atmósfera. Aunque me incomoda pensar en el problema bajo estos términos, hay en él un aspecto que es pura gnosis: sencillamente, sé que algo se está aproximando. Dos cosas, en realidad. Se despliegan ante mí y...

LA BODA ALQUÍMICA

Caemos juntos en la espesa oscuridad, ahora solo conscientes de nosotros tres. Cualquier otra cosa que todavía exista en el universo está lejos, y no tenemos puntos de referencia salvo nosotros mismos. Nuestros pensamientos y sentimientos brillan en la oscuridad... no podemos evitar unirnos, buscando algo que nos sostenga en el vacío que, si pudiera, se apoderaría de nosotros.

En las tinieblas, nos intersecamos, mientras continuamos cayendo. No es una colisión, ni es la interpenetración de campos intangibles. Es más parecido a una mezcla de líquidos que a cualquier otra cosa que se nos puede ocurrir, y cada uno sabe lo suficiente como para asociarlo con la alquimia, conforme sentimos que nuestras esencias se deslizan hacia el interior y el entorno de los otros dos. No perdemos nuestras naturalezas individuales y, sin embargo, también hay una presencia que nace de nosotros tres sin ser exactamente ninguno de nosotros tres.

A esta unión yo le aporto mi coraje, mi orgullo y mi razón. Siempre he buscado vivir mi vida de acuerdo con las mejores evidencias disponibles, las más rigurosamente analizadas, e incluso ahora, mientras siento que se me revela todo un bagaje de categorías de existencia insospechadas, sigo siendo un hombre metódico. Soy el ancla que evita que los otros dos se sumerjan en la locura y la credulidad; soy la voz siempre lista para decir «¿Ah, sí?» y «¡Son patrañas!», como respuesta a nuevas reivindicaciones. Aunque nunca me he considerado un conservador, ahora veo que hay una faceta importante y honorablemente conservadora en este modo de vivir. Impongo condicionamientos a lo nuevo, exigiéndole que demuestre su valía antes de admitirlo en mi redil, y es bueno hacer eso.

A esta unión yo apporto mi empatía, mi curiosidad y mi percepción. Siempre he buscado no solamente entender lo que ocurre a mi alrededor, sino también encontrarle un sentido, rellenar los espacios en blanco que nos aíslan a uno del otro. Llamado al Despertar espiritual en medio del terror, siempre me he sentido especialmente responsable de sofocar el poder del miedo y del aislamiento dondequiera que esté. Soy la mano que se extiende, deseosa de tocar y abrazar lo desconocido y evaluar sus propiedades, deseosa de curar las heridas de los demás con habilidad y compasión. No amo lo novedoso de por sí; lo que amo es la comprensión que vincula lo nuevo con lo viejo, convirtiéndolos en algo más grande.

A esta unión yo le apporto mi aceptación de la transformación, mi dominio del ritual y mi aplomo. Siempre he estado dispuesta a examinarme y encontrar signos que me indicaran si debía volverme otra de la que era y conseguir tales cambios a cualquier precio. Pero también he estado dispuesta a descubrir que mi condición era buena y me he conformado. Sé actuar con deferencia con quienes lo merecen y con autoridad con quienes lo necesitan. Soy la marea que a veces invade la playa, cubriendo lo que ha sido con olas de posibilidad, y que a veces retrocede, permitiendo que todas las cosas que viven en la playa y debajo de ella tengan tiempo de vivir sus vidas. Soy el equilibrio entre la estasis y el caos, la capacidad y el deseo de cambiar atemperados por el amor al mundo tal como es, incluyéndome a mí misma y a todas mis diversas fluctuaciones.

No podemos escondernos nada y, por lo tanto, todos reconocemos que sentimos un gran temor. En la oscuridad, la lógica falla, la comunidad falla, el ritual falla. Tratamos de volar, de teletransportarnos, de despertar de un sueño y aparecer en otro sitio. Nada de eso funciona. Los vientos vacíos continúan soplando fuertemente, transportando sonidos que pueden (o no) ser voces distantes distorsionadas mas allá de la comprensión. Como William, sabemos que las profundidades del espacio y el más-que-espacio albergan criaturas hostiles a toda vida tal como la conocemos, y recordamos las horrendas batallas contra esos peligros y las tumbas secretas de los que cayeron en la guerra por los límites del mundo. Como Robert, sabemos que existen los espíritus de todas las pasiones viles, igual que existen los de todas las pasiones buenas e impulsos valiosos, y recordamos a otros chamanes cuyo celo por curar los llevó a ser devorados, por dentro y por fuera, por los merodeadores de las tinieblas. Como Xian, sabemos que el último emperador de Todas las

Cosas Bajo el Cielo es el emperador demonio que personifica toda la maldad y que pone a su servicio todo lo que es indigno.

Pero también descubrimos fortalezas insospechadas dentro de nosotros. La furia de William y la empatía de Robert se combinan, formando una potente base para una perspicacia estratégica, que es comprensiva pero no tolerante. El anhelo de Robert de llegar cada vez más lejos y el dominio de Xian de los movimientos armoniosos se combinan para permitir un desplazamiento de precisión, y con un solo pensamiento sentimos que hemos cesado de caer. Ahora volvemos a elevarnos a través de la negrura, rumbo al resto del mundo, más veloces que el viento que susurra a nuestro alrededor. La experiencia de Xian con los cambios radicales y el urgente deseo de William de escapar de sus limitaciones dan origen a una gran flexibilidad de reacción, permitiéndonos reformular las maneras en que nos movemos por un espacio desconocido. La dedicación de Xian a la armonía y la dedicación de Robert a la curación integran un potente bálsamo para nuestros miedos individuales y colectivos, permitiéndonos ver nuestras fortalezas y esbozar motivos para la esperanza, incluso en medio de todo esto.

Mientras nos elevamos, nos percatamos de las diversas maneras en que constituimos un microcosmos del mundo en sus días finales. Somos masculinos y femeninos, y somos jóvenes, maduros y casi viejos. La niñez y la ancianidad no están incluidas, pero es posible que la unión de esos elementos sea tarea de otros. Nosotros, al menos, cubrimos una buena parte de la vida activa independiente, y son los adultos que toman decisiones los que ahora dan forma al mundo, ya que este carece tanto de oportunidades para las futuras generaciones como de razones para preservar el legado del pasado. También cubrimos todo el espectro de los Despertados: Tecnócrata, Tradicionalista, independiente. (En este punto, tanto William como Robert protestan, pues piensan que la idea de que un solo individuo represente a todos los demás miembros de la Unión o del Consejo es absurda. Xian se ríe por primera vez desde que murió, y les pregunta por qué no objetan también el hecho de estar representando a todo un sexo. Ambos hombres se sienten avergonzados y reflexionan sobre sus respectivos puntos ciegos conceptuales). Finalmente, representamos al espectro completo de personas que no tienen una salud normal, dadas nuestras diversas discapacidades y alteraciones. Esta conciencia no disminuye nuestra respectiva Consciencia de nosotros mismos ni se superpone con ella. Existe a su lado, de una

manera que el lenguaje de los seres solitarios no está diseñado para expresar. Podemos separarnos y, en aras de la experimentación, lo hacemos, y el vínculo que nos une no se debilita. Hay un «nosotros» tan fuerte como el «yo» que nos mantiene enteros.

Hablo con los demás, comparando notas sobre lo que me veo obligado a aceptar que ha sido realmente mi muerte. Me resulta profundamente perturbador aceptar la validez, como así también la mera existencia, de lo que los otros alegremente llaman sobrenatural, pero las alternativas (como, por ejemplo, que se trate de una ilusión) parecen cada vez más inaplicables.

Hay veces en que las discusiones me incomodan, ya que carezco tanto del impulso fanático del ingeniero como del sentido del deber tan importante para el funcionario civil. Mis convicciones son más personales y, a menudo, lo único que puedo hacer es escuchar.

Estos hombres me parecen fascinantes, pero con frecuencia demasiado inclinados a exponer presunciones que los demás deben desafiar. En ocasiones, es agotador tener que ser constantemente la maestra, habiendo tantas cosas que yo tampoco sé.

Gradualmente, nos damos cuenta de que, en función del tiempo terrestre, nuestras muertes no fueron simultáneas como pensamos al principio. Primero murió William, mucho antes del inmenso incendio forestal que se desató en toda esa región. Luego murió Robert, víctima prematura de la fragmentación de la Celosía y la resultante tangibilidad de los puntos de referencia internos. Por último murió Xian, quizás una de las últimas personas que logró mantener una identidad individual. Todos estamos ligados, en parte por el destino, en parte por el poder unificado de... aquí hacemos una pausa. Cada uno de nosotros había considerado que la Estrella Roja era una Némesis y, sin embargo, ha sido lo que nos reunió en primer lugar, preparándonos para el papel que estamos a punto de desempeñar. Todo el terrible trauma que cada uno ha soportado fue una especie de prueba de fuego que nos ha curtido, para que ahora podamos pervivir, unirnos y observar. El Ojo Rojo del Juicio nos ha convertido en ojos y mentes que pueden contemplar su obra. Nos rehusamos a sentir gratitud por lo que hemos vivido, pero por primera vez sentimos una gran esperanza, y también una gran curiosidad, acerca de lo que está por venir.

Para nosotros, el Juicio comienza aquí, aún en la negrura. Tres pares de ojos nos examinan de uno en uno, no distanciados ni desapasionados, sino capaces de una visión general, aunque

personalmente sigamos vinculados con las vidas que hemos vivido. Chamán, científico, hechicera; explorador, escéptico, guardiana; independiente, empleado, jefa. Las tríadas se multiplican en todas direcciones, formando un halo prismático alrededor de las esencias que están debajo. Puedo contemplar mis debilidades: cómo abracé el cambio de sexo impuesto por las Wu Keng, tanto por el deseo de ser exótica como por el deseo de expresar mi verdadera naturaleza interior; cómo usé la carga del aislamiento del chamán como excusa para abandonar todo el esfuerzo que requieren los vínculos sociales mundanos; cómo la furia que me inspiraba mi discapacidad me llevó a acentuar mis diferencias y mi superioridad con respecto a la humanidad en general. Veo orgullo, celos, indolencia e incontables pecados, todos expuestos de tal manera que no puedo negarlos. No sentimos vergüenza, porque ahora ninguno de los tres es un extraño para el otro: es un autoexamen de conciencia, no un juicio que viene de afuera.

Todavía no, al menos.

También veo las fortalezas y virtudes que tendía a pasar por alto y, por encima de todo, veo la manera en que todos mis actos afectaron a los que me rodeaban. No me equivoqué al optar por viajar como sanador en lugar de comprometerme con un solo lugar, porque mi enfoque cosmopolita me permitió completar muchos patrones locales, aunque no haya construido ninguno para mí. Mi trabajo de planificación familiar ayudó a fortalecer la dignidad de los habitantes de Uygur con los que trabajé, y si el mundo hubiese continuado (según puedo apreciar en una visión compleja, aunque fugaz) mi obra, a su debido tiempo, habría sido una hebra en el tapiz de la independencia de ese pueblo. Tuve razón en querer vigilar los muros del mundo y en batallar contra los terrores nocturnos para que las masas pudiesen dormir en paz: una vez más, si el mundo hubiese continuado, habría contribuido al surgimiento de esa humanidad verdaderamente liberada con la que soñábamos mis colegas y yo.

Mientras esta evaluación llega a su fin, nos remontamos fuera de la oscuridad, hacia la Umbra infinita. El paisaje espiritual ha cambiado sustancialmente en el tiempo que nos tomó caer y volver a elevarnos. El mundo donde vivíamos ha desaparecido; cada retazo de materia ha regresado al espíritu de donde surgió. Eso no implica, no obstante, que ya no exista el planeta Tierra. Aun está allí, pero ya no separado del resto del universo por la Celosía. Cualquier cosa que esté allí ahora, lo está porque tenía un significado interior que perdura para

enfrentar al Juicio. Los sentidos físicos ya no importan en esta etapa de existencia, pero hay algo en nuestro sentido de afinidad en rápida expansión que es comparable con ellos. Algunas personas, lugares y cosas parecen estar al alcance de la mano. Aún no podemos explicar siempre (o muy a menudo) por qué, pero sabemos que, a un nivel muy profundo, todas esas son cosas que comparten alguna porción importante de su identidad con nosotros. Quedamos brevemente ciegos por la inundación de nuevas percepciones, conforme dejamos atrás la negrura, pero luego nos ajustamos y nos encontramos en un cielo mucho más rico y profundo que cualquiera que pudiera existir dentro de los confines de la materia.

Cuando era niño, siempre detesté llegar demasiado tarde, después del comienzo de un chiste, del primer acto de una obra, de la primera partida de un juego. Ahora veo, desde mi punto de vista múltiple, que esa fue una forma más que emplearon mis vidas para prepararme para la crónica que estoy haciendo ahora: mi curiosidad de tres vidas me otorga la resolución de seguir mirando, aunque los detalles sean difíciles de seguir. Estoy motivado de maneras que otros no lo estarían. También nos damos cuenta de que estoy hablando alternadamente en singular y plural al pensar en nosotros y de cómo interactúo con el cosmos circundante. Mis vidas no se han difuminado; cada una de ellas sigue siendo vivida y nítida. Pero cuanto más vemos juntos, más nuestra nueva Consciencia compuesta exige el uso del singular para referirse a sí misma. Soy la suma de Xian, William y Robert, pero también somos algo por derecho propio. Todavía no tenemos un nombre para lo que soy, pero vemos que soy algo.

Mi viaje ya casi ha terminado, creo. Ahora paso la mayor parte del tiempo caminando, o el equivalente espiritual de ese acto, paso a paso, por este paisaje final. El poder de Correspondencia al que he servido ya no significa mucho, puesto que no queda nada salvo correspondencias. Aquí no hay nada arbitrario o que no esté relacionado, o sea que decir que me identifico con la Correspondencia es como decir que me identifico con el aire. Sí, claro. Como todo el

mundo.

Muy alto, veo una forma conocida. Sí; al escudriñarla con más atención, veo que es una de las entidades triples que cuidé durante los últimos días del mundo material. Parece estar prosperando (¿Parecen estar prosperando? No tengo idea de qué sujeto es el correcto). La saludo con un breve movimiento de mano y le deseo lo mejor antes de reanudar mi propia marcha.

LA BODA ALQUÍMICA

Les dije a los magos de Doissetep que el modelo de las nueve esferas de las Tradiciones, o el de diez esferas con una ausente, o lo que fuera, nunca me había parecido tan útil. También era cierto. Mi trabajo, en las tres vidas, fue al mismo tiempo más general y más específico que ese modelo, y se fundamentaba en presunciones muy diferentes sobre las divisiones básicas de la realidad. Bueno, son ellos los que ríen últimos, al menos en parte. Las nueve esferas sí reflejaban importantes verdades históricas sobre la diferenciación del poder a partir de la unidad primigenia, hasta llegar a lo que Confucio llamaba las diez mil cosas o todas las cosas bajo el cielo. De uno a dos, a tres y luego a la diferenciación dentro de cada ramificación: así fue como ocurrió, y ahora puedo ver cómo habría avanzado mi trabajo en todas nuestras vidas si hubiésemos prestado más atención a eso. Veo que los tres tenemos una especial afinidad mutua a causa de la fuerza primigenia de la Mente y que, en parte, ahora vemos y analizamos porque el cosmos así lo desea: somos como neuronas de la mente cósmica.

Pero esto no debe interpretarse como que tenemos licencia para verlo o comprenderlo todo. Hay entidades que estaban tan profundamente identificadas con otra esfera como nosotros lo estamos con la Mente y que superan rápidamente mi comprensión. Veo que mi función es comprender qué hicieron las personas con el don de la Mente y qué resultó de sus decisiones; otros se encargarán del resto.

Siempre pensé que el universo era un telón de fondo neutral, frente al cual se desplegaban las complejas historias de las almas vivientes. Supe, muy poco después de mi Despertar, que los mundos pueden tener almas, pero no extendí esa percepción hasta su límite

máximo. El alma universal no es solamente la suma de la miríada de seres individuales y colectivos que están dentro de ella, sino también una entidad en sí misma, definida por las esferas y con una historia que todavía me falta entender por completo. Por un momento, mi conciencia vuelve a desdoblarse en sus tres lóbulos diferentes, para dar paso a un trío de revelaciones paralelas.

Veo que el alma universal está herida mucho más profundamente de lo que alguna vez sospeché, y sé que mi trabajo de sanador a cualquier precio aún no ha terminado. Sigo siendo un chamán con obligaciones de chamán.

He buscado el orden de las fuerzas impersonales que definen la interacción de los grupos de datos que comprenden el universo, y los encuentro dispuestos a mi alrededor. Tal como han venido especulando los teóricos desde De Chardin y Soleri, la información es más fundamental que la energía y la materia. Aquí están los campos de probabilidad, haciendo posible la medición de la información en función de lo que podría transmitirse y no se transmite. Lo que me sorprende es con qué intimidad se entreteje la conciencia con todo esto, pero me sorprende solamente a causa de mis viejos prejuicios materialistas. Puedo extender mi visión hasta abarcar estos nuevos datos sin renunciar a mis motivaciones, y eso hago: veo satisfecho mi deseo de entender de maneras inesperadas. Sigo siendo un científico y aún hay fenómenos que comprender, observándolos a través de la lente de la razón y la lógica.

Consideraba que las divisiones chinas tradicionales eran fundamentales y creía que las esferas «occidentales» eran una aproximación. Veo que hay verdad en ambas cosas y que, sin embargo, ninguna es completa. Este no es el reino del yin y el yang puros, que ha demostrado estar más íntimamente ligado con la materia de lo que yo sospechaba. Y, no obstante, es un reino de fuerzas compuestas por la clase de tensión dinámica que me enseñaron a comprender y guiar. Sigo siendo una estudiosa de la armonía de las cosas, capaz de prevenir el caos y de albergar benevolencia.

Cuando éramos tres almas, esto hubiese planteado una inevitable contradicción. Nuestros puntos de vista no podían ser todos ciertos al mismo tiempo. Ahora que soy una sola alma, que vuelve a converger mientras pienso en esa noción particular, veo que cada uno de ellos puede ser enteramente cierto en toda su extensión y, sin embargo, no abarcar al todo. Mis fervientes compañeros magos de mentes más

teóricas, los que hablaban de trascender o escapar de alguna manera de los paradigmas dentro de los cuales practicaban su arte, a fin de cuentas estaban equivocados. La naturaleza fundamental de las cosas afirma, más que refuta, cada enfoque que sustenta la voluntad Despertada. Este estado superior a la materia parece anodino, una pizarra en blanco para que la voluntad se imponga a la fuerza sobre ella, solo porque se necesita esfuerzo para aprender cómo funciona. La verdad definitiva es la satisfacción antes que la negación.

O eso parecería, si no fuera por el hecho del fin vislumbrado. ¿Qué puede satisfacer el exterminio? Todavía tengo mucho que aprender, y quizás el universo como un todo, percibiendo a través de mí como lo hace a través de todos nosotros, también pueda aprender.

Flotando frente a mí hay un pequeño nudo de espíritu durmiente. Lo escudriño y advierto que es uno de los espíritus invertidos que vinieron a mí cuando era Robert. Estaban huyendo de la hora final que ahora habitamos, pero no tuvieron éxito. Los que llegaron más lejos, como este, sencillamente se quedaron dormidos, para despertar... como este ahora, desplegando sus delicadas alas y extendiendo antenas para sondear el desaparecido mundo material. El científico que hay en mí se pregunta si el vuelo de estos espíritus pudo haber acelerado el fin de las cosas, extrayendo esencia vital de los últimos días del mundo, pero al analizarlo pienso que no. No había bastantes para afectar el gran peso físico y espiritual del mundo. El que está aquí ahora despierta, me mira, eleva la vista hacia la enorme masa de Mente pura que se encuentra sobre nosotros y flota silenciosamente hacia arriba. Pronto saldrá del reino de los pensamientos y pasará a formar parte del único pensamiento que la esfera piensa como un todo, sea cual sea.

Mientras continúo observando, y sobre todo pensando, veo más porciones de la enorme estructura que es la configuración final del universo. Cuando estaba vivo, estudiaba diagramas de las nueve esferas, *mándalas* y otros gráficos de la geometría sagrada. Cada uno a su manera, todos eran correctos. La luz roja del Juicio brilla en el centro de la creación, que también son todos los puntos de la periferia... todos los términos que expresan distancia y relación se tornan cada vez más irrelevantes, y los uso más que nada porque son los únicos que conozco, y porque no puedo desentenderme de la obligación que tengo para con la Mente sumiéndome en un mero silencio sin palabras. Alrededor de la luz roja, orbitan las nueve esferas, reuniendo en su interior las piezas que las componen y

describiendo una espiral que cada vez las acerca más la una a la otra.

Veo que el Juicio opera tanto en el nivel individual como en el cósmico. Un espíritu que pretendía huir es perforado por un rayo de luz roja pura, bajo el cual se ve claramente su cobardía. El espíritu observa cómo ha desatendido sus obligaciones, y el pequeño pero significativo daño que sobrevino al final porque algún componente físico de la ciudad carecía de su fuerza para animarlo y se desmoronó cuando una mente humana viva lo necesitaba. El espíritu lo ve, y yo también, y ambos juzgamos ese fallo. Pero también vemos, el espíritu y yo, el terror de la hora y la inseguridad acerca de lo que puede venir más tarde, y vemos que la autoconservación es un impulso valioso, que solo se vuelve innoble cuando se abusa de él. Vemos los incontables y pequeños actos buenos que tuvieron lugar porque ese espíritu estuvo, durante casi toda su existencia, donde debía estar, haciendo lo que debía hacer. Esto no excusa su fallo, pero su falla no niega esa realidad. El Juicio exige comprender ambas cosas, y así lo hacemos.

El espíritu, habiendo realizado esta evaluación de sí mismo, se pierde en el interior de la esfera de la Mente y ese Juicio se agrega a todos los demás. La Mente se ve a sí misma, yo la veo, tanto como una fuente de inspiración como de la distracción que a veces dificultaba tanto cumplir con las obligaciones. Todos vemos los modos en que la Mente enriquecía al mundo y todas las maneras en que los seres con mente empeoraban al mundo, física y espiritualmente. Este Juicio aún no se ha hecho, y no se hará hasta que ascienda el último de nosotros, ni habrán terminado los demás Juicios similares para aquellos que pertenecen a las otras esferas hasta que estén igualmente completas. Veo la historia y soy parte de la historia. Muy pronto, la luz roja también brillará sobre mí.

A la distancia, es decir, relacionado parcialmente con pensamientos que actualmente no comparto, veo al músico de *death-rock*, Anders, luchando con una de las cabezas de una serpiente parecida a una hidra. No creo que sea la Serpiente de Midgard, exactamente, y si lo es ha llegado un poco tarde, pues el Ragnarok ya vino y pasó. Pero Anders está cumpliendo con su parte, en la frontera de la Mente y la Entropía, protegiendo a cualquier espíritu que, de lo contrario, sería presa de la serpiente. De pronto, siento que me invade una profunda curiosidad sobre lo que significa el Juicio para la fuerza de la Entropía, pero mis deberes no me permiten la oportunidad de investigarlo. Veo los pensamientos de Anders

iluminados claramente, siempre y cuando tengan alguna influencia sobre mi función; el resto queda oculto detrás de algo que parece una sombra. Si el cosmos lo desea, sin duda habrá alguien del otro lado que complete el trabajo de observación.

Anders era y es un hombre muy enojado. No hizo que el mundo le contara sus secretos a fuerza de palabras corteses, sino que se los arrancó a puñetazos. «Golpea hasta que salga el dulce», decían algunos de mis colegas de ingeniería ante actitudes así. La Gran Ardilla se mofó de él, lo llevó a la iluminación por medio de insultos y provocaciones, y en él funcionó. Aprendió mucho y lo transmitió en su música para las masas. Si evaluar al otro espíritu de un vistazo fue difícil, hacerlo con un hombre como Anders es imposible. El bien y el mal que hizo describen un círculo infinito, uno alrededor del otro, reflejando dentro de su alma la danza cósmica de arriba. Puedo ver la sabiduría y la locura que lo acompañaron en la niñez, la juventud, la madurez, las lecciones que aprendió, la ignorancia a la que se aferraba, todo desplegado de una sola vez. Si tuviera que describir la suma de todo eso en palabras sonaría monótono y neutral, y eso es justamente lo que no es. Más que negar un aspecto o el otro, el Juicio afirma todos los aspectos.

Por largo rato, o al menos por un lapso que se siente largo, Anders ni siquiera lo nota. Tiene una batalla en qué ocupar su atención. Pero la serpiente también está siendo juzgada, dentro de la esfera de la Entropía, y puesto que es menos compleja que él, le llega el momento de ascender para unirse a dicha esfera. Entonces, Anders finalmente se percata de lo que está ocurriendo. No me ve, estoy bastante seguro, pero lanza una gran carcajada triunfante. Ese acto completa su juicio: la Mente lo acepta como el guerrero victorioso que siempre deseó ser y entonces asciende para ocupar su lugar, inclinando un poco la balanza general de la Mente hacia el conflicto y la maestría.

Súbitamente, aparece a mi alrededor una catarata de magos... tanto los que se consideraban magos como los que se identificaban como científicos, filósofos y lo que fuesen. Este es el momento en que los poseedores de una voluntad Despertada asumen su lugar. Soy brevemente rodeado por cada uno de los que me ayudaron o me estorbaron en mi viaje: las Wu Keng, que ahora ven su locura; mis colegas del Proyecto Ragnarok, que evalúan el modo en que sus buenas intenciones los condujeron a la ceguera, aunque fuesen útiles en tantas maneras; Xoca y los demás mentores, extrañando a sus

tótems ya juzgados y preparados para cumplir con su parte. (Advierto, en este momento de comprensión, que Xoca era compañero de viaje de los magos de Doissetep). Es un momento pleno de agitación, repleto de saludos y disculpas y enhorabuenas y una gran cantidad de otras cosas. En este momento perfecto, todos vemos a todos.

Luego desaparecen y me quedo solo. Es posible que haya otros Artesanos de la Voluntad por ahí, debajo de las demás esferas, pero ya no pueden ser parte de mi historia. Quienquiera o lo que sea que venga a continuación, será algo que no soy yo, y permaneceré en este aislamiento de tres hasta que mi papel de narrador haya terminado.

Lo que viene a continuación es una mujer vampiro que participó del ataque al Proyecto Ragnarok, donde fueron asesinados tantos de mis colegas. No tengo en claro por qué está tan directa e íntimamente identificada con la Mente, pero el universo siempre tendrá misterios mientras yo siga siendo finito. Vemos que el fundamento científico de los hematóvoros y los virus simplemente no era suficiente, y vemos que fueron los miedos y el orgullo los que nos llevaron a enmarcarlos en un contexto racional. También tenemos atisbos de las terribles noches finales de su raza, la manera en que el poder de su sangre fue menguando y los volvió a unos contra otros. Ahora veo por qué nos atacaron: fueron atraídos por nuestra fuerza de voluntad y esperaban que nuestra sangre tuviese algún poder especial que los hiciera sobrevivir un poquito más. Veo cómo el fundador del linaje que habíamos denominado EU1 efectivamente asesinó a toda su progenie buscando ese mismo alivio, y otras incontables estratagemas. Ninguna funcionó, y mientras la mente de la joven vampiro se abre al Juicio, veo a los últimos de su raza sumiéndose calladamente en el sueño o sumergiéndose ruidosamente en las conflagraciones del amanecer.

Al menos una parte de esta historia pertenece más a los dominios del Tiempo que de la Mente, y por lo tanto están ocultos a mis ojos, pero veo que los vampiros no han experimentado el fin del mundo como el resto de nosotros. Esos durmientes del final se refugiaron en pequeños remolinos de tiempo donde podían tener un futuro infinito, mientras todos nos apresurábamos hacia el final en momentos finitos. De modo que, desde su punto de vista, nunca despertaron y no despertarán hasta que los llamen para pasar de esa infinitud a otra. Habrá un terrible momento en el que estarán despiertos, y luego un sueño infinito, y luego también se los juzgará.

El juicio de la mujer vampiro es tan complejo como el de Anders, pero bastante diferente en sus detalles. Apenas puedo soportar

mirarlo, y al menos uno de mis rostros se aparta de la escena. El espantoso daño ocasionado por su pecaminosa dependencia de la sangre de los vivos se derramaba sobre el mundo, oleada tras oleada de víctimas. Con razón, pienso, con frecuencia era tan difícil sanar a una comunidad: en casi todas partes a donde iba estaban operando estas cosas, oscureciendo el mundo a nuestro alrededor. No hacían que la humanidad fuese más malvada o sencillamente más corrupta, pero reforzaban todos nuestros impulsos más bajos y entregaban muy poco, salvo una envidia ignorante de esa aparente eternidad de noches. Estoy enfadado... y veo que seré juzgado por este enfado, igual que ella está siendo juzgada por haber colaborado en generar las circunstancias que me llevaron a este enfado. Nada escapa al vigilante ojo cósmico.

Finalmente, ella también asciende a la Mente, cuyo Juicio acumulativo continúa.

Después vienen otras criaturas, algunas mucho más familiares para mí que otras. Aquí hay una anciana mujer lobo, a quien reconozco como la que una vez me atacó en una remota carretera canadiense. Me dijo, mientras me sujetaba las manos con sus enormes garras, que mi raza había robado un poder que el mundo nunca había deseado que fuese nuestro, y que ella sanaría al mundo sacando ese poder de mi alma, cortándola en rebanadas. El hecho de que mi cuerpo también quedaría cortado en tiras le parecía irrelevante. La ahora desaparecida Basura me rescató entonces, y al final la mujer lobo huyó para buscar otra víctima con la que desahogar su furia. Comprendo, mientras veo su alma desnuda, cuán justificada era su furia, al tiempo que ella ve el *Hubris* que motivó ese ataque particular contra mí. Nos tocamos las manos y corazones por un momento, dándonos cuenta que estábamos más cerca de lo que cualquiera de nosotros habría admitido cuando estábamos vivos. Veo lo que sintió en la batalla final contra las fuerzas que iban a deshacer el mundo entero y la sierva de todas las cosas bajo el cielo que habita en mí rinde homenaje a su bravura. No pudo impedir que el mundo terminara, pero la batalla que libraron ella y los de su raza trajo consecuencias que aún persisten; ambos las vemos: la danza de la esfera es diferente, porque el mundo que dejó de existir estaba entero, no hecho pedazos.

En la lejanía, veo a varios fantasmas hambrientos, algunos chinos y otros aparentemente europeos, todos enfrentando los errores que los llevaron a esperar con demasiada confianza que la rueda de las

eras girara de una manera en particular. A estas alturas, yo también vuelvo a ser juzgada, ya que no fue hace mucho tiempo que hablé del emperador demonio con el resto de mí misma. Todos nosotros cometimos el mismo error que Platón describió en su parábola de la caverna: vimos las sombras de la verdad en una pared iluminada por la luz de una antorcha y pensamos que las sombras eran la verdad, llamándolas Yozi o Malfeanas o cualquier otra cosa. Veo que los fantasmas hambrientos formaban parte de una porción del tiempo lento que se envolvió alrededor de los vampiros, de modo que dispusieron de años e incluso siglos para pelear sus guerras fratricidas, en busca de un destino que nunca llegaría, y el peso de sus acciones vuelve a ser más de lo que puedo soportar. Aparto la mirada hasta que siento que se elevan hacia la Mente.

Veo cosas aún más extrañas, seres medio humanos que vivían en los mismísimos muros del mundo, y en los sueños, y en enclaves secretos a lo largo de la existencia material. Apenas logro entender por qué los están juzgando y carezco de palabras para expresar los conceptos que ahora pasan a mi lado a gran velocidad. Algunos pelearon para construir o impedir un invierno eterno. Otros tenían como objetivo el equilibrio cósmico, o la gratificación de alguna pasión personal, o cosas que no tienen ningún sentido. Cada uno de ellos queda expuesto en su desnudez para que todos nosotros lo veamos. Hay tantos que ayudaron a oscurecer el mundo, cualquiera que fuese su intención... Me invade el vano deseo de ver lo que pudo haber sido el mundo si no hubiese habido tantos monstruos perversos comiéndose sus partes vitales. Hay unos pocos que realmente hicieron algo útil, y veo que la amorosa onda expansiva de redención y fortaleza que generaron logró llegar tan lejos como la corrupción. Pero son tan pocos, tan pocos...

Se está tornando más difícil elaborar pensamientos que tengan sentido como tales. No es que la unificación de fuerzas dispersas esté haciendo desaparecer el pensamiento; ocurre que lo que piensan tales cosas se basa en condiciones y experiencias radicalmente disímiles a las de la humanidad. ¿Qué podría entender una hormiga de los conceptos de cómo conducir un coche, el gobierno o las tierras desérticas? Siento que lo que ocurre a mi alrededor está cada vez más distanciado de lo que soy ahora y me pregunto si tal vez me estaré esforzando demasiado. Y, sin embargo, todavía quedan cosas por sentir y conocer.

De repente, me toca el turno. La luz roja invade mi alma múltiple y

siento una conciencia inmediata de todo lo que he hecho en todas mis vidas. Todo lo que hay en este recuento emerge a la conciencia de una sola vez, junto con muchas otras cosas más. Y, a medida que se desarrolla el Juicio, me doy cuenta de que el juez también está sujeto al escrutinio. Comprendo que, en el principio, existió verdaderamente ese Uno del que hablan tantas doctrinas. Algo le sucedió al Uno, una división a un nivel muy alejado de mi capacidad de comprensión, que, una vez comenzada, continuó. Inicialmente era armoniosa.

Experimento fugaces sensaciones de una era en la que existían muchas entidades y, sin embargo, la armonía se mantenía, hasta que el proceso de división hizo pedazos su compañerismo.

Veo que los pesimistas que decían que cada generación era más débil que la anterior verdaderamente tenían razón en el nivel más fundamental. Hasta los todopoderosos actos de creación sirvieron a la disolución del Uno, porque cada identidad de la gloriosa obra lo separó no solamente de sus otras posibilidades propias (lo que pudo haber sido), sino también de todas las demás cosas que no era. Esto fue tan válido para las esferas como para todo lo demás, ya que se fundieron en el Uno, no tanto como bloques sólidos flotando en un líquido, sino más bien como nodos de fuerza dentro de un plasma puro. Así fue que cuando todas se debilitaron lo suficiente, a ellas mismas y entre sí, a causa de cada acto de creación, la parte más antigua del Uno también pudo manifestarse por primera vez. El Juicio, veo ahora, debe existir antes que cualquier otra cosa, porque el juicio, en todas sus diversas acepciones, es lo que posibilita todas las demás distinciones. No puede haber un «otro» sin juicio.

Mientras se producían los primeros pasos hacia la reunificación, alguna porción del Uno se hizo consciente de sí misma y de su condición actual. La agonía que sintió es una mácula que ha estado instalada en la historia humana durante los últimos cuatro siglos. El nihilismo revolucionario, que predica que no puede haber ninguna construcción real sin destrucción total, es la obra del Uno que se malinterpreta a sí mismo operando sobre nosotros, anhelando liberarse de las consecuencias de todos sus errores pasados. Irónicamente, entonces, los proveedores de la muerte y la destrucción también hicieron su parte en la restauración de la unidad cósmica. La crisis se aceleró, tanto social como cósmicamente, tan rápido como podía. Finalmente, llegó el momento crucial y aquí estamos ahora.

Al tiempo que aprendo todo esto, el poder que juzga también aprende de mí. Comprendo que soy, en el fondo, tres pequeñas

piezas de esa porción de lo que mejor se identifica con la Mente, y que mientras conserve también las otras partes de mí, estas serán un impedimento para la completa unificación con el resto de lo que soy sobre todas las cosas. Mis estudios de economía ahora son útiles, ya que brindan al resto de mí una introducción a la noción de la ventaja relativa. Si me dedico solo a la Mente y olvido a la Fuerza o la Entropía, dejaré de competir con aquellos para quienes la Fuerza o la Entropía es fundamental. Y entonces, cuando cada esfera se perfeccione, el Juicio podrá volver a fundirlas en una sola.

Mas allá de lo material está el espíritu. Mas allá de ambos, está la esencia. Mas allá de la esencia, está el potencial: todo lo que alguna vez podría ser concebible en algún sentido. La misma clase de alquimia que me fundió en una sola entidad está operando en todo el cosmos. Las esferas, que una vez fueron meros conceptos, ahora son cosas tan sólidas como la tierra y tan grandes como el firmamento, reluciendo como el oro y el diamante bajo la luz roja. Esa luz solía ser algo que inspiraba miedo. Ahora me recuerda al amanecer detrás de las nubes, que pronto dará paso a la fresca y límpida mañana, cuando el aspecto de todas las cosas está en su mejor momento. Todo lo que he conocido pasa, pero en las profundidades del potencial se encuentran todas las cosas que no hice y que no pude conocer. Arriba, la Mente espera y, más allá de la Mente, la unidad de todo. ¿Se producirá, tal vez, una nueva creación? Puede que el Uno vuelva a escoger el mismo curso. También puede hacer otra cosa diferente. También puede no hacer nada, según todas las acepciones de «hacer» y de «nada» que yo conozco. No podré saberlo hasta que avance hacia la próxima etapa y cruce el umbral que el lenguaje que he conocido y amado no puede traspasar.

Pero yo sí puedo... y ya es hora de hacerlo.

FIN